Colección Historia

Pau Figueras

Introducción al Cristianismo Primitivo

los primeros siglos del cristianismo



editorial Clie

Introducción al Cristianismo Primitivo

Los primeros siglos del cristianismo

Pau Figueras



EDITORIAL CLIE
C/ Ferrocarril, 8
08232 VILADECAVALLS
(Barcelona) ESPAÑA
E-mail: clie@clie.es
http://www.clie.es



INTRODUCCIÓN AL CRISTIANISMO PRIMITIVO
Los primeros siglos del cristianismo
ISBN: 978-84-944626-9-6
eISBN: 978-84-168454-3-9
Iglesia cristiana
Historia
Referencia: 224977

Pau Figueras Palà, profesor emérito de Arqueología Cristiana, estudió lenguas clásicas, filosofía, teología, historia eclesiástica, exégesis bíblica y hebreo bíblico en el monasterio benedictino de Montserrat (España). Obtuvo BA en teología y BA en Biblia, en el Collegium Anselmianum (Roma). Estudió alemán y lenguas semíticas en München (Alemania) y, posteriormente, Biblia y arqueología en École Biblique, Jerusalén.

Recibió el título de Ph. D. en religiones comparadas por la Universidad Hebrea y fue bibliotecario en el Albright Institute of Archaeological Research (Jerusalén).

“El Espíritu y la Esposa dicen: Ven!
Venga el sediento. El que desee tome del agua de la vida, de balde”

(Apocalipsis 22:17)

Dedico este libro a todos mis antiguos alumnos en la Universidad Ben-Gurion del Néguev

ÍNDICE DE MATERIAS

PRÓLOGO

Durante mis largos años de enseñanza en la Universidad Ben-Gurion de Beersheva, Israel, sobre cuestiones relativas al cristianismo, no solo en una introducción general a su historia, sino tratando temas tan específicos como los del arte y la arqueología cristianos, noté la falta de literatura científica sobre tales materias, especialmente en Israel, en lengua hebrea. Es así que el presente libro fue publicado primeramente en este idioma, con la intención precisa de llenar aquel vacío.

El objetivo de la presente edición en lengua castellana tiene una finalidad más general. Simplemente, quiero ofrecer a cualquier lector la oportunidad de conocer un importante capítulo de cultura universal que es generalmente ignorado: el origen y desarrollo de la religión cristiana, desde su fondo judío en la tierra de Israel hasta su contribución al pensamiento y al arte de la Europa medieval.

Los temas que constituyen el núcleo del libro no quieren ser una relación sistemática del desarrollo histórico del movimiento cristiano en los primeros siglos. Por el contrario, cada capítulo trata un aspecto diferente de la historia, la vida, el pensamiento y la expresión externa de la Iglesia primitiva. A partir de las raíces judías en las que nació y creció la fe cristiana, el libro continúa con la evidencia de las fuentes escritas más antiguas que atestiguan la manifestación histórica del fenómeno cristiano, con su desarrollo histórico en el Imperio Romano, con la explicación de las doctrinas apocalípticas y la idea mesiánica, y con la evolución de las manifestaciones externas del culto, los sacramentos, el monacato, la arquitectura y el arte.

Fue especialmente importante para mí hacer resaltar las raíces judías de las que creció la religión cristiana. Así, el primer capítulo entero describe las circunstancias históricas del pueblo de Israel en su país y en la Diáspora cuando nació el cristianismo, y cada uno de los capítulos siguientes trata en primer lugar del origen judío de su tema específico.

Este libro está escrito para los lectores que deseen ampliar sus conocimientos sobre un fenómeno religioso que comenzó como un movimiento judío hace dos mil años, se desarrolló en diferentes formas en su organización y expresión social, procedió a conquistar el mundo entero en una gran campaña proselitista, influyó profundamente en toda la cultura

occidental, estuvo en la base de verdaderas revoluciones sociales y políticas, y sigue todavía hoy inspirando al mundo, junto con su hermana mayor, la fe judía.

El lector no del todo familiarizado con los temas tratados ni con muchos de los términos utilizados en estos capítulos encontrará una ayuda muy eficaz en el Glosario que les sigue. Con breves palabras doy allí la necesaria explicación de nombres, términos y expresiones.

Finalmente, quiero expresar aquí mi más sincero agradecimiento a todas aquellas personas que de una u otra forma han contribuido a la producción de este libro, y en primer lugar a mi amigo argentino, el Pastor Marcelo Montenegro, quien voluntariamente se ha encargado de la entera revisión de la traducción castellana de mis originales.

PAU FIGUERAS
Universidad Ben-Gurion del Néguev

ABREVIATURAS

Antiguo Testamento y Déuterocanónicos

Gn.	*Génesis*
Ex.	*Éxodo*
Lv.	*Levítico*
Nm.	*Números*
Dt.	*Deuteronomio*
Js.	*Josué*
Jc.	*Jueces*
Rt.	*Rut*
1S.	*1 Samuel*
2S.	*2 Samuel*
1R.	*1 Reyes*
2R.	*2Reyes*
1C.	*1 Crónicas*
2C.	*2 Crónicas*
Esd.	*Esdras*
Ne.	*Nehemías*
Tb.	*Tobías*
Jdt.	*Judit*
Est.	*Ester*
1M.	*1 Macabeos*
2M.	*2 Macabeos*
Jb.	*Job*
Sl.	*Salmos*
Pr.	*Proverbios*
Ecl.	*Eclesiastés*
Ct.	*Cantar de los Cantares*
Sb.	*Sabiduría de Salomón*
Ecli.	*Eclesiástico (Ben Sira)*
Is.	*Isaías*

Jr. *Jeremías*
Lm. *Lamentaciones*
Ba. *Baruc*
Ez. *Ezequiel*
Dn. *Daniel*
Os. *Oseas*
Jl. *Joel*
Am. *Amós*
Ab. *Abdías*
Jns. *Jonás*
Mq. *Miqueas*
Na. *Nahum*
Ha. *Habacuc*
Sf. *Sofonías*
Hag. *Hageo*
Zc. *Zacarías*
Ml. *Malaquías*

Nuevo Testamento

Mt. *Mateo*
Mc. *Marcos*
Lc. *Lucas*
Jn. *Juan*
Hch. *Hechos de los Apóstoles*
Rm. *Romanos*
1Co. *1 Corintios*
2Co. *2 Corintios*
Gl. *Gálatas*
Ef. *Efesios*
Flp. *Filipenses*
Cl. *Colosenses*
1Ts. *1 Tesalonicenses*
2Ts. *2 Tesalonicenses*
1Tm. *1 Timoteo*

2Tm.	*2 Timoteo*
Tt.	*Tito*
Flm.	*Filemón*
He.	*Hebreos*
St.	*Santiago*
1Pe.	*1 Pedro*
2Pe.	*2 Pedro*
1Jn.	*1 Juan*
2Jn.	*2 Juan*
3Jn.	*3 Juan*
Jds.	*Judas*
Ap.	*Apocalipsis*

Literatura cristiana y judía

1 Enoc	*Enoc Etiópico*
Ad Scap.	*Ad Scapulam*
Adv. Haer.	*Adversus Haereses (Contra los Herejes)*
Adv. Jud.	*Adversus Judaeos (Contra los Judíos)*
Agus.	*Agustín*
Ant.	*Antigüedades de los Judíos*
Apion	*Contra Apion*
Apoc.	*Apocalipsis*
Apol.	*Apología*
Apolog.	*Apologeticum*
Asc. Isa.	*Ascensión de Isaías*
Asunc. Mois.	*Asunción de Moisés*
'Avod. Zar.	*'Avodah Zarah*
B. Metsi'a	*Bava Metsi'a*
Bern.	*Epístola del Seudo-Bernabé*
Ber.	*Berajot*
CD	*Documento de Damasco*
Cels.	*Contra Celso*
Claud.	*Vida de Claudio*
Clem. Alej.	*Clemente de Alejandría*

Clem.	*Roma Clemente de Roma*
Cons. Apost.	*Constituciones Apostólicas*
Conf.	*Confesiones*
Cipr.	*Cipriano*
De Bapt.	*De Baptismo*
De op. et eleem.	*De opere et eleemosynis*
De orat.	*De oratione*
Dial.	*Diálogo, Diálogos*
Diat.	*Diatéssaron*
Did.	*Didajé*
Diogn.	*Epístola a Diogneto*
Ep.	*Epístola. Epístolas*
Esmirn.	*A los Esmirneos*
Esp.	*Las leyes especiales*
Eus.	*Eusebio*
Ev. Fel.	*Evangelio de Felipe*
Ev. Tom.	*Evangelio de Tomás*
Ev. Pe.	*Evangelio de Pedro*
Ev.	*María Evangelio de María*
Execr.	*De execratione (Sobre la maldición)*
Guerra	*La guerra judía*
Ḥag,	*Ḥagigah*
HE	*Historia Eclesiástica*
Ḥul.	*Ḥullin*
Iren.	*Ireneo*
Jos. Fl.	*Josefo, Flavio*
Jubil.	*Libro de los Jubileos*
Just.	*Justino*
Ketub.	*Ketubot*
Lact.	*Lactancio*
M.	*Mishnáh*
Magn.	*A los Magnesios*
Mart. Palaest.	*Sobre los mártires de Palestina*
Mart. Polyc.	*Martirio de Policarpo*

Meg.	*Meguiláh*
Mel.	*Melitón*
Menaḥ.	*Menaḥot*
Midr.	*Midrash*
Mort. Pers.	*De mortibus persecutorum*
Ner.	*Vida de Nerón*
Orig.	*Orígenes*
Pasc.	*Sobre la Pascua*
Pesaḥ.	*Pesaḥim*
PG Migne,	*Patrologia Graeca*
PL Migne,	*Patrologia Latina*
Praem.	*De praemiis et poenis*
Protr.	*Protréptico a los Griegos*
R.	*Rabbá, Rabbatí*
Rom.	*A los Romanos*
Sanh.	*Sanhedrin*
Shabb.	*Shabbat*
Sim.	*Similitudes*
Spec.	*De specialibus legibus*
T.	*Tosefta*
Ta'an.	*Ta'anit*
TB	*Talmud Babilónico*
Tert.	*Tertuliano*
Test. Lev.	*Testamento de Leví*
TJ	*Talmud de Jerusalén*
Trad. Apost.	*Tradición Apostólica*
Trif.	*Diálogo con Trifón*
Vir. Ill.	*De viris illustribus*
Vis.	*Visiones*
Vit. Cont.	*De vita contemplativa*
Vit. Const.	*Vida de Constantino*
Yebam.	*Yebamot*

CAPÍTULO PRIMERO
EL FONDO JUDÍO DEL CRISTIANISMO PRIMITIVO

Contenido:

1

El cristianismo primitivo es históricamente inconcebible sin sus raíces judías. Jesús es un judío que predica y actúa en medio de su pueblo. Su mensaje va dirigido primordialmente a judíos, sus conciudadanos. Sus discípulos ven en Él el cumplimiento de las profecías judías. El cristianismo comienza como un movimiento judío en la Palestina romana, donde el judaísmo está viviendo un momento crucial de su historia, y tiene una poderosa vitalidad religiosa que se extiende por las comunidades judías helenísticas de la Diáspora. Y es a través de ellas que el cristianismo llega al mundo pagano.

En el presente capítulo el lector encontrará la base para entender el mensaje cristiano tal como fue predicado en su ambiente judío, tanto en la tierra de Israel como en la Diáspora. Es un primer paso, necesario para adquirir un conocimiento comprensivo del fenómeno cristiano, en cuanto que es la historia de un grupo religioso. Además de los factores espirituales, providenciales o sobrenaturales aducidos por sus adherentes, la fe cristiana nació, fue predicada y se desarrolló en circunstancias históricas precisas y bien conocidas que condicionaron la forma que hoy presenta. Las más importantes de aquellas circunstancias son la historia, la religión y la cultura del pueblo judío. Es de esos temas que vamos a tratar brevemente en las páginas que siguen.

EL JUDAÍSMO EN LA PALESTINA ROMANA

Estructuras políticas y eventos históricos más importantes

Cuando Ciro el Grande decretó el retorno de los judíos que habían sido desterrados a Babilonia (538 a.C.), la tierra de Israel ya no era un estado independiente sino una *satrapía*, una provincia del Imperio Persa que se llamaba “Yehud”. Después de la conquista del país por Alejandro Magno (333 a.C.), el país estuvo gobernado primero por la dinastía griega de los Lágidas de Egipto (301-197 a.C.) y luego por la de los Seléucidas de Siria (197-167 a.C.). Mientras que los primeros fueron respetuosos con los sentimientos y la religión de los judíos, el rey seléucida Antíoco IV Epífanes (175-167 a.C.) (Fig. 1) comenzó una persecución sistemática de los judíos, introduciendo una helenización forzada del pueblo, y provocando así la

revuelta Macabea y la fundación de la dinastía Hasmonea (167 a.C.). Como consecuencia de esos acontecimientos se desarrolló la literatura apocalíptica (el libro de Daniel fue escrito por el año 165) y se multiplicaron las facciones y las sectas religiosas, con fuerte influencia política. El año 63 a.C.marcó la intervención de Roma con la conquista de Jerusalén por Pompeyo. En el año 46 a.C. Julio César concedió a los judíos una situación de privilegio. Y en el 40 a.C. Roma nombró a Herodes el Grande rey de Judea. Su reino (37-4 a.C.) se caracterizó tanto por su gran ambición como por el gran malestar social. Herodes murió poco después del nacimiento de Jesús (7/6 a.C.), durante el gobierno del primer emperador romano, Octaviano Augusto (27 a.C.-14 d.C.). Arquelao, hijo de Herodes, fue rey de Judea, mientras que Antipas y Felipe eran, respectivamente, etnarcas de Galilea y de Perea. El cruel Arquelao fue depuesto por Augusto (6 d.C.), y Judea pasó a ser integrada directamente al Imperio Romano como provincia gobernada por un procurador o prefecto. Durante el ministerio público de Jesús, el procurador fue Poncio Pilato (26-36 d.C.). Por cuatro años (41-44 d.C.) Agripa I, nieto de Herodes el Grande, gobernó toda la Palestina. Pero al morir él, su entero reino fue sometido a los procuradores romanos.



Fig. 1 Imagen de Antíoco IV Epífanes en una moneda seléucida (Cabinet de Médailles, París).

La rebelión judía contra la dominación romana (66-70 d.C.), que provocó la huída de los cristianos de Jerusalén a Pela en Transjordania, terminó con la captura de Jerusalén y la destrucción del Templo por Tito, el hijo del emperador Vespasiano. Miles de judíos fueron asesinados o deportados. Yavne, una ciudad de la costa, se convirtió en el nuevo centro religioso judío, mientras que nuevas formas de culto y vida religiosa reemplazaron los tradicionales sacrificios del Templo y las peregrinaciones. Otra rebelión judía bajo Trajano (115-117 d.C.) se desplegó en todo el Imperio Romano. Y una tercera rebelión contra Roma bajo dirección de Bar Kojba (142-135 d.C.) terminó con una derrota total de los judíos y la fundación de la ciudad pagana de Aelia Capitolina por el emperador Adriano en el lugar donde antes se levantaba Jerusalén.

Helenización y conservadurismo

Desde la conquista de Alejandro de la tierra de Israel y de su probable visita a Jerusalén (332-331 a.C.), la introducción de la cultura y la filosofía helénicas, así como del culto y de las costumbres paganas, amenazaron la preservación de los valores tradicionales, culturales y religiosos judíos y con ellos los cimientos de la nación judía. A pesar de ello, la clase aristocrática (familias ricas, sumos sacerdotes) favoreció en gran medida la progresiva helenización de la sociedad judía, aunque también hubo una fuerte oposición entre las masas. La persecución del judaísmo por Antíoco IV Epífanes (175-164 a.C.) parece que fue influenciada por el helenismo del sacerdote Menelao y de sus seguidores, con el fin de imponerse a la rebelión de las masas resistentes de Jerusalén, que apoyaban al anterior sumo sacerdote, Jasón. Pero incluso éste último estableció instituciones educativas griegas en Jerusalén. El movimiento conservador pietista de los Hasideos, que se unieron a la revuelta de los Macabeos contra los griegos, se separó más tarde de los sucesores de los Macabeos, es decir, los gobernantes Hasmoneos. Estos últimos, que en principio habían luchado por una independencia política, habían luego abandonado las altas ideas religiosas de sus antepasados y aceptado en gran medida el helenismo. Herodes el grande y su familia, heredero del reino Hasmoneo, fue el mejor ejemplo de la aceptación abierta del helenismo. Construyó un hipódromo y un anfiteatro en Jerusalén. Judíos y griegos competían en los juegos olímpicos. El número de estudiantes de filosofía griega en Jerusalén igualaba al de los estudiantes de la Toráh. La lengua, el arte, el pensamiento y las costumbres griegas impregnaban la vida judía en Palestina en la época del nacimiento de Jesús (Fig. 2). Treinta

ciudades del país eran totalmente griegas. En la ciudad residencial de Herodes, Sebaste (Samaria), el templo principal era el Augusteum, construido por el rey de Judea en honor del emperador Augusto.

Por otra parte, fuertes movimientos religiosos, tales como el de los Fariseos y el de los Esenios (el primero probablemente surgido de los antiguos Hasideos), mantenían el espíritu y los valores culturales judíos, especialmente entre las clases más bajas; y visionarios apocalípticos mantenían la esperanza de una revolución mesiánica que revertiría la situación política actual. Las tres rebeliones judías contra Roma, con su notable demostración de confianza propia, fueron claros ejemplos tanto del rechazo popular judío de la cultura helenística, extranjera, como de un deseo de independencia nacional.

Sectas religiosas y partidos políticos

El historiador Flavio Josefo, que escribió hacia finales del siglo I, describe cuatro grupos organizados dentro del judaísmo:

a) ***Saduceos***. Los Saduceos posiblemente surgieron de la aristocracia sacerdotal. Enemigos de los cambios sociales, favorecieron la autoridad romana, pues conservaba el orden. Eran conservadores en materia religiosa, no aceptaban ninguna tradición oral ni cualquier doctrina nueva. Temían levantamientos y movimientos mesiánicos. El destino de los gentiles no les interesaba mucho. Se oponían a la doctrina de la resurrección de los muertos y a la existencia de los ángeles.

b) ***Fariseos***. Una estricta observancia de la Ley y una sincera piedad distinguía a estos “separatistas”, que probablemente surgieron del movimiento Hasídico anterior. Querían construir “un cerco alrededor de la Toráh”; y en su afán por su preservación, iban más allá de él, manteniendo la tradición oral como igualmente valiosa. Estaban convencidos de que Dios habían revelado a Moisés la tradición oral. Paradójicamente, algunas de sus creencias fueron influenciadas por doctrinas extranjeras, concretamente iraníes, como la resurrección final de los hombres y una complicada angelología. Dos actitudes diferentes, una más rigurosa y otra más relajada, caracterizaban las dos escuelas fariseas de Shamai y Hilel. La actitud de éste ultimo frente a la religión estaba arraigada en el espíritu de los profetas de Israel y era por lo tanto muy afín al mensaje de Jesús. Los fariseos favorecieron y tal vez iniciaron el proselitismo judío.

c) ***Zelotes*****.** Su movimiento de resistencia a la dominación romana por medios violentos se basaba en la doctrina del estado teocrático. Su fundador fue Judas el Galileo, que probablemente murió en su insurrección el año 6 d.C. Jugaron un papel decisivo en la guerra contra Roma en 66-70 d.C. Muchos de los supervivientes se refugiaron en Masada, donde se suicidaron para evitar ser capturados por los romanos (73 d.C.) Otros huyeron a Egipto, donde trataron de incitar a los judíos a rebelarse. Uno de los discípulos de Jesús era Simón el Zelote. Jesús fue crucificado entre dos ladrones (en griego *lestai*), otro nombre dado por Flavio Josefo a los Zelotes, que también eran llamados *sicarioi*, "hombres del puñal".

d) ***Esenios*****.** Los Rollos del Mar Muerto han arrojado mucha luz sobre esta especie de organización monástica, que sin duda nació como reacción contra la mundanalidad de los gobernantes Hasmoneos y el sacerdocio de Jerusalén, al que consideraban ilegítimo. Sus doctrinas esotéricas eran enseñadas solo a los iniciados. Pacifistas a los ojos de los espectadores, proclamaban una guerra santa contra los "Hijos de la Tiniebla". Tenemos que identificar a éstos con los gentiles, aunque su odio se dirigía igualmente contra aquellos entre los judíos que se habían asociado con los ocupantes paganos y contra las masas de gente que habían aceptado un sacerdocio indigno. Vivían en el desierto de Qumrán, cerca del Mar Muerto, meditando la Ley en un ambiente de expectativa escatológica.

Además de estos cuatro grupos, tenemos que hacer una especial mención de los Samaritanos, antigua rama judía disidente. De origen incierto, vivían en el centro del país, manteniendo un sacerdocio y un templo propios. A menudo sufrieron por su oposición a Jerusalén. Juan Hircano destruyó su templo en el Monte Gerizim (128 a.C.), que los romanos más tarde reconstruyeron como recompensa por su ayuda durante la rebelión de Bar Kojba (135 d.C.). Herodes el Grande, a pesar de que odiaba a los Samaritanos, tuvo una esposa samaritana y gobernó a los judíos desde la capital de Samaria, Sebaste. Una tradición samaritana afirma que los vasos del Templo de Jerusalén fueron ocultados en el Monte Gerizim. Los Samaritanos, que sobreviven hasta el día de hoy, poseen, además de la Toráh, sus propias crónicas y su literatura. Su especial escritura del hebreo data del período previo a la adopción judía de la escritura llamada cuadrada o aramaica.

Templo y culto

Desde la instalación de la dinastía davídica, el Templo de Jerusalén era el centro de la vida nacional y religiosa en Israel. Después de la destrucción del Templo de Salomón por Nabucodonosor (586 a.C.), los israelitas exiliados anhelaban su restauración tanto como el regreso a su país. En realidad, el Edicto de Ciro (538 a.C.) relaciona su vuelta al país solo con la restauración del Templo. La reconstrucción se llevó a cabo solamente en el año segundo de Darío I (520 a.C.). Este "segundo Templo" no fue sino una sombra del primero. Solo más tarde, en tiempo de Herodes y por su generosidad, el Templo, con nuevos muros, puertas, pórticos y cámaras, recuperó su esplendor: "Quien no ha visto el Templo de Herodes", dice el Talmud, "nunca en su vida ha visto un hermoso edificio".

El culto ritual judío tenía lugar solamente en el Templo, en forma de oraciones públicas, y ofreciendo incienso y sacrificios, que eran realizados por el clero oficial. Pero también era un lugar de encuentro para otras actividades, como enseñar y predicar. La presencia de Dios en el Templo hacía de éste el lugar más sagrado del mundo, de hecho el único lugar santo y, en consecuencia, un foco de peregrinaciones, fiestas y celebraciones populares.

Con la restauración efectuada por Herodes, el Templo mantuvo la tradicional división tripartita (*ulam, hejal, devir*). Además, los llamados patios de los israelitas y de las mujeres fueron agrandados, y alrededor de todo el complejo se estableció una enorme esplanada llamada "el patio de los gentiles", todo él rodeado de pórticos y respaldado por enormes muros. Inscripciones en griego advertían a los gentiles no entrar en las zonas internas. Predicadores, así como comerciantes que vendían todo lo necesario para los sacrificios, eran activos bajo los pórticos. Jesús, e igualmente sus discípulos después de su muerte, solían asistir a los servicios del Templo en Jerusalén.

Si el Templo de Nehemías había sido profanado y saqueado por griegos (Antíoco IV, 169 a.C.) y romanos (Craso, 54 a.C.), el de Herodes sufrió una destrucción aún más completa durante la primera guerra judía contra los romanos, cuando los Zelotes, encabezados por Simón Bar Guiora y Juan de Giscala, se fortificaron dentro de sus murallas, provocando el ataque romano.

Sinagogas y otras instituciones

La sinagoga era un edificio donde los judíos solían reunirse, no solo para la instrucción y la oración, sino también para las asambleas populares y para

las reuniones municipales. Probablemente surgió de las necesidades sociales y espirituales de los judíos exiliados en Babilonia. En cuanto a pruebas arqueológicas, sin embargo, encontramos la más antigua en la Diáspora egipcia, en Shedia, no lejos de Alejandría, durante el reinado de Tolomeo III Evergetes (246-221 a.C.). En Palestina, es solo en el siglo I d.C. que varias fuentes escritas, entre ellos el Nuevo Testamento, dan testimonio de su existencia y de su uso, aunque parece ser ya una institución antigua. Se mencionan sinagogas como existiendo en Tiberias, Dora, Cesarea, Nazaret, Cafarnaún y Jerusalén. En solo esta última ciudad había, según el Talmud, 394 (o 480) sinagogas en el momento de la destrucción del Templo. Probablemente había una relación organizada entre sinagoga y Templo en cuanto a ritual, aunque no existe evidencia escrita de que los servicios de la sinagoga incluyeran cualquier tipo de oraciones. Fue solo después de que el Templo fuera destruido que la sinagoga se convirtió en el centro de la vida religiosa judía, incluyendo el culto.

El personal de la sinagoga incluía el jefe de la sinagoga, el funcionario permanente o *shamash* (bedel), el cantor profesional, el lector y el rabino o predicador. Originariamente, los rollos de la Toráh eran traídos a la sinagoga para el servicio, pero más tarde se mantuvieron allí en el armario llamado "arca santa". El arreglo interior y la orientación del edificio cambiaron con los tiempos. El arca estaba colocada en dirección a la ciudad santa, Jerusalén. Inmediatamente delante del arca se colocaba el facistol de un lector. Numerosos pavimentos de mosaico de sinagogas de la época talmúdica fueron descubiertos en el país de Israel, y en ellos hay muchas representaciones figurativas (véase Cap. VII).

La sinagoga era el centro de toda comunidad judía o "congregación santa" (*qehilah qedoshah*), tanto en Israel y como en la Diáspora, y cada una tenía su propio liderazgo. Antes de la destrucción del Templo, el Sanedrín había ejercido la función de Consejo religioso en Jerusalén. Más tarde, un patriarca (*nasí*) jugó un papel muy importante en la comunidad judía en su conjunto, supervisando incluso la red de comunidades en el Imperio Romano y fuera de sus fronteras por medio de sus mensajeros (*shelijim* o *apóstoloi*), encargados de la misión de predicar, enseñar, crear tribunales y recaudar fondos.

Los sabios

Desde los días de Esdras y la Gran Sinagoga en el período persa, a los que se atribuye la realización de la colección de los libros sagrados (*Tanaj*),

los sabios o escribas *(soferim*) habían asumido el lugar anteriormente ocupado por los profetas en la tradición de la Ley (*Toráh*). Eran responsables de la formulación de la liturgia judía, la división de la Ley oral en *Midrash*, *Halajáh* y*Agadáh* y la institución de las festividades judías. Nunca fue cuestionada su autoridad para emitir ordenanzas y decretos, aunque estas decisiones son siempre citadas como diferentes de la Ley bíblica.

Simeón el Justo, que probablemente hay que identificar con el sumo sacerdote Simeón, hijo de Onías, quien se entrevistó con Alejandro Magno, fue uno de los últimos supervivientes de la llamada Gran Sinagoga (asamblea de sabios en la época persa), así como el primero de la nueva sucesión de maestros, los Padres (*Avot*) del judaísmo clásico. Desde los días de Ben Sira (c. 200 a.C.), estos sabios eran una clase profesional. Tuvieron un lugar independiente, al igual que el sacerdocio, que previamente había conservado la Ley y su interpretación; aunque muchos de ellos, como los rabinos posteriores, eran sacerdotes ellos mismos. Muchos de estos sabios o escribas eran fariseos. Eran maestros de interpretación bíblica, comportamiento moral y principios jurídicos. Sus escuelas estaban organizadas como centros de estudio; eran adyacentes a las sinagogas, y en épocas posteriores se supone que cada sinagoga tenía su propia escuela o *beth midrash*. La sala de esta escuela era utilizada el sábado por la tarde para la instrucción popular. Aquellos que asistían a las lecciones diarias pagaban una cuota regular al custodio o *shamash*.

Además de estas escuelas avanzadas, había la escuela primaria (*beth séfer)* y la comunidad pagaba el sueldo de los maestros. Sabemos que hacia el final del siglo II d.C., el patriarca envió una comisión presidida por un rabino para hacer un recorrido por las ciudades del país y establecer en cada uno de ellas un maestro de Biblia y uno de tradición (*masóret*) judía. Los discípulos de maestros famosos, como Shamai y Hilel en tiempo de Herodes, formaron escuelas rivales, especialmente en materias de casuística, y ambas opiniones fueron siempre registradas en la literatura rabínica. Toda la colección de la antigua tradición oral de los sabios, llamada la *Mishnáh*, fue compilada y editada por el patriarca Judá alrededor del 200 d.C.

Lenguas, cultura y arte

Situada entre Egipto y los grandes imperios antiguos de Mesopotamia y Asia Menor, la tierra de Israel había sido el cruce de diferentes culturas durante su larga historia. Los acontecimientos más recientes, como el exilio babilónico, el dominio persa del país, la invasión griega y la conquista

romana, habían expuesto la cultura tradicional israelita a numerosos y profundos cambios. El hebreo, la antigua lengua del pueblo de Israel, había sido prácticamente suplantado por el arameo, más internacional, desde al menos el siglo V a.C. Por otro lado, los rollos de Qumrán demuestran que un renacimiento del hebreo había ocurrido en el siglo I a.C. y es posible que incluso fuese hablado en discursos públicos por las personas educadas.

Por supuesto que las clases altas judías habían adoptado en gran parte el griego. Esto es obvio, por ejemplo, por los nombres, griegos o helenizados, que aparecen en las inscripciones sobre osarios y lápidas. La filosofía griega había influido a los pensadores judíos desde el tiempo en que fue escrito el libro del Eclesiastés (c. 250 a.C.), y esta influencia había aumentado desde entonces. La literatura rabínica nos informa que funcionaba en Palestina una academia griega en el siglo II d.C., y es cierto que muchos rabinos famosos recibieron allí una educación griega. El arte judío de los períodos romano y herodiano refleja la influencia helenística en gran escala, aunque continúan apareciendo elementos típicamente orientales (Fig. 2). La ausencia de figuras humanas y animales nos recuerda que las leyes religiosas estaban todavía en vigor y guiaban todas las actividades artísticas. No fue sino hasta más tarde, en el período romano tardío (c. 200-300 d.C.), cuano nos damos cuenta que aquella prohibición bíblica fue pasada por alto por parte de los artistas judíos en tierra de Israel y en la Diáspora, con el acuerdo explícito de los rabinos.

La fe judía

En el judaísmo normativo de los primeros siglos de la era cristiana no existía lo que llamaríamos un cuerpo de dogmas para ser aceptado ni tampoco un credo formulado para ser proclamado. Había más bien una fe práctica en el Dios de Israel, por parte de quienes se llamaban “hijos del mandamiento”. Un israelita era miembro de la comunidad judía desde el momento en que entraba en el “pacto de Abraham” por el rito de la circuncisión, en el octavo día de su vida. Lo mismo era exigido del no judío que quería convertirse al judaísmo. Mujeres y hombres que se habían convertido estaban también obligados a bañarse en el *mikvéh*. Este ritual tiene una fuerte semejanza externa con el bautismo cristiano; en el judaísmo expresa la idea de santidad, la especial consagración a Dios que distingue a los judíos de todos los demás pueblos. Ellos son, como dice la Biblia: *am segulá, goy kadosh, mamléjet kohanim* (“un pueblo peculiar, una nación santa, un reino de sacerdotes”, Ex 19:5-6; cf. 1Pe 2:9). Dios es para ellos un padre, y también un rey, como se expresa en muchas de las oraciones del

Sidur.

Elegidos de entre todos los otros pueblos, los israelitas eran el "primogénito" de Dios creador, su posesión especial (*qinián*) (Éx 23:22; cf. 1Pe 2:9). Su presencia, expresada con el término consagrado de *shejiná*, los acompañaba por doquier, aun en el exilio (TB *Meguiláh* 29). El amor de Dios hacia ellos era mayor que al de cualquier otra nación (*Mejilta Ex* 15:2): "tuyo es el mundo entero, pero no tienes ningún otro pueblo más que Israel" (ibid. 15:16). No en vano, la actitud oficial judía hacia los gentiles era propensa a tomar una forma que era ofensiva a los no judíos. Cualquier contacto con ellos debía evitarse porque su falta de pureza podría contaminar al judío. Un gentil, incluso en peligro de muerte, no era digno de un acto de caridad (*jésed*) por parte del judío que implicase romper un mandamiento, como el reposo del Sábado (Cf. Lc 13:10-17; 14:1-6; TB *Sanhedrin* 74b; *Baba Metsi'a* 114b; Tosefta *Yebamot* 98a).

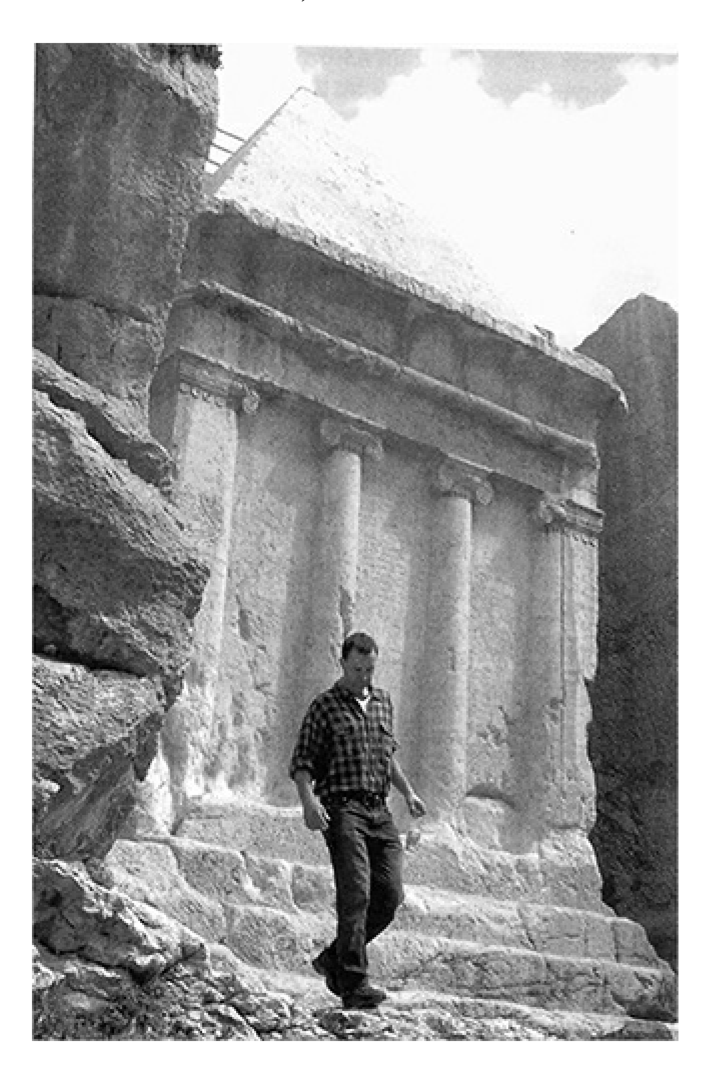


Fig. 2 Mausoleo judío de época helenística, en el valle Cedrón, Jerusalén.

Por otra parte, las relaciones personales dentro de la comunidad judía se regían por el principio bíblico "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Lv 19:18) sobre el que los grandes rabinos, como Hilel y Akiba, habían puesto mucho énfasis. La legislación rabínica alentaba la caridad pública y privada en forma de solicitud para con los pobres. La caridad era considerada el "mandamiento" *(mitsváh)* por excelencia.

Una idea típicamente judía, la esperada era mesiánica, fue la raíz de muchos disturbios políticos en los siglos primero y segundo. Esta idea de una edad de oro de la nación judía iba unida a las profecías de la liberación del dominio extranjero y la restauración de la independencia bajo el gobierno de un rey sabio y bueno de la línea de David. Las demás naciones serían subyugadas, o destruidas, o convertidas, según opiniones diversas. Además de este ideal político había otro de carácter más religioso: un tiempo cuando todos los hombres servirían al Dios de Israel. Dios sería rey sobre toda la tierra (Zc 14:9; Ab 1:17-21; Is 24:23; Dn 7). Llegar a este día feliz era la expectativa de todos los judíos religiosos, el objeto de sus oraciones y la justificación de sus observancias. Cuando un pagano abandonaba su paganismo y se unía al pueblo santo tomaba sobre sí mismo "el yugo del reino de los cielos" (*Sifrá Kedoshim* 93d, ed. Weiss).

Es posible que esta idea, tan destacada en el último período del Segundo Templo, fuera el punto de partida para misioneros judíos que iban por todo el mundo haciendo prosélitos (cf. Mt 23:15). En cualquier caso, el proselitismo fue tan apreciado por los rabinos que figura en frases como la siguiente: "quien acerca a un extranjero (*nojrí*) y hace de él un prosélito, es como si lo hubiese creado" (*Génesis Rabbá* 12:5, 39).

LA DIÁSPORA JUDÍA

No todos los israelitas deportados a Babilonia por Nabucodonosor (581 a.C.) regresaron a su país. Miles permanecieron en Babilonia y países adyacentes. Durante el período helenístico, cuando la tierra de Israel estaba dominada por gobernantes egipcios, tuvo lugar una continua emigración de judíos a Egipto, en tales proporciones que llegó a poner en peligro el equilibrio demográfico de ese país a favor de los judíos. En el Asia Menor, el rey seléucida Antioco III estableció colonias militares de judíos babilónicos que llegaron a asentarse permanentemente en Lydia y Frigia. Las

intervenciones romanas en Palestina provocaron la deportación de miles de judíos a Roma como esclavos. África del norte y otras provincias romanas de occidente vieron el establecimiento de numerosas comunidades judías, que en parte sustituyeron y tal vez incluso absorbieron las antiguas colonias fenicias. Es un hecho que la Diáspora judía incluía varios millones. Solo en Egipto vivían un millón de judíos, según Filón de Alejandría (*In Flaccum*, 45–46).

Las relaciones entre judíos y gentiles en la Diáspora revelan dos tendencias opuestas en el judaísmo, es decir, exclusividad y universalismo. La primera se manifiesta en la fidelidad a sus propias leyes religiosas, ritos, fiestas, días de reposo, pago del impuesto cultual al Templo en Jerusalén, peregrinaciones a la Ciudad Santa al menos una vez en sus vidas y el reconocimiento de la autoridad del sanedrín palestino y más tarde a la del patriarca. El entorno gentil no siempre toleró esas particularidades, y las autoridades locales, tanto griegas como romanas y algunos intelectuales, a menudo alentaron el antisemitismo popular (Cicerón, *Pro Flacco*, 28, 66–69; Horacio, *Sátiras*, 1:4, 137–142; Juvenal, *Sátiras*, 3, 10–18; 6, 542–547; Jos. Fl., *Contra Apion*).

La tendencia universalista, por el contrario, era muy fuerte entre muchos de los judíos autoexiliados, que intentaron por todos los medios integrar la filosofía griega en su forma de vida. La Biblia fue traducida al griego, griego y latín fueron adoptados en oraciones públicas, y no había oposición a la utilización de fórmulas paganas en sus documentos oficiales. Una inscripción en griego encontrada en Mileto (Asia Menor) demuestra que los judíos gozaban de plazas reservadas en el teatro local (Deissman 1910: 451). La religión judía en la Diáspora, especialmente después de 70 d.C., se centraba alrededor del estudio y la veneración de la Toráh, como se atestigua incluso por pinturas del rollo de la Toráh en catacumbas judías de Roma (Hachlili 1998: 366, fig. VII-16).

EGIPTO

Una serie de documentos dan testimonio del temprano asentamiento judío en Egipto antes de la época de Alejandro Magno: la Biblia (Jr 44:1; 46:14), la llamada *Carta de Aristeas* y los papiros arameos de Elefantina. Miles de papiros egipcios y de fragmentos cerámicos inscritos de los períodos helenístico y romano se refieren a judíos (Charles 1913; Pritchard 1950: 491–492). Los egipcios a menudo no lograban distinguir entre sirios y judíos, tal vez por la falta de un nombre especial para el sur de Siria, en el que se incluía

la tierra de Israel. (El nombre de “Palestina” no fue de uso oficial hasta el siglo II d.C.). Encontramos a judíos, no siempre fácilmente distinguibles por sus nombres, viviendo en más de sesenta diversas ciudades y aldeas del sur, centro y norte de Egipto. Sus posiciones sociales eran muy diversas; entre ellas están la policía, recolección fiscal, ganadería, agricultura, servicio y administración militar, comercio y préstamos de dinero (Tchericover 1973).

La vida judía en Egipto no era la de un ghetto. Había esclavos que trabajaban como sirvientes de una casa, y había ricos armadores y banqueros con un alto nivel de vida. Políticamente, su situación difería de la de las masas egipcias nativas y de la población griega gobernante. Pagaban impuestos como cualquier otro residente egipcio y no estaban exentos, como los griegos, del impuesto *per capita* introducido por los romanos en el siglo I. Después del 70 d.C., Vespasiano impuso un impuesto judío especial sobre ellos, correspondiente a la didracma pagada anualmente hasta entonces por todo judío adulto al Templo de Jerusalén.

Que entre los judíos egipcios dominaba un cierto sincretismo religioso es evidente por muchos nombres de persona y también por los epitafios. Se aceptaron costumbres funerarias egipcias, como la momificación. Filón describe una especie de institución monástica llamada los Terapeutas (Filón, *Vit. Cont.*). Sus miembros vivían una vida consagrada al estudio y la oración cerca de Lago Mareotis, en la región de Alejandría (véase Cap. VI).

Elefantina

Esta ciudad contaba con una guarnición judía, llamada la “fuerza judía”, ya en el siglo VII a.C. Estaba situada en el extremo sur de una pequeña isla en el Nilo, frente a la actual ciudad de Asuán. Su trabajo consistía en defender las fronteras del sur de Egipto. El templo erigido allí para sus necesidades religiosas era sin duda de carácter heterodoxo. Uno de los muchos papiros arameos encontrados en la isla atestigua que, junto con el Dios de los judíos Yaho, también dos diosas, Ashambetel y Anatbetel, eran adoradas allí (Pritchard 1950: 591–592). La correspondencia de aquellos judíos con los sacerdotes de Jerusalén muestra que todavía se sentían atados a sus orígenes y que aceptaban una autoridad judía central.

El templo de Onías

El sacerdote Onías IV fue el candidato legítimo para el sumo sacerdocio en Jerusalén después de la muerte de su padre, pero su rival Alcimo se le opuso. Por este motivo y por los decretos emitidos por Antíoco IV dejó Judea

y se fue a Egipto, donde fue autorizado por Tolomeo VI para construir un templo (c. 145 a.C.). El sacerdocio de Jerusalén no reconoció este templo, que probablemente fue ideado para servir como centro de culto para un asentamiento militar judío. Pero continuó funcionando hasta después de la destrucción del Templo en Jerusalén, cuando fue cerrado en el 73 d.C. por orden de Vespasiano.

ALEJANDRÍA

La más grande y más importante de las comunidades judías que vivían en la Diáspora era la de Alejandría. En aras de la claridad, aquí nuestra revisión se dividirá en varios puntos:

Condiciones sociales y políticas

Los judíos se habían establecido en Alejandría desde su fundación por Alejandro Magno (333 a.C.). Hasta la época romana, había sinagogas en todas las partes de la ciudad. La población judía no ocupaba un barrio especial. Había muchos judíos ricos, especialmente comerciantes. Durante el período tolemaico, las relaciones entre judíos y griegos eran buenas, y sabemos de solo dos conflictos. Muchos judíos incluso disfrutaron el estatus de ciudadanía, un privilegio que era negado a los egipcios nativos. Su posición se deterioró hacia la primera mitad del siglo I d.C., cuando todos los judíos exigieron la ciudadanía con el fin de evitar un impuesto que los romanos impusieron a la población local, del que los ciudadanos griegos de Alejandría estaban exentos. Disturbios entre judíos y griegos estallaron en 38 d.C., durante el reinado de Calígula. A su muerte, los judíos tomaron la revancha, provocando un levantamiento en todo el Imperio Romano. Los romanos suprimieron esta revuelta, pero una doble delegación alejandrina, de judíos y griegos respectivamente, fue enviada al emperador. Esto motivó el famoso decreto de Claudio sobre los derechos judíos en la ciudad. Nuevos enfrentamientos durante la rebelión judía de 115-117 d.C. provocaron el incendio de la gran sinagoga, y la población judía de Alejandría comenzó a disminuir.

Cultura

La judíos de habla griega de Alejandría estaban familiarizados tanto con las obras literarias y filosóficas de los griegos como con la Biblia. Los orígenes de la traducción de ésta al griego, la llamada Septuaginta, son legendarios: se creía que setenta y dos ancianos, trabajando

independientemente bajo inspiración divina, produjo cada uno una idéntica traducción del Pentateuco. Libros que no fueron recibidos en el canon de la Biblia, como Ben Sira (Eclesiástico), también fueron traducidos al griego en Alejandría. La producción independiente por parte de poetas, dramaturgos, historiadores y filósofos judíos en la lengua griega confirma el alto nivel de cultura helenística judía en Alejandría. Filón fue su mejor y último representante.

Asimilación y autoconciencia

La reacción de la clase alta de judíos alejandrinos al helenismo tiene dos aspectos. Por una parte, hubo una tendencia a la asimilación, no solo de una estructura griega del pensamiento, sino también de muchas ideas filosóficas e ideales griegos. Se ve, por ejemplo, en la atenuación de conceptos exclusivamente semitas en la traducción griega de la Biblia; y en la opinión generalizada de que los libros que Moisés escribió fueran la inspiración de la filosofía griega.

Por otro lado, la cultura griega no solo era concebida como el mejor medio para la propagación de la religión judía en todo el mundo (proselitismo), sino que también demostraba haber judíos dispuestos a luchar por el reconocimiento oficial de su derecho a mantener la pureza de su propia religión. El escrito judío helenista llamado *Sabiduría de Salomón* (considerado canónico por la Iglesia católica), fue escrito en Alejandría c. 50 a.C. y está altamente influenciado por la filosofía griega. Esta obra identifica a “los justos” con los judíos y a “los impíos” con los egipcios (o el poder griego en Egipto). Pero en general el judaísmo alejandrino se debe considerar como un paso decisivo hacia un mensaje universal de salvación.

Filón (c. 20 a.C. - 50 d.C.)

Filón es el mejor ejemplo de la cultura judía helenística en Alejandría. Sus muchos escritos filosóficos, políticos y exegéticos influyeron no solo sobre los Padres de la Iglesia, sino tal vez sobre el propio Nuevo Testamento. Él posiblemente ignorase el hebreo, como lo indican sus numerosas etimologías de nombres hebreos (*The Jewish Encyclopedia*, ed. 1906, *Philo Judaeus*). Los escritores rabínicos nunca lo mencionan, a pesar de que era un predicador de sinagoga. Presidió la delegación judía que fue a Roma para pedir al emperador Calígula por los judíos alejandrinos. Sus ruegos fueron atendidos por su sucesor Claudio.

Organización comunitaria e instituciones

Los judíos formaban una comunidad autónoma, encabezada primero por sus respetados líderes, luego por etnarcas, y después del período de Augusto, por un consejo de 71 ancianos. El etnarca era responsable de la marcha general de los asuntos de los judíos, particularmente asuntos legales. Las instituciones comunitarias incluían un *beth-din*, (en hebreo "casa del juicio", es decir, tribunal) y el *arjión*, es decir, una oficina para la elaboración de documentos. Un famoso edificio con una "doble columnata", el *dioplostion* mencionado en el Talmud, podría ser la espléndida sinagoga central, o tal vez un lugar grande de reunión para los artesanos.

Relaciones con Jerusalén

Los Hechos de los Apóstoles (6:9) y el Talmud hacen referencia a la Sinagoga de los Alejandrinos en Jerusalén. Durante el reinado de Herodes, varias familias prominentes de judíos alejandrinos vivían en Jerusalén. La "Puerta de Nicanor" en el Templo tenía ese nombre porque un famoso judío Alejandrino así llamado había traído de Alejandría aquellas puertas por barco, y fuentes rabínicas describen los milagros que se produjeron entorno a aquel hecho (M. *Yoma* 3:10; Tosefta, ibid. 2:4). La tumba familiar de este Nicanor fue descubierta en Jerusalén en 1902, pues uno de los osarios (Fig. 3) encontrados allí llevaba la inscripción: "Huesos de los (familiares) de Nicanor de Alejandría que hizo las puertas".

ROMA

Los orígenes de la importante colonia judía de la ciudad imperial son obscuros. Su primera mención es del año 161 a.C., cuando llegaron allí dos enviados de Judas Macabeo. Los gobernantes Hasmoneos enviaron nuevas delegaciones en 150 y 139 a.C. De este último año se conserva un testimonio de la expulsión de propagandistas judíos de Roma. Prisioneros de guerra judíos llegaron a Roma con Pompeyo después de su invasión de Judea (63 a.C.).

En un discurso en el Senado, Cicerón mantuvo que el número de judíos que llenaban el tribunal era tan grande como para intimidar al jurado (59 a.C.). La comunidad creció en número y fuerza, y con frecuencia causó disturbios que provocaron su expulsión (19 y 49-50 d.C.). La victoria sobre Judea por Vespasiano y Tito multiplicaron el número de esclavos judíos. Poetas satíricos romanos describen las actividades de vendedores ambulantes y de mendigos judíos por las calles romanas (Marcial, *Epigramas* 4, 4; 12, 5–

7; 7:30; Juvenal, *Sátiras* VI, 157–160; XIV, 96–106).

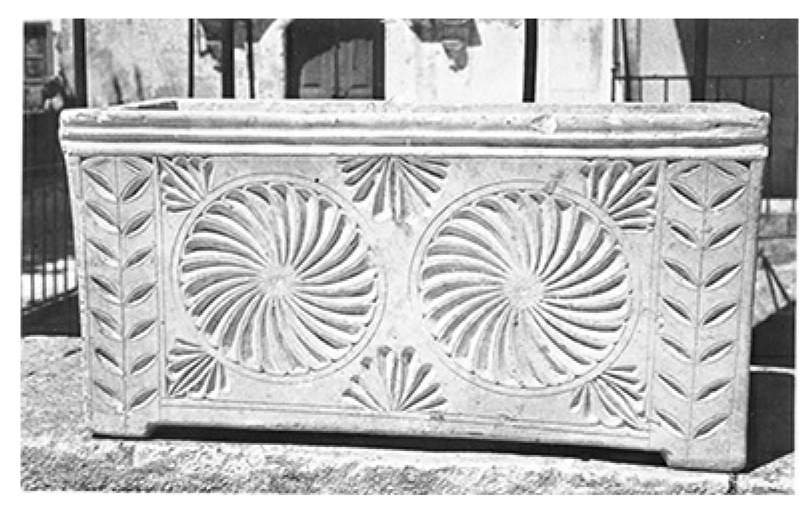


Fig. 3 Osario judío del siglo I d.C., Jerusalén.

Algunos judíos practicaban la artes liberales, como la medicina, pero la mayoría de los judíos romanos, en número de al menos 10.000, eran comerciantes y artesanos. Había trece sinagogas (Westernholz 1995), pero sus restos no se han conservado. Hasta ahora se han descubierto seis catacumbas judías. El griego era el idioma común de los judíos romanos.

Judíos y sirios

Aunque oficialmente protegido, el judaísmo nunca gozó de popularidad entre los romanos, que lo consideraron una de las muchas religiones orientales que invadían el oeste. A menudo los judíos eran identificados con sirios por razones geográficas. Misioneros itinerantes sirios de la diosa Atargatis, cuyos símbolos eran los peces, las palomas y los cerdos, atrajeron mucha atención por parte de los romanos y se formaron cofradías de recién adheridos a su culto en muchos países, tan lejanos como Galia. Los judíos también practicaban el proselitismo en gran escala, como ya se mencionó, y otras prácticas también los asemejaba a los sirios.

Ciertas características peculiares de los judíos solían herir la sensibilidad romana, tales como la prohibición de comer carne de cerdo y otros alimentos, el descanso semanal del sábado y, ante todo, el monoteísmo absoluto y la invisibilidad de Dios. Paradójicamente, rondaba la creencia de que los judíos eran adoradores de Baco, tomando parte en sus ceremonias orgiásticas, y que adoraban una cabeza de asno (Plutarco, *Symposiaca* IV, 6; Tacito, *Hist*., V, 5; véanse Lightstone – Herbert 2006).

Esclavos y hombres libres

Las intervenciones romanas en Palestina (63, 52, 44 y 4 a.C.) habían llenado la capital de esclavos judíos, pero su número aumentó considerablemente en el 70 d.C., cuando, según Flavio Josefo, no menos de 100.000 judíos fueron deportados y vendidos como esclavos. La derrota de Bar-Kojba agregó todavía varios miles más, y sabemos que un esclavo judío entonces era vendido por el precio de un caballo (Jos. Fl., *Contra Apion*, II, 9; Plutarco, *Symposiaca*, IV, 5). El número de esclavos judíos era todavía muy alto en la época de Constantino (siglo IV) y en la de Justiniano (siglo VI). También el Papa Gregorio I (siglos VI-VII) atestigua la existencia de esclavos judíos en su propio tiempo (*Epist.* VIII, 25). Hubo quien llegó a considerar que los judíos eran esclavos por naturaleza (Jerónimo, *Sobre Zacarías*, 11, 5; *Sobre Jeremías*, 6, 18; *Chronicon Paschale*, I: 474, ed. Dindorf).

Sin embargo, muchos de esos esclavos recibieron libertad por diversos medios y se convirtieron en ciudadanos romanos. Hubo ciudadanos judíos romanos en todas las provincias romanas, y muchos de ellos regresaron a Palestina con su nueva condición. Muchos consiguieron la ciudadanía como favor individual o imperial y otros la obtuvieron como recompensa por sus servicios en las colonias romanas (en Éfeso, Delos, Sardis, etc.). A estos judíos ciudadanos romanos probablemente les estaba prohibido practicar la poligamia, porque su condición dependía de su sumisión al derecho civil romano. Sin embargo, gozaban de una cierta independencia judicial. Se les permitía practicar todos sus ritos religiosos pero también estaban obligados a participar en los actos de culto a los dioses y al emperador.

Condición jurídica de la religión judía

El judaísmo obtuvo reconocimiento oficial en el Imperio Romano por el hecho de que estaba esencialmente ligado a sus prácticas y costumbres nacionales. Julio César sentó las bases para estos privilegios judíos, que fueron confirmados por Augusto y Tiberio. Calígula provocó una fuerte oposición cuando impuso a los judíos la adoración del emperador, aunque manteniendo sus privilegios. Claudio confirmó todos los privilegios judíos. Vespasiano y Tito no los suprimieron. Domiciano persiguió a los judíos y Nerva los protegió. Bajo Trajano, se rebelaron y fueron castigados. Adriano les provocó al erigirse a sí mismo un templo en Jerusalén y prohibirles la circuncisión. Después de la rebelión, Antonino Pío y sus sucesores les prohibieron esporádicamente diversos privilegios, como el ejercicio del

proselitismo. Por último, los emperadores cristianos conservaron los derechos de los judíos mientras que al mismo tiempo desterraban severamente el paganismo.

Sinagogas

La libertad religiosa de que gozaban los judíos en Roma encontró su expresión más visible en la organización de varias comunidades y la construcción de sinagogas. Los nombres de estos edificios se refieren a las personas que los levantaron, o al barrio en que se construyeron, o a los países de procedencia de las comunidades. La administración de la sinagoga consistía en un consejo de ancianos y varios oficiales.

Judíos en el palacio del emperador

Sabemos de dos romanos de alto rango que se hicieron prosélitos judíos. El primero fue Fulvia, la esposa de un senador romano llamado Saturnino. Este denunció al emperador Tiberio un fraude cometido por algunos judíos que nunca entregaron al Templo de Jerusalén el regalo que su propia esposa había enviado allí. El resultado fue que Tiberio expulsó a todos los judíos de Roma (19 d.C.). El segundo caso es el de Flavio Clemente, el hijo del hermano mayor de Vespasiano. Sus hijos fueron nombrados sucesores del emperador Domiciano. En el año 95 Flavio Clemente actuó de cónsul junto con el emperador, pero Domiciano acusó formalmente de ateísmo a Clemente y a su esposa Domitila, ella misma una nieta de Vespasiano. Como resultado, Clemente fue ejecutado y su esposa desterrada. El historiador Dío Casio describe expresamente este ateísmo como una conversión al judaísmo, aunque muchos historiadores posteriores consideran que posiblemente fuera una conversión al cristianismo (véase Cap. II).

Además de estos prosélitos judíos de alto rango, tenemos que añadir el caso insólito de la segunda esposa de Nerón, Sabina Poppaea. Flavio Josefo, quien nos cuenta un caso de su intervención en favor de los judíos de Jerusalén, nos dice sin más que era una "temerosa de Dios" (*Ant. XX, 9*).

El asunto de "Cresto"

El historiador romano Suetonio trae en su libro *Vidas de los doce césares*, publicado en 120 d.C., que el emperador Claudio ordenó la expulsión de todos los judíos de Roma debido a disturbios causados por ellos, "incitados por un cierto Cresto". Se cree que el caso se relaciona con los comienzos de la misión cristiana en Roma (c. 49 d.C.). Es posible que Cresto no sea otro que *Cristo*, confundido por el historiador o por sus fuentes (tal vez un

informe de la policía conservado en los archivos imperiales), con una persona de aquel nombre que habría vivido en Roma en aquel período. El decreto imperial afectó tanto a judíos como a cristianos. Entre estos últimos, sabemos de Aquila y Priscila, un matrimonio que luego se encontró con el apóstol Pablo en Corinto (Hch 18:1).

Catacumbas judías

Seis cementerios subterráneos judíos, similares a los cristianos, las bien conocidas catacumbas, se han descubierto en Roma hasta hoy, con más de quinientos epitafios. Se trata de una de nuestras principales fuentes de información sobre las condiciones sociales y familiares judías en la Roma imperial, la organización de sus comunidades, las sinagogas y la vida religiosa. Todas aquellas inscripciones expresan un estricto monoteísmo y fidelidad a la Ley. Solo judíos y algunos prosélitos están enterrados allí. Ni los gentiles que eran considerados "temerosos de Dios" (es decir, creyentes en el Dios de Israel pero que no observaban todos los mandamientos judíos) fueron sepultados allí. Los cuerpos eran enterrados enteros en las paredes de aquellos pasillos subterráneos, nunca cremados conforme a la costumbre romana.

Paradójicamente, las pinturas decorativas en las bóvedas y los muros que rodean muchos de los nichos representan no solo escenas bíblicas, motivos florales y símbolos judíos (la Menoráh, los rollos de laToráh), sino también motivos paganos y representaciones de figuras humanas y animales. Un sarcófago judío está decorado con tres máscaras de teatro. Un amuleto de vidrio sobre un esqueleto muestra una cabeza de Gorgona rodeada de serpientes. Algunas inscripciones llevan fórmulas paganas, como: "Sé valiente, que nadie es inmortal!" Pero saludos de *shalom* son mucho más frecuentes en los epitafios, generalmente escritos en griego o latín. El más largo y más bello de ellos, en latín, es el de una cierta Faustina, que manifiesta abiertamente la creencia en una resurrección futura (Frey 1936: 616).

OTROS PAÍSES

Ya el geógrafo griego Estrabón (siglo I d.C.) afirmó que no hay un solo país en el mundo donde no se encuentren los judíos. El Nuevo Testamento menciona la presencia en Jerusalén, en ocasión de la fiesta de Pentecostés, de judíos y "temerosos de Dios" de países tan lejanos como Partia, Media,

Cirene, Libia, etc. (Hch 2:9-11). Estas comunidades judías no solo fueron fieles a su centro espiritual, Jerusalén, sino que eran también activas en proselitismo. El ejemplo más notable es el de la familia real de Adiabene, en el norte de Asiria, que, convertidos al judaísmo, fueron a vivir a Jerusalén. Allí se conserva su tumba monumental. Otros asentamientos judíos alrededor del Mediterráneo han dejado igualmente importantes vestigios arqueológicos.

Antioquía

Durante el período Seléucida, Siria fue el centro administrativo del imperio Seléucida, con su capital en Antioquía junto al Orontes (la actual Antakia, en el sur de Turquía). Los judíos podían vivir allí con seguridad. Cuando la ciudad fue fundada en el 300 a.C., se les concedió plenos derechos. No hubo ningún especial barrio judío. Durante el reinado de Antíoco IV Epífanes, los judíos de Antioquía sufrieron persecución. El martirio de Hanna y sus siete hijos (2 Mac 7) pudo haber ocurrido allí. Más tarde, los cristianos les veneraron en su tumba, en el barrio de Keration, cerca de la sinagoga. La franquicia de los judíos en Antioquía estaba grabada en tablillas de bronce colocadas en un lugar público en la ciudad. Durante la época romana, la población judía creció de manera considerable, y fue allí que los primeros cristianos comenzaron a ser llamados *christianoi*, es decir, “mesiánicos”, probablemente por el resto de la población judía que todavía no había aceptado a Jesús como Mesías (Hch 11:26). Ya en los días de Pablo muchos paganos se unieron a las filas de los cristianos, y se nos cuenta acerca de los incidentes que tuvieron lugar entre las grandes figuras de Pedro y Pablo en relación con estos paganos que se convirtieron en cristianos sin haber pasado primero por el judaísmo (Gl 2:11–16). La comunidad judía de Antioquía mantuvo lazos comerciales y culturales permanentes con Palestina y tomó un interés en la vida espiritual de sus correligionarios de allí.

Asia Menor

Grandes asentamientos judíos en Asia Menor se evidencian históricamente desde el final del siglo III a.C., como se ha dicho anteriormente. Al parecer se construyeron las primeras sinagogas en Asia Menor en aquel momento. De la época romana poseemos información amplia y detallada sobre las comunidades judías por numerosas inscripciones, documentos y detallados relatos por Josefo y el Nuevo Testamento (especialmente en el libro de los Hechos y en las Epístolas). Según estas fuentes, los judíos estaban bien establecidos en las siguientes regiones del

Asia Menor: Jonia, Miria, Lydia, Caria, Licia, Frigia, Licaonia, Capadocia, Galacia, Bitinia, Paflagonia, Pisidia, Cilicia y otras regiones. Las costumbres judías se hicieron populares entre la gente de Asia Menor, y muchos gentiles encendían luces el día de Sábado y asistían a los servicios en las sinagogas. El movimiento de gentiles que adoraban al "Dios supremo" de Israel era fuerte en Asia Menor (Tertuliano, *Ad nationes*, I, xiii; Gregorio Nazianzeno, *Oratio* XVIII, 5; Gregorio de Niza, *Contra Eunomium*, II; véase Goodenough 1953, II: 221–243).

Grecia

La primera prueba arqueológica de una presencia judía en Grecia es una inscripción que menciona a un esclavo judío llamado Mosjos, "hijo de Mosjion el judío" (300-250 a.C.) (Cohen 1999: 98). Otras dos inscripciones de Delfi (siglo II a.C.) también se refieren a esclavos judíos (Frey 1936: nos. 709, 710). Entre los fugitivos judíos que intentaron llegar a Esparta durante el reinado de Antíoco Epífanes estaba el sumo sacerdote Jasón (2M 5:9). Hacia el 142 a.C. había judíos residentes en Esparta, Delos, Sición, Samos, Rodas, Cos, Cnidos, Creta y Chipre. En el siglo I a.C. Filón añade a esta lista Tesalia, Beocia, Macedonia, Aetolia, Atica, Argos, Corinto, la mayoría de las mejores partes del Peloponeso y la isla de Eubea. Inscripciones judías, incluyendo un número de ellas de la sinagoga local, dan testimonio de una importante colonia de judíos en Delos. El Nuevo Testamento menciona también las comunidades judías y las sinagogas de Tesalónica, Berea, Atenas, así como a "temerosos de Dios" en Filipos.

Dura-Europos

La famosa sinagoga descubierta en 1932 en la ciudad en ruinas de este nombre junto al río Éufrates, una ciudad romana que servía como estación de transferencia de mercancías traídas de la India por aquel río hacia Palmira y los puertos mediterráneos, es de suma importancia para la historia del antiguo arte judío.

De hecho había allí dos sinagogas de distintas épocas. La sinagoga superior se completó en 244-245 d.C. Una inscripción en griego conmemora el edificio de la sinagoga de Ben Samuel ben Idi, un "anciano de los judíos", con la asistencia de varios miembros de la congregación. La población judía no parece haber sido muy numerosa, y aislada entre los paganos. Tal vez esto influenció algunas de las escenas pintadas al fresco en las paredes (Fig. 4). También una pequeña capilla cristiana fue descubierta en las ruinas de la

ciudad. Ésta estaba situada a unos 400 kms. al norte de Nehardea, el gran centro del judaísmo babilónico, del que nada quedó después de su destrucción en 259 d.C.

África del Norte

El asentamiento judío en Egipto se extendió hacia el oeste a lo largo de la costa norte de África, alcanzando Cirene al menos desde el siglo II a.C. En la época imperial romana existían establecimientos judíos hasta el estrecho de Gibraltar. Según Estrabón, los judíos de Cirene formaban una de las cuatro clases de ciudadanos en el año 85 d.C. (Estrabón, *Geografía*, XVII, citado por Jos. Fl. en *Ant.,* xiv, 7, 2). La igualdad civil para los judíos había sido garantizada por los Tolomeos y fue ratificada por los emperadores romanos. Los judíos de Cirene mantuvieron estrechas relaciones con Palestina. Una historia detallada de la sublevación de los Hasmoneos fue descrita por uno de ellos, un escritor llamado Jasón. En el siglo I d.C. numerosos judíos de Cirene residían en Jerusalén, como sabemos por el Nuevo Testamento y las inscripciones en los osarios. Después de la caída de Jerusalén (70 d.C.) y especialmente bajo Trajano (115-117 d.C.), hubo en Cirene intentos de rebelión de los judíos, cuando respaldaron a su supuesto rey, un cierto Lukuas o Anbaeas. En Cirene se han encontrado osarios judíos semejantes a los conocidos de Palestina.

Galia y España

La prueba más antigua de una presencia judía en la Galia es el caso de Arquelao, el etnarca de Judea, que fue desterrado por Augusto en 6 d.C. a Vienne (Isère), donde murió en el 16 d.C. Su hermano, Herodes Antipas, fue exiliado a Lión por Calígula en 39 d.C. Después de la caída de Jerusalén, tres naves con cautivos judíos llegaron a Galia, destinados, según la leyenda, a Bordeaux, Arles y Lión (*Encyclopedia Judaica*, vol. 7: 7, “France”). La arqueología ha confirmado los primeros asentamientos judíos en esos lugares. El hecho de que los cristianos de Siria estuvieran organizados desde el siglo II en una comunidad importante en Lión, de la que formaban parte el obispo Ireneo y los famosos mártires, es una prueba en favor de un anterior establecimiento de judíos allí.

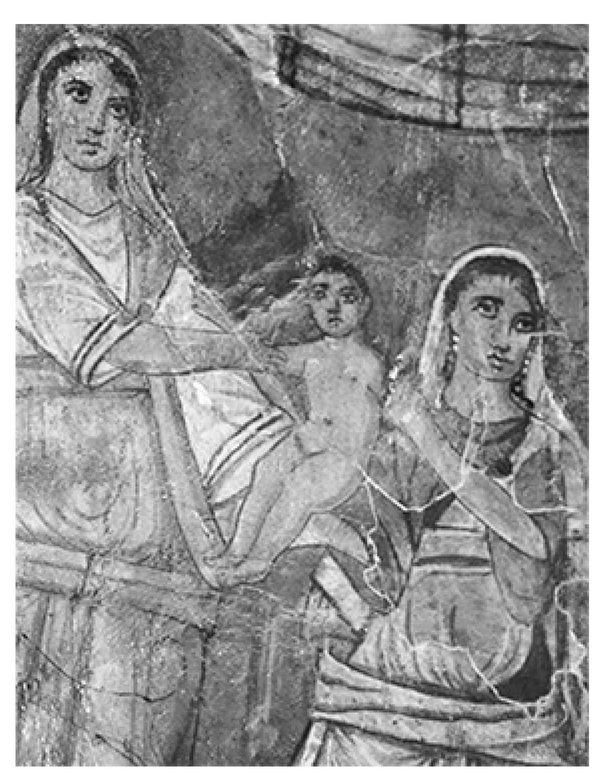


Fig. 4 Moisés rescatado de las aguas del Nilo, un mural en la sinagoga de Dura-Europos, Siria, siglo III d.C. (Goodenough, 1964, pl. XI).

Los judíos se establecieron en España probablemente tan temprano como el siglo I d.C. No sabemos si el apóstol Pablo llegó a llevar a cabo su proyectada vista a España, aunque una tradición local de Tarragona -más tarde una importante ciudad judía- sostiene que así fue. La 1 Epístola de Clemente de Roma (cap. V) da fe de esta visita. Los reglamentos del concilio cristiano de Elvira (305 d.C.) relativos a las relaciones entre cristianos y judíos también indica que una comunidad judía estaba establecida en esa región de España. Sin embargo, las primeras inscripciones judías locales que se encontraron son solo del siglo III. De un período algo más reciente tenemos dos inscripciones trilingües, en latín, griego y hebreo, testimoniando el carácter heterogéneo de aquella comunidad judía.

RESUMEN Y CONCLUSIONES

Esa encuesta sobre las comunidades judías a lo largo de las generaciones en los distintos países en que el cristianismo se estableció en los primeros siglos de la era cristiana es demasiado corta y ciertamente incompleta. A pesar de ello, espero haber mostrado suficientemente que uno no puede entender realmente el cristianismo, su rápida difusión en el mundo y el

carácter único que recibió, a menos que primero perciba su origen judío. Desde un punto de vista estrictamente humano, Jesús es principalmente un fenómeno judío. Nació como judío y vivió como judío durante un período de sujeción para su pueblo, un pueblo que había perdido su independencia y que estaba en aquella época bajo la cruel tiranía de los romanos. El primer grupo de personas que creyeron en "el camino" de Jesús (Hch. 9:2; 19:1,9,23; 24:22), estaba compuesto totalmente por judíos y fue perseguido por las autoridades judías, que los consideraban una peligrosa secta judía. Fue durante la primera generación del cristianismo que el Segundo Templo fue destruido, y a partir de este hecho se fortaleció la creencia de los cristianos de que la muerte de Jesús había substituido los sacrificios tradicionales, y también su creencia en el carácter universal de la redención.

Por otra parte, la Diáspora judía en Oriente y Occidente fue una verdadera ayuda para los misioneros cristianos que evangelizaban el mundo del Imperio Romano. Era natural que estos misioneros, que eran judíos o prosélitos, vivieran en el marco de las comunidades judías de la Diáspora. El apóstol Pablo estaba acostumbrado a ir primeramente a la sinagoga en cada ciudad a la que llegaba, para hablar allí. Fue durante estos sermones semanales que se formaron nuevos grupos de creyentes en Jesús. Con ellos deben contarse los llamados "temerosos de Dios", es decir, gentiles que habían adoptado la fe judía, pero todavía no habían tomado sobre sí mismos el yugo completo de los mandamientos. En todas las primeras comunidades cristianas que se levantaron en Siria, Asia Menor, Egipto, Grecia, Roma y los asentamientos en las partes occidentales del Imperio Romano, se mezclaban judíos y no judíos, que se juntaban formando un nuevo cuerpo espiritual. Aquellas Iglesias se iban desarrollando bajo una doble influencia. No cabe duda de que las raíces judías de estas comunidades cristianas dejaron su sello en la vida de la Iglesia, no solo desde una perspectiva espiritual, sino también social, cultural y de organización. Se les hacía difícil a los paganos diferenciar entre judíos y cristianos. Ambos grupos fueron acusados de ateísmo. En ambos grupos, los nuevos creyentes sufrieron una difícil relación con el gobierno, que a veces incluía la persecución, el exilio y la muerte.

Con frecuencia, las raíces judías de la iglesia dieron lugar a tensiones y malentendidos entre los nuevos creyentes, como puede deducirse de los documentos más antiguos, incluyendo el Nuevo Testamento. El apóstol Pablo se vio obligado a defender su posición ante los Apóstoles en Jerusalén, porque él no obligaba a los nuevos creyentes salidos del paganismo a cumplir

todos los mandamientos de la Ley (Hch. 15:1–19; véase también Gl. 5:1–11). Solo una generación más tarde hubo grupos cristianos integrados exclusivamente por personas de origen judío, tales como los “Ebionitas” y los “Nazarenos”, que se consideraban ser los verdaderos discípulos de Jesús, y tenían opiniones diferentes en cosas tan básicas como la divinidad del Mesías. Desde el siglo IV d.C., durante el cual estas dos sectas desaparecieron, el cristianismo ortodoxo intentó discernir la verdadera relación entre la naturaleza divina y la naturaleza humana de Jesús. Y es por causa de ello que surgieron las divisiones entre los cristianos llamados ortodoxos, arrianos, monofisitas y nestorianos. Aunque es cierto que la Iglesia nunca perdió de vista el hecho de que su existencia se originó a partir de sus raíces judías, solo unos pocos teólogos a lo largo de la historia han explorado este hecho más profundamente, demostrando a los cristianos su importancia para la comprensión de los fundamentos de su propia fe y de las diferentes maneras en que ésta ha sido expresada.

CAPÍTULO SEGUNDO
FUENTES ESCRITAS SOBRE EL CRISTIANISMO PRIMITIVO

Contenido:

Eusebio de Cesarea

RESUMEN Y CONCLUSIONES

2

El estudio del cristianismo antiguo puede ser abordado desde diferentes puntos de vista: teológico, filosófico, sociológico, etc. Pero, tratándose de un movimiento religioso judío que se originó en un marco histórico y geográfico bien definidos, nuestro enfoque debe ser ante todo histórico, y haciendo uso de los datos empíricos de la geografía y la cronología. Tenemos que investigar las fuentes literarias más antiguas que tenemos a nuestra disposición y no desviarnos de ellas en ningún momento de nuestro largo viaje.

Nadie puede negar que el origen y el primer desarrollo de la fe cristiana están plenamente documentados en textos escritos. Estos documentos, entre otras cosas, dan testimonio de la existencia histórica de Jesús y atestiguan la creencia de la Iglesia primitiva de que en Él se iniciaba la realización del plan de Dios para la salvación universal de la humanidad. La vida de Jesús, sus milagros, sus sermones y parábolas, transmitidas en un principio solo a través de la tradición oral, fueron luego puestos por escrito en la etapa en que la segunda generación de creyentes fue tomando el relevo de la primera. Estos creyentes consideraban que Jesús es el Mesías y el hijo de Dios. El testimonio de estos escritos, llamados "Evangelios", es muy importantente, puesto que viene directa o indirectamente de hombres que habían adquirido su fe personal en Jesús mientras vivían cerca de su persona, durante un período relativamente largo de sus vidas.

A los cuatro Evangelios canónicos siguen, en el Nuevo Testamento, los Hechos de los Apóstoles (un libro de carácter más claramente histórico). Siguen luego un gran número de Epístolas, más cortas, escritas por Pablo y algunos de sus colaboradores a varias comunidades cristianas, otra carta anónima (Hebreos), y siete más, llamado las Epístolas "Católicas" debido a su carácter más universal, atribuidas a Pedro, Juan y Santiago, el hermano de Jesús. La colección del Nuevo Testamento se cierra con el libro del Apocalipsis, la revelación a Juan, un libro de consuelo escrito en el estilo tradicional de la apocalíptica judía.

Sin embargo, además de las fuentes procedentes de manos cristianas (que incluyen no solo el Nuevo Testamento sino también otros escritos cristianos tempranos, especialmente los llamados *Padres Apostólicos*, con los que nos

familiarizaremos a su debido tiempo), el lector estará por supuesto interesado en saber si también existen fuentes externas, no cristianas, con las que fundamentar nuestro conocimiento de la historia y la doctrina cristiana. Existen, de hecho, fuentes judías y romanas relacionadas con nuestro tema, algunas conocidas y otras que han sido totalmente ignoradas por la mayoría de los eruditos. Iniciaremos pues nuestra investigación sobre las antiguas referencias literarias al cristianismo en estas fuentes no cristianas, como introducción a la literatura cristiana antigua.

FUENTES NO CRISTIANAS

Fuentes judías

Es natural que entre los centenares de obras judías producidas durante los primeros siglos de la era cristiana, existan referencias a Jesús y a sus discípulos por parte de los rabinos en sus escrituras halájicas y hagádicas. Sin embargo, dada la opinión negativa expresada sobre Jesús y su doctrina en tales pasajes, muchos de esos textos fueron más tarde retocados para hacerse menos directos y ofensivos, o quitados totalmente de las ediciones impresas del Talmud a fin de evitar el escrutinio de los inquisidores cristianos. Por otra parte, las referencias en los escritos midráshicos quedaron prácticamente intactas y todavía pueden ser leídas hoy por cualquier persona que tenga conocimiento del hebreo y arameo. Desde principios del siglo XIX, muchos de estos pasajes fueron sistemáticamente recogidos y discutidos por estudiosos cristianos y judíos (véanse, por ejemplo, Herford, 1905; Zeitlin, 1933; Schoeps, 1963).

Antes de comenzar nuestra breve revisión de tales referencias, tenemos que discutir una fuente judía particularmente interesante, el historiador Flavio Josefo, un contemporáneo de los acontecimientos ocurridos antes y después de la caída de Jerusalén en el año 70 d.C.

Flavio Josefo

En su libro *Antigüedades de los Judíos*, Josefo incluye tres pasajes relacionados con nuestro tema: una referencia a Jesús, otra a Juan Bautista y otra a Santiago, el "hermano del Señor". Estos textos aparecen en todas las ediciones impresas (incluyendo las traducciones) del texto de Josefo. Hay una tendencia generalizada entre los estudiosos a considerar estos pasajes como falsas interpolaciones hechas por un antiguo copista. Esto es particularmente cierto en el pasaje referente a Jesús, teniendo en cuenta que los libros de

Josefo llegaron hasta nosotros mediante las copias realizadas por los antiguos cristianos. Por otro lado, es difícil creer que Josefo hubiese ignorado los hechos referentes a la muerte de Jesús y la presencia de una comunidad judía contemporánea que predicaba que había resucitado de entre los muertos y que era el Mesías. Los cristianos podrían, por supuesto, haber hecho interpolaciones en el texto de Flavio Josefo. Pero es igualmente plausible que solo hubieran hecho alteraciones, en consonancia con su propia fe, a lo que Josefo, un escritor no cristiano, había escrito acerca de Jesús. Esto es lo que resultó evidente cuando el Prof. Shlomo Pines, un erudito judío israelí, descubrió una manuscrito árabe que contenía una traducción del famoso pasaje de Josefo acerca de Jesús, conocido como el *Testimonium Flavianum* (*Ant.* XVIII, 63–64). Este texto árabe fue incluido por Agapio, un escritor cristiano sirio del siglo X, en su libro *Kitab al-'Unwan*. Lo que sigue es la traducción del texto árabe publicado por Pines:

> *Del mismo modo Josefo el Hebreo. Porque él dice, en los tratados que escribió sobre la gobernanza de los judíos: "Había en aquel tiempo un hombre sabio que se llamaba Jesús. Su conducta era buena y era conocido por ser virtuoso. Y muchos de entre los judíos y de las otras naciones se hicieron discípulos suyos. Pilato lo condenó a ser crucificado y morir. Y los que se habían convertido en sus discípulos no abandonaron su doctrina. Sostenían que se les había aparecido tres días después de su crucifixión y que estaba vivo; por consiguiente, tal vez fuese el Mesías, referente al cual los Profetas contaron maravillas* (Pines, 1971: 16).

Este texto es más corto que el texto griego, que afirma explícitamente que:

> *Al tercer día se les apareció, devuelto a la vida. Porque los Profetas de Dios habían profetizado estas y otras mil maravillas acerca de Él* (ibid).

La referencia de Josefo a Juan Bautista también se encuentra en *Antigüedades de los Judíos*. Este texto se enmarca en la narración de la derrota de Herodes Antipas por Aretas, el rey nabateo. Según Josefo,

> *...algunos de los judíos pensaban que la destrucción del ejército de Herodes* (Antipas) *vino de Dios, y muy justamente, como castigo por lo*

que hizo a Juan, que era llamado el Bautista: porque Herodes lo mató, a él que era un hombre bueno y ordenaba a los judíos ser virtuosos, tanto en la justicia de unos con otros, como en la piedad hacia Dios; y también que fueran a bautizarse; porque el lavado [con agua] *sería aceptable a Él, si hacen uso de él, no con el fin de quitar* [o remitir] [solo] *algunos pecados, sino para la purificacióndel cuerpo; si bien suponiendo que el alma hubiese sido ya antes completamente purificada por la justicia* (*Ant.* XVIII, 5, 2).

Josefo continúa, diciéndonos que Juan:

...fue enviado preso, debido al carácter sospechoso de Herodes, a Maqueronte... y que allí se le dio muerte (ibid).

En Josefo también encontramos la narración de la muerte de Santiago, el "hermano de Jesús" y jefe de la comunidad de creyentes Jerusalén. Este hecho tuvo lugar en Jerusalén, en los años inmediatamente anteriores a la destrucción del Templo:

Estando, pues, Anán [el sumo sacerdote] *en esta* [rígida] *disposición pensó que tenía ahora una oportunidad adecuada* [para ejercer su autoridad]. *Festo había ya muerto y Albino* [el designado como nuevo procurador romano] *estaba todavía en camino; por lo que reunió el sanedrín de jueces e hizo traer ante ellos al hermano de Jesús, que era llamado el Cristo* [Mesías]*, cuyo nombre era Santiago, y a algunos otros; y habiendo formado una acusación contra ellos como infractores de la Ley, los libró a que fueran lapidados: pero en cuanto a los que parecían más equitativos entre los ciudadanos, y a los que más molestaba la violación de las leyes, les desagradó lo que había ocurrido; enviaron también noticia al rey* [Agripa]*, deseando que mandase* [a decir] *a Anán que dejara de actuar de aquel modo, puesto que lo que había hecho no tenía justficación; algunos de ellos incluso fueron a encontrarse con Albino, que estaba por llegar de Alejandría...* (*Ant.* XX, 9,1).

El Talmud

Tanto el Talmud Babilónico como el de Jerusalén tienen un montón de referencias a Jesús, su persona, obras y doctrina, pero en algunos casos no

está claro si el texto en cuestión se refiere a Jesús de Nazaret o algun otro judío del mismo nombre (véase Klausner, p. 18–54). Aquí citaremos solo las fuentes más fiables y más importantes:

> *Un maestro ha dicho, 'Jesús el Nazareno practicó la magia, sedujo y desorientó a Israel'* (*Sanh.* 107b).
>
> *En la víspera de la Pascua Yeshu* [Jesús] *fue colgado. Durante los cuarenta días anteriores a la ejecución, un heraldo salía gritando: 'Va a ser lapidado porque ha practicado la brujería y ha seducido Israel a apostatar. Quien tenga algo por decir a su favor, que salga y alegue en su favor.' Pero como no se presentó nada que pudiera favorecerle, fue ahorcado en la víspera de la Pascua* (ibid. 43, 61).
>
> *Nuestros rabinos enseñaron: Yeshu tuvo cinco discípulos, Matai, Nakai, Nétser, Buni y Todáh. Cuando fue traído Matai* [al tribunal] *les dijo* [a los jueces]*: ¿Deberá Matai ser ejecutado? ¿No está escrito: Matai* [= "cuando" en hebreo] *voy a venir y comparecer ante Dios? A lo que ellos replicaron: Sí, Matai deberá ser ejecutado, puesto que está escrito: Matai* ["cuando"] *morirá y su nombre perecerá. Cuando llegó Nakai, les dijo: ¿Deberá Nakai ser ejecutado? ¿No está escrito: No matarás al Nakí* ["el inocente"] *y a los justos? Sí, fue la respuesta, Nakai deberá ser ejecutado, puesto que está escrito: En lugares secretos hace matar a Nakí* ["al inocente"]. *Cuando fue traído Nétser, dijo: ¿Deberá Nétser ser ejecutado? ¿No está escrito: Y Nétser* [una ramita] *crecerá de sus raíces? Sí, dijeron, Nétser deberá ser ejecutado, ya que está escrito: Pero tú eres echado lejos de tu sepulcro como un Nétser* ["una rama que estorba"]. *Cuando Buni fue traído, dijo: ¿Deberá Buni ser ejecutado? ¿No está escrito: Beni* [mi hijo]*, mi primogénito? Sí, dijeron, Buni deberá ser ejecutado, ya que está escrito: He aquí que yo mataré a tu hijo* [bin-já]*, tu primogénito. Y cuando fue traído Todáh, él les dijo: ¿Deberá Todáh ser ejecutado? ¿No está escrito: un salmo de "todáh"* ["acción de gracias"]*? Sí, respondieron ellos, Todáh deberá ser ejecutado, puesto que está escrito: Quien ofrece un sacrificio de Todáh me honra* (ibid. 43a).
>
> *Nuestros rabinos enseñaron: cuando Rabí Eliézer fue arrestado debido a Minuth* [es decir, herejía]*, lo llevaron al tribunal para ser juzgado. El gobernador le dijo: '¿Como puede un anciano como tú ocuparse de*

> *cosas ociosas como esas?' Él respondió: 'El juez tiene razón'. El gobernador, creyendo que se refiría a él, aunque de hecho se refiría a su Padre del cielo, le dijo: 'Por haber reconocido que yo tenía razón, estás absuelto'. Cuando llegó a su casa, sus discípulos fueron a visitarlo para darle consuelo, pero él no aceptaba ningún consuelo. R. Akiba le dijo: 'Maestro, permíteme decir una cosa de lo que tú me has enseñado'. Él respondió: 'Dila'. 'Maestro', dijo él, '¿Tal vez algunas de las enseñanzas de los Minim te fueron transmitidas y tú las aprobaste, y fue por ello que te detuvieron?' Exclamó: 'Akiba, tú me lo has recordado. Una vez andaba yo por el mercado superior de Séforis cuando me topé con uno* [de los discípulos de Jesús de Nazaret] *llamado Jacobo de Kefar-Sejaniah* (en la Tosefta, "Sajnín")*, que me dijo: Está escrito en la Toráh: No traerás el pago de una ramera, etc.* [a la casa del Señor]. *¿Se puede emplear tal dinero en la construcción de un retrete para el sumo sacerdote? A lo que no le respondí. Él me dijo: Así me fue enseñado* [por Jesús de Nazaret] (en la Tosefta, "Jesús, el hijo de Pantiri"): *"Fue recibido con pago de ramera, que lo devuelvan como pago de ramera. Proceden de un lugar sucio, que se vayan a un lugar sucio". La cosa me gustó mucho, y es por eso que fui atrapado de Minuth y que transgredí lo que está escrito en la Toráh: "aleja de ella tu camino", lo cual se refiere a Minuth, "y no te acerques a la puerta de su casa", que se refiere a la autoridad'* (TB *Avod. Zar.* 16b–17a; Tosefta, *Ḥul. 2, 24*).

Necesitaríamos más espacio para comentar y explicar los textos anteriores, así como otros que se encuentran en el Talmud acerca de Jesús de Nazaret. Solamente leerlos no es suficiente para evaluar su relevancia histórica, que es sin duda poco concluyente. Pero proporcionan un testimonio que no debe ser ignorado, pues representan la actitud adoptada por los sabios rabínicos cuando se enfrentan con el fenómeno cristiano y la conversión de muchos de sus correligionarios a la nueva fe. No niegan los milagros obrados por Jesús, aunque los atribuyen a trucos de magia. Aceptan la responsabilidad judía por la muerte de Jesús, justificando la sentencia del Sanedrín como sido emitida conforme a la ley judía. Por otro lado, el asunto del heraldo, que durante cuarenta días anunciaba la aplicación de la sentencia a fin de dar la oportunidad a que alguien pudiese presentar nueva información a favor del acusado, es un rasgo que subraya la honestidad de los jueces y que quiere

presentarlos bajo una luz positiva que no se encuentra en los relatos de los Evangelios, como destacó ya Joseph Klausner (Klausner p. 46–54). También llama la atención el hecho de que la opinión oficial de los rabinos sobre Jesús y su doctrina es menos grave que sobre sus seguidores, porque éstos representan un peligro real de división para el pueblo judío. Sin embargo, la opinión de Klausner debe ser corregida de acuerdo con la referencia midráshica que sigue, en la que la acusación de dividir al pueblo de Israel está formulada claramente contra Jesús.

Midrash Ha-Otiyot

Una referencia explícita a la crucifixión de Jesús se encuentra en *Midrash Ha-Otiyot*, ("Midrash de las letras"), atribuido al Rabino Akiba. La atribución de la obra al nombre del más famoso rabino del siglo II d.C. es ciertamente seudoepígrafa. Según parece, este midrash fue compuesto en Palestina alrededor del siglo V d.C. El anónimo autor explica el significado simbólico de cada una de las letras del alfabeto hebreo. En cuanto a la letra *tsadi*, escribe:

> *Tsadi: ¿Por qué tiene dos cabezas? Porque se trata de Jesús de Nazaret, quien agarró las dos cabezas, de Israel y de Edom, con lo que descarrió a toda la gente; y como lo viera Israel de este modo, se levantaron contra él, lo agarrarron y lo crucificaron en la cruz.¿Cómo razonaron?: "Si tu hermano, hijo de tu madre, te tentare"* [Dt 13:7], *y no "hijo de tu padre".*

En mi opinión, es obvio que ese texto, que encontré en una edición crítica de los *midrashim* menores (Wartheimer 5715 a.m.: 408-409), es un prueba auténtica de que rabinos de la época talmúdica en la tierra de Israel tenían conocimiento de los contenidos de los libros del Nuevo Testamento, y que hablaban con los teólogos cristianos de la época. Este curioso pasaje debe considerarse como una respuesta directa judía a la doctrina cristiana del plan divino de la reconciliación entre judíos y gentiles a través de la crucifixión de Jesús, como se afirma claramente en las epístolas de Pablo (Ef. 2:13-16; Cl. 1:20; 2:14). Además de esto, es otro reconocimiento explícito por parte de un autor judío que los judíos participaron en la crucifixión de Jesús. El autor no lo niega, solo intenta justificarlo, reforzando su argumento con una cita bíblica. En mi opinión, esta cita que nos proporciona el autor del Midrash

quiere ser "...una prueba evidente contra la filiación divina de Cristo. Jesús puede llamarse hermano de Israel por el innegable origen judío de su madre, pero en ningún caso se le debe llamar 'hijo de Dios', porque nada se dice en la Biblia hebrea de que el 'seductor'... fuese hijo del Padre de Israel, es decir, de Dios mismo" (Figueras 1980:165-166).

Fuentes romanas

Algunos de los más famosos y fiables historiadores romanos dejaron referencias sobre la temprana propagación de la fe cristiana en la capital del Imperio. Dichos textos han sido recogidos y publicados en varios idiomas (véase Stevenson 1970: 1-16). Vamos a presentar aquí algunas de estas citas, con muy pocas observaciones personales:

> *Dado que los judíos provocaban constantes disturbios a instigación de Cresto, él* [el emperador Claudio] *los expulsó de Roma* (Suetonio, *Vida de Claudio*, XXV, 4).

Como ya fue sugerido anteriormente (Cap. I), la "instigación de Cresto" a la que se alude aquí debe interpretarse como una referencia a los disturbios causados en la comunidad judía de Roma por la predicación de la fe en Jesús como *Cristo* (traducción griega de *Mesías*), cuyos seguidores mantenían que todavía estaba vivo. Claudio despachó el edicto de expulsión de todos los judíos de la capital en el año 40 d.C. Entre ellos estaban Aquila y Priscila, futuros colaboradores del apóstol Pablo, a quien conocieron en Corinto (Hch. 18:2).

La siguiente narración nos la cuenta Tácito, quien escribió sobre el gran incendio de Roma en julio del 64 d.C., que destruyó más de tres cuartas partes de la ciudad. Nerón acusó a los cristianos de haber causado el incendio, aunque él mismo era el principal sospechoso, según Tácito. Este cronista nos dice más sobre los cristianos que cualquier otro historiador no cristiano del período:

> *Pero todos los esfuerzos humanos, todos los regalos espléndidos del emperador y los dones de los dioses, no borraron la siniestra creencia de que la conflagración había sido el resultado de una orden. En consecuencia, para deshacerse de lo que se decía, Nerón agravó todavía la culpa e infigió las torturas más exquisitas contra una clase de gente odiada por sus abominaciones, los que el populacho llamaba*

> *cristianos. Cristo, de quien este nombre tenía su origen, sufrió la pena más grave durante el reinado de Tiberio a manos de uno de nuestros procuradores, Poncio Pilato; y así, una superstición mortal, según lo comprobado hasta el momento, estalló de nuevo, no solo en Judea, la primera fuente del mal, sino también en la urbe* [Roma]*, donde se concentra y se hace popular todo lo horrible y vergonzoso de todas partes del mundo. En consecuencia, se hizo un arresto, primero de todos los que confesaban; luego, por la información recogida de ellos, se condenó a una inmensa multitud, no tanto por el delito de incendio, como por odio a la raza humana. Mofas de todo tipo se añadieron a su muerte. Cubiertos con pieles de animales, fueron despedazados por perros y perecieron, o fueron clavados en cruces, o fueron condenados a las llamas. Éstos servían para iluminar la noche cuando faltaba la luz del día. Nerón había abierto sus jardines para el espectáculo y se dieron exhibiciones en el circo, mientras él se mezclaba con la gente vestido de auriga o conduciendo un carro. Es por ello que surgió un sentimiento de compasión incluso para los delincuentes que merecían el máximo castigo ejemplar; porque no era, según podía parecer, por el bien público que estaban siendo destruidos, sino por el exceso de crueldad de un hombre* (Tácito, *Annales*,XV, 44, 2-8).

Refiriéndose a la misma persecución de los cristianos por Nerón, Suetonio, otro de sus biógrafos romanos, tiene la siguiente breve frase:

> *Fue infligido castigo a los cristianos, una clase de hombres entregados a una nueva y malvada superstición* (Suetonio, *Vida de Nerón*, XVI, 2).

La segunda persecución de los cristianos se llevó a cabo durante el reinado de Domiciano, en el año 96 d.C., y fue descrita por Dío Casio. En ese texto parece que la fe cristiana traía consigo la acusación de “ateísmo”, debido al hecho de que sus miembros no adoraban imágenes, no ofrecían sacrificios a los dioses o al emperador, y no tenían templos en que reunirse para el culto. Así fueron acusados la noble pareja de Flavio Clemente y su esposa Flavia Domitila, a los que ya nos referimos anteriormente. Algunos estudiosos creen que estos se habían convertido al judaísmo, como parece decir el propio texto. Lo cierto es, sin embargo, que los romanos no hacían distinción entre las dos religiones:

> *Y en el mismo año Domiciano mató entre otros a Flavio Clemente durante su consulado, quien tenía por esposa a su propia parienta, Flavia Domitila. Contra ellos fue presentada la acusación de ateísmo: y también por lo mismo fueron condenados tantos otros que naufragaron en costumbres judías, algunos de los cuales fueron sentenciados a muerte, mientras que a otros se les privó de su propiedad; pero Domitila solo fue desterrada a Pandeteria* [actual isla de Cerdeña] (Dío Casio, *Epítome*, LXVII, 14).

Alrededor del año 112 d.C., se ha conservado una interesante correspondencia entre Plinio el Joven, gobernador de Bitinia, y el emperador Trajano. Su tema es la política oficial a seguirse respecto a las acusaciones populares contra la comunidad de los cristianos locales. La carta de Plinio da un largo relato de sus pesquisas en el comportamiento inusual de personas acusadas de ser cristianas. A algunos de ellos los había ejecutado. A otros los había enviado a Roma, por el hecho de que eran ciudadanos romanos. Algunos otros habían confesado ser cristianos

> *... y luego lo negaron, admitiendo que lo habían sido pero que luego habían dejado de serlo... Todos estos... adoraron tu estatua y las imágenes de los dioses, y maldijeron a Cristo.*

Lo que Plinio pudo comprobar de boca de los propios acusados en lo que respecta al culto cristiano era únicamente lo siguiente:

> *...que acostumbraban a reunirse en un día convenido antes de la luz del día para recitar por turnos una serie de palabras a Cristo como a un dios; y que se obligaban bajo juramento a no cometer ningún delito, a no cometer hurto, robo o adulterio, a no romper su palabra y a no negar un préstamo cuando se les exigía. Una vez hecho esto, era su costumbre salir y reunirse de nuevo para tomar alimento, una comida ordinaria e inofensiva... El contagio de esa superstición ha penetrado no solo en las ciudades sino también en las aldeas y en el país; sin embargo, parece posible detenerlo y rectificarlo…* (Plinio el Joven, *Ep.,*X, 96).

La respuesta de Trajano a Plinio fue breve pero clara:

> *(Los cristianos) no deben ser buscados; pero si son acusados y condenados, deben ser castigados... En ningún caso deben admitirse escritos* [de acusación] *presentados sin firma* (ibid., 97).

Conclusión

Los textos incluidos en la sección anterior no dejan lugar a duda en lo que respecta la existencia del cristianismo y de la historicidad de la persona de Jesús. A pesar de que los textos que lo documentan parezcan a veces absolutamente fantásticos, parciales e incluso contradictorios, tales referencias arrojan suficiente luz sobre aquel evento particular en la historia del pueblo judío que vivía en el imperio romano; y que, en consecuencia, los cristianos no inventaron su propia historia, como a veces se sugiere. Hay que admitir que los orígenes del cristianismo están bien documentados, no solo por el Nuevo Testamento y otros escritos cristianos antiguos, sino también por fuentes externas y contemporáneas, romanas y judías.

FUENTES CRISTIANAS

Esta sección trata de los materiales escritos en los que se basa la sustancia de la fe cristiana. Los cristianos de todas las confesiones admiten la inspiración divina del Nuevo Testamento o Nueva Alianza. Estos veintiocho libros tienen el mismo valor dogmático que los del llamado Antiguo Testamento, que sería mejor llamar Primera Alianza. Juntos, ambos Testamentos constituyen el corpus de las Sagradas Escrituras, o la Biblia, del griego *ta biblía*, es decir, “los libros” por excelencia.

Además de los libros del Nuevo Testamento, todos ellos escritos antes del final del siglo I d.C., presentaremos también otros escritos cristianos producidos durante las primeras generaciones de la Iglesia, cuyo valor histórico y doctrinal, sin embargo, es muy diferente entre ellos. Algunos de estos libros fueron escritos por los conocidos como *Padres Apostólicos*, autores que supuestamente habían conocido a algunos de los Apóstoles de Jesús. Otros son libros relacionados con la vida y enseñanzas de Jesús y sus discípulos, escritos por autores anónimos que atribuyen sus obras a alguien más conocido y con más autoridad. Esos libros, por más venerables que sean algunos de ellos, no fueron aceptados como autoritativos por la Iglesia y se les llama los Apócrifos del Nuevo Testamento. Algunos de ellos, como el *Protoevangelio de Santiago* y los *Escritos Seudoclementinos*, son particularmente importantes porque atestiguan la existencia de ciertas

tendencias doctrinales en la primitiva Iglesia, como el *antinomianismo*, es decir, la oposición a la Ley del Antiguo Testamento. No menos importante es toda la colección de escrituras *gnósticas* descubiertas hace casi setenta años en Nag Hammadi, en Egipto, entre las ruinas de un antiguo monasterio. No hay espacio aquí para ofrecer una verdadera introducción a estas y otras fuentes antiguas poco ortodoxas. En contra, preferimos presentar brevemente algunos de los primeros Padres de la Iglesia, que vivieron durante los siglos II y III y tuvieron gran influencia en el posterior desarrollo teológico de la fe cristiana.

El estilo, la finalidad y el tema central de todos los libros mencionados pueden variar considerablemente, y el lector debe recordarlo para entenderlos y obtener el mayor beneficio de su lectura. Además de los libros apócrifos, que son paralelos a los libros canónicos del Nuevo Testamento, hay también manuales doctrinales para misioneros, apologías dirigidas al emperador, cartas de obispos a sus comunidades, actas oficiales de juicios y martirios, colecciones de documentos históricos conservados desde los primeros tiempos de la Iglesia, comentarios bíblicos y muchos otros géneros. El propósito de mencionarlos aquí es ofrecer una visión breve aunque precisa de la riqueza de material escrito que está a disposición de cualquier persona que quiera penetrar en las profundidades del pensamiento y la fe cristianos que nos dejaron las primeras generaciones de creyentes. Muchos de estos escritores eran convertidos de religión y modo de vida paganos, y su entusiasmo por su nueva fe es evidente en sus escritos. Algunos de ellos provenían de un fondo filosófico que les permitía crear nuevas expresiones literarias para explicar su fe. Algunos habían sufrido martirio y con valentía habían confesado su fe. Otros eran pastores y líderes espirituales de comunidades muy heterogéneas. Muchos eran de origen judío, una característica que sin duda influía en su visión de la fe en Jesús como Mesías. Todos ellos, independientemente de su origen y proveniencia, muestran un profundo conocimiento de las Sagradas Escrituras, en las que encontraban una justificación y una explicación de su fe en Jesús como su redentor personal y Mesías enviado por Dios al mundo para redimir a la humanidad entera.

LOS LIBROS DEL NUEVO TESTAMENTO

Los cuatro Evangelios

Evangelio es una palabra griega compuesta del verbo *angelo*, que

significa “anunciar” y el adverbio *eu*, que significa “bueno”. Evangelio significa pues “buenas noticias”. En Grecia, la palabra *euangelion* se había principalmente utilizado para referirse al premio otorgado a un mensajero (*ángelos* en griego) que había traído una buena noticia, aunque también podía referirse a la noticia en sí misma. En el uso cristiano, la palabra se refiere a cada uno de los cuatro primeros libros del Nuevo Testamento, que llevan la buena nueva de la esperanza de la salvación eterna a toda la humanidad a través del relato de la vida, milagros, enseñanzas, muerte y resurrección de Jesús de Nazaret.

Tal como los poseemos hoy, los Evangelios canónicos son cuatro libros escritos originalmente en griego. “Canónicos” denota que esos libros fueron aceptados oficialmente por la primitiva Iglesia. En base al testimonio de algunos escritores cristianos de los primeros siglos, sabemos que una composición titulada *Evangelio de los Hebreos* circuló entre los creyentes judíos de la primera generación después de Jesús. Es posible que se tratara de una versión temprana, aramea, del Evangelio de Mateo. Fuera de algunas citas que fueron traducidas al latín por Jerónimo, este libro se perdió totalmente. Por lo tanto, el estudio científico del Nuevo Testamento comienza con la colección de los manuscritos griegos, el establecimiento de sus diferentes “familias”, y finalmente la selección de los textos más fiables, a fin de llegar lo más cerca posible de las versiones auténticas de las composiciones en cuestión. Se trata de una tarea minuciosa por muchas razones, siendo la más obvia el simple hecho de que estamos tratando del “libro de los libros”, que ha sido leído, copiado y traducido más que cualquier otro libro antiguo. Hoy se acepta que los mejores y prácticamente completos manuscritos griegos del Nuevo Testamento son seis códices sobre pergamino, dos de los cuales datan del siglo IV (*Sinaiticus* y *Vaticanus*), dos del siglo V (*Alexandrinus* y *Ephrem*) y uno del siglo VI (*Bezae*). Pero un gran número de manuscritos fragmentarios sobre papiro son mucho más antiguos, entre ellos el papiro Rylands, de principios del siglo II (Fig. 5) y el papiro Bodmer, que data de finales del siglo II y contiene la mayor parte del Evangelio de Juan. Esta tradición manuscrita continúa hasta la invención de la imprenta a finales del siglo XV. El catálogo de los manuscritos se divide en mayúsculos y minúsculos (según el tipo de letras) y en griegos y latinos.

La traducción del Nuevo Testamento en idiomas distintos del griego comenzó ya en el siglo II, con la vieja traducción al latín, la llamada *Vetus Latina*. Siguió luego la traducción copta, que data del siglo III. Estas

traducciones, aunque incompletas, son importantes porque se hicieron de originales griegos más antiguos que la mayoría de manuscritos griegos que poseemos hoy.



Fig. 5 El papiro Rylands del Nuevo Testamento, c. 130 d.C. (Roberts 1935).

También son importantes las traducciones fragmentarias del *Diatéssaron* de Taciano en latín y griego. Taciano era un sirio, y su *Diatéssaron* fue una combinación de los cuatro Evangelios en una solo relato. Oficialmente, nunca fue reconocido por la Iglesia.

De las viejas traducciones del siríaco, la más completa y más conocida es la *Peshitta*, nombre que significa "simple" en arameo. La idea era que esta simple traducción hacía el texto accesible a los cristianos sirios. La Peshitta todavía es utilizada por las dos ramas más importantes de la Iglesias siríaca, los cristianos sirios ortodoxos (que rehusan el concilio de Calcedonia) y los llamados cristianos orientales asirios (que rehusan los dos concilios, de Éfeso y de Calcedonia).

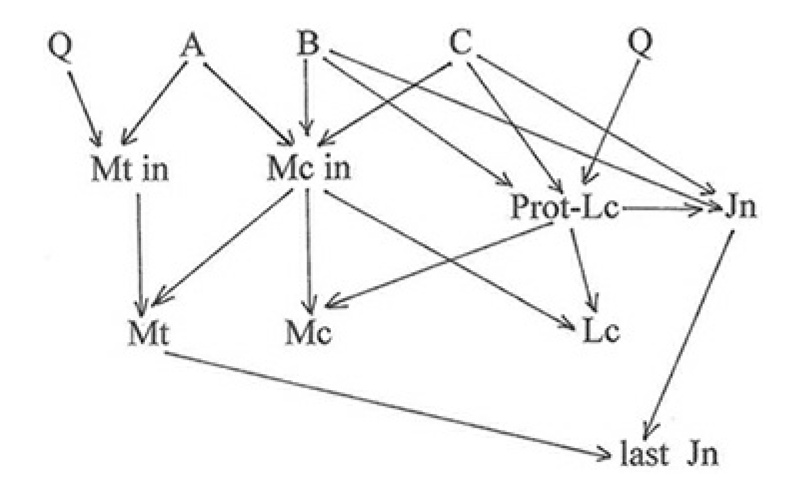
La mejor y más completa traducción latina antigua es la realizada por el sacerdote y monje romano Jerónimo por orden del papa Dámaso, que fue terminada en 405 d.C. Su obra, que incluye el Antiguo y el Nuevo Testamento, es llamada la *Vulgata*, que es todavía hoy la Biblia oficial de la Iglesia católica. De hecho, la Vulgata es más bien una revisión cuidadosa de la *Vetus Latina,* que una obra nueva y totalmente original, pero no sabemos nada de los manuscritos griegos y latinos que utilizó Jerónimo para ejecutar su monumental trabajo.

Una vez establecido el texto de los Evangelios con refierencia a los

manuscritos más antiguos y sus traducciones, la investigación científica de los libros se inicia con la *cuestión sinóptica*. Esta puede resumirse del siguiente modo: hay cuatro versiones oficialmente aceptadas de la vida de Jesús, es decir, los Evangelios tradicionalmente atribuidos a Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Pero los tres primeros tienen tanto en común que muchos de sus textos se pueden colocar paralelos entre sí y compararlos de una manera "sinóptica" (de las palabras griegas *opsis* y *syn*, significando "vista conjunta"). Es por ello que aquellos tres Evangelios se llaman los Evangelios Sinópticos. Sigue entonces la pregunta: ¿Cuál es la secuencia cronológica del uno al otro? ¿Quién copió de quién? ¿Hay fuentes comunes en la base de los tres escritos presentes que pueden haber desaparecido como textos independientes? Son innumerables las soluciones propuestas a estos problemas a lo largo de los siglos, pero los estudiosos no han llegado todavía aun acuerdo unánime. También podemos decir que cuanto más compleja sea la solución planteada, más posibilidades tiene de probabilidad. No hace mucho tiempo se creía que el Evangelio de Marcos, el más corto y de carácter más narrativo, fue el primero en escribirse, y que Mateo y Lucas lo tomaron como su texto base, que luego agrandaron, no solo con los relatos sobre el nacimiento y la infancia de Jesús, sino también con la ayuda de una supuesta fuente perdida, llamada *Q* por estudiosos alemanes (de *Quelle*, "fuente"), que contenía sus dichos, parábolas y sermones. Hoy en día esta teoría no solo es considerada como demasiado simplista sino que es negada totalmente por muchos estudiosos serios, porque no puede resistir un estudio más profundo de la expresión lingüística de cada escritor. Se ha comprobado, por ejemplo, que es mucho más fácil traducir al hebreo o arameo las secciones narrativas de Lucas que las de Marcos, lo cual sugiere que en la base de Lucas hay un original semita que no era conocido de Marcos (Fig. 6).

Aún sin resolver la cuestión sinóptica, debemos apreciar la aceptación por parte de la Iglesia primitiva de cuatro versiones diferentes de la vida, obras y doctrina de Jesús como prueba de su imparcialidad. Las diferencias en detalles históricos nunca fueron consideradas por la Iglesia como siendo un obstáculo para aceptar la autenticidad y la esencia del mensaje de los Evangelios. Por el contrario, los cuatro escritos representan para la Iglesia cuatro testimonios diferentes del mismo hecho básico, es decir, que Dios envió a su propio Hijo a este mundo para salvar a la humanidad del pecado y de sus consecuencias fatales. Esta es la buena nueva que tiene que ser anunciada al mundo (Mc 16:15), y esto se hace predicando la vida y la

enseñanza de Jesús de Nazaret tal como se cuenta en los Evangelios. En el curso del desarrollo y la difusión de la Iglesia hubo intentos no solo para resumir los cuatro Evangelios en uno (como se mencionó anteriormente), sino también para suprimir tres de ellos, dejando solamente Lucas, (porque era considerado estar más cerca de la mentalidad universalista de Pablo). Este intento fue hecho en el siglo II por Marción, un erudito sirio. Pero la Iglesia universal, ortodoxa, no aceptó este punto de vista y Marción fue condenado como hereje.



Q	=	"Quelle", una supuesta fuente escrita de dichos y sermones de Jesús
A B C	=	Tres supuestas fuentes escritas originales de la vida de Jesús
Mt in	=	Una supuesta versión intermediaria de Mateo
Mc in	=	Una supuesta versión intermediaria de Marcos
Prot-Lc	=	"Proto –Lucas", una supuesta versión primitiva de Lucas
Jn	=	Una supuesta versión primitiva de Juan
Mt	=	Evangelio de Mateo
Mc	=	Evangelio de Marcos
Lc	=	Evangelio de Lucas
Last Jn	=	Evangelio de Juan

Fig. 6 Esquema de una solución propuesta al problema sinóptico por Benoît y Boismard, 1966/1972.

Ahora bien, dado el hecho que las primeras composiciones de los Evangelios no fueron escritas con la intención de ser leídas como trabajos históricos como tales, sino sobre todo como una especie de manuales para refrescar la memoria de los primeros misioneros de la fe cristiana y de los

pastores de las congregaciones locales, su valor histórico debe apreciarse en primer lugar por lo que son, es decir, como fieles transmisores de una fe basada en hechos y documentos, y no tanto como históricos en el sentido científico de la palabra. El enfoque opuesto sería contrario a la misma intención de sus escritores. Los Evangelios son composiciones que no tienen paralelo en la literatura antigua. Los géneros literarios en los que sus diferentes partes fueron escritas son múltiples, incluyendo documentos de tipo jurídico (genealogía de Jesús en Mt 1:1–17 y Lc 3:23–38), poesía de estilo semejante al del Antiguo Testamento (cantos de María y Zacarías en Lc 1:46–55, 68–79), historias dramáticas (tentaciones de Jesús por el diablo en los textos de Mt 4:1–11 y paralelos), parábolas alegóricas (parábola de la viña en los textos de Lc 20:9–19 y paralelos), dichos populares (Lc 6:43–44), sermones complejos (sermón del Monte en Mt 5-7), diálogos pacíficos (con la mujer samaritana en Jn 4:5–30) y controversia violenta (Jn 10:19–39). El significado teológico y doctrinal de la enseñanza resulta completo y comprensible por debajo de este tipo de revestimientos literarios, que ocasionalmente destacaremos a lo largo de las breves presentaciones que siguen.

Mateo

Tal como lo tenemos hoy en día, el Evangelio que tradicionalmente fue atribuido al apóstol Mateo, un publicano (9:9-10) que también conocemos como Leví (Lc 5:27–29), es una composición bien organizada, que combina de una manera más bien coherente diferentes fuentes escritas con anterioridad. Lo más importante de éstas son la traducción griega de un original hebreo y una colección de dichos de Jesús (la fuente *Q*), aquí presentados principalmente en forma de cinco sermones: a) en la montaña (5-7); b) acerca de la misión (10:5–42); c) parábolas (13:1–52); d) sobre la vida de la Iglesia (18); e) sobre los escribas y fariseos y escatología (23-25). A estas fuentes el autor añade tradiciones independientes, tales como la genealogía y la narración del nacimiento de Jesús (1-2), la muerte de Judas Iscariote (27:3–9) y los incidentes acerca de los soldados en la tumba (27:62–66; 28:11–15). Una contribución muy importante del autor de este Evangelio son las referencias bíblicas, por las que desea mostrar cómo las profecías del Antiguo Testamento se cumplieron en la persona y las enseñanzas de Jesús (1:22–23; 2:5–6, 15, 17–18, 23; 3:3, 15; 4:14–16; 8:17; 12:17–21; 13:14–15, 35; 21:4–5; 27:9–10). Este dato solo es prueba de su interés en probar el

mesianismo de Jesús a sus lectores judíos. Este Evangelio probablemente recibió su forma actual después de la destrucción del Templo (70 d.C.), cuando los rabinos comenzaron a reorganizar el judaísmo alrededor de la Toráh. De ahí la polémica de Jesús contra la observancia farisaica de los mandamientos (capítulos 12 y 23) y su insistencia en la necesidad de una fidelidad a Dios que supere los preceptos, las obras y la "justicia de los escribas y fariseos" (5:20). Pero también había lectores de Mateo salidos del paganismo, y es por eso que el mensaje de salvación de Jesús es presentado y dirigido "a todos los pueblos" (28:19–20). Una ciudad como Antioquía en Siria podría haber sido el lugar donde el Evangelio de Mateo fue escrito y publicado. De hecho, las primeras citas que tenemos de Mateo se encuentran en las cartas de Ignacio, el obispo de Antioquía, datadas del año 115 d.C. (véase más abajo).

Marcos

Este Evangelio es el más corto de los cuatro y tradicionalmente se le ha considerado un resumen de Mateo y Lucas. En general, hoy en día todavía se cree que fue el primero en escribirse, y que de él depederían los otros dos Sinópticos. Pero es un problema todavía no resuelto (ver arriba). El autor de la primera edición de este Evangelio podría haber sido Juan Marcos, uno de los primeros creyentes en Jerusalén, que probablemente debe identificarse con el joven que, según este Evangelio, siguió a Jesús en su camino hacia el juicio por el sanedrín (14:51–52) y que más adelante fue un colaborador de Pablo en su primer viaje (Hch. 12:12, 25; 13:5, 13; 15:37–39) y durante su cautiverio romano (Cl. 4:10; 2Tm. 4:11; Flm. 24), y que también atendió a Pedro en Roma (1Pe. 5:1-3). La tradición dice que escribió su Evangelio en Roma, pero podría fácilmente haber sido compuesto en una de las capitales de Oriente, como Antioquía o Alejandría. Sus lectores fueron sin duda creyentes o futuros creyentes que vivían entre los gentiles, para quienes el autor explica las costumbres judías (7:1–4) y a veces traduce palabras arameas (7:14). La fecha de esta composición es probable que fuera alrededor del año 70 d.C., o incluso antes.

El Evangelio de Marcos es una composición que combina armoniosamente varias tradiciones de Jesús de diversos orígenes. El autor da a su libro un título muy claro: "La buena nueva de Jesús, el Mesías" (1:1), seguido por una breve introducción sobre la preparación de Jesús para su ministerio (1:2–12). Luego el escrito puede dividirse en diferentes partes,

siguiendo la vida de Jesús: en Galilea Jesús revela su identidad como Mesías a través de sus milagros (1:14–8:26). El título de "Mesías" es reconocido explícitamente por Pedro en Cesarea de Filipos (8:29), pero Jesús quiso que este título y sus poderes sobrenaturales permanecieran secretos (1:44 5:43 7:36; 8:30) antes de la revelación de su verdadera identidad a través de su muerte y resurrección. Estos dos hechos esenciales son predichos tres veces por Él en su camino hacia Jerusalén (8:31–10:52). Por el momento prefiere presentarse a sí mismo como "el Hijo del Hombre" (2:10, 28; 8:31; 14:61–62), aunque una vez también se reveló como el "Hijo de Dios" a tres de sus discípulos en la Transfiguración (9:2–10) (Fig. 7). En Jerusalén, Jesús enseña y defiende su autoridad en el Templo y en su alrededor (11-13), antes de someterse al sufrimiento y la muerte (14-15). La narración de su resurrección termina abruptamente (16:1–8), seguida de un apéndice añadido más tarde que cuenta sus apariciones y su Ascensión (16:9–20), resumido de los Evangelios de Juan y Lucas.

Lucas

Este Evangelio es el primero de dos libros que escribió el autor, uno que transmite las obras y enseñanzas de Jesús, y otro que relata los comienzos y la expansión de la Iglesia (Hch. 1:1-2). El autor es tradicionalmente identificado como Lucas, el compañero del apóstol Pablo en algunos de sus viajes (Cl. 4:14; 2Tm. 4:11; Flm. 24). En el prólogo al Evangelio (1:1-4), el autor dedica este libro al "noble Teófilo" (probablemente un seudónimo), afirmando que él escribe después de "haber seguido todas las cosas muy de cerca durante algún tiempo" y que quiere narrar "una relato ordenado". "Muchos", escribe, "se han propuesto compilar una narración de las cosas que se han realizado entre nosotros". Esta declaración sola justifica la suposición de que este Evangelio es una composición tardía, ciertamente posterior al año 70, para la cual el autor se sirve de fuentes escritas, tanto en arameo o hebreo como en griego (entre ellas posiblemente el Evangelio de Marcos), particularmente en la primera parte, tratando del ministerio de Jesús en Galilea (4:1–9:50); mientras que para la segunda parte, el largo viaje de Jesús de Galilea a Jerusalén, el autor debe su información a una fuente más privada (9:51–19:44). Como Mateo, también parece utilizar la fuente *Q* para muchos de los dichos de Jesús. En otros casos, sin embargo, es totalmente independiente, como en las parábolas del buen samaritano (10:25–37), del hijo pródigo (15:11–32) y otras. Lo mismo es cierto de anécdotas tan

significativas de la vida de Jesús como las visitas a los hogares de Marta y María (10:38–42) y de Zaqueo (19:1– 10) y algunas de las apariciones después de la resurrección (24:13–49). Lucas utiliza un griego preciso y tiene un estilo elegante, pero el lector atento puede a menudo percibir el sustrato de un original semítico. Esto es especialmente cierto en los capítulos introductorios sobre el nacimiento y la niñez de Jesús (1:5–2:51), que son una de las aportaciones más personales de Lucas. Aunque escribe para los cristianos convertidos del paganismo, le gusta envolver los acontecimientos que narra en la lengua del Antiguo Testamento, llenándolos así de un significado teológico profundo que no es fácilmente percibido por el lector. La figura de María, por ejemplo, solo se entiende si se considera como un símbolo de “la hija de Sión”, es decir, el remanente fiel del pueblo de Israel (Is. 10:20–22; 11:11), al recibir en su seno al Mesías prometido. Del mismo modo, el anciano Simeón, un símbolo de Moisés y de la Toráh, puede ya morir, porque sus ojos han visto al Salvador prometido (2:29–32), como Moisés vio la tierra prometida y murió (Dt 34:4–5). Junto con este trasfondo bíblico y judío, el Evangelio de Lucas se caracteriza por su visión universalista de la salvación traída por Jesús, quien perdona a los pecadores públicos (7:36–50), muestra misericordia a las viudas (6:12–13), samaritanos (10:25-37) y gentiles (13:28–30) y se preocupa especialmente por los pobres (16:19–31). Su misión es, ante todo, “salvar a los perdidos” (7:9–10).



Fig. 7 La Transfiguración de Jesús, pintura mural en una moderna iglesia ortodoxa rumana, Jericó.

Juan

Este es el más teológico de los cuatro Evangelios, fruto de una larga

reflexión sobre la persona de Jesús. Según la poseemos hoy en día, la fecha de esta composición son los últimos años del siglo I, cuando los creyentes se enfrentaban a una nueva situación, en la cual el judaísmo, recientemente surgido de la catástrofe nacional de la destrucción del Templo, adoptaba un enfoque totalmente farisaico de la vida religiosa. Teniendo esto presente, el lector percibe fácilmente que el autor proyecta en la vida de Jesús, especialmente en sus diálogos con los líderes judíos, la situación de la polémica y separación que los creyentes de su tiempo estaban experimentando frente al judaísmo oficial. En el Evangelio de Juan, la figura de Jesús, sus obras y palabras, son presentadas como una clara respuesta a los problemas que preocupaban a la comunidad cristiana cuando fue escrito. Un mensaje de fe y esperanza a la comunidad impregna todo el texto. Este tiene dos partes principales, introducidas por la adición de un prólogo (1:1–19) y ampliadas con un apéndice tardío (21). El prólogo fue escrito como un himno al Verbo de Dios, el cual, existente ya antes que el mundo y coexistiendo con Dios, fue revelado al mundo, primero a través de los profetas y luego tomando forma humana en Jesús. “La ley fue dada por medio de Moisés; la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo”(1:17). Este es el punto doctrinal central que se desarrolla en los capítulos siguientes. Estos se organizan por medio de importantes milagros o señales, como en las bodas de Caná (2:1–11), la curación del paralítico en el estanque de Betesda en Jerusalén (5), la multiplicación de los panes (6:1–15), la curación de un ciego (9:1–34) y la resurrección de Lázaro (11:1–44). A estos milagros siguen, o se los entrelaza con largos diálogos: con Nicodemo (3:1–21), con la mujer samaritana (4:5–26), con los judíos en la sinagoga (6:25–59) y en el Templo (7:14–36; 8:12–9:41) y también con las hermanas de Lázaro (11:1–44). La segunda parte del Evangelio (13–20) puede ser considerada como una larga despedida de Jesús a su comunidad de creyentes, a quienes promete volver a venir pronto (14:18–19) por medio del Espíritu Santo, “el Consolador” que Él y su Padre les enviarán (14:15–17, 25–26). Llegada la hora de su glorificación (17:1), Jesús abre su corazón a sus discípulos. Sentados alrededor de la mesa, reciben primero una lección de humildad (13:2–17) y luego escuchan su mensaje de amor por los demás (13:34–35; 15:17), antes de irse a su sufrimiento y a su muerte (18). Tienen que ser uno, como Él y su Padre son uno (17:20–23). Se trata de su testamento a sus discípulos, a su comunidad, a aquellos que seguirán siendo fieles a su amor (15:9-10). Proclamar este mensaje es la finalidad del autor del cuarto Evangelio, un

evangelio de consuelo, esperanza y aliento (16:19–23).

Hechos de los Apóstoles

Este escrito es la segunda parte de una obra que comienza con el Evangelio bajo el nombre de Lucas. Ambos libros están dedicados “al noble Teófilo” (1:1-2). Tras la salida de Jesús en su Ascensión al cielo (1:3-11), el autor describe el desarrollo de la Iglesia primitiva bajo la influencia del Espíritu Santo, que es derramado sobre los discípulos (2:1-13) y sobre todos los que se convertirán (2:38). El tema principal del libro es pues la expansión del evangelio desde Jerusalén “hasta los extremos de la tierra” (1:8) y a Roma, la capital del Imperio (28, 16-31). Esa expansión se centra primero en la comunidad de Jerusalén y sus líderes (3:1-5:42) y esta primera parte del libro termina con su persecución y su primer mártir (6:1-8:3). Esta persecución provoca la dispersión de los apóstoles, que evangelizan Samaria, Damasco (8:4-11:18) y finalmente Antioquía, Chipre y Asia Menor (11:19-14:28). La conversión de Saulo de Tarso, el futuro apóstol Pablo (9:1-19), es un punto importante en esta primera parte de la historia de la Iglesia, como lo son también la visión de Pedro y el bautismo de la primera familia pagana (10:1-11:18), por el que la fe en Jesús fue abierta a los no judíos. La aceptación de los gentiles en el cuerpo de la Iglesia era un tema de fuerte disputa entre los primeros creyentes, que requirió una decisión oficial por parte de los Apóstoles, reunidos en concilio en Jerusalén (15:1-35). Después de esto, la predicación de la palabra y la fundación de las iglesias locales llegó a Macedonia y a Grecia (15:36-21:14). Pablo fue hecho prisionero en Jerusalén (21:15-26), retenido en Cesarea durante dos años (21:27-26:32) y finalmente llevado a Roma, pudiendo así predicar su mensaje en el corazón del Imperio (27-28: 31). En algunas secciones del libro, el autor narra la historia como si estuviera él mismo presente (16; 20-21; 27-28). Lucas podía realmente haber sido testigo de los hechos que narra, pues había sido un entusiasta colaborador de Pablo en algunos de sus viajes (Hch. 4:14; 2 Tm. 4:11; Flm. 24). Pero también es posible que utilize un truco estilístico para dar más viveza a su escrito. Su principal interés es tan doctrinal como histórico, mostrando el diseño de Dios para la salvación de todos los pueblos mediante la predicación del evangelio de Jesús. Lo sermones de Pedro y Pablo constituyen aproximadamente un tercio del texto, algunos de ellos dirigidos a los judíos (2:4-39; 3:12-26; 4:8-12; 5:29-32; 7:2-53; 10:34-43; 13:16-41) y otros a los paganos (14:15-17; 17:22-31).

Las Epístolas de Pablo

Pablo, también llamado Saulo, nacido de una familia judía en Tarso de Cilicia, en Asia menor (Hch. 21:39), ciudadano romano (ibid. 22:25-29), fariseo (ibid. 23:6) y discípulo de Rabán Gamaliel I en Jerusalén (ibid. 22:3), había perseguido a los judíos creyentes en Jesús (ibid. 22:3-5). Después de su conversión y su bautismo en Damasco (ibid. 22:6-16), se convirtió en un entusiasta apóstol (Rm. 1:5), predicando el evangelio primero a los judíos y luego particularmente a los gentiles (Hch. 13:44-47; Rm. 15:19; Gl. 2:6-9) en Siria, Chipre, Asia Menor y Grecia, fundando y organizando comunidades de creyentes por doquiera pasaba. Para alentarles e instruirles escribió varias cartas, muchas de las cuales son hoy una parte importante del Nuevo Testamento.

Es un error considerar a Pablo como el verdadero fundador de cristianismo, pero es cierto que él estableció las bases doctrinales para la comprensión de la fe cristiana en su profundidad teológica, así como para la práctica de aquella en la vida de los creyentes, como comunidad y como individuos. En las introducciones que siguen intentaremos destacar solo los temas más importantes de cada epístola. No seguimos un orden cronológico, sino el que ya resulta clásico en las actuales ediciones de la Biblia. La atribución a Pablo de las Epístolas llamada Pastorales (1-2 Tm. y Tt.) sigue siendo un tema de debate. La Epístola a los Hebreos, a veces atribuida a Pablo, se presentará por separado.

Romanos

Escrita probablemente en el invierno de 57-58 en Corinto (Hch. 20:2-3), esta carta puede considerarse el testamento espiritual de Pablo. Se estaba preparando para su último viaje a Jerusalén, llevando ayuda a los pobres de esa comunidad (Rm. 15:25-26). Después, quería visitar a los creyentes en la capital del Imperio y luego continuar hasta España (15:23-24, 28), a llevar el evangelio hasta los confines del mundo conocido. La carta fue escrita como preparación para su visita a la comunidad romana, que estaba compuesta por judíos y no judíos. En vista de estos antecedentes y en un estilo más similar a la de un tratado que a una epístola, Pablo reveló el proceso histórico de la salvación ofrecida por Dios en Cristo, primero al pueblo de Israel, luego a todos los pueblos del mundo (1:18-4:25). Una segunda parte (5-8) desarrolla la tesis teológica de la contradicción entre la solidaridad de la humanidad en el pecado de Adán y sus fatales consecuencias y el amor inconmensurable de

Dios a todos los hombres a través de Jesús el Mesías. La siguiente sección (9-11) se dedica al análisis teológico del misterio del pueblo de Israel, la gracia de haber sido elegido (9:1-29) y la falta de validez de la práctica de los mandamientos para su salvación (9:30-10:21). El nuevo "pueblo de Dios" estará compuesto por los judíos que, solo por la gracia de Dios, han aceptado la fe en Jesús, así como por los creyentes salidos de paganismo (11:1-26). Los capítulos siguientes son instrucciones sobre varios aspectos de la vida de los creyentes, incluyendo las relaciones mutuas entre los miembros de la comunidad (12:1-8; 14:1-15:13) y la actitud de los creyentes hacia la autoridad civil (13:1-7).

Primera y Segunda a los Corintios

Corinto era una importante ciudad y puerto de mar en Grecia, y su comunidad cristiana estaba compuesta por elementos de diferentes condiciones sociales. Pablo, que les había evangelizado durante el año y medio que había pasado con ellos (Hch. 18:1-18), les escribió tres o cuatro cartas. La primera de ellas no ha llegado hasta nosotros (ver 1Co. 5:9-13), y probablemente nos falta también otra que fue escrita entre los dos que poseemos (véase 2Co. 2:4; 7:8). La Primera Epístola a los Corintios fue escrita en Éfeso, y en ella el autor respondió a las noticias de las grandes divisiones que sufría la comunidad (1:10-4:21), y también trató de otras cuestiones graves, como casos de inmoralidad (5:1-2; 6:12-20), el matrimonio y la virginidad (7), desórdenes en las reuniones de la comunidad y la celebración de la cena (11:2-34), la finalidad y el uso de los dones espirituales (12:12-14) y algunos errores doctrinales acerca de la resurrección (15:12-34).

La Segunda Epístola a los Corintios tiene como tema principal la persona misma de Pablo, cuya autoridad se había puesto en duda y cuyo ministerio era criticado por intrusos ajenos a la comunidad (10-13). Esta triste situación dio a Pablo la ocasión para tratar del ministerio apostólico en general, de su grandeza, responsabilidad y debilidades (3-6). Se alegraba de que hubiese ya terminado la crisis que había afectado las relaciones dentro de la comunidad (1:12-2:17; 7), y alentaba a sus destinatarios a completar la colecta que estaban preparando para los creyentes pobres de Jerusalén (8-9).

Gálatas

Escrita también en Éfeso durante el invierno del 56-57, esta carta está

dirigida a los creyentes entre los Gálatas (3:1), nombre usado solo para los habitantes de la parte norte de Galacia. Era ésta una provincia romana en el altiplano del norte de Asia Menor, cerca de Ankara actual, que incluía también las regiones más meridionales conocidas entonces como Pisidia, Frigia y Licaonia, evangelizadas por Pablo en su primer viaje misionero (Hch. 13-14). Los creyentes gálatas eran todos paganos de origen, y Pablo responde vivamente a los esfuerzos realizados por algunos intrusos de origen judío para persuadirles a circuncidarse, basándose en la creencia de que de otra manera no se salvarían (3:1; 5:2-3; 6:12-13). Pablo había tenido la experiencia personal de la tentación de caer de nuevo en la esclavitud de la Toráh (2:11-21) y proclama la libertad concedida por la fe en Jesús, quien nos liberó de la condición de siervos y nos hizo hijos de Dios (4:1-11). Las consecuencias prácticas de ello deben ser contempladas en los frutos del Espíritu (5:13-26), las relaciones mutuas de la comunidad y la vida personal de los creyentes (6:1-10).

Efesios

Pablo había evangelizado Éfeso, la metrópolis griega en la costa oriental del mar Egeo, en Asia Menor, capital de la provincia romana de Asia y puerto marítimo internacional. Fue un importante centro cultural y religioso, cuya deidad principal era la diosa Artemisa o Diana, cuyo culto había traído enormes ingresos a los ciudadanos de Éfeso (Hch. 19:1-22). El hecho de que la epístola no trate de los problemas particulares, locales, de una comunidad que Pablo conocía muy bien, ha sido causa de que muchos eruditos rechacen la creencia de que Pablo hubiese escrito esta carta (1:1). Puede haber sido escrita por uno de sus discípulos y colaboradores, ya sea durante el cautiverio de Pablo en Roma en el año 60 (Hch. 28: 11-29; véase también Ef. 6:20), o ya más hacia finales del siglo I. En realidad, la carta es un profundo tratado doctrinal sobre el plan eterno de Dios para salvar a todos los pueblos, un secreto oculto en Dios durante muchos siglos, pero finalmente manifiestado por Jesús. El primer paso en la realización de ese designio es la reconciliación de los dos pueblos hostiles, judíos y gentiles, a los que Dios une en un solo pueblo por la cruz de Jesús (2:11-22; véase arriba, *Midrash Ha-Otiyot*). La carta comienza con un magnífico canto de alabanza que resume todos los beneficios espirituales que los creyentes reciben de Dios por medio de Cristo y en Cristo (1:3-14) y concluye con recomendaciones de aliento para mantenerse fuertes y fieles hasta la victoria final (6:10-20).

Filipenses

Pablo escribió esta carta desde la cárcel, posiblemente en Roma (4:22), pero más probablemente en Éfeso, entre 56 y 57 d.C. La ciudad de Filipos, en Macedonia, fue la primera en ser evangelizada por Pablo en Europa, y también en la que fue arrojado a la cárcel (Hch. 16:9-40). En su epístola cuenta a los Filipenses sobre sus condiciones como preso por el evangelio, convencido de que, vivo o muerto, él siempre servirá a Cristo (1:12-26), y les exhorta a ser valientes en su lucha por el evangelio (1:27-30). Debían aprender amor y humildad total de Jesús, quien, aunque era Dios, tomó sobre sí la condición de siervo (2:1-11). Pablo probablemente reproduce aquí un antiguo himno litúrgico. En su entusiasmo afirma luego que sus sufrimientos son el mejor medio para identificarse con Cristo, su única fuente de orgullo, y se pone a sí mismo como un ejemplo a imitar (3:1-4:9). Por último, Pablo da gracias a sus destinatarios por todos los regalos que le fueron traídos por Epafrodito (4:18), a quien envía de vuelta a Filipos con esta carta (2:25-30).

Colosenses

Colosas era una ciudad de Asia Menor, a unos 175 kilómetros al este de Éfeso. La comunidad cristiana probablemente había sido fundada por Epafras (1:7; 4:2), un discípulo de Pablo en Efeso (Flm. 23). Cuando escribió la carta a los Colosenses Pablo estaba en la cárcel (4:18), donde se le informó que aquellos estaban en peligro de caer en desviaciones doctrinales y prácticas de la fe (2:8-23). Estos peligros provenían de dos causas diversas, el trasfondo pagano de los creyentes (2:13) y la fuerte influencia de la comunidad judía en la ciudad (2:16-23). Pablo insiste en que solo Jesús puede liberarnos de la esclavitud del pecado, de la Ley y de todo tipo de superstición a través de su muerte y resurrección. El acta acusadora contra los hombres, recibida por causa de nuestras ofensas contra Dios, ha sido suprimida, ha sido clavada en la cruz con Jesús, con lo cual el mundo se ha reconciliado con Dios (2:14). Todos los poderes cósmicos están sometidos ahora al Jesús victorioso como un trofeo de batalla (2:15), haciendo de Cristo el objetivo y el significado de la creación (1:20). En consecuencia, el creyente está libre de cualquier poder que pudiera disminuir su libertad (2:20), habiéndose revestido del hombre nuevo (3:10). “Donde no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, siervo ni libre, sino que Cristo es el todo, y en todos” (3:11). Pablo exhorta a sus lectores a vivir esta visión teológica en la realidad de sus relaciones personales diarias (3:12-4:6) y concluye la carta con una

larga lista de saludos (4:7-18).

Primera y Segunda a los Tesalonicenses

Tesalónica era la capital de la provincia romana de Macedonia, un puerto en el mar Egeo y un centro comercial importante, con una importante colonia judía. Allí fue Pablo después de los incidentes que tuvieron lugar en Filipos. En Tesalónica predicó en la sinagoga y permaneció en la casa de Jasón durante un breve período, hasta su huída a Berea debido a las acusaciones formuladas contra ellos por los judíos locales (Hch. 17:1-10). Pablo les escribió la primera de las dos cartas durante su estancia en Corinto a comienzos del año 51, alentándoles a mantener la fe (1-3), exhortándoles a vivir en santidad (4:1-12) y respondiendo a algunas preguntas sobre la muerte y la segunda venida del Señor (4:13-5:11). Se trata de la más antigua epístola de Pablo que se ha conservado y también el más antiguo de los libros del Nuevo Testamento.

La segunda epístola a los Tesalonicenses, escrita probablemente poco tiempo después de la primera, aborda los mismos temas y es muy similar, pero Pablo tiene ahora que defenderse de una carta falsamente atribuida a él, en la que se afirmaba que “el día del Señor ha llegado” (2:2). Luego afirma que ese día no llegará, “porque primero tiene que llegar la apostasía, y debe revelarse el hombre del pecado”, al que describe con colores apocalípticos (2:3-10). Pablo, como Jesús en los Evangelios (Mt. 24; Mc. 13; Lc. 21), describe la apostasía final y el final del mundo pero no nos dice cuándo van a ocurrir (véase 1Ts. 5:1). Lo importante es estar siempre listo, perseverar en la fe y aceptar las tribulaciones cuando vienen. Todo el mundo debe continuar con sus actividades diarias (2:1317; 3:6-12).

Primera y Segunda a Timoteo y Tito

Estas tres epístolas han sido llamadas “Pastorales” desde el siglo XVIII, porque se refieren a las responsabilidades pastorales de los jefes de las comunidades de creyentes. Están dirigidas a Timoteo y Tito, dos jóvenes colaboradores de Pablo, a los que conocemos por otros libros del Nuevo Testamento. A pesar de las expresiones típicas del Apóstol Pablo y los datos personales que contienen (1Tm. 1:3; 2Tm. 1:15; 4:9-21; Tt. 1:3; 3:12-13), su autenticidad ha sido impugnada. El autor aborda una situación en las comunidades que no conocemos por otras fuentes, advirtiéndoles contra falsas doctrinas que probablemente venían de elementos judaizantes (1Tm.

1:4, 7; Tt. 1:10; 3:9) y de círculos gnósticos. Eran enseñanzas de desprecio hacia las realidades creadas y no aceptaban la plena humanidad de Jesús (1Tm. 4:3-5; 2Tm. 2:18). Estas epístolas fueron escritas como una especie de testamento espiritual de Pablo (véase 2Tm. 4:1-8), llenas de consejos prácticos para la buena gestión de la comunidad y subrayando singularidades y deberes de todos los elementos que la constituyen, como los pastores (1Tm. 3:1-7; 4:6-16), los diáconos (ibid. 3:8-13), los presbíteros (ibid. 5:17-22; Tt 1:6), las viudas (1Tm. 5:3, 16), los esclavos (ibid. 6:1-2; Tt. 2:9-10), los ricos (1Tm. 6:17-19), los ancianos y las mujeres (Tt. 2:2-5), y los jóvenes (ibid. 2:6).

Filemón

Se trata de una breve carta de Pablo en la cárcel (1:9-10, 13) a un amigo y colaborador, Filemón, probablemente un residente de Colosas, relativa a una cuestión muy particular: un esclavo que pertenecía a Filemón, llamado Onésimo, se había escapado de su amo, y Pablo en la carta pide a Filemón que lo reciba de nuevo amablemente, sin consecuencia ninguna, como si Onésimo fuese Pablo mismo (18-19). Este, en la cárcel, logró convencer a Onésimo que aceptara la fe en Jesucristo, por lo que ahora debe ser considerado, "no ya como esclavo, sino como quien de esclavo pasó a ser hermano querido" (16). Hace también un juego de palabras con el nombre "Onésimo", que en griego significa "útil" (11). No cuestiona la existencia de la esclavitud en sí misma, ni aquí ni en otros pasajes de sus cartas (1Co. 7:20-24; Ef. 6:5-9; Cl. 3:22-4:1), y siempre destaca la dignidad de los esclavos. Onésimo, el esclavo, debe ser tratado como un hermano, no solo en el Señor, sino también como hombre (16).

Epístola a los Hebreos

Contrariamente a la opinión tradicional de la mayoría de los Padres de la Iglesia, no es probable que esta epístola pueda ser atribuida al apóstol Pablo. El estilo literario es muy original y bien ordenado, revelando un pensamiento de carácter reflexivo, y se parece más a una homilía que una carta. Algunas categorías teológicas del autor, tales como el carácter sacerdotal de Jesucristo (8:1-6; 9:11) y el carácter de sacrificio de su muerte (9:12-13, 24-28), no son compartidas por Pablo ni por ningún otro de los escritores del Nuevo Testamento. Parece que el autor tiene dos temas principales en su mente, uno teológico y otro pastoral, que desarrolla alternativamente. Tras una breve pero solemne introducción (1:1-4), el escrito se divide en cinco partes: a) la

posición de Jesús en relación con Dios y el hombre. El autor lo compara a los ángeles y lo presenta como sumo sacerdote (1:5-2:18); b) Jesús se caracteriza por los rasgos de cualquier sumo sacerdote, mereciendo la confianza de Dios y apiadándose de la humanidad (3:1-5:10); c) una explicación detallada del sacerdocio de Cristo, que es un sacerdocio nuevo y más eficiente que el del Antiguo Testamento (5:11-10:39); d) la fe de los antiguos patriarcas como ejemplo para la fe de los cristianos (11:1-12:13); e) una exhortación final a la santidad y la paz (12:14-13:19). La epístola concluye con una oración final (13:20-21) y una nota adicional (13:22-25). No sabemos quién es el verdadero autor, cuándo escribió, y para quiénes, pero obviamente se dirige a una comunidad de judíos creyentes. Debido a la comparación de Jesús con los ángeles (1:5-14) y con Moisés (3:1-6) y la insistencia en que su sacerdocio es más excelente (3-10), se ha sugerido que los judíos a quienes va dirigida la carta podrían haber sido un grupo de antiguos esenios (Yadin 1965).

Las siete Epístolas Católicas (universales)

Este es el título que se ha dado desde el siglo III a un grupo de siete epístolas que se consideran como dirigidas a la Iglesia cristiana en general, aunque una de ellas menciona situaciones geográficas de comunidades específicas (1 Pe.) y otra incluye nombres personales (3Jn. 1: 9). Ninguna de ellas aborda problemas particulares de una manera que nos ayude a identificar las comunidades a las que inicialmente fueron dirigidas.

Santiago

Esta epístola, escrita en un griego excelente, está dirigida por Santiago a “las doce tribus de la dispersión” (1:1). Por estas palabras entendemos que escribe a creyentes que viven entre paganos, no particularmente de origen judío. La tradición dice que Santiago era el “hermano” de Jesús y la cabeza de la Iglesia en Jerusalén (véase más arriba, *Flavio Josefo*), algo que a los estudiosos les parece difícil aceptar. Sus frecuentes citas bíblicas no son del hebreo sino de la traducción griega. Su estilo es similar a la de muchos libros de sabiduría, bíblicos y extra-bíblicos, sin plan premeditado. Procede por asociación de ideas y de palabras, porque su objetivo no es escribir un tratado teológico, sino una exhortación realista a vivir la fe de un modo práctico, en las relaciones con los demás (1:27) y en el autocontrol (3:1-12).

Parece escribir a comunidades fundadas por Pablo, pues tienen en la mente la idea paulina de la justificación por la sola fe, insistiendo en que la fe

sin obras no es nada (2:1-26). No se encuentra aquí referencia alguna a los temas principales de la doctrina cristiana, la obra redentora de Jesús y la obra del Espíritu, y el nombre mismo de Jesús aparece solo dos veces en la epístola (1:1; 2:2). La epístola de Santiago fue aceptada por la Iglesia en el canon de la Escritura mucho más tarde que los demás libros, en el siglo III en Oriente y en el siglo IV en Occidente.

Primera y Segunda de Pedro

Estos dos escritos atribuidos a Pedro, el jefe de los Apóstoles y de la primera Iglesia en Jerusalén (Hch. 1:15; 2:14; etc.), son de carácter muy diferente uno de otro.

La Primera Epístola está dirigida por Pedro desde "Babilonia", es decir desde Roma (5:13; véase Ap. 17:3-5), a las comunidades o "hermandades" de los creyentes (2:17; 5:9) dispersas por cinco provincias de Asia Menor (1:1). La mayoría de sus miembros salió del paganismo y es gente sencilla, esclavos *de jure* o *de facto*, pero ahora disfrutando de su libertad cristiana. El autor les exhorta a obedecer a sus gobernantes y a respetar al emperador (2:11-17), animándoles a sufrir, si es necesario, como Jesús sufrió (3:13-22; 4:12-19). Teniendo en cuenta que "se acerca el final de todas las cosas" (4:7), les recuerda su elección como "pueblo de Dios" (2:4-10) y la santidad a la que han sido llamados a vivir (1:13-21). Deben mantener un amor intenso uno por otro (3:8-12; 4:7-11) y practicar virtudes tales como la sencillez en lo que respecta al ornamento de su vestido (3:1-6), el respeto a sus esposas (1:7), la sobriedad (4:7; 5:8) y la humildad (5:5-6). Se manda a los pastores de las comunidades apacentar sus rebaños con amor y generosidad, prometiéndoles que "cuando se manifieste el sumo pastor obtendrán la inmarcesible corona de gloria" (5:1-4).

La Segunda Epístola mejor podría ser considerada como un discurso de despedida, un género literario conocido en muchas obras literarias, incluyendo las del Antiguo y el Nuevo Testamento (Dt. 29-33; Jn. 13-17). El autor de este escrito, que presupone una audiencia totalmente familiarizada con las Escrituras y con las epístolas de Pablo (3:15-16), hace uso de la epístola de Judas (2:1, 9-17; 3:2) así como de apócrifos judíos (2:4) y de algunas concepciones griegas sobre el fin del mundo (3:7, 10, 12), debe haber escrito al final del siglo I, cuando la primera generación de creyentes había ya desaparecido, y la promesa de la segunda venida de Jesús todavía no se había cumplido (3:4). Escondiéndose tras la figura de Pedro (1:1), el apóstol que

estuvo presente en la Transfiguración de Jesús “en la montaña sagrada” (1:16-18), advierte a sus lectores contra falsos maestros que se desvían de la doctrina apostólica (2:1-22), animándoles a no perder la esperanza y estar preparados para el día del Señor (3:8-15).

Primera, Segunda y Tercera de Juan

Estos tres escritos comparten una atribución tradicional a Juan Evangelista, un estilo común, y las dos primeras epístolas comparten un tema común. El autor de las epístolas Segunda y Tercera se autodenomina “el anciano”, y esto probablemente se relaciona con las palabras de Jesús a Pedro sobre el discípulo que iba siguiéndolos (Jn. 21:20-23). Las tres epístolas fueron escritas probablemente por la misma mano hacia finales del siglo I, y están relacionadas con el Evangelio de Juan por el estilo y por el tema.

La Primera Epístola de Juan es un texto bastante polémico contra miembros disidentes (2:19) de una comunidad de creyentes (2:12-14) a la que el autor escribe. No hay ni pistas geográficas ni nombres personales. Pero el autor se dirige a ellos de una manera muy personal, expresando las mismas ideas básicas que el Evangelio de Juan: Dios nos amó primero (4:10), Jesús es verdaderamente hombre (4:2), Él es el Hijo de Dios y el Mesías (2:22), y los que niegan esto son o pertenecen al Anticristo (2:18, 22; 4:3). Debemos permanecer en la fe recibida “desde el principio” (1:1; 2:7, 24; 3:11), vivir como Jesús vivió (2:6) y dar la vida como lo hizo Jesús (3:16). Quien ama a Dios, “ama al que de Él nació” (5:1).

La Segunda Epístola está dirigida por “el anciano a la Señora Elegida y a sus hijos” (1:1). Se trata sin duda de una referencia a una comunidad de creyentes. Mucho más corta que la carta anterior, es una especie de bosquejo o resumen de la primera, insistiendo en el amor recíproco, el mandamiento oído desde el principio (5-6) y la advertencia de que “han venido al mundo muchos embaucadores, que no profesan que Jesús es el Mesías venido en carne. El tal es un mentiroso y un anticristo” (7).

La Tercera Epístola la dirige “el anciano a Gayo el amado” (1). Su estilo es similar al de las otras dos, pero carece de finalidad doctrinal. El anciano elogia a Gayo por su fidelidad y su disposición para ayudar a los hermanos y a los misioneros extranjeros (5-7), pero critica a cierto Diótrefes, que no reconoce su autoridad y abusa de la responsabilidad que posee como jefe de una comunidad (9-10).

Judas

La última de las siete Epístolas Católicas está escrita por Judas, el hermano de Santiago. Es una persona difícil de identificar. Ambos nombres son los de dos "hermanos" de Jesús (Mt. 13:55; Mc. 6:3), y Judas Tadeo fue uno de los doce apóstoles (Mt. 10:13; Mc. 3:18). Pero nuestro autor describe una situación de desviación y apostasía en la comunidad (1:4) correspondiente a un período muy tardío, sin duda posterior al de la vida de los Apóstoles, y semejante al que se describe en 2 Pedro 2:1-5. Judas exhorta a sus destinatarios a defender su fe contra los falsos maestros que han penetrado en la comunidad, a quienes compara con varios réprobos del Antiguo Testamento (5-11). Su lenguaje es apocalíptico, incluso cita el libro apócrifo de Enoc (14-15) y alude a la Asunción de Moisés, otro escrito apócrifo (9) (ver Cap. IV: "Doctrinas mesiánicas y escatológicas").

Apocalipsis

El último libro de la colección del Nuevo Testamento está escrito en el estilo apocalíptico que era tan típico del judaísmo en Tierra de Israel desde el período de los Macabeos. Por su contenido, sabemos que fue escrito durante un período de persecución de los cristianos (6:9-11) por el Imperio Romano (simbolizado por Babilonia, 17:5-6), probablemente durante el tiempo de Domiciano, en 95 d.C. El autor se llama Juan y su libro "una profecía" (1:1-3), y la tradición cristiana lo atribuyó a Juan el Apóstol. Sin embargo, esta atribución fue impugnada por muchas comunidades, y en Siria y Palestina el libro de Apocalipsis no fue aceptado en el canon de la Escritura hasta el siglo V. Exiliado a la isla de Patmos por su fe cristiana y la misión, Juan dedicó el escrito a las iglesias de Asia que sufrían graves contratiempos (1:4, 9). Su finalidad principal era consolar y dar esperanza y aliento. Después de un preludio con mensajes a cada una de las siete Iglesias (1:9-3:22), describe, con un exuberante uso de nombres simbólicos, números, letras, colores, animales y elementos naturales, la situación actual de angustia y muerte y el éxito temporal de sus enemigos (6:9, 12), así como su futura caída (16; 18; 20:7-10) y un juicio final (20:11-15). También hay visiones de la victoria final de Dios, la gloriosa aparición del Mesías (19:11-16), su reinado de mil años (20:1-6), el nuevo mundo que va a venir (21:1-5) y la nueva Jerusalén (21:9-22:5). Numerosas descripciones de una liturgia eterna celebrada en el cielo ante el trono de Dios y el Cordero (4-5; 7:9-17; 11:16-18; 14:1-5; 19:1-8) (Fig. 8) alternan en el libro con la predicción de desastres venideros, y ofreciendo un anticipo de la gloria eterna a los elegidos.



Fig. 8 Detalle de la visión apocalíptica, mural en una cripta del siglo VI, Terrassa, Cataluña (España).

LOS PADRES APOSTÓLICOS

Los Padres Apostólicos es el título que se da al grupo de los más antiguos escritos cristianos que siguieron al Nuevo Testamento, la mayoría de los cuales fueron compuestos durante la primera mitad del siglo II por diferentes personas en diferentes lugares, con poca relación entre ellos. Pero reflejan el pensamiento, sentimientos y desafíos de la segunda y la tercera generación de cristianos, constituyendo un vínculo literario entre los escritos del Nuevo Testamento y toda la literatura cristiana antigua en general, conocidos como los Padres de la Iglesia. Es posible que ninguno de los Padres Apostólicos hubiese conocido directamente a cualquiera de los Apóstoles de Jesús, pero sin duda podrían haber estado en contacto con gente que los habían conocido.

La Didajé (Doctrina de los Apóstoles)

Este importante librito es un manual destinado principalmente al uso de misioneros que necesitaban un resumen de la doctrina cristiana, y su título fue probablemente inspirado por la referencia a la "doctrina de los apóstoles" en Hechos 2:42. Su fecha, autor y lugar de composición se desconocen, pero puede aceptarse que fue escrito antes de la destrucción de Jerusalén en el 70 d.C. (no hay ninguna referencia a ella en su escatología, 16:3-8) en una de las grandes metrópolis orientales, probablemente Antioquía. Su teología es trinitaria (6:3), y Jesús es llamado no solo el "siervo del Señor" (9:2-3; 10:2) sino también "Señor" (*Kýrios*) (16:8). Muy importantes son sus referencias a la enseñanza de las "dos vías" (1:1-2), la administración del bautismo (7:1-4), la celebración de la Eucaristía (9:1-6), particularmente en "el día del Señor," es decir, el domingo (14:1) y la confesión de los pecados (4:14; 14:1). Este

librito, que fue escrito en griego, era muy popular en la antigüedad, como demuestran las referencias que a él hacen muchos de los Padres de la Iglesia y las antiguas traducciones existentes en muchos idiomas, incluyendo el latín, el copto y el árabe.

Clemente de Roma

Solo la primera de las dos cartas atribuidas a Clemente, el tercer obispo de Roma tras el Apóstol Pedro, es auténtica. Fue escrita durante la persecución de los cristianos por el emperador Domiciano (95-96 d.C.), con motivo de las graves divisiones en la iglesia de Corinto. El autor, que escribe con gran autoridad, prefiere esconderse detrás de la comunidad romana en su totalidad, y el saludo al principio dice: "La Iglesia de Dios que reside en Roma a la Iglesia de Dios que reside en Corinto". La carta es una extensa exhortación a mantener la fe, el amor fraterno y la unidad dentro de la comunidad durante un período de persecución. Utiliza ejemplos del Antiguo Testamento y tiene referencias históricas importantes, tales como el martirio de Pedro y Pablo en Roma y el viaje de Pablo a España (5:2-7). La epístola también incluye una serie de oraciones bien estructuradas para las naciones (59:3), los necesitados (59:4), la paz (60) y los gobernantes (61), probablemente similares a las solemnes oraciones litúrgicas improvisadas de aquellos primeros tiempos. Esta carta fue a menudo mencionada y citada por los Padres de la Iglesia, y durante muchos años fue leída públicamente en la Iglesia de Corinto, como atestigua Eusebio de Cesarea (*HE*, IV:22-23). Varios otros escritos fueron falsamente atribuidos a Clemente de Roma. Los más importantes son las *Homilías* y los *Reconocimientos*, que al parecer se basaban en un texto herético judeo-cristiano, escrito probablemente en Siria en el siglo III d.C.

Ignacio de Antioquía

Ignacio, el obispo de Antioquía en Siria, fue condenado a ser asesinado en Roma por bestias salvajes durante el reinado del emperador Trajano (98-117 d.C.). Durante su viaje a allí, escribió siete epístolas, una a Policarpo obispo de Esmirna, una a la Iglesia romana, y cinco a las Iglesias de Asia: Éfeso, Magnesia, Trales, Filadelfia y Esmirna. Su estilo es directo y entusiasta. En su fervor, pidió a la comunidad romana que no impidieran su martirio: "Soy trigo de Dios, y estoy siendo molido por los dientes de las fieras para llegar a ser un pan puro" (*Rom.* 4:1). Sus mensajes son un llamamiento a la unidad en la fe y a la obediencia al obispo, quien está "en el

lugar de Dios” (*Magn.* 6:1). Por primera vez, la Iglesia fue calificada por Ignacio como “católica”, es decir, universal (*Esmirn*. 8:2). La autenticidad de las cartas de Ignacio está probada por su mención en la epístola de Policarpo a los Filipenses (2:13) y las referencias a ellas en los escritos de Orígenes, Ireneo y Eusebio (*HE* III, 36, 4ss).

Policarpo de Esmirna

Este memorable obispo de Esmirna se encontró con Ignacio durante la parada de éste en su ciudad, camino de Roma (véase arriba). Había conocido personalmente al Apóstol Juan, según el testimonio de Ireneo, y murió mártir en el anfiteatro de su ciudad el 22 de marzo de 155. Había viajado a Roma como representante de las Iglesias asiáticas para resolver sus diferencias respecto a la fecha de la celebración de la Pascua con Aniceto, el obispo de Roma. Policarpo apoyaba firmemente la celebración de la Pascua el 14 de Nisán, alegando que había recibida esta tradición de Juan y los demás Apóstoles (ibid., V, 24,14; véase también Ireneo, *Adv. Haer.* 3:3,4). Policarpo escribió una famosa epístola a los Filipenses. Pero su *Martirio* es más importante, porque es la primera narración literaria del martirio de una sola persona y el primer testimonio de la práctica cristiana de recoger y venerar las reliquias de los mártires (*Mart. Polyc*. XIV).

Seudo-Bernabé

Bernabé había sido colaborador del Apóstol Pablo (Hch. 9:26), y bajo su nombre alguien escribió una epístola o pequeño tratado que fue tenido en alta estima en la antigüedad, sobre todo en Alejandría. Tanto las referencias a la destrucción y la reconstrucción del Templo de Jerusalén (16), como las opiniones negativas de este escrito hacia el Antiguo Testamento y las instituciones judías (2:4-5; 8-10; 15), hacen muy poco probable que Bernabé sea el autor de la obra. El autor escribió probablemente en la época de Adriano, cuando este emperador instauró un culto pagano en el Templo de Jerusalén (132-135). Fue fuertemente influenciado por Filón de Alejandría, de quien heredó su método alegórico de interpretación de la Biblia (7-12). Como la Didajé, pero de una manera independiente, interpreta la enseñanza de las “dos vías” (18-20).

Papías de Hierápolis

Casi al mismo tiempo que el Seudo-Bernabé escribía su epístola, Papías, obispo de Hierápolis, en Asia Menor, escribió un largo tratado en cinco libros, titulado *La explicación de las palabras del Señor*. Lo que sabemos de

Papías proviene casi enteramente de Eusebio de Cesarea, que a su vez cita a Ireneo. Por las citas de Eusebio sabemos que Papías había sido discípulo de quienes aprendieron la doctrina cristiana de los Apóstoles mismos, específicamente de Andrés, Pedro, Felipe, Tomás, Juan y Mateo, así como Aristion y un cierto Juan el Anciano, refiriéndose a ellos como "discípulos del Señor" (Eus. *HE* III 39, 3-4). Nos dice que Marcos escribió su Evangelio basado en las enseñanzas del Apóstol Pedro y que Mateo arregló las palabras (de Jesús) en hebreo, que todos las interpretaron según sus capacidades" (ibid., III, 39, 5-16). Eusebio rechaza como "fabulosa" la interpretación literal de Papías de algunas palabras "místicas", es decir, simbólicas o alegóricas, dichas por los Apóstoles de Jesús, entre las que destacan las predicciones del reinado milenario del Mesías sobre la tierra (ibid., III, 39, 11-13).

Epístola a Diogneto

Este escrito en defensa de la fe cristiana podría más bien definirse como una homilía o apología. Según algunos estudiosos, el verdadero nombre del destinatario es nada menos que Adriano, emperador romano, que durante su estancia en Atenas en el invierno de 125-126 "recibió de cada uno de estos dos, Cuadrato, discípulo de los Apóstoles, y Arístides el filósofo, una apología de la fe cristiana" (Eusebio, *Crónica*, 27 [PL, 216]). La *Epístola a Diogneto* podría ser, por lo tanto, la *Apología de Cuadrato*, considerada por mucho tiempo como perdida. El estilo de este escrito es muy clásico y los principios de la fe cristiana que se presentan en él son muy ortodoxos, pero tiene una tendencia antijudía similar a la de Seudo-Bernabé (véase arriba). Sus mejores pasajes son sin duda los que describen las paradojas del comportamiento cristiano:

> *1. Los cristianos, de hecho, no son diferentes de otras personas, no por su tierra, no por su modo de hablar y no en sus costumbres. 2. No viven en ciudades propias, no utilizan un lenguaje especial y no viven diversamente de los demás... 5. Viven en sus propios países pero como extranjeros; participan en todo como ciudadanos, y lo soportan todo como extranjeros; cualquier país extraño es para ellos patria y cualquier patria es tierra extranjera. 6. Se casan como todos; tienen hijos como todo el mundo, pero no exponen a sus recién nacidos. 7. Gozan de una mesa común, pero no de una cama común. 8. Están en la carne, pero no viven según la carne. 9. Transcurren su vida en la tierra, pero su ciudadanía está en los cielos...* (*Diogn*. 5).

Hermas

Este escritor, probablemente de origen judío, había sido un simple campesino. Más tarde fue vendido en Roma como esclavo y luego recibió su libertad. Era hermano de Pío I, obispo de esa ciudad en los años 140 a 150 d.C. Su libro, *El Pastor*, es realmente un sermón escrito en estilo apocalíptico, dividido en dos partes, y probablemente compuesto en dos períodos diferentes. La primera parte tiene dos secciones, *Las Visiones* y los *Los Doce Mandamientos*, y se ocupa particularmente de la cuestión de la penitencia, con el argumento de que si alguien cae en pecado después del bautismo, queda una posibilidad de reconciliación a través de la penitencia. La segunda parte se llama *Las Parábolas*, en la que la realidad de la vida como cristiano que sale de la esclavitud en Roma, con sus aspectos positivos y negativos, se describe con más detalle que en cualquier otro escrito cristiano de los primeros siglos.

OTROS PADRES DE LA PRIMITIVA IGLESIA

Después de los Padres Apostólicos, la literatura cristiana se desarrolló cada vez más, tanto en Oriente como en Occdente, en varios idiomas y en muchos géneros diferentes. Estas composiciones forman la gran colección de los llamados Padres de la Iglesia. Una gran parte de estos libros, homilías, comentarios bíblicos, cartas, crónicas, reglas monásticas, tratados teológicos, etc., se han conservado en sus idiomas originales o en traducciones antiguas. Desde el siglo XVIII se han producido y editado diferentes colecciones. La más popular es el de J. M. Migne, que incluye la mayoría de los Padres Griegos (París 1857-1866) y los Padres Latinos (París 1844-1855). Ediciones mejores y más críticas de los mismos Padres de la Iglesia, así como de otros, están siendo publicados hoy, no solo en griego y latín, sino también en siríaco, copto, armenio y georgiano. Muchos de los Padres han sido y están todavía siendo traducidos a las lenguas modernas. Varios Padres medievales fueron incluso traducidos al hebreo ya en la época del Renacimiento.

Aquí vamos a presentar solo algunos de los escritores de los siglos II, III y IV que son importantes para la historia de la primitiva Iglesia. Justino Mártir es uno de los primeros apologistas de la fe cristiana. Clemente de Alejandría representa la filosofía griega puesta al servicio del cristianismo. Tertuliano es el primer Padre de la Iglesia que escribió en latín. Orígenes puede considerarse el primer erudito bíblico, en el sentido moderno del término. Eusebio de Cesarea representa la Iglesia en el período de transición

entre la última persecución romana y la paz de Constantino.

Justino Mártir

Nacido en el año 100 de padres paganos en Flavia Neápolis (la Nablus actual y antigua Siquem de la Biblia), Justino fue un ávido buscador de la verdad, empezando por las diferentes escuelas de la filosofía griega: el estoicismo, los peripatéticos y el pitagorismo. La filosofía platónica lo atrajo más, y tuvo influencia sobre él a lo largo de su vida. Pero solo la fe cristiana, en última instancia, pudo satisfacerle (*Diálogo con Trifón*, 2-8), y se convirtió, probablemente en Éfeso. Dedicó su vida a la defensa de la fe cristiana y viajó de un país a otro vestido de filósofo griego. En Roma fundó una escuela y fue decapitado allí por ser cristiano, probablemente en el año 165. Existe un informe auténtico sobre su muerte (*Martyrium S. Iustini et Sociorum*). Entre sus escritos destacan sus dos *Apologías*, una dirigida al emperador Antonino Pío y otra al senado romano. Su *Diálogo con Trifón*, aunque incompleto, es una larga discusión con un judío, probablemente el rabino Tarfón, en defensa de la fe cristiana contra el judaísmo. El Diálogo fue compuesto probablemente en Éfeso, durante la rebelión judía de Bar Kojba (132-135), que se menciona en los capítulos 1 y 9.

Clemente de Alejandría

Clemente también nació de padres paganos, probablemente en Atenas, hacia el 150. Después de su conversión, viajó al sur de Italia, Siria, Palestina y finalmente Alejandría, en Egipto, donde se hizo discípulo de Panteno. Clemente le sucedió como director de la escuela para catecúmenos hacia el 200. Debido a la persecución de los cristianos, tuvo que abandonar Egipto por Capadocia, donde finalmente murió en 215. Sus obras principales son el *Protréptico* (o exhortación) a los griegos, el *Pedagogo* y los *Strómata* (tapices). El primer libro fue ideado para atraer a los paganos a la fe cristiana, el segundo es una exposición de la vida de un creyente, y el tercero es más heterogéneo, comparando la fe cristiana a la filosofía griega. En opinión de Clemente:

> *Antes de que viniera el Señor, la filosofía era necesaria para la justificación de los griegos; ahora es útil para llevar almas a Dios, porque instruye a los que llegan a Dios a través de la demostración... Ella conduce a los griegos a Cristo, como la Toráh conduce a los judíos. Ahora la filosofía sigue siendo una preparación que coloca en el*

buen camino al hombre perfeccionado por Cristo (*Strómata* 1:5, 28).

Tertuliano

Quinto Séptimo Florencio Tertuliano nació en Cartago en 155 de padres paganos, estudió jurisprudencia y fue un famoso abogado en Roma antes de su conversión al cristianismo en 193. De ahí en adelante vivió en Cartago, fue ordenado sacerdote y puso su amplio fondo jurídico, literario, filosófico cultural al servicio de su fe. Al parecer murió algún tiempo después de 220. Es autor de una gran cantidad de escritos, todos ellos polémicos, contra los paganos, los judíos, y por último contra los católicos, porque alrededor de 207 abrazó la herejía de Montanismo y se convirtió en uno de sus líderes. Su pasión era defender la verdad que había descubierto. Probablemente se convirtió a la fe cristiana debido a haber visto el heroísmo de los creyentes en tiempos de persecución, porque escribió: "Todo el mundo, ante tan maravillosa constancia, se siente sobrecogido por la intranquilidad y desea fervientemente investigar la causa de ello; tan pronto como descubre la verdad, la abraza" (*Ad Scapulam*, 5). Fue un escritor sincero que era consciente de todas sus deficiencias y estaba dispuesto a sufrir el martirio.

Orígenes

El más prolífico de los escritores cristianos antiguos nació en una familia cristiana en Alejandría. Su padre murió mártir en 202. Al año siguiente, a la edad de 18 años, fue nombrado director de la escuela de catecúmenos de su ciudad, reemplazando a Clemente. Hasta 232, se topó con muchas dificultades con su obispo, y visitó ocasionalmente Roma, Arabia y Palestina, donde fue invitado a predicar, siendo todavía laico, en presencia de obispos, que más tarde lo ordenaron sacerdote. En 232 se estableció en Cesarea de Palestina y comenzó un nuevo e intensivo período de enseñanza, investigación y redacción. Durante veinte años presidió la escuela teológica que fundó en Cesarea, donde a los estudiantes se les enseñaba filosofía, ciencias naturales, geometría y astronomía, ética y teología. Los estudiantes tenían que leer todos los filósofos antiguos, con la exclusión de quienes niegan la existencia de Dios y su providencia. Murió en Tiro en 253, después de sufrir muchas torturas por la fe (Eus. *HE* VI:39,5).

En sus escritos, insiste más que Clemente de Alejandría en la necesidad de estudiar las Sagradas Escrituras. Pero su aprecio por Platón permitió que las ideas del filósofo griego influyeran en su teología hasta el punto que dieron ocasión a la futura discusión y debate "Origenista" en la Iglesia

oriental, lo que provocó la destrucción de la mayoría de sus escritos. Según Epifanio y otros, Orígenes escribió miles de obras. Las más famosas de entre las que sobrevivieron son su apología *Contra Celso*, el filósofo pagano, y *Perí arjón* ("Sobre los principios"), que fue el primer tratado sistemático de teología cristiana. Escribió comentarios cortos y largos a la mayoría de los libros de la Biblia, la gran mayoría de los cuales se perdieron, así como numerosas homilías. También compuso los *Hexapla*, una edición sinóptica del Antiguo Testamento en seis columnas paralelas (véase abajo, Cap. III).

Eusebio de Cesarea

Nacido hacia 260, Eusebio fue alumno de Pámfilo, un erudito que lo introdujo en la tradición de Orígenes y murió mártir en 309 durante la persecución de Diocleciano. Eusebio huyó a Tiro y luego a Egipto, donde pasó algunos meses en prisión. Nombrado obispo de Cesarea en 315, fue el líder del partido moderado durante la controversia arriana en el Concilio de Nicea en el 325 (abajo, Cap. III). Diez años más tarde asistió a la dedicación de la iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalén (Fig. 9). Fue un escritor prolífico, dejando tras de sí su *Historia Eclesiástica* en diez libros, en la que acumuló una gran cantidad de documentos sobre el tema, empezando por los comienzos de la Iglesia hasta su propia época, y añadiendo una serie de sucesos que él mismo experimentó, como los grandes cambios que trajeron a la Iglesia los edictos del emperador Constantino, a quien alentó.

Sus demás libros históricos son una *Crónica*, es decir, una historia universal con una tabla de fechas en dos libros, así como la *Vida de Constantino* y los *Mártires de Palestina*, que narra los trágicos acontecimientos que presenció durante la persecución de Diocleciano, de 303-310. También escribió una apología del cristianismo, varios libros sobre el valor del Antiguo Testamento para los cristianos, interpretándolo como preparación y profecía de la venida del Mesías, comentarios sobre los Salmos e Isaías, un tratado sobre la Pascua, y un valioso libro de topografía bíblica llamado *Onomásticon*. Eusebio murió hacia 340.

RESUMEN Y CONCLUSIONES

Los orígenes y el primer desarrollo de la fe cristiana son temas demasiado profundos y amplios como para poder ser afrontados adecuadamente en una breve introducción a las fuentes que poseemos sobre este período, tanto las que fueron escritas por los propios cristianos como las que son obra de quien

los observaba desde fuera. Por otra parte, es obvio que, sin el conocimiento y la lectura de estas fuentes, ningún juicio acerca del cristianismo, ya sea una evaluación positiva o negativa, puede ser aceptado como plausible. Partiendo de la tradición oral inicial sobre la vida y enseñanzas de Jesús de Nazaret, vimos cómo surgió ya una temprana literatura durante la primera y la segunda generación de quienes creyeron en Él como Mesías e hijo de Dios. A pesar de las dificultades causadas por el hecho de la multiplicidad de los escritos llamados Evangelios y los demás libros del Nuevo Testamento, en los que observamos no solo diferencias en el estilo, sino también diversos énfasis doctrinales, hay una maravillosa unidad en el pensamiento general de un grupo de personas que tuvieron la misma fe.

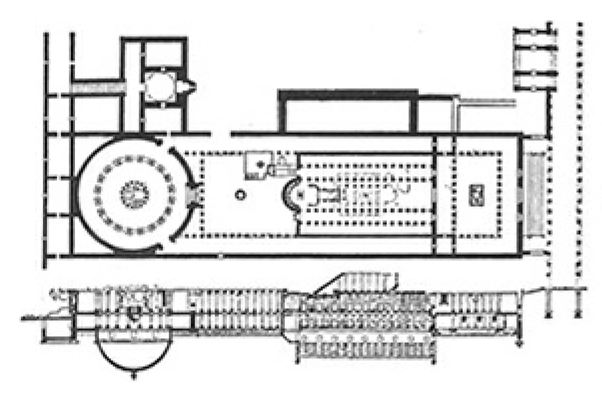


Fig. 9 Plano de la Iglesia del Santo Sepulcro, Jerusalén, siglo IV (Hutter, 1981:21, Fig. 1).

El grupo inicial de discípulos de Jesús creció muy rápidamente, debido en parte a las circunstancias adversas que los empujaron a países fuera de la tierra de Israel, pero no cabe ninguna duda que la causa principal de este crecimiento fue el dinamismo contagioso emitido por la propia fe cristiana. Incluso antes de que el corpus del Nuevo Testamento tomara su forma final, otros escritos estaban ya en circulación para el uso práctico de los misioneros, que llevaban el mensaje cristiano a judíos y no judíos por todo el Imperio Romano. Los romanos paganos empezaron a darse cuenta de la existencia de una clase de personas que no se arredraban ante las torturas por su fe, y escribieron sobre ello. En el curso del tiempo se dió también una reacción judía a la creencia cristiana de que, delante de Dios, y gracias a la muerte de Jesús, dejaba ya de existir la distinción entre judíos y no judíos. Los judíos se opusieron a esta creencia y a temas relacionados con ella en la literatura midráshica y el Talmud, con lo cual se atestigua la presencia de creyentes en Jesús en medio de ellos.

Finalmente, con el crecimiento y mejor organización del cuerpo creyentes en todas partes, en Oriente y Occidente, los maestros y los obispos produjeron una enorme cantidad de literatura, de estilos y géneros muy diferentes, incluyendo epístolas, apologías, comentarios bíblicos y homilías. A pesar de la pérdida de numerosas obras, gran número de estos escritos, compuestos desde la época de los creyentes que aún habían conocido a discípulos de Jesús hasta el comienzo de la Edad Media, todavía existen y siguen siendo leídos, estudiados, publicados y traducidos. A estos antiguos escritores cristianos se les llama tradicionalmente Padres de la Iglesia, y representan el mejor testimonio de una fe viva que no ha desaparecido. Muchos de sus escritos todavía se leen en el llamado Oficio Divino, la oración litúrgica de las antiguas Iglesias, católica y ortodoxa, porque la Iglesia siempre los ha venerado como el mejor medio para conservar una correcta comprensión de la fe cristiana entre las futuras generaciones de creyentes.

CAPÍTULO TERCERO
EVOLUCIÓN HISTÓRICA

Contenido:

3

Teniendo en cuenta sus raíces judías, tanto históricas como ideológicas, el cristianismo en sus principios no puede considerarse más que como un movimiento judío local. Geográficamente, se limitaba a las fronteras de la provincia romana de Judea. Cronológicamente, se inició cuando el pueblo judío era gobernado por un procurador romano, durante el siglo I d.C. Ideológicamente, fue percibido por los rabinos de la época como un peligroso movimiento mesiánico, capaz de destruir el tradicional establecimiento de su hegemonía sobre el pueblo, de la que en realidad dependía su subsistencia. Su comprensible odio por los primeros seguidores de Jesús dio como resultado el encarcelamiento de algunos, la muerte de dos de ellos, la dispersión de muchos más allá de las fronteras de Judea y un número creciente de no judíos aceptando la nueva fe.

La conversión al cristianismo se convirtió rápidamente en un fenómeno religioso en todo el Imperio Romano. Sin embargo, la negativa de los cristianos a aceptar a otro dios que no fuera su creador y su redentor fue juzgada como comprometiendo su sumisión al emperador, postura que fue duramente castigada por las autoridades. Aunque no ha sobrevivido texto ninguno de un decreto imperial punitivo contra los cristianos, tenemos documentación sobre miles de mártires que sufrieron muerte bajo los gobernadores provinciales. Algunos escritores cristianos de este trágico aunque glorioso período no dudaron en publicar apologías escritas sobre la fe cristiana, dirigiéndolas incluso al emperador. La persecución romana de los cristianos llegó a un alto en el siglo IV, cuando el emperador Constantino concedió un decreto de tolerancia y de libertad total a la Iglesia.

Por su parte, los grupos de creyentes cristianos en continuo crecimiento, organizados al principio bastante espontáneamente en comunidades locales en las diferentes partes de su dispersión, se iban estableciendo siempre mejor gracias a una jerarquía aceptada. Esta jerarquía estaba en gran parte instituida según las normas políticas de los romanos, con la designación de un obispo que presidiera la Iglesia de cada ciudad o *polis* y de su región, la llamada diócesis. Al mismo tiempo, sin embargo, la gran comunidad de creyentes se enfrentaba a desacuerdos internos sobre cuestiones relativas a su propia fe, desacuerdos que se convertían en severas disputas, a menudo generadas por

las diferencias de idioma y de mentalidad. *Sínodos* o reuniones regionales periódicas e incluso concilios generales o *ecuménicos* fueron celebrados por los obispos en búsqueda de la unidad y ortodoxia, que concluyeron con la proclamación de dogmas y el anatema de herejes.

El movimiento monástico, que había comenzado espontáneamente en las provincias orientales a finales del siglo III, se extendió rápidamente en todo el mundo cristiano, convirtiéndose en un elemento importante en la conversión de los paganos y la promoción de un alto nivel cultural entre el clero. Al mismo tiempo, la liturgia cristiana se desarrollaba en idiomas y formas muy diversas. Las peregrinaciones a Jerusalén y a los lugares santos adquirieron un papel importante en el fomento del conocimiento y las mutuas influencias entre las comunidades cristianas de Oriente y Occidente (Fig. 10).

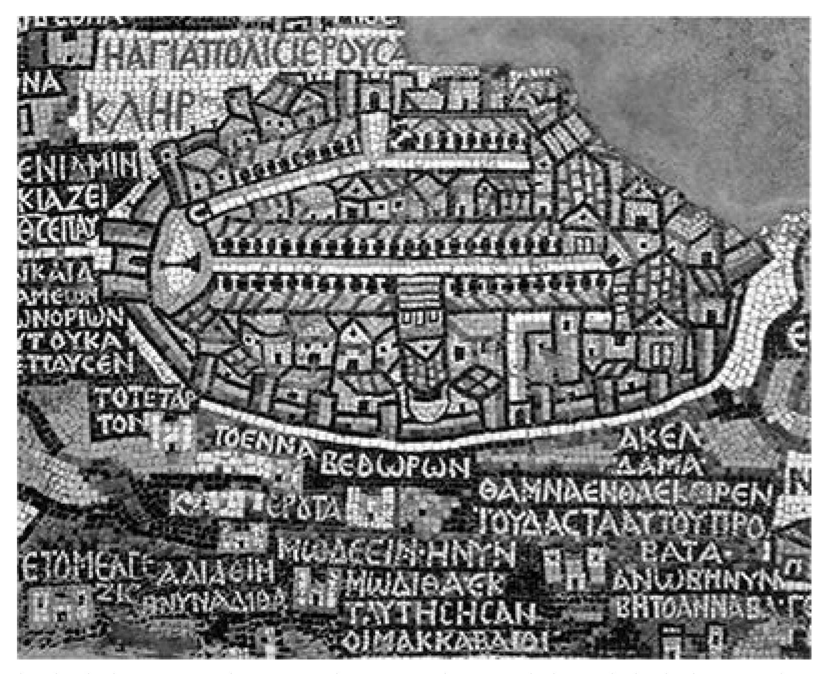


Fig. 10 La ciudad de Jerusalén en el mapa de Mádaba, del siglo VI d.C. (Piccirillo, 1989:92).

Muchas de estas conexiones de éxito y de estos logros, sin embargo, sufrieron un fuerte golpe o llegaron a un final trágico con las invasiones de los Bárbaros en Europa y el norte de África a finales del siglo IV y durante el siglo V. Un efecto más devastador todavía tuvieron el ascenso del Islam y las conquistas musulmanas de los siglos VII y VIII. Esos dos terribles acontecimientos pusieron fin a la esplendorosa expansión de la fe cristiana en los países de Europa, del Oriente Próximo, y de más allá todavía.

El presente capítulo tratará brevemente de la mayoría de los temas mencionados, así como de otras cuestiones relacionadas. Dos de los temas, sin embargo, es decir, el desarrollo del culto cristiano y el movimiento monástico, serán tratados con más extensión en dos capítulos especiales.

RELACIONES ENTRE LA IGLESIA CRISTIANA Y LA SINAGOGA JUDÍA

Como está descrito en los libros del Nuevo Testamento, después de la muerte de Jesús los creyentes en su misión mesiánica y seguidores de su doctrina no mostraron ninguna intención de dejar la tierra de Israel o Judea, como se llamaba entonces. Su dispersión a otros países solo comenzó con la muerte de Esteban, el primer mártir cristiano (Hch. 7:54-60), porque “por aquellos días se desató una recia persecución de la Iglesia en Jerusalén. Y se dispersaron por las regiones de Judea y Samaria todos, a excepción de los Apóstoles” (ibid. 8:1). Samaria fue pronto evangelizada (ibid. 8:4-25). Saulo, un joven judío fariseo de Tarso de Cilicia y futuro apóstol Pablo, iba de camino a Damasco cuando Jesús se le apareció en una visión. Él traía cartas del sumo sacerdote a las sinagogas de Damasco, donde esperaba encontrar a “hombres y mujeres que pertenecían al camino [un término que aquí designa la fe en Jesús]... para conducirlos de vuelta a Jerusalén en cadenas” (ibid. 9:2). Pero, una vez bautizado, Pablo “muy pronto se puso a predicar a Jesús en las sinagogas proclamando: ‘Este es el Hijo de Dios’” (ibid. 9:20).

Esta proclamación de la fe cristiana en las sinagogas se convertiría en la forma más fácil para Pablo para llegar a tantos judíos como fuera posible. En todos sus futuros viajes a Antioquía, Chipre, las provincias romanas de Asia Menor y Grecia, lo vemos visitar primeramente las sinagogas locales, donde se le daba la oportunidad de hablar a los congregados con la autoridad de un rabino. Así podía dar a conocer a todos su creencia en Jesús como Mesías, basándose en el testimonio de las Escrituras. En las sinagogas, su audiencia podía a menudo incluir un pequeño número de gentiles convertidos al judaísmo, los llamados *prosélitos*, así como otros gentiles que no estaban dispuestos a tomar sobre sí el pesado yugo de todos los mandamientos judíos, pero que se sentían atraídos por la fe monoteísta y la alta moral de los judíos. Éstos fueron llamados en griego *theoseboúmenoi* (“devotos de Dios”) y *foboúmenoi tou Theoû* (“temerosos de Dios”) (véase arriba). La proclamación de Pablo de una redención personal por la sola fe en Cristo y el bautismo, y no por guardar estrictamente los mandamientos de la Ley, facilitaba a

aquellos Temerosos de Dios la aceptación de la fe cristiana. Dejando de lado los dos casos bien conocidos del eunuco etíope bautizado por Felipe (Hch. 8:26-39) y el centurión romano Cornelio y su familia bautizados por el apóstol Pedro en Cesarea (ibid. 24-48), fue de entre las filas de los "temerosos de Dios" que la fe empezó a penetrar en un gran número de familias paganas en la mayoría de las provincias romanas de Asia. Todas las comunidades fundadas por Pablo incluían a judíos y no judíos. Es pues apropiado que se le conozca como "el apóstol de los gentiles".

En Antioquía, la ciudad más grande de Siria (hoy llamado Antakia, en el sudeste de Turquía), los creyentes en Jesús pronto fueron considerados un grupo especial, no solo entre los judíos en general, sino también entre los gentiles paganos. Por primera vez, aquellos creyentes comenzaron a ser llamados, probablemente por los paganos, pero tal vez por los demás judíos, por el nombre griego de *jristianoi,* "cristianos" o "mesiánicos" (ibid. 11:26), esto es, seguidores de Cristo (*Jristós*), traducción griega del término hebreo *Mashíah* ("el ungido", Mesías). Los gentiles podrían haber imaginado que *Jristós* era el nombre personal del líder de este grupo, como ya se dijo anteriormente.

¿Cuál fue la reacción de las autoridades judías ante el creciente número de creyentes en Jesús entre sus propias filas? La relaciones entre la Iglesia y la Sinagoga no podían sino estar plagadas de continuas disputas, choques, acusaciones, persecuciones y encarcelamientos. Para el primer período, esta situación está particularmente documentada en los Hechos de los Apóstoles (4:1–22; 5:17–29.40–41; 6:8–15; 7:54–8:3; 12:1–19; 13:50–51; 14:2–6, 19; 18:4–6, 12–17; 21:27–36; 22:22–23:30; 24:1–21; 25:2–11; 26:7–11; 28:17–27) y las Epístolas de Pablo (2 Co. 4:8–11; 5:4–5.9; 7:5; 11:23–28.32–33; Gl. 1:17; Flp. 1:7; 2Tm. 4:6–8; 2). Tres de las epístolas (Efesios, Colosenses, Filemón) incluso fueron escritas durante el cautiverio de Pablo en Roma, donde permaneció preso a raíz de las acusaciones presentadas contra él por las autoridades judías de Jerusalén. Jesús mismo predijo a sus seguidores las persecuciones que iban a sufrir por su nombre (Mt. 5:11–12; 19:34–39; 23:24, etc.): "Mirad por vosotros mismos. Os entregarán a los tribunales; os azotarán en las sinagogas..." (Mc. 13:9–12). Este antagonismo entre judíos creyentes y no creyentes comenzó poco después de la muerte de Jesús y de los primeros éxitos de los Apóstoles en la predicación, como se describe en el libro de los Hechos de los Apóstoles (2:37–41). Pero puede ser ya percibida en los amargos diálogos y disputas entre Jesús y sus opositores judíos

registrados en el Evangelio de Juan (7:16–52; 8:21–59; 10:22–39; 12:37–43), escrito como fue durante el período de abierta hostilidad entre judíos y judeocristianos.

Decisiones rabínicas contra los judeocristianos

La destrucción del Templo de Jerusalén y la gran dispersión del pueblo en los años 70-73 d.C. no resolvieron las diferencias entre judíos y cristianos. Por el contrario, aquellos trágicos acontecimientos eran para los cristianos solo una justificación de lo que Jesús ya había predicho, reafirmando así sus convicciones de que era el Mesías y el Hijo de Dios. Por la parte judía, el renacimiento rabínico que tuvo lugar hacia el año 85 d.C. en Yavne, una localidad cercana a la ciudad de Ashdod, en la costa mediterránea, bajo el rabino Gamaliel II, vino a formalizar el rechazo judío de la fe cristiana. De hecho, entre muchas otras decisiones tomadas allí por los rabinos, estaba también el texto oficial de las llamadas "dieciocho bendiciones", que deben ser recitadas diariamente por el judío piadoso. Esta oración incluye la maldición de los judeocristianos y de todos los herejes judíos, que fue redactada por el rabino Samuel el Pequeño:

> *Que no haya esperanza ninguna para los apóstatas, y que el reino de orgullo sea desarraigado en nuestros días; que los Notsrim y los Minim sean repentinamente destruidos, que sean quitados del libro de la vida, y que sus nombres estén borrados de entre los justos. Bendito seas, Señor, que abates a los soberbios.*

El término *Notsrim* se refería específicamente a los judeocristianos, judíos seguidores de Jesús de Nazaret y luego se convirtió en el nombre comúnmente utilizado por los judíos para designar a los cristianos en general. El segundo término, *Minim*, designaba a todos los herejes judíos, incluyendo a cristianos, gnósticos y esenios.

El texto original de esa maldición, que más tarde en Europa, se redujo a la sola mención de los Minim (por temor a la censura cristiana en la época del Renacimiento), fue preservado en un manuscrito de la Geniza (un repositorio de textos religiosos ya fuera de uso) de la antigua sinagoga del Cairo, descubierto por académicos occidentales en 1895. La proclamación de esa maldición diaria oficial contra los cristianos judíos marcó una línea de separación clara entre el judaísmo y el cristianismo en tierra de Israel, una separación que al principio no era del todo evidente. De ahora en adelante, a

los judíos creyentes en Jesús no se les permitiría participar en las oraciones de la sinagoga, donde tendrían que maldecirse a sí mismos. Los Padres de la Iglesia de los siglos II y III, como bien se atestigua en sus escritos —afirmaron que los judíos maldecían a los cristianos en su sinagogas (Just. *Trif.* caps. 16, 47, 96) y calumniaban falsamente a los cristianos (Tert. *Spect.* XXX; Orig. *Cels.* VI, 27), cuando eran ellos mismos quienes habían caído bajo la ira de Dios debido a su infidelidad (Cipr. *Adv. Jud.* I).

Otra decisión adoptada también en el concilio de Yavneh se refería a la literatura cristiana, que fue igualmente anatematizada. Todos los libros de los Minim debían ser quemados públicamente, una práctica que se ha observado hasta el día de hoy. Entre esos libros están los que integran el Nuevo Testamento. “Todos los israelitas, afirma la Mishnáh, tienen una participación en el mundo venidero” (*Sanh.* 10, 1). Pero el rabino Akiba excluía de este privilegio a “quien lee los libros heréticos o que pronuncia un encanto sobre una herida y dice: ‘no voy a poner sobre ti ninguna de las enfermedades que puse sobre los egipcios: porque yo soy el Señor que te da la salud’” (Ex. 15:26). La última frase de esta cita bíblica es interpretada por estudiosos como una ocultada mención del nombre completo de Jesús (*Yehoshúa*), que era invocado por judeocristianos sobre enfermos para curarlos. De hecho, utilizando la conocida práctica judía de *guematría*, el valor numérico de ambos grupos de letras hebreas (“Yehoshúa” y “porque yo soy el Señor que te da la salud”) era el mismo: 391. La prescripción de Akiba, por lo tanto, debe interpretarse como una maldición contra los judeocristianos y contra cualquier judío que se atreviera a emplear el nombre de Jesús como un medio para curar. Casos de judíos (probablemente judeocristianos) que utilizaban el nombre de Jesús para curar fueron registrados en el Talmud de Babilonia *(Avod. Zar.* 27b; 28a; *Shanh.* 14b) y en la Tosefta (*Ḥul* 2:22–23). También en la Tosefta hay prueba del rechazo oficial judío de los judeocristianos en frases como esta: “Los Minim y los apóstatas y los traidores son echados [a un hoyo] y no se les presta ayuda...” (*B. Metsi’a* 2: 53).

Hay una curiosa anécdota en el Talmud Babilónico (*Ḥagigah* 15b) sobre el rabino Elisha ben Abuya, más tarde llamado *Ajer* (“el otro”), que floreció a finales del siglo II y comienzos del siglo III: “Se dice de Ajer que cuando solía levantarse [para irse] del Bet Midrash (“la escuela”), muchos libros de los Minim solían caer de su regazo”. ¿Podría esto sugerir que aquel famoso

rabino acostumbraba a leer secretamente los libros del Nuevo Testamento?

Reacción cristiana y efectos del rechazo judío

La reacción a esas decisiones negativas emitidas por las autoridades judías contra los cristianos en general y los judeocristianos en particular era de esperar. Por un lado, sin embargo, como veremos, los afectados por las decisiones no estaban de acuerdo entre ellos mismos sobre cuestiones importantes relacionadas con su fe. Por otro, los cristianos que se habían convertido, no del judaísmo sino del paganismo, los llamados cristianos gentiles, que al principio del siglo II eran ya la mayoría dentro de la Iglesia, nunca vieron con buenos ojos a los judeocristianos que, por alguna u otra razón, se distanciaban del resto de los creyentes. En otras palabras, no había ni unidad de pensamiento y de fe entre los dos grupos de judíos creyentes en Jesús, ni entre los cristianos gentiles y los judeocristianos en general.

Nazarenos y Ebionitas

Las fuentes cristianas de la época nos informan que, posteriormente al concilio de Yavneh, los judíos creyentes en Jesús estaban divididos en dos grandes grupos. Uno era el de los *Notsrim* (*Nazoraioi* en griego), los "Nazarenos", y el otro el de los "Ebionitas", de la palabra hebrea *Ebionim*, que significa "pobres". Estos Ebionitas se distinguían de los Nazarenos en su rechazo de la divinidad de Cristo. Lo aceptaban como Mesías, pero no como Hijo de Dios. Y debido a esta divergencia fundamental en su fe eran considerados tanto por los cristianos gentiles como por los Nazarenos como una secta que tenía que ser evitada. El historiador Eusebio de Cesarea, a quien debemos la mayor parte de nuestro conocimiento de los principios de la Iglesia cristiana, incluso distingue dos clases de Ebionitas: los que eran abiertamente heterodoxos y los que lo eran tan solo en parte, aceptando a Jesucristo como hombre y Dios, pero negando su preexistencia (Eus. *HE* III, 27).

No sabemos por cuánto tiempo estos diversos tipos de judíos convertidos convivieron con sus conciudadanos judíos y no judíos en el país de Israel y en el extranjero. Hacia finales del siglo IV, un buen número de ellos se habían incorporado a la Iglesia de los gentiles, mientras que otros se habían asimilado en diferentes movimientos heréticos. Es evidente, sin embargo, que la prolongada presencia de creyentes judíos era para los gentiles cristianos un incentivo constante a reconsiderar una y otra vez el origen judío de su pensamiento y su conducta. Reacciones positivas y negativas a esta influencia

aparecen en la mayoría de escritores cristianos o Padres de la Iglesia de este primer período.

Interpretación cristiana de la Biblia y visión negativa del judaísmo

Cuando se considera el primer período de la historia de la Iglesia, hay tendencia a idealizarlo como integrado por entusiastas misioneros, gloriosos mártires y comunidades carismáticas unidas espiritualmente en "un solo corazón y una sola alma" (Hch. 4:32). A pesar de que todo esto puede ser el caso, no es, sin embargo, toda la verdad. Por un lado, una gran parte de la primera literatura cristiana posterior a los libros del Nuevo Testamento es apologética. Siendo los escritores cristianos herederos del pasado judío de sus fundadores, tuvieron que definir, a sí mismos y a sus adversarios judíos, su actitud hacia la Biblia, la Sagrada Escritura del pueblo judío. Para los cristianos, la Sagrada Escritura incluye la Biblia judía o *Tanaj* (hoy generalmente llamado el Antiguo Testamento) y el Nuevo Testamento. Juntos, eran aceptados como "la fundación y la columna de la fe [cristiana]" (Iren. *Adv. Haer.* III, *Pref.* III, 3,1). No había contradicción entre las dos Alianzas; formaban, las dos juntas, el marco literario de la revelación de Dios.

Las Escrituras judías no solo habían sido aceptadas por todos lo cristianos, sino que incluso eran consideradas como su propiedad, en contra de las "pretensiones" judías. Tan tarde como en el siglo V, San Agustín, el obispo de Hipona en el norte de África, dice a los judíos de su época: "... vuestra Escritura, o mejor dicho, la nuestra, porque nosotros nos dejamos convencer por ella, mientras que vosotros leéis sin comprender el espíritu que hay en ella..." (Agus. *Adv. Jud.* 29, 2). Desde el siglo II, los escritores cristianos buscan en la Biblia argumentos contra la refutación judía de la fe cristiana (el mesianismo de Jesús, su filiación divina, etc.). Pero se expresan de un modo diferente del de sus oponentes.

Los judíos tomaban la Biblia como su *Toráh*, una ley revelada de conducta para los israelitas en su promesa de fidelidad a su alianza con Dios. Y su lectura de la Escritura podía ser literal, parenética (de aliento y exhortación) o tipológica, pero siempre relacionada con la *halajáh*, el comportamiento práctico del judío.

Los cristianos interpretaban la Biblia de maneras muy diferentes. También para ellos era siempre un tesoro de material parenético que podía resultar útil en cualquier ocasión. Pero, más específicamente, era tenida como:

1) Un cuerpo revelado de *preparación histórica* de la nueva economía divina, que ya había sido utilizado en el Nuevo Testamento;

2) Un cuerpo de *profecías* acerca de Jesucristo como Mesías el Hijo de Dios, ya sea directamente (como en "el siervo de Dios" en Isa. 53) o indirectamente, en forma de:
   a) *Tipologías* de Jesús y de los acontecimientos del Nuevo Testamento; y también en forma de
   b) *Alegorías*, que Dios mismo podía haber escondido en cualquier rincón de los libros históricos.

Por otra parte, el impacto de valores y métodos helenísticos sobre los cristianos gentiles les obligó a considerar lo que en la Biblia no se adaptaba a su mentalidad o ambiente cultural como teniendo solamente un significado simbólico o figurativo (los sacrificios en el Templo, la circuncisión, la mayoría de los preceptos legales, ciertos episodios extraños, etc.). En general, cualquier analogía que podría encontrarse entre los dos Testamentos, o mejor dicho las dos Alianzas, era tomada seriamente como un argumento teológico contra la exégesis judía.

No es mi intención explayarme sobre todos los importantes puntos enumerados arriba, pero algunos ejemplos esclarecerán cada uno de ellos:

El Antiguo Testamento como preparación histórica

En el siglo II, Justino Mártir e Ireneo de Lión utilizan grupos de textos del Antiguo Testamento que se habían coleccionado como *Testimonia*, "Testimonios (mesiánicos)". Justino aduce textos que tratan de las manifestaciones del *Logos* divino, el Verbo o Palabra de Dios, que se había aparecido en las *teofanías* a Abraham, Isaac y Jacob (*Dial.* 126, 5), en la visita de Dios a la Torre de Babel, en su llamamiento a Noé (ibid. 127, 1). Ireneo sigue el mismo patrón, agregando otros ejemplos, recordando el largo proceso de aquellas manifestaciones de Dios, "acostumbrado desde un principio a subir y bajar para la salvación de aquellos que vivían en una mala situación" (Iren. *Adv. Haer.* IV,12,4). Ambos Padres de la Iglesia vieron la historia de la salvación en su conjunto, como un programa de redención previsto por Dios Padre y realizado por el Hijo, primero en forma de "Palabra" en el Antiguo Testamento, más adelante en la condición humana en el Nuevo. La encarnación de Cristo representa la culminación de ese proyecto divino.

En este punto de vista general, sin embargo, algunos temas necesitaban más explicación. ¿Qué pensar, por ejemplo, del pueblo judío, el que había sido llamado "pueblo de Dios", de las promesas a sus antepasados, y de los mandamientos de la Ley, que Jesús mismo declaró que Él no había venido abolir? La respuesta dada por los Padres a tales preguntas siguió el camino ya trazado por el Nuevo Testamento en general y por Pablo en particular. A saber, que el antiguo Israel, su Toráh y sus instituciones, habían perdido toda relevancia como realidades históricas y habían sido relegados a meros símbolos y sombras de la realidad presente. Nada se había perdido. Todo era cierto y válido, pero sóoo en el sentido espiritual de Cristo y su Iglesia. La tipología y la alegoría nos ayudarán a comprender esta perspectiva.

El Antiguo Testamento como profecía

Ya hemos visto que se habían reunido colecciones de textos del Antiguo Testamento para ser utilizados como *Testmonia*, como "testimonios" de las verdades reveladas en la Nueva Alianza. Una colección similar de *Testimonia* mesiánicos había sido igualmente explotada por la comunidad de Qumrán (véase abajo, Cap. IV). El evangelio de Mateo, probablemente escrito para una comunidad de judeocristianos, utiliza esos *Testimonia* sistemáticamente para demostrar que la historia de Jesús, desde su concepción hasta su muerte, ya había sido predicha por los Profetas, los Salmos y otros oráculos proféticos como el de Balaam (Nm. 24:7). Lo textos citados por Mateo son bien conocidos, aunque no siempre son convincentes, puesto que utiliza el texto hebreo o la traducción griega, los Setenta, de acuerdo con su intención. Por ejemplo, su prueba de la concepción virginal de Jesús (Mateo 1:23), derivada del verso de Isaías 7:14, se basa en el texto griego. Este dice "virgen" (*parthénos*), donde el texto hebreo escribe "mujer joven" (*'almah*). Este tipo de explotación de los Setenta probablemente explica por qué su uso en las sinagogas fue prohibido por los rabinos que se reunieron en Yavneh.

Los escritores cristianos del siglo II, como el anónimo autor de la llamada Epístola de Bernabé (véase arriba, Cap. II,) y Justino en su *Diálogo con Trifón*, desarrollaron el uso de los *Testimonia*. Pero Justino tenía gran dificultad en responder a las objeciones textuales de su oponente (probablemente el famoso rabino Tarfón). Por ejemplo, algunos de los textos aducidos por Justino no correspondían en absoluto a la Biblia hebrea; otros habían sido alterados en un sentido cristiano; y todavía otros se encontraban solamente en algunos manuscritos. Una famosa alteración cristiana era la frase del Salmo 96:10 que dice: "Proclamad entre los pueblos: el Señor

reinará"; a la que los cristianos habían añadido las palabras "desde el árbol" (o sea, desde la cruz). Por su parte, Justino acusa a los judíos de suprimir, en el texto de Jer.11:19, las palabras: "Y yo, como un cordero llevado al sacrificio…" Por otra parte, algunos de los Padres de la Iglesia de este período, como Teófilo de Alejandría, confiesan que su conversión al cristianismo había sido fruto de su estudio serio de la Biblia, especialmente de los libros proféticos.

Una consecuencia importante de la investigación seria y honesta en la Biblia de profecías realizadas en el Nuevo Testamento fue el comienzo del estudio crítico del texto bíblico por eruditos cristianos. El mejor exponente de este estudio son los *Hexapla*, una edición sinóptica de seis versiones del Antiguo Testamento realizada por Orígenes de Alejandría en su escuela de Cesarea Marítima durante el siglo III. Presentaba, uno junto a otro, los siguientes textos: el texto hebreo, el texto hebreo transliterado en caracteres griegos, la traducción griega de Aquila de Sínope (un judío convertido), la traducción griega de Símaco (un Ebionita), una versión crítica de los Setenta y la traducción griega de Teodoción (un erudito judío helenista). Por desgracia, solo fragmentos de copias parciales de este enorme trabajo, que desapareció luego de la conquista musulmana de Palestina, han subsistido hasta el presente.

También del siglo III data la obra latina llamada *Ad Quirinum*, escrita por Cipriano, obispo de Cartago. El mismo escritor tiene también una colección de *Testimonia*, pero la mitad del libro se dirige contra los judíos, como el propio Cipriano escribe en el prefacio:

> *Dividí mi trabajo en dos libros de longitud similar. En el primero intento demostrar que los judíos, según dije anteriormente, se han separado de Dios y han perdido el favor que una vez se les había concedido y se les había prometido para el futuro. El segundo libro incluye el misterio de Cristo...*

Interpretación tipológica de la Escritura

Podemos definir *tipología* como la técnica exegética que permite interpretar ciertos acontecimientos, personas, actos, e incluso palabras, del Antiguo Testamento como "prefiguraciones" (*typoi* en griego) de las realidades de la nueva economía divina. En este sentido, esa técnica es esencialmente cristiana, aunque técnicas semejantes habían sido ya utilizadas en el *midrash* hebreo, e incluso en el mismo Antiguo Testamento (véase Is.

51:9–16). En el Nuevo Testamento, lo encontramos utilizado en las Epístolas de Pablo y en la epístola a los Hebreos. Para los cristianos:

> "Adán y Moisés prefiguraban a Cristo en el sentido real; el diluvio universal indicaba el bautismo y también el juicio; todos los sacrificios de la Ley y particularmente el sacrificio de Isaac, anticiparon el del Calvario; el paso del Mar Rojo y la comida del maná indicaban el bautismo y la eucaristía; la caída de Jericó prefiguraba el fin del mundo" (Kelly 1960: 72).

Las celebraciones litúrgicas ofrecían una buena ocasión para tales recuerdos tipológicos. Hacia el año 170, Melitón, obispo de Sardes, pronunció su homilía en la fiesta de Pascua (*Pasja* en griego), que los "Cuartodecimanos" de Asia celebraban en el día 14 de Nisán, el mismo día de la Pascua judía (*Pésaj* en hebreo). Estas son algunas de sus palabras:

> *Antigua es la Ley, nueva es la palabra; el tipo pasa, la gracia es eterna... La primera (Pascua) pasó como tipo, la segunda como realidad... Todo tiene su tiempo especial: hay un tiempo para el tipo y un tiempo para la realidad... Si contemplas el tipo, verás en él la representación de Cristo. De la misma manera debes contemplar Abel asesinado, Isaac atado, José vendido, Moisés exiliado, David perseguido y los profetas probados, todo por causa de Cristo. He aquí el Cordero sacrificado en la tierra de Egipto, que golpeó al egipcio y rescató a Israel con su sangre...* (Mel. *Pasc.*).

Desgraciadamente, esta técnica tipológica sirvió para facilitar la labor de quienes utilizan el texto bíblico para desacreditar el pueblo judío, como el Seudo-Bernabé (véase arriba, Cap. Dos). Este reunió un rico arsenal de textos bíblicos con la inteción de demostrar que el único significado que podía atribuirse a las antiguas instituciones religiosas de un Israel pecador e infiel era que solo constituían un signo y una sombra de la realidad. Un ejemplo es el de la circuncisión. Después de presentar nada menos que ocho textos relacionados con ella, uno de los cuales no es bíblico, el autor escribió:

> *En conclusión, [Dios] circuncidó nuestros oídos, a fin de que, escuchando la palabra, creyéramos. Además, la circuncisión, en la que [los judíos] depositan su confianza, sido anulada: el Señor realmente*

habló sobre cómo hacer una circuncisión, pero no de la carne. Los judíos jamás entendieron tal precepto, un ángel malo les había engañado (*Bern.* IX, 4).

El pensamiento de que los judíos son incapaces de entender la Biblia es habitual en este tipo de literatura. "Cristo te está oculto, - dice Justino al rabino Trifón - lees sin entender" (*Dial*. 113, 1-2). Dos siglos más tarde, Agustín reprocharía aún a los judíos de su tiempo: "No tenéis en cuenta la razón de los preceptos…; todo lo habéis entendido de una manera carnal" (*Adv. Jud.,* 12, 3; 14: 2).

Interpretación alegórica de la Escritura

Cuando el apóstol Pablo aplica el episodio de Sara y Agar a las figuras de la Iglesia y la Sinagoga, dice que "esto es una alegoría" (Gl. 4:24). Hoy diríamos, empero, "esto es una tipología". Efectivamente, con respecto a la Biblia, alegoría se entiende más bien de la aplicación simbólica del texto sagrado a las verdades espirituales, sin ninguna referencia a su sentido histórico original. Cualquier verso, incluso cualquier palabra de la Biblia, ya sea del Antiguo ya del Nuevo Testamento, puede suponerse aquí que contiene un sentido moral, teológico y místico. Ello no es una invención cristiana. Ya el judío Filón de Alejandría había hecho del método alegórico su sistema casi normal de interpretación bíblica, habiéndolo heredado de los comentaristas griegos de Homero, cuyos poemas se suponían contener más de enseñanza moral que de mitología.

Este método alegórico de interpretación o exégesis bíblica se encuentra en Seudo-Bernabé entrelazado con su técnica tipológica. Logra desplegar una enseñanza moral de cualquier precepto legal que lee en el Levítico, oponiéndose así al entendimiento literal del texto que se llevaba a cabo por los judíos. Los gnósticos también hicieron uso alegórico de la Escritura. Para el gnóstico Heracleón, si se dice que Jesús:

'Bajó a Cafarnaún' [Jn 2:12], estas palabras indican el principio de una nueva dispensación, puesto que 'bajó' no se dijo vanamente. Cafarnaún significa este postrer estrato del mundo, el reino material, al que descendió. Y puesto que ese lugar le era ajeno, no se dice que hiciera allí nada ni que dijese nada (Heracl. *Fragmento 11*).

Alejandría, donde durante siglos floreció el método alegórico entre

paganos, gnósticos y judíos, se convirtió también en hogar de la exégesis alegórica de los cristianos, cuyo mejor exponente fue Orígenes a principios del siglo III. Convencido de la inspiración verbal de toda la Biblia, buscaba en cada palabra de ella un significado espiritual subyacente. Esta fue la motivación más fuerte para su empresa en la creación de los *Hexapla*. Lo que él buscaba más allá del significado obvio o literal de las palabras era lo que él define como "sentido síquico". Presentaba primero la tipología y la alegoría, para llegar después hasta el sentido espiritual o místico de una palabra. El mejor ejemplo de la interpretación alegórica de Orígenes se encuentra en su comentario sobre el Cantar de los Cantares. Los judíos lo habían interpretado como el amor entre Dios e Israel, e Hipólito de Roma lo había entendido como la relación entre Cristo y la Iglesia. Para Orígenes, el Cantar de los Cantares era, sobre todo, un canto de amor entre Cristo y el alma del creyente. Esta explicación fue la que más éxito obtuvo en la historia del misticismo cristiano, adoptado como fue por figuras como Agustín de Hipona, Bernardo de Clairvaux y Juan de la Cruz.

La reacción cristiana a la cultura helenística y a la filosofía pagana

Además del rechazo judío de la fe cristiana y sus consecuencias, las primeras generaciones de creyentes también tuvieron que superar las enormes dificultades de vivir en un mundo gobernado por los paganos romanos. El paganismo, en todas sus manifestaciones de la religión, pensamiento, cultura, arte y costumbres, había dominado en Palestina y los países circundantes desde la conquista de Oriente por Alejandro el Grande en los años 332–334 a.C. Más tarde, desde el siglo II a.C., los romanos heredaron el gobierno y la cultura de ese mundo helenístico, utilizando ambos idiomas, latino para el uso oficial, griego para llegar a la población local. La mitología y la filosofía griegas fueron igualmente adaptadas a su propia religión y modo de pensar.

Los cristianos vivían enmedio de los judíos en el mundo helenístco y tuvieron que sostener enfrentamientos por ambas partes. El apóstol Pablo se dirigía a los judíos en sus sinagogas, pero no podía evitar confrontaciones con los paganos al mezclarse con ellos en lugares públicos como el teatro de Éfeso, donde los vendedores de pequeños templos de la diosa Artemisa se amotinaron contra él (Hch. 19:23–41), y el Areópago de Atenas, donde se reunían los filósofos (ibid. 17:16–34).

Los cristianos que vivían y trabajaban en una sociedad pagana no podían evitar frecuentes conflictos en su comportamiento y actitudes. La cultura clásica, en la que habían sido educados la mayoría de los ciudadanos, estaba

totalmente involucrada en expresiones paganas y en símbolos de la antigua mitología, que penetraba en todas las áreas de sus vidas. Y, rodeados como estaban por una atmósfera pagana oficial, a menudo sucumbían a las tendencias sincretistas y a las tentaciones que experimentaban. Algunos Padres de la Iglesia amonestaron a los cristianos contra la lectura de literatura pagana, aunque a veces ellos mismos utilizaban expresiones literarias que aludían a conocidas historias mitológicas. Cirilo de Jerusalén tuvo que advertir a los cristianos recientemente bautizados sobre el peligro de caer otra vez en la adoración de objetos naturales, como la vid (*Homilías catequéticas* VI). El motivo artístico de una parra fecunda, de origen dionisíaco, llegó a ser común en los pavimentos de mosaico de iglesias y sinagogas en tierra de Israel durante el período bizantino. Incluso figuras mitológicas, como Orfeo, fueron utilizadas en el primitivo arte cristiano, como veremos más adelante (véase cap. VII).

En su confrontación con el mundo pagano que los rodeaba, los cristianos no olvidarían la afirmación de Pablo: "Porque mientras los judíos exigen prodigios y los griegos van en busca de filosofía, nosotros predicamos un Cristo crucificado, escándalo para los judíos y necedad para los gentiles" (1Cr. 1:23). Desde el comienzo del siglo II, una serie de pensadores cristianos empezaron a desarrollar por escrito sus propios argumentos en contra de los filósofos paganos, que estaban poniendo en peligro la expansión de su fe. El autor de la *Epístola a Diogneto,* Arístides, Cuadrato, Justino Mártir, Taciano (autor del famoso *Diatéssaron*), Atenágoras, Teófilo de Antioquía, Minucio Félix y Tertuliano produjeron obras sistemáticas para demostrar la verdad del cristianismo. El objetivo final de estas obras fue de apologética, una defensa dirigida por los cristianos a las autoridades romanas, que desde la segunda mitad del siglo I les habían estado persiguiendo.

Algunos filósofos paganos de esta primera época reaccionaron contra afirmaciones cristianas y la fe cristiana en general. Entre ellos sobresalieron Celso, con su obra *La palabra verdadera* (escrita c. 177), y Porfirio (c. 234–c. 305), discípulo del neoplatónico Plotino, con su obra de quince tomos *Contra los cristianos*. De ambas obras se conservan solo fragmentos, citados por los Padres de la Iglesia que reaccionaron contra ellos, especialmente Orígenes, en su magnífico libro *Contra Celso*.

La reacción cristiana al gnosticismo y a doctrinas heréticas afines

Ya en sus epístolas a los Corintios y a los Colosenses, Pablo tuvo que oponerse a algunas actitudes incorrectas adoptadas por miembros de esas

comunidades. En Corinto, algunos cristianos se consideraban a sí mismos como poseyendo una sabiduría más profunda y unas experiencias místicas más intensas que sus hermanos e incluso que el mismo Pablo (1Cr. 12-14). Otros caían en una licencia moral o adoptaban una conducta ascética exagerada, mientras que otros mantenían la doctrina de la eternidad del alma pero no la de la resurrección del cuerpo. En Colosas, los cristianos fueron cediendo a desviaciones de la fe en la doctrina y en la práctica, dando culto a seres angélicos y sosteniendo un ascetismo exagerado (Cl. 2: 8–23). La mayoría de los eruditos perciben en estas desviaciones cristianas primitivas la presencia de elementos gnósticos.

Existe un cierto debate entre los expertos acerca de los orígenes del gnosticismo, y sobre si había o no precedido al cristianismo. Lo que realmente sabemos es que cuando este fenómeno se convirtió en el principal enemigo de la fe cristiana esencial, a saber, desde los años 80 a 150 d.C., ya había asimilado muchos elementos originarios del platonismo, el zoroastrismo, el mitraísmo y otros “cultos de misterio” (véase cap. V). Casi todo lo que sabemos del gnosticismo proviene de las refutaciones escritas por algunos Padres de la Iglesia, particularmente de Ireneo de Lión en el siglo II. Textos gnósticos originales, ocultados entre las ruinas de un monasterio copto en Nag Hammadi (Egipto) en el siglo IV, fueron descubiertos solo en 1945, entre ellos los Evangelios apócrifos de *Tomás*, de *Felipe* y de *María* (Fig. 11).



Fig. 11 Manuscrito gnóstico del *Evangelio de Tomás* (Yamauchi, 1990: 96).

El término "gnosticismo" deriva de *gnosis*, palabra griega que significa "conocimiento". El gnóstico creía poseer un especial conocimiento de sus orígenes reales, una conciencia de su procedencia divina, a través de lo cual podía ser conducido a su destino final. La cosmogonía gnóstica considera el mundo físico no como la obra de Dios sino del *demiurgo*, un elemento platónico, ahora identificado con el dios del Antiguo Testamento, creador del mal, que encarcela y enlaza al hombre con las pasiones materiales. Solo a través de la *gnosis* puede el hombre revivir en sí mismo esa chispa del espíritu de Dios, una emanación de *Sofía* ("la Sabiduría"), que se identifica con el Dios original. La salvación no viene de la fe o de un redentor divino sino de la revelación, que solo es posible a aquellos que no hayan perdido completamente la chispa divina dentro de sí mismos. Es entonces que pueden llevar una existencia libre de pecado a través del conocimiento perfecto de la voluntad de Dios. El *Evangelio de Felipe* dice: "Quien tiene conocimiento es una persona libre. Pero el hombre libre no peca, porque quien peca es un esclavo del pecado" (*Ev. Fel.* 77:15,18).

Una de las consecuencias más serias del gnosticismo y movimientos afines para la ortodoxia cristiana fue la depreciación del Antiguo Testamento. La antítesis entre el Dios padre amoroso proclamado por Jesús y el Dios de la justicia de "ojo por ojo y diente por diente" (Ex. 21:24) fue particularmente destacada por Marción, nacido en Sínope, Asia Menor, hacia el 85, y fallecido en Roma hacia el 185. Él excluía del canon bíblico todos los libros del Antiguo Testamento; y del Nuevo Testamento solo admitía el Evangelio de Lucas (a excepción de los dos primeros capítulos) y las Epístolas de Pablo (excepto las llamadas Pastorales). En su libro titulado *Antitheses* reunió las contradicciones que había descubierto entre los dos Testamentos para demostrar que el Dios de los judíos, creador de este mundo miserable, era totalmente diferente del Dios y Padre de Jesús. Marción rechazó la interpretación alegórica del Antiguo Testamento y el cumplimiento de sus profecías en Jesús. Por supuesto, Marción fue excomulgado, primero por su propio padre, que era el obispo de Sínope, y más tarde, en 144, por el primer Sínodo de la Iglesia romana. Pero logró fundar su propia Iglesia, que se prolongó por más de dos siglos en Roma y por mucho más tiempo en las provincias orientales (Mead 1931: 241-249). Varios Padres de la Iglesia, tales como Tertuliano en latín y Bardesanes en siríaco, escribieron extensamente

contra sus doctrinas.

Las persecuciones romanas y los mártires cristianos

Ningún otro tema ha sido tratado tan a fondo por los historiadores de la Iglesia como las persecuciones romanas del cristianismo primitivo. La existencia de Actas de los Mártires, auténticas y apócrifas, las visitas a las catacumbas romanas y las coloridas historias de santos que pagaron con sus vidas la lealtad a su fe cristiana contribuyeron al gran interés en este tema. En el contexto actual, solamente podemos ofrecer un resumen de los hechos históricos basándonos en fuentes fiables, como textos de historiadores romanos, registros oficiales de procesos, actas auténticas, informes de testigos oculares y relatos de historiadores de la Iglesia de la época en cuestión.

El siglo I d.C.

Las autoridades romanas nunca impidieron al apóstol Pablo predicar la fe cristiana ni fundar y organizar comunidades de creyentes en cualquiera de las provincias que visitó. Si a veces fue reprendido o incluso encarcelado por orden de los magistrados romanos locales, fue por causa de malentendidos (Hch. 16:20–24.35–39). Él era ciudadano romano y más de una vez exigió que se le tratase de acuerdo con los derechos que este estatus le concedía (ibid. 16:37–39; 22:25–29). Incluso sus dos años de prisión en Cesarea de Palestina (ibid. 24:27) y su encarcelamiento en una casa de Roma durante dos años más (ibid. 28:30) no se efectuaron por una decisión independiente de las autoridades romanas, que hubieran preferido dejarlo en libertad (ibid. 26:32).

Lo que más tarde ocurrió en Roma bajo el emperador Nerón es muy diferente y no fácilmente comprensible. Según fuentes como Clemente de Roma *Ep. Corintios*, 5–6), Tertuliano (*De praescriptione* 36, 1–3), Orígenes (Eus. *HE* III, 1, 1-3), Lactancio (*Mort. Pers*. 2, 4–6) y otras, los apóstoles Pedro y Pablo sufrieron la muerte, uno crucificado, el otro decapitado. No sabemos si la muerte de estos dos líderes de la Iglesia romana estaba relacionada con el castigo infligido por Nerón a toda la comunidad cristiana de Roma que siguió al gran incendio que destruyó gran parte de la ciudad en el año 64, ya mencionado anteriormente (cap. II).

Treinta años más tarde, el emperador Domiciano castigaba con la muerte, entre muchos otros, a su primo el cónsul Flavio Clemente, y su esposa era exiliada, ambos acusados de “ateísmo”, esto es, viviendo sin dioses y *modo judaico*, “a la manera de los judíos”. Muchos estudiosos piensan que en

realidad se habían convertido al cristianismo (véase atrás, ibid.).

El siglo II

En la correspondencia entre Plinio el Joven y el emperador Trajano del año 112 referente al modo de tratar con los cristianos de Bitinia (atrás, ibid), queda claro que ninguno de los dos sabía de un *senatus consultum*, un decreto oficial romano que prohibiese el cristianismo. Sin embargo, muchos eruditos, basando su opinión sobre un texto de Tertuliano (*Ad Nationes.* I, 7), han sostenido que hubo algún tipo de decreto desde la época de Nerón, lo que Tertuliano llama *Institutum Neronianum,* que ordenaba oficialmente: "*christiani no sint*" ("que no existan los cristianos"). De acuerdo con esta interpretación, una ley prohibiendo a cualquier persona hacerse cristiana habría ya existido hasta enero del 250, cuando el emperador Decio emitió su nuevo decreto de abierta persecución de los cristianos. Sin embargo, durante todos estos años, solo sabemos con certeza la existencia del rescripto de Trajano a Plinio y de otro edicto enviado por Adriano a Minucio Fundano (Eus. *HE* V, 24,5).

Enumeramos a continuación varias fuentes escritas que atestiguan el martirio de cristianos en diferentes partes del Imperio durante el siglo II:

1. El obispo de Jerusalén Simeón, hijo de Cleofás, de la familia de Jesús, tenía ya 120 años cuando fue acusado de herejía al procónsul Atico y murió crucificado (Eus. *HE* III, 32, 1–6). Esto sucedió en el año 107. La fuente de Eusebio fue Hegesipo, a quien cita literalmente.
2. Hacia el año 108, durante el reinado de Trajano, Ignacio, el venerable obispo de Antioquía, fue detenido y llevado a Roma, donde fue asesinado, probablemente en el Coliseo (véase atrás, cap. II) (Fig. 12).
3. Según Ireneo (*Adv. Haer.* III, 3), Telésforo, obispo de Roma, sufrió un "glorioso martirio".
4. Un texto latino, posiblemente escrito por Julio Africano en el siglo III, trae las actas del martirio de la viuda Sinforosa y sus siete hijos, ocurrido en Roma bajo Adriano. No todos los eruditos creen en la autenticidad de estas actas (Ruiz Bueno 1974: 258–259).
5. De acuerdo con las actas auténticas, Policarpo, obispo de Esmirna (véase atrás, cap. II), fue quemado vivo públicamente junto con otros doce cristianos en el estadio de su ciudad el 23 de febrero del 155, durante el reinado de Antonino Pío. Una parte de las actas fue citada

en griego por Eusebio (*HE* IV, 15, 1–46), pero el texto entero fue preservado en latín.



Fig. 12 El Coliseo, Roma, siglo I d.C.

6. Justino, el filósofo convertido y apologeta, murió mártir en Roma el 167 bajo Marco Aurelio (Eus. *HE* IV, 15, 16–17) junto con otros seis cristianos. Sus actas auténticas refieren que fueron flagelados y decapitados tras un juicio breve por el prefecto romano Rústico. El propio Justino había escrito sobre el martirio de los cristianos:

   Todo el mundo sabe que ni decapitados, ni crucificados, ni echados a las bestias, ni encarcelados, ni quemados vivos, ni lacerados con todo tipo de tormentos, han obtenido que abandonásemos la confesión de nuestra fe. Por el contrario, cuanto más perseguidos somos, más crece el número de personas que se convierten a la fe en el nombre de Jesús… (*Dial*. CX).

7. El martirio de un grupo de cristianos de Lión y Viena, en la Galia, consecuencia de un levantamiento popular en el año 177, fue descrito en una detallada carta escrita en griego por miembros de aquellas dos Iglesias a "los hermanos de Asia y Frigia" (Eus. *HE* V, 1, 3-63). Entre las personas que integraban el grupo de mártires se mencionan:

Potino, el anciano obispo; el distinguido Epagato; Santo, el diácono; Maturo, recientemente bautizado; Atalo de Pérgamo; Blandina, una joven esclava; su matrona; Alejandro, un médico de Frigia; Póntico, un muchacho de quince años; y su hermana. Todos ellos, acusados de crímenes falsamente imputados a los cristianos, sufrieron horribles torturas antes de su muerte. Otros murieron de asfixia en la mazmorra, y sus cadáveres fueron arrojados a los perros. Entre ellos estaba también un grupo de cristianos que habían apostatado a la vista de los tormentos. Todos los cadáveres, y también las partes restantes de los que fueron lanzados vivos a las fieras, quedaron insepultos. Ireneo, el Padre de la Iglesia, que era sacerdote de Lión, estuvo ausente durante la masacre. Estaba en Roma, con una carta para el papa Eleutero que se refería a la herejía montanista. A su regreso, sucedió a Potino como obispo. Se cree que también él murió mártir hacia el 202.

8. En 180, otro juicio de cristianos se llevó a cabo en la aldea de Escilio, cerca de Cartago, bajo el procónsul Publio Vigenlio Saturnino. Las actas de este primer juicio y martirio en África nos dan los nombres de quienes fueron juzgados y sacrificados: Esperato, Narizato, Citino, Veturio, Félix, Aquilino, Letancio, Ianuaria, Generosa, Vestia, Donato y Secunda.
9. El martirio de Apolonio, filósofo según Eusebio (*HE* V, 21), miembro del senado romano según Jerónimo (*Vir. Ill.* 42), tuvo lugar bajo el emperador Cómodo. Habiendo sido juzgado por el procónsul Perenio, murió decapitado.
10. En Pérgamo, probablemente durante el reinado de Marco Aurelio, el obispo Carpo y su diácono Papilo fueron juzgados y quemados vivos. Una mujer llamada Agatónica se juntó a ellos espontánemente (Eus. *HE* IV, 5, 48).

El siglo III

1. Un juicio y un martirio particularmente famosos ocurrieron durante la persecución de Septimio Severo en 202 o 203 en la aldea de Tuburbo Minus, cerca de Cartago. El grupo incluía: el instructor Saturo; los catecúmenos Vibia Perpetua, una joven noble recién casada que estaba amamantando a su bebé; los esclavos Felicidad y su hermano Revocato; y otros dos hombres, Saturnino y Secúndulo. El padre de Perpetua trató en vano de persuadir a su hija a apostatar. La mayor

parte de su juicio y torturas fue registrada por Perpetua misma en su diario, escrito en la prisión. Felicidad, que estaba embarazada, dio a luz a una niña poco antes de ser llevada a su muerte. Llevados uno a uno al anfiteatro, los mártires fueron atacados por animales salvajes, y los que permanecieron vivos fueron asesinados. El editor final de este emocionante relato fue probablemente Tertuliano, pues era contemporáneo de los acontecimientos.

2. También en 202 murieron muchos mártires en Alejandría (Eus. *HE* V, 1-6). Leónides fue uno de los primeros en ser asesinados. Era el padre de Orígenes, que tenía entonces solo diecisiete años. Después de haber sido nombrado director de la escuela catequética de Alejandría, Orígenes enseñó, predicó e incluso convirtió a un buen número de paganos. En las cárceles era conocido por dar apoyo moral a los destinados al martirio. Algunos nombres registrados incluyen Plutarco, Sereno, Heráclides, Heron, otro Sereno, Herais, una mujer, y la famosa Potamiana, con su madre Marcela. Algunos eran solo catecúmenos, otros eran bautizados recientes (Fig. 13). Muchos murieron quemados vivos, mientras que otros fueron decapitados. Basílides, el soldado que acompañó a Potamiana a su muerte, se convirtió, fue bautizado y murió decapitado.
3. El estallido de una terrible persecución de los cristianos bajo el emperador Decio en el año 250 interrumpió un largo período de relativa tranquilidad. Nuestra fuente principal aquí es la correspondencia del obispo Cipriano de Cartago, por la cual nos enteramos no solo de los que realmente fueron encarcelados y martirizados, sino también de las graves dificultades que surgieron en la comunidad como consecuencia de la persecución, y en particular la cuestión de la condición de los llamados *lapsi*, aquellos cristianos que habían "caído" y luego pedían ser readmitidos en la Iglesia. Algunos de estos apóstatas habían ofrecido sacrificios a los dioses, otros habían quemado granos de incienso ante la estatua del emperador, otros habían obtenido con dinero un *libellus* oficial, un certificado de no ser cristianos. Cipriano, que se había alejado de Cartago durante la persecución, decidió que solo los apóstatas que más tarde mostraban arrepentimiento y recibían una nota personal de un mártir o un confesor (uno que había confesado abiertamente su fe en el juicio) podían ser admitidos a la Eucaristía, particularmente si estaban

enfermos y con peligro de muerte. No todo el clero de Cartago aceptó la decisión de Cipriano, provocando así un verdadero cisma.

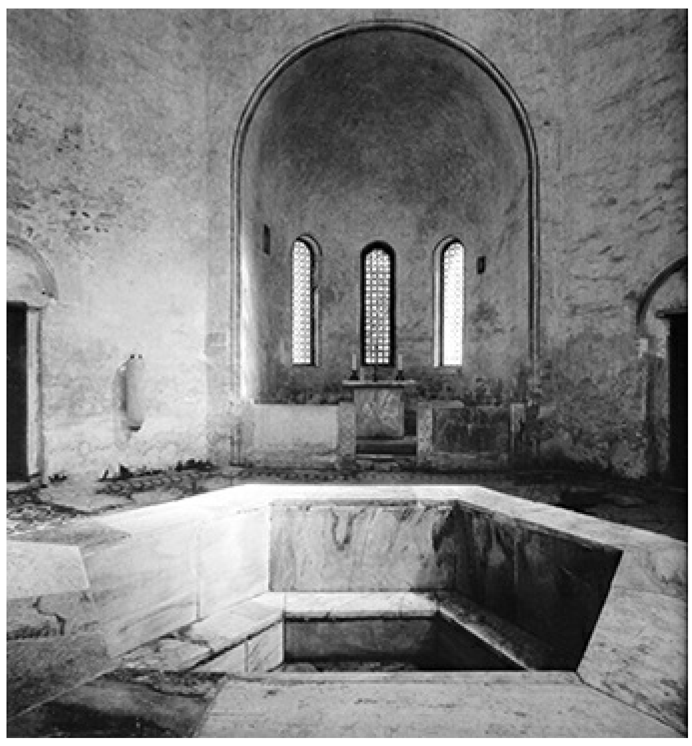


Fig. 13 Pila bautismal hexagonal del bautisterio de Grado, Italia, siglos V-VI (Cuscito 1979:30, fig 47).

En Roma fue establecido el principio de que los apóstatas fuera exhortados a hacer penitencia, de tal modo que si tuviesen que aparecer de nuevo ante las autoridades paganas, podrían expiar su apostasía confesando la fe. Fue también allí que un sacerdote llamado Novaciano y sus seguidores se negaron incondicionalmente a readmitir a la comunión con la Iglesia a cualquiera de los *lapsi*. Este movimiento cismático, llamado novacianismo, se propagó a diferentes partes del Imperio. Después de la muerte de Decio en 251, con Cipriano ya de vuelta en su ciudad episcopal, se reunieron sínodos en África y en Roma, donde se resolvió de común acuerdo la cuestión de los *lapsi*.

4. Eusebio recogió fragmentos de varias cartas escritas por Dionisio, obispo de Alejandría, con respecto a los acontecimientos de la persecución y el martirio de muchos cristianos en su ciudad durante el reinado de Decio (Eus. *HE* VI, 40, 1–42. 6). Los primeros en morir

fueron Metras, Quinta, Apolonia y Serapión. Muchos otros apostataron de su fe cristiana, espontáneamente o por medio de la tortura. Horribles tormentos fueron empleados contra un gran número de cristianos, de todas las condiciones sociales y de todas las edades: "hombres y mujeres, jóvenes y viejos, doncellas y mujeres ancianas, soldados y civiles, en una palabra, de todo sexo y edad, todos obtuvierona la corona" (ibid. VII, 11, 20–26).

5. En Esmirna, el martirio detallado de un sacerdote muy intelectual llamado Pionio también data de la época de la persecución de Decio (ibid. IV, 15, 46–48). Junto con Pionio, otros cristianos sufrieron juicio y torturas: Sabina, Asclepíades, Macedonia y Lemnos, un sacerdote. Pionio fue quemado vivo junto con otro sacerdote por nombre Metrodoro.
6. Las actas de Acacio, obispo de Antioquía de Pisidia (Asia Menor), nos cuentan su diálogo con el cónsul Marciano durante el juicio. El propio emperador Decio, después de haber recibido y leído copia del juicio, estaba tan impresionado por las respuestas de Acacio que, con una sonrisa, absolvió a los acusados y elevó a Marciano a la dignidad de prefecto de Panfilia.
7. Otro mártir de la misma persecución fue Máximo, un hombre humilde de la provincia de Asia. Probablemente en Éfeso, confesó espontáneamente ser cristiano. Sus actas nos dicen que compareció ante el procónsul Óptimo, y tras un breve juicio murió lapidado.
8. Las actas de Luciano y Marciano relatan el martirio de dos hombres que se convirtieron al cristianismo después de haber sido magos paganos. Fueron procesados y condenados por el procónsul Sabino durante la persecución de Decio y quemados vivos.
9. Eusebio (ibid. VI, 39, 1–5) registra brevemente el martirio del papa Fabián en Roma y el encarcelamiento y posterior muerte de otros importantes clérigos, como Alejandro, obispo de Jerusalén, Bábilas, obispo de Antioquía, y el famoso Orígenes, sacerdote y Padre de la Iglesia. Sus terribles torturas en el calabozo, donde fue encarcelado durante un largo período con amenazas diarias de ser quemado vivo, acabaron con su vida.
10. Bajo el emperador Trebonio Galo, sucesor de Decio, la persecución continuó en junio de 252, con el exilio de muchos cristianos (ibid. VII, 1). El papa Cornelio fue enviado a Centumcellae (cerca de Ostia),

donde murió un año más tarde. Su tumba, descubierta en una catacumba romana, lleva la inscripción *CORNELIUS MARTYR*.

11. En Cartago, ya bajo el emperador Valeriano, en 253, un grupo de clérigos, obispos, sacerdotes, diáconos y laicos fueron condenados a trabajos forzados en las minas. El obispo Cipriano les escribió cartas de aliento, que contestaron con gratitud. Por esta correspondencia conocemos muchos nombres de los que sufrieron aquel terrible castigo, a los que Cipriano llama "mártires" aunque estaban todavía en vida, así como "los más fuertes y más fieles soldados de Cristo" (*Ep.* LXXVI, 6, 1). Cipriano fue desterrado a Curubis (hoy Korba) en 257, fue finalmente juzgado y murió mártir, decapitado en septiembre de 258. En Roma, el papa Esteban I y su sucesor, Sixto II, también fueron martirizados.
12. También bajo Valeriano, poco después de la muerte de Cipriano, el juicio y el martirio de un grupo de mártires de Cartago fueron registrados en las actas latinas. Sus nombres eran: Lucio, Montano, Flaviano, Iuliano, Victórico, Prímolo, Reno y Donaciano, que seguía siendo catecúmeno. Antes de su juicio y muerte, pasaron largos meses juntos en la cárcel, sufriendo una horrible sed y hambre. Todos fueron quemados vivos.
13. En el año 259, bajo los emperadores Valeriano y Galieno y los cónsules Emiliano y Baso, tuvieron lugar en Tarragona, la capital de la provincia Tarraconense de la Hispania romana, el juicio y el martirio del obispo Fructuoso y sus dos diáconos Augurio y Eulogio. Las actas son un registro fiel del diálogo entre Emiliano y Fructuoso antes de la muerte de los tres mártires, quienes fueron quemados vivos en el anfiteatro local.
14. Probablemente en el año 260, bajo C. Macrinio Daciano, tuvo lugar el martirio de Jaime, Mariano, otros miembros del clero y un gran número de cristianos laicos en la provincia romana de Numidia (hoy Algeria), como fue registrado en las actas latinas. Murieron decapitados en la ciudad de Lambesis.
15. "En la mencionada persecución de Valeriano — escribe Eusebio (*HE* VII, 12) — tres (cristianos) en Cesarea de Palestina, habiendo confesado su fe en Cristo, fueron honrados con un martirio divino, siendo entregados vivos como alimento a los animales salvajes. Uno se llamaba Priscos, otro Malcos y el tercero Alejandro".

16. A la muerte del emperador Valeriano, su hijo Galieno proclamó un edicto de tolerancia a la Iglesia cristiana en Occidente. Pero en Oriente la persecución continuó bajo Macriano (261–262). “En Cesarea de Palestina — escribe otra vez Eusebio (ibid. VII, 15ss)- Marinos, que era un alto funcionario en el ejército y una persona distinguida por familia y riquezas, dio testimonio de su fe en Cristo y fue decapitado”.

El siglo IV

Después de un largo período de paz y de expansión de la Iglesia desde la época de la persecución de Decio y Valeriano, el 24 de febrero del 303, el emperador Diocleciano (284–305), por instigación de su coemperador Galerio, publicó un nuevo edicto contra los cristianos. Todas las iglesias tenían que ser destruidas, y todos los cristianos debían cumplir con las prácticas tradicionales paganas de los romanos. Un segundo decreto ordenaba a toda la población a sacrificar a los dioses. Oficiales cristianos en el ejército fueron degradados desde sus posiciones, y muchos también fueron ejecutados. La persecución comenzó en Nicomedia, una ciudad de Bitinia (Asia Menor), desde donde se extendió por Siria, Fenicia, las provincias de África, Egipto, Palestina y Arabia. Según Eusebio, los mártires de esta última persecución romana deben ser contados por miles en todo el Imperio y particularmente en Oriente. Su relato del martirio de obispos, clérigos y laicos, llevado a cabo con una variedad de torturas y sufrimientos ideados por jueces y verdugos, se encuentra en los libros VIII y IX de su *Historia Eclesiástica*, con la adición particular de un folleto sobre los *Mártires de Palestina*. Junto con los trabajos de Eusebio, poseemos también la obra titulada *De mortibus persecutorum* (“Sobre las muertes de los perseguidores”) de Lactancio.

La persecución de Diocleciano terminó con un edicto general de tolerancia, emitido desde Nicomedia en abril de 311 por Galerio y sus coemperadores, Licinio y Constantino. En él estaba escrito:

> *...por lo tanto, por esta indulgencia nuestra, deberían orar a su Dios por nuestra seguridad, la de la república y la suya propia, a fin de que la república pueda continuar ilesa por todos lados, y ellos puedan vivir con seguridad en sus hogares.*

La persecución, sin embargo, fue reasumida en Egipto, Palestina y Asia Menor por el sucesor de Galerio en Oriente, Maximino Daia. Después de su muerte en 313, se obtuvo finalmente la paz de la Iglesia en el Imperio con el famoso Edicto de Milán, publicado en ese mismo año por Constantino y Licinio.

La Iglesia cristiana y la paz constantiniana

Durante los largos y difíciles tiempos de persecución, la fe cristiana no cesó en su triunfal propagación por todas las tierras del Imperio Romano y más allá. A principios del siglo IV, el mensaje cristiano ya había sido escuchado no solo en todos los países alrededor del mar Mediterráneo, sino que había también llegado a los británicos, godos, etíopes y persas, e incluso a los habitantes de la costa occidental de la India. Además del interés existente en la difusión de la evangelización, un resultado de las persecuciones fue la emigración de los cristianos en todas direcciones, gente que llevaban consigo las asombrosas historias de valentía y fidelidad de los que habían preferido sufrir y morir antes que abjurar de su fe. Tertuliano tenía razón cuando escribió: “la sangre de los mártires es la semilla de la Iglesia” (*Apolog*. 50).

Otro factor importante para la expansión del cristianismo fue sin duda el ejército romano. El reciente descubrimiento en el norte de Israel de una sala de culto cristiano para soldados romanos que data de antes de la persecución de Diocleciano (véase fig. 32), es una prueba arqueológica de mayor importancia del hecho que el cristianismo había penetrado profundamente en las filas del ejército. Este hecho ya era conocido, no solo por eventuales sugerencias de escritores contemporáneos, de legendarias historias de santos militares (San Jorge, San Teodoro, etc.) y de algunos grafitos cristianos descubiertos en antiguos campamentos romanos, sino también por fuentes literarias, y todo ello desde el siglo II (Tert. *Apolog*. 5, 5-8).

¿Cómo se desarrolló la Iglesia cristiana en todos los aspectos de la vida en su nuevo clima de libertad bajo Constantino? El alcance de esta introducción no nos permite llevar a cabo un análisis exhaustivo de los hechos, pero sin embargo revisaremos brevemente algunos de los más importantes.

El emperador Constantino y la fe cristiana

El emperador Constantino, que es generalmente conocido como el primer emperador romano cristiano, había publicado con Licinio, emperador en el

Oriente, el Edicto de Milán en febrero del 313, según el cual se permitía a los cristianos practicar su fe sin opresión. Además, las propiedades que se les habían confiscado tenían que devolvérseles. Ahora no solo el cristianismo, sino todas las religiones estaban protegidas. Estaba permitido adorar a cualquier deidad que uno eligiese. Esto no significa en absoluto que Constantino se hubiese convertido al cristianismo, sino que quería distinguirse del "gran perseguidor", Galerio, siguiendo una política de tolerancia que fomentase su interés en mantener a todos los ciudadanos del Imperio bajo su autoridad.

Lactancio, el historiador cristiano, informa que en vísperas de la batalla decisiva contra su enemigo Majencio en las afueras de Roma (Fig. 14), Constantino había sido advertido en un sueño que marcase "la señal de Dios" sobre los escudos de sus soldados (Lact. *Mort. Pers.* 44.4–6). Esta señal era el monograma griego *X–P* (las dos primeras letras de *Cristo*, en griego) llamado *labarum*, o *crismon* (véase cap. VII). Por su parte, Eusebio escribió que Constantino "vio con sus propios ojos en los cielos un trofeo de la cruz que se elevaba de la luz del sol, y que llevaba el mensaje: '¡En esto, triunfa!'" (*Vit. Const.* 1, 28). Desde 317, algunas monedas de Constantino lo representan llevando un casco adornado con aquel signo. En un medallón de oro acuñado en 313, el busto de Constantino todavía aparece junto con el del *sol invictus*, el "sol invicto", que era identificado con el dios Apolo. Se supone que Constantino nunca hizo una clara distinción entre la persona de Jesucristo y la figura divinizada del sol físico. Cabe señalar que el sol, por cierto, era universalmente considerado como el principal símbolo de Cristo en la Iglesia primitiva, un símbolo que fue ampliamente explotado en la literatura y el arte cristianos (véase más adelante, cap. VII), en la orientación de las iglesias, de las tumbas e incluso de las oraciones públicas. El "día del sol" de varias lenguas europeas (como *Sunday* en inglés) se transformó para los cristianos en el "día del Señor" (*dies dominica*, domingo), mientras que los otros seis días continúan llamándose con nombres de dioses paganos. El nacimiento de Jesús fue y sigue siendo celebrado en el equinoccio de invierno, cuando el sol comienza a crecer. Esta elección no fue hecha por un decreto de Constantino; deriva de las costumbres paganas de Oriente, donde el sol y sus movimientos habían sido un componente importante en los sistemas religiosos de pueblos como los egipcios, persas, nabateos e incluso israelitas.



Fig. 14 Arco triunfal de Constantino, Roma, siglo IV d.C.

Constantino no proclamó el cristianismo como religión oficial del Imperio. Pero, de sus cartas y de muchos de los cambios que hizo en algunas leyes existentes, es obvio que se sentía cristiano, siguiendo en cuanto le era posible los ideales morales cristianos, protegiendo a niños, campesinos, esclavos y prisioneros, edificando basílicas en Roma y Tierra Santa, entregando propiedades pertenecientes a su familia a la Iglesia para residencia del obispo de Roma y ordenando la copia de nuevos y espléndidos ejemplares de la Biblia. El hecho de que Constantino difiriese la recepción del bautismo hasta los últimos días de su vida se puede atribuir a que sus deberes incluían la tortura y la ejecución de los delincuentes. Había expresado su deseo de visitar Tierra Santa y ser bautizado en el río Jordán. Pero nunca fue allá, decepcionado como estaba por la fuerte controversia arriana que se había desencadenado en Oriente, causando la división de la Iglesia.

Herejías y concilios

Constantino había considerado la religión cristiana como un poderoso medio para mantener la unidad política en el Imperio. Pero para explotar esta idea era necesario asegurar la unidad del número cada vez mayor de los miembros de la Iglesia. La unidad de la Iglesia fue gravemente alterada en 321 por la controversia teológica entre el obispo de Alejandría y su presbítero Arrio, iniciada en Alejandría pero que pronto se extendió fuera de Egipto. Arrio sostenía que Jesús, el Hijo de Dios, es una entidad creada por Dios

Padre y subordinada a Él. El conflicto pronto implicó a Eusebio de Cesarea, Eusebio de Nicomedia y otros obispos preeminentes, por lo que Constantino envió su asesor Hosio, el obispo de Córdoba, para que investigara y conciliase. Con este mismo fin decidió convocar un concilio *ecuménico* (universal) de todos los obispos.

Este primer concilio ecuménico tuvo lugar en Nicea en 325 y fue presidido por Constantino mismo. En su discurso inicial a los 220 obispos, casi todos griegos, instó a buscar la paz y la unidad. Arrio fue condenado por 218 obispos, con la afirmación de que el Hijo es "de una misma sustancia (*homooúsios*) que el Padre". Además de la doctrina de Arrio, conocida como el arrianismo, el concilio también condenó el monarquianismo, una doctrina que defendía la unidad de Dios (*moné arjé*, "un solo principio", en griego) negando que el Hijo y el Espíritu fuesen Personas separadas. También se condenó el sabelianismo, una forma de monarquianismo ya condenada en Roma en 220 por el papa Calixto I. El sacerdote Sabelio enseñaba que Dios es tres solo en relación al mundo, puesto que se había revelado en tres modos sucesivos: como Padre (creador), como Hijo (redentor), como Espíritu (sustentador). Entre otras decisiones, este primer concilio ecuménico de Nicea reguló el cálculo correcto de la fecha de Pascua (véase un poco antes en este capítulo) y publicó varios cánones relacionados con la jurisdicción de la Iglesia en las diócesis de Oriente. También se acordó el texto de un credo bautismal oficial.

En los siglos siguientes se celebraron otros concilios ecuménicos en diferentes ciudades, que generalmente se reunían cada vez que una nueva desviación de la ortodoxia ponía en peligro la unidad de la Iglesia.

El segundo concilio ecuménico de 381 se celebró en Constantinopla, la nueva capital del Imperio fundada por Constantino en el lugar de la antigua Bizancio. El concilio emitió una versión nueva y más larga del credo acordado en Nicea, un texto utilizado hasta la fecha por católicos, luteranos y muchas otras Iglesias, comúnmente conocido como "Credo de Nicea". La diferencia entre este credo niceno-constantinopolitano utilizado en las Iglesias occidentales y el texto griego original es la palabra latina *Filioque* ("y del Hijo") que en la Edad Media fue añadida a la cláusula que trata de la procedencia divina del Espíritu Santo: "que procede del Padre y del Hijo". La Iglesia ortodoxa griega nunca admitió esa añadidura.

El tercer concilio ecuménico fue convocado en Éfeso en 431, con el fin de tratar la naturaleza herética de la teoría de Nestorio, que era el patriarca de

Constantinopla (428–431). Él mantenía la doctrina de una desunión entre las dos naturalezas en Cristo, la humana y la divina. En Él, las dos naturalezas estaban unidas solo de una manera suelta. Cristo no podía ser llamado Dios en el pleno sentido de la palabra. A Nestorio se le oponía principalmente el patriarca de Alejandría, Cirilo, que criticaba en particular el rechazo del título *Theotokos* ("progenitora de Dios") para la Virgen María. A pesar de su condena por el concilio, este movimiento herético provocó un cisma en Oriente, y muchos nestorianos (seguidores de Nestorio) encontraron refugio en Persia.

El cuarto concilio ecuménico se llevó a cabo en Calcedonia en 451 con el fin de reafirmar la doctrina de que Cristo tiene dos naturalezas en una Persona:

> *La distinción de las naturalezas no queda en ningún modo anulada por la unión, sino que las características de cada naturaleza se conservan y se juntan para formar una Persona y subsistencia (hypóstasis), no como partidas o separadas en dos Personas, sino una sola, el mismo Hijo unigénito de Dios, el Verbo, el Señor Jesucristo.*

Se trataba de la condena explícita de una nueva doctrina que estaba siendo promovida por el sacerdote y monje Eutiques de Constantinopla. A fin de no caer en el nestorianismo, Eutiques rechazaba la doctrina de la doble naturaleza en Cristo, humana y divina, sosteniendo que en Cristo hay solamente una naturaleza, la divina. Este doctrina fue conocida como monofisismo y fue rechazada por las Iglesias de Occidente pero llegó a ser aceptada por la mayoría de las Iglesia orientales. Se extendió a lo largo de Egipto, Siria, Palestina, Asia Menor y Armenia, causando muchos problemas, tanto en la esfera religiosa como en la política.

El quinto concilio ecuménico fue reunido en Constantinopla en 553 por el emperador Justianiano y contó con la presencia de Vigilio, el papa de Roma. Reafirmó la postura teológica tomada en Calcedonia para condenar los escritos de Teodoro de Mopsuestia, Teodoreto de Ciro e Ibas de Edesa. Estos tres fueron los defensores de la teología antioquena que enfatizaba la humanidad de Cristo a expensas de su divinidad. Entre los anatemas pronunciados por el concilio estaban también algunas doctrinas de Orígenes que durante casi tres siglos habían causado graves problemas a la unidad de las Iglesias orientales.

La celebración de todos estos concilios ecuménicos fue particularmente debida a la preocupación por la unidad interna y los problemas doctrinales de la Iglesia. Pero otros problemas muy serios estaban igualmente afectando la paz y el bienestar de los cristianos, particularmente en el Occidente, que van a ser descritos en la sección siguiente.

Las invasiones bárbaras en Europa

Un análisis exhaustivo de este tema importante en la historia de Europa excede el alcance de este libro. Aquí solo abordaremos los efectos directos de las invasiones bárbaras sobre el desarrollo del cristianismo en este período crítico de su historia, que abarca del siglo IV al siglo VII.

La paz de la Iglesia obtenida por la política de Constantino en el primer cuarto del siglo IV había permitido la libre expansión de la fe cristiana a todas las partes del Imperio Romano. El paganismo había disminuido seriamente en las zonas urbanas y las zonas rurales de la población. Se habían establecido diócesis cristianas en todos las provincias, presididas por obispos que reconocían la autoridad espiritual y jurídica del papa, el obispo de Roma. Con el traslado de la capital imperial de Roma a Bizancio, la autoridad papal pronto asumió matices políticos, considerada como era a menudo como un patrimonio natural de la antigua Roma, lo cual atraía el interés de los bárbaros.

Bárbaro era el apodo dado por los griegos a todos aquellos que no hablaban griego. En la actualidad, esa palabra se aplica sobre todo a los pueblos germánicos y eslavos que comenzaron a invadir con gran fuerza los territorios del Imperio Romano a través de los ríos europeos del Rin y el Danubio. Las tribus germánicas habían luchado contra el ejército romano desde el siglo II a.C., según nos informan los escritores romanos Julio César (100–44 a.C.) y Tácito (56–117 d.C.). Pero fue solo a mediados del siglo IV que un número de pueblos, como los Vándalos, Francos, Lombardos, Hunos, Godos, Suevos, Alamanes, Alanos, Burgundios, Juteros, Anglos y Sajones, provocados como fueron por sus mutuas luchas, iniciaron una invasión general de las tierras europeas que abarcó desde las Islas Británicas hasta el norte de África. Los cambios políticos, económicos y culturales acarreados por las conquistas de los bárbaros, marcaron una total decadencia del Imperio Romano, poniendo fin a muchos de los espléndidos logros de la civilización romana, y afectando también la expansión y la estabilidad de la fe cristiana, recientemente establecida. Dos de los pueblos bárbaros, los godos y los vándalos, merecen nuestra especial atención, pues habían ya sido convertidos

al cristianismo antes de la invasión de Europa. Por último, dedicaremos un breve sección al reino de los francos y a su figura más importante, Carlomagno, que marca el final de este turbulento período para los países de Europa central.

Los Godos

Este pueblo de la Germania oriental, desde el siglo III había emigrado de Escandinavia bajando hasta el Mar Negro. En sus incursiones a los territorios romanos se llevaron a numerosos cautivos, y entre ellos a muchos cristianos de fe arriana que vivían en la región de Capadocia (Asia Menor). El nieto de uno de los cautivos fue Wulfila, que se convirtió en su primer obispo en 337 o 341. Algunos años más tarde, un godo pagano comenzó a perseguir a los godos cristianos, y Wulfila y muchos otros tuvieron que huir al territorio romano de la moderna Bulgaria. Allí, él tradujo la Biblia a la lengua gótica.

Los godos estaban divididos en dos grandes grupos, los Visigodos (godos occidentales) y los Ostrogodos (godos orientales). Empujados por la tribu de los hunos, los visigodos, dirigidos por Alarico I (370–410), entraron en los territorios romanos, y obtuvieron una gran victoria sobre el ejército romano en la batalla de Adrianópolis en 378. En 410 saquearon Roma, un evento que representó un golpe terrible para el cristianismo occidental, como se refleja en los escritos de Agustín de Hipona y las cartas de Jerónimo. Muchos de los cristianos que huyeron de Roma buscaron refugio en Palestina, donde disfrutaron de la hospitalidad que les ofreció el monasterio de Jerónimo en Belén.

En el siglo V, los visigodos invadieron Francia y España, estableciendo en esta última un reino que duró hasta la invasión musulmana en 711. Los reyes visigodos de España tenían su capital en Toledo y gobernaban no solo en las provincias de Hispania, sino también en Septimania (sur de Francia) y Lusitania (Portugal). Estos reyes y la nobleza visigoda eran cristianos arrianos, mientras que la población hispano-romana era católica. Esta situación continuó hasta 587, cuando el rey Recaredo, por la intervención de Leandro, obispo de Sevilla, renunció al arrianismo tradicional a favor del cristianismo católico. La mayoría de los nobles y del clero arriano siguieron su ejemplo, pero hubo levantamientos arrianos esporádicos, especialmente en Septimania y Lusitania. El papa Gregorio I, que escribió a Recaredo en agosto 599 (*Ep*. 9, 61. 121), lo elogia por haber abrazado la verdadera fe y haber inducido a su pueblo a hacerlo también, y particularmente por haberse

negado a los sobornos que le habían ofrecido los judíos para procurarse la derogación de una ley que existía contra ellos.

La historia de los ostrogodos, que estaban establecidos a lo largo del Danubio y hacían frecuentes incursiones en los territorios romanos y bizantinos, adquirió su máxima importancia con la vida de Teodorico el Grande (454–526), hijo del rey ostrogodo Teodomiro. A la edad de dieciocho años, habiéndose educado durante diez años en la corte bizantina de Constantinopla, se convirtió en un líder ambicioso y astuto de su propio pueblo, siendo unas veces enemigo y otras veces aliado de los emperadores bizantinos. En 484 el emperador Zenón lo nombró cónsul, sugiriéndole que derrocara a Odoacro, un jefe usurpador que había ocupado la mayor parte de Italia con sus tropas y que en 476 había destronado al último emperador romano occidental. Las tropas de Teodorico derrotaron a Odoacro varias veces en diferentes lugares, y finalmente lo asediaron en Ravenna en 493, lo que le obligó a rendirse. Teodorico había prometido a Odoacro la vida y la libertad, pero lo asesinó con sus propias manos en un banquete. Posteriormente, Ravena se convirtió en la capital de los ostrogodos de Italia. Teodorico, cristiano arriano, conservó el derecho, el arte, la literatura y la cultura romanas y permitió completa libertad a la fe ortodoxa de la Iglesia católica. Los libros de magia, así como las representaciones teatrales, fueron prohibidos. Los monumentos antiguos fueron preservados. En Ravenna construyó la magnífica iglesia de San Apolinario. Su tumba monumental en Ravenna es un ejemplo de la influencia mutua entre el arte bárbaro y el arte romano.

Los Vándalos

Este pueblo germánico, que estaba dividido en dos grupos tribales, los Silingos y los Hasdingos, era probablemente originario de Escandinavia y se cree que se asentó en Polonia y en la actual Alemania del Norte desde el siglo II d.C. Tácito nos habla de sus guerras contra el ejército romano durante los años 166–180. Los Hasdingos se marcharon al sur, a la zona baja del Danubio, y en el siglo III se asentaron en Dacia (Rumanía) y Panonia (Hungría). Después de sesenta años de paz con los romanos, fueron cristianizados en la fe arriana, como los godos. En el año 400 o 401, probablemente huyendo de los ataques de los hunos, se trasladaron hacia el oeste en el territorio romano, siguiendo el curso del Danubio. A pesar de la oposición resistente de los francos, cruzaron el Rin en 406, invadieron la

Galia con la ayuda de otras tribus, como los alanos y los suevos, y en 409 cruzaron los Pirineos penetrando en la península ibérica. Se asentaron primero en el sur de España (Andalucía), pero en 429, bajo el rey Genserico, cruzaron al África del Norte, donde establecieron su propio reino, que perduraría por los siguientes 150 años. Su largo asedio de la ciudad de Hipona probablemente causó la muerte de su obispo, San Agustín, ya de 75 años de edad. En 439 capturaron Cartago, que pasó a ser la capital de su reino. Junto con las regiones del norte de África, también capturaron Sicilia, Córcega, Cerdeña y las Islas Baleares.

Dos puntos importantes deben tenerse en cuenta en lo que respecta a la historia de los vándalos en África del Norte. El primero es el terrible saqueo de Roma, llevado a cabo por las tropas del rey Genserico en 455. Junto con un valioso botín, se llevaron a Cartago a las dos hijas de la emperatriz romana Licinia Eudoxia. La mayor, Eudocia, fue dada en matrimonio al hijo de Genserico. El segundo punto es la tensión permanente que existía entre los vándalos arrianos y sus súbditos católicos, que culminó en graves consecuencias. Solo en períodos de relativa paz entre Cartago y Constantinopla estuvieron los obispos y las instituciones católicas libres de las repetidas persecuciones, exilios y confiscación de bienes por sus gobernantes arrianos.

El gobierno vándalo del norte de África llegó a su fin solo en 534, cuando Belisario, el general enviado por el emperador Justiniano de Constantinopla, logró derrotar a Gelimer, el rey vándalo, a quien se llevaron a Constantinopla y que fue enviado al exilio. Procopio, historiador de Justiniano, escribió que, entre el rico botín de los vándalos traído a Constantinopla, estaba también la Menoráh de oro que originariamente había sido llevada por Tito del Templo de Jerusalén a Roma en el año 70, y que más tarde fue robada y llevada a Cartago por los vándalos en su saqueo de Roma en 455 (Procopio, *Historia de las Guerras*, 4, 9 (Fig. 15).

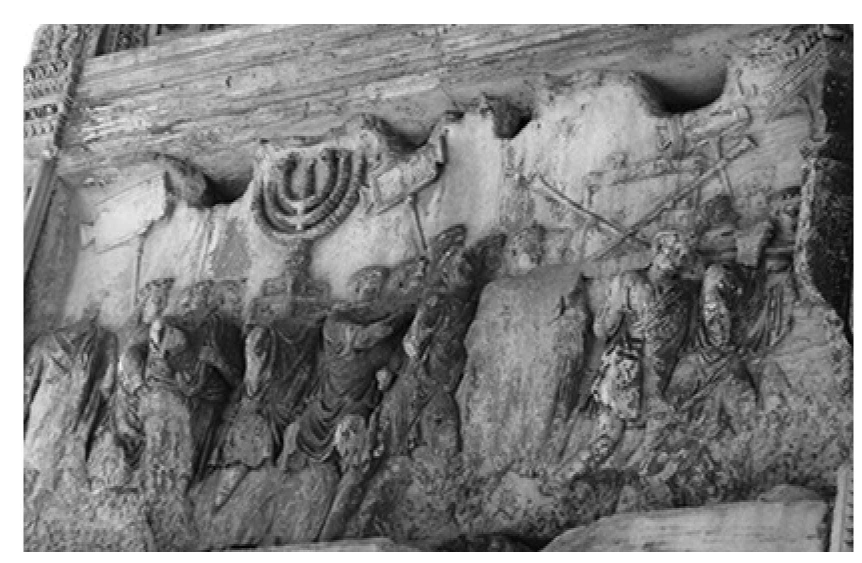


Fig. 15 La Menoráh del Templo en hombros de los soldados romanos, relieve en el arco triunfal de Tito, Roma, siglo I d.C.

Los Francos

Los francos, una fusión de tribus germánicas occidentales cuyos dirigentes se habían aliado con Roma desde el siglo III d.C., entraron en Galia lenta y pacíficamente durante el siglo V. Fueron aceptados por la población local, que era una amalgama de romanos, visigodos, francos y burgundios. Los gobernantes francos continuaron siendo paganos hasta que su rey Merovingio, Clodoveo I, se convirtió a la fe católica y fue bautizado en 498. A su conversión siguió la de sus nobles y de su pueblo. Desde entonces, y por los siglos ulteriores, los francos se convirtieron en los principales propulsores del cristianismo romano en Europa occidental, librando guerras contra cristianos arrianos, invasores islámicos y pueblos paganos germánicos como los sajones, frisones y alamanes. Esta situación culminó con la coronación de Carlomagno, rey de los Francos, en el año 800, y su fundación del *Sacrum Imperium Romanum Germanicum*, hoy generalmente llamado Imperio Carolingio.

Las conquistas islámicas

Tras la muerte de Mahoma en 632, los musulmanes de la península Arábcia comenzaron su expansión a lo largo de las tierras del Imperio Bizantino en Oriente y mucho más allá, llegando hasta los presentes países de Irán y Afganistán. En 640 los árabes controlaban la mayor parte de Siria, incluida Palestina. Al año siguiente todo Egipto estaba en manos de los árabes y desde allí continuaron su conquista de toda el África del Norte. En el

año 711, el musulmán bereber Tariq ibn Ziyad desembarcó en Gibraltar (Jebel Tariq, "montaña de Tariq"), y uniendo su pequeña tropa con la de Musa bin Nusayr invadió casi la totalidad de la Hispania visigoda. Desde allí continuaron su marcha por la Galia, siendo finalmente derrotados en 732 por Carlos Martel en la batalla de Poitiers, cerca de Tours.

Durante los siguientes casi 800 años de presencia musulmana en España, el cristianismo sobrevivió, sin que la organización de la Iglesia y las instituciones sufrieran graves intrusiones. Los cristianos que vivían bajo el gobierno de los musulmanes, los llamados Mozárabes, adoptaron ciertos aspectos del arte y la cultura árabe y desarrollaron aún más la forma modificada de la liturgia latina que había sido adoptada durante los doscientos años de gobierno visigodo (véase cap. V).

Con respecto a la actitud oficial tomada por los invasores musulmanes hacia la población cristiana de los países conquistados por ellos en los siglos VII y VIII, vale la pena citar las instrucciones que presuntamente había transmitido Abu Bakr, sucesor de Mahoma, a los cuatro generales musulmanes y a sus tropas cuando fueron enviados a la conquista de Siria:

> *En la tierra que vais a invadir, no matéis a los ancianos, ni al niño ni a la mujer. No obliguéis al estilita a bajarse de su lugar y no hostiguéis al solitario. Son personas dedicadas al servicio de Dios... Pero en cuanto a aquellos que no os reciban, hacedles la guerra...* (*Dionisio de Tel-Mahre*, en Palmer – Brock –Hoyland 1993:145).

RESUMEN Y CONCLUSIONES

Desde sus humildes comienzos en la tierra de Israel como un movimiento mesiánico judío hasta los turbulentos años de las invasiones bárbaras y musulmanas de Europa y Medio Oriente, la historia de la Iglesia primitiva nos aparece hoy como desarrollándose constante y asombrosamente entre pueblos muy diferentes en un período de gran agitación política, social, cultural y demográfica.

Internamente, hubo un constante replanteamiento de la fe y de su formulación verbal, no solo en los escritos apologéticos dirigidos a las autoridades romanas, sino también frente a movimientos religiosos tan peligrosos como el gnosticismo y las heréticas percepciones de los dogmas básicos por parte de los arrianos, nestorianos y monofisitas. Los líderes de la Iglesia tuvieron que convocar una serie de sínodos locales y de concilios

ecuménicos con el fin de anatemizar las herejías y restaurar la unidad de la fe.

Externamente, los cristianos tuvieron que enfrentar el rechazo oficial de los judíos, que dio lugar a una actitud más bien negativa hacia éstos en la interpretación cristiana de las Escrituras, un enfoque que vino a ser casi normativo durante siglos. También debieron soportar las abrumadoras expresiones paganas y mitológicas del mundo helenístico y romano en que vivían. Y finalmente, tuvieron que sufrir las abiertas persecuciones de las autoridades romanas. Estas persecuciones, que duraron cerca de tres siglos, se convirtieron en un importante catalizador de su fidelidad a la fe cristiana: la muerte de tantos mártires, considerado un éxito evidente por los perseguidores, se convirtió en un medio providencial para la expansión de la fe entre miles de paganos. El gran número de cristianos, sin embargo, que fallaron en el terrible examen al ser llevados a juicio y tortura se convirtió más tarde en un grave problema para los líderes de la Iglesia, que estuvieron divididos en su actitud y su modo de proceder relativos a la reintegración de aquellos "caídos".

Terminado el período de las persecuciones, la fe cristiana ya había llegado a todas las provincias romanas de Europa y disfrutaba de un período de paz oficial en el Imperio, lograda por los edictos del emperador Constantino. Hubo libre construcción de iglesias, se desarrollaron en Oriente y Occidente instituciones tan importantes como el monaquismo, y se estableció una fuerte organización jerárquica. Fue en ese momento, sin embargo, que los países del centro y sur de Europa comenzaron a recibir los fuertes golpes de las invasiones bárbaras. El ejército romano ya no protegía, iban desapareciendo los beneficios de la civilización romana, y las estructuras políticas eran destruidas por el sistema tribal de pueblos nómadas que iban en busca de riquezas materiales y de bienestar. Algunas de estos pueblos, como los godos y los vándalos, habían ya aceptado la fe cristiana arriana, y hubo controversia con la fe ortodoxa de sus súbditos católicos, en España y en el norte de África, que demasiado a menudo tuvieron que sufrir la intolerancia de sus herejes patronos. Por dos veces la misma Roma fue totalmente saqueada.

Esta situación cambió finalmente con la aceptación de la fe católica por los visigodos en España, la conversión de los francos en la Galia y la conquista del reino vándalo en el norte de África por los Bizantinos. Pero una vez más esta nueva situación política, cultural y religiosa fue perturbada. Ahora fue por los musulmanes, cuyas invasiones en Oriente llegaron mucho

más allá de las fronteras de la romanizada Siria, y que en Occidente solo fueron detenidas en la Galia central por los francos. En Europa, una nueva era de renacimiento general en el ámbito político, cultural y religioso, comenzó a florecer solamente al final del siglo VIII con la llegada al poder del rey de los francos, el enérgico Carlomagno. En España, tuvieron que pasar casi ochocientos años para completar la reconquista de todo el país a los musulmanes. En Medio Oriente, los regímenes musulmanes gobiernan todavía.

CAPÍTULO CUARTO
DOCTRINAS MESIÁNICAS Y ESCATOLÓGICAS

Contenido:

4

La esperanza cristiana y la creencia en Jesús como el Mesías y redentor deben considerarse como un intento completamente original e independiente de solución a los problemas humanos universales del mal y de la muerte. Como los sicólogos han señalado, la idea de una redención individual y universal debe buscarse en las profundidades del subconsciente de la humanidad. Instintivamente, las personas buscan el feliz paraíso del seno de su madre que perdieron en el momento en que empezaron a experimentar las difíciles condiciones de la vida actual. Además, los seres humanos primitivos se sentían universalmente mucho más cercanos a la naturaleza que sus descendientes, más sofisticados y que saben razonar sobre causas y efectos. Ambos factores explican suficientemente la evidente semejanza de base que existe entre las diversas soluciones mitológicas que muchos pueblos primitivos dieron a estos problemas, por distantes que puedan ser el uno del otro en términos de espacio y tiempo.

Como herederos directos del judaísmo, los primeros cristianos experimentaban su creencia de una redención personal y universal en base a una esperanza mesiánica y escatológica, aunque en una interpretación altamente espiritual de los datos bíblicos. Hay una gran diferencia entre la fe cristiana en la purificación interior del pecado a través de la obra y gracia del Espíritu Santo y las representaciones groseras de los mitos de salvación en las literaturas mesopotámica y cananea, de las que deriva la cosmogonía bíblica. Sin embargo, en nuestra encuesta sobre las doctrinas mesiánicas y apocalípticas, debemos recorrer el camino de regreso a estas fuentes, porque algunos de aquellos antiguos motivos literarios sobrevivió en los libros del Nuevo Testamento.

RELIGIONES PAGANAS

Mitos mesopotámicos de creación y destrucción

Siempre fue una preocupación fundamental de la humanidad conseguir el renacimiento de la naturaleza a través de una espectacular recreación de la batalla cósmica primitiva contra el caos, batalla que pudiera establecer y mantener la ordenada secuencia de las estaciones del año. Esto era

especialmente cierto en la antigua Mesopotamia, donde, con el fin de hacerse con el control de la crítica situación al final del año, la comunidad se identificaba con las grandes fuerzas cósmicas del universo. Era con este propósito que en el día de año nuevo, el rey asumía el papel del dios (Enlil, Marduk o Ashur) que había luchado contra los poderes del caos en el umbral de la creación, y había vencido a Kingu, el líder de las huestes de Tiamat, la diosa del agua salada y el océano, y la personificación del mal. En su identificación como Tamuz, se creía que la fuerza generativa de la naturaleza había estado cautiva en el país de los muertos durante la sequía del verano, y no era sino hasta después de haberse realizados los ritos de año nuevo que su liberación estaba asegurada, con sus efectos recíprocos en la naturaleza. En las liturgias de Tamuz, y posteriormente en la fiesta anual, era reproducido este tema del dios sufriendo. De las regiones del mundo inferior, el grito del dios que sufría se reproducía en los lamentos de los sacerdotes y del pueblo hasta que era liberado por la diosa Ishtar, y era restaurado al mundo superior como su "hijo resucitado".

El drama cultual cananeo

En los mitos y leyendas cananeas descubiertos en Ugarit (Ras Shamra) en la costa de Siria, el tema de la muerte y resurrección se da en el ciclo de Baal-Anat. Después de una victoriosa lucha con un dragón (Yam, "mar", o Nahar, "río"), Aleyan-Baal era instalado en un palacio real y libraba el combate contra Mot ("muerte"), el señor del mundo inferior. En el calor del verano, Aleyan era asesinado por su adversario, mientras su descenso a las regiones abismales estaba simbolizado por las plantas marchitándose y por la tierra que se secaba durante la temporada de falta de lluvia. Cuando Anat, su consorte, buscaba su cuerpo, también ella encontraba a Mot y lo trataba como si fuera el grano cosechado. Ella lo agarraba, dividía su cuerpo con una hoz ritual, lo quemaban, lo molían en un molino, y su carne era esparcida sobre los campos y se la daban a los pájaros para comer. Finalmente, Aleyan era reinstaurado como rey. Mot, que también era restablecido, era instado por la diosa del sol a conceder la derrota. Era obligado por el dios supremo El a entregarse a Baal y a reconocer su reino. La sequía había terminado y la fertilidad era restablecida sobre la tierra.

Conceptos egipcios de la renovación perpetua

La inmortalidad y la eternidad eran conceptos familiares para los antiguos egipcios, aunque no fueran expresados con los mismos términos que

utilizamos hoy. Estaban convencidos de que la naturaleza es perenne, si bien no está en una condición estática; sufre una continua renovación en las muchas manifestaciones del mundo natural. En el ciclo de Osiris, cada persona fallecida era identificada con Osiris, el dios que había muerto y resucitado y que, por lo tanto, representaba "todo lo que muere para renacer". A su vez, Osiris era identificado con el grano (que sufre la corrupción y vuelve a surgir), con las aguas del Nilo, con la luna y sus ciclos de incesante renovación, e incluso con el sol, que cada día desaparece y vuelve a aparecer. En el mito de Heliópolis, el dios del sol era llamado Atum y Ra; las almas de los muertos, asimilado a Horus, el hijo de Osiris e Isis (los dioses de los muertos), eran absorbidas por Ra una vez que habían ascendido directamente al cielo en forma de hermosas aves. Luego, en el barco del rey astral, eran llevadas con él por todo el mundo de las estrellas.

En un primer período, solo el alma del faraón se creía seguir a Ra en su curso diario a través del cielo y descender con él al mundo inferior. De allí salía otra vez con los dioses de aquella región, como se dice en un himno al faraón difunto: "Te levantas y te pones; desciendes con Neftys, para hundirte en la arena con el barco solar de la tarde; te levanta con Isis, en el barco solar de la mañana" (*Textos de las Pirámides*, 207-212). Entre los egipcios no se desarrolló ninguna escatología de un cataclismo universal que pondría fin al mundo actual. Se creía que este mundo es eterno, aunque sus formas de vida fueran cambiando continuamente. Creían que, para obtener la inmortalidad, era suficiente agarrarse al curso eterno de sus elementos. Utilizando la imagen del flujo y reflujo del Nilo, la "muerte" y "resurrección" de las semillas, de la luna y del sol, expresaban su fe en el hecho de que, aunque uno puede morir a la forma de la vida presente, sí le es posible volar a otra, recibiendo una nueva forma, como cualquiera de los otros elementos del mundo. Esta visión materialista dejaba poco lugar para cualquier tipo de expectativa escatológica, para un "mundo venidero" que sustituyera las presentes condiciones terrenales por otras mejores.

Escatología y dualismo zoroastrianos

Las doctrinas religiosas y escatológicas de la antigua Persia eran dualistas. Pero hay que distinguir entre dos etapas diferentes. En la primera, tenemos el siguiente esquema: a) la existencia de un sabio señor, el dios Ahura Mazda; b) la eterna coexistencia de otros dos espíritus: el espíritu del bien (Spenta Mainyu) y el espíritu del mal (Angra Mainyu), responsables de las creaciones respectivas, buena y mala; c) el triunfo escatológico del bien

sobre el mal; d) una morada de luz para los discípulos de la verdad, oscuridad para los seguidores de la mentira. En una etapa posterior, Ahura Mazda parece que fue identificado con Spenta Mainyu, contra el cual Angra Mainyu era presentado como un principio antagónico.

Detalles de la escatología de Zoroastro en el período parto (contemporáneo de la literatura apocalíptica judía) se describen en los *Oráculos de Histaspes*. Según estos oráculos, los últimos tiempos iniciarán con un período de aflicción y opresión de los justos por los malos y la devastación de todo el mundo. “Los justos y los partidarios de la verdad se apartarán de los inicuos y huirán a los desiertos”. El Impío llevará allí su ejército para sitiar la montaña de refugio de los justos a fin de poder agarrarlos. En respuesta a la oración de los justos, “Dios enviará del cielo al gran Rey para guardarlos y liberarlos, y aniquilar a todos los impíos con fuego y espada”. La venida de este Rey va precedida por el signo de una espada que cae del cielo. El Rey va acompañado por sus huestes celestiales, los ángeles, que entregarán los impíos a los justos. La batalla será feroz, hasta que, finalmente, “cuando todas las tropas habrán sido destruidas, el Impío huirá solo, abandonado por su propio poder”.

El hecho de que este escrito esté dirigido contra la opresión romana y represente el cambio político bajo colores míticos no desmerece su valor de testigo de la tendencia a un pensamiento escatológico concreto.

Otros apocalipsis iraníes de la misma época ofrecen también muchos detalles: el curso de la historia es imaginado como un drama en varios actos, que avanza hacia una conclusión prevista. Este fin de la historia incluye la resurrección de los muertos, la venida de un rey salvador, el juicio final de Dios a los vivos y los muertos, la destrucción de los poderes del mal, la inauguración de un cielo nuevo y una tierra nueva, la entrada de los justos en un Paraíso celestial y el envío de los impíos al fuego del infierno. Como en apocalipsis judíos y cristianos, estas profecías se revelan a través de un visionario, que asciende al cielo en su éxtasis, pasando por los mismos peligros que esperan a las almas de los muertos en su ascensión al cielo.

Roma, la *Égloga Cuarta* de Virgilio y la Sibila

En el sistema estoico, materialista, cada alma individual es solo una pequeña parte del principio vital del universo. Este es imaginado como atravesando diversos períodos o edades, al final de los cuales aquel principio vital se desintegra en una conflagración cósmica. Las almas, por lo tanto, deben renacer en la renovación de la vida que sigue a cada conflagración.

Cabe señalar que la iconografía romana contemporánea no muestra, con la excepción de algunos casos discutibles, ningún rastro de pensamiento estoico (o pitagórico), prefiriendo escenas de la mitología griega.

El sorprendente cuadro de la edad de oro descrito por Virgilio en su *Égloga Cuarta* también puede considerarse como mitológico. El nacimiento de un niño maravilloso será el signo de esta nueva era que traerá felicidad a los hombres y restaurará el orden mítico, original, sobre la tierra. Virgilio mismo menciona en su poema la antigua Sibila de Cumas, de origen etrusco. Según su profecía, la historia del mundo consiste en ciclos periódicos: al final de cada ciclo, las estrellas regresan a sus lugares propios en los cielos, lo cual tiene por efecto la restauración de la felicidad sobre la tierra. Cada ciclo constituye el "gran año". Una vez más se expresa la antigua creencia en la renovación universal a través de una repetición ritual de la obra divina de la creación.

Desde San Agustín, los antiguos cristianos estaban convencidos de que la Sibila de Eritrea escribió algunas cosas que claramente se refieren a Cristo (*La Ciudad de Dios*, XVIII, 23). El oráculo sibilino en cuestión es una visión apocalíptica del juicio final. Su primera estrofa reza como sigue:

Vendrá el juicio, y el sudor de la tierra será su señal.
Incluso el Monarca Eterno vendrá de los cielos,
De repente viene, en su carne, al temido tribunal.
Tanto el fiel como el infiel verán a su Creador,
Levantados con amigos celestiales al final de los tiempos.
Él convocará a su juicio a las almas reunidas con sus cuerpos
…

La versión latina que San Agustín hizo de este oráculo, que llegó hasta nosotros con interpolaciones cristianas (quizás de hacia finales del siglo II d.C.), fue la causa de que la profetisa jónica se mencione todavía hoy en la liturgia de rito latino:

Dies irae, dies illa,
Solvet saeclum in favilla,
Teste David cum Sybilla (Misa por los difuntos).

"Un día de ira será aquel día,
cuando el mundo se disolverá en cenizas,

como atestiguan David y la Sibila".

PROFECIAS BÍBLICAS Y EXPECTATIVAS JUDÍAS

La vida en el Paraíso y el pecado de Adán

El antiguo Israel forjó su propia historia cosmológica con coloridos motivos heredados de la mitología babilónica. Sin embargo, debe establecerse una distinción clara entre ambas tradiciones, no solo por el monoteísmo puro de la Biblia, en abierto contraste con el politeísmo mesopotámico, sino porque la historia bíblica de la creación del hombre es el punto de partida de la historia de su salvación. La muerte, así como la precaria condición del hombre en la tierra, son vistos en un contexto teológico y considerados como resultado de la transgresión original de Adán del mandato de Dios. La vida en el Paraíso no es solo la imagen de un feliz estado de inocencia, sabiduría y felicidad, que son los deseos del hombre, sino también la imagen de una estrecha familiaridad con Dios que el hombre quisiera ver restaurada. La creación de Adán "a imagen y semejanza" de Dios implica una plenitud de vida que se perdió por el pecado. Ahora la inmortalidad está fuera del alcance del hombre, a menos que el orden cósmico, interrumpido por la caída, sea completamente restablecido.

Pero toda la historia de la creación en el Génesis es una narración de consuelo, porque incluye una promesa implícita de la redención. En realidad, aquel relato es "un acto de salvación" (ver Sl. 74:12 ff). Las historias de la vocación de Abraham, punto de partida de la redención de Israel, comienzan con el relato de la creación, por lo que la creación misma es vista por los profetas y salmistas como el primer acto de la redención de Israel por Dios. Él se refiere a sí mismo como "redentor y creador" (Is. 44:24). En Is. 51ss. el profeta relaciona la creación del mundo con la redención de Israel de Egipto (Is. 51:9-10). Apenas ha terminado la descripción del alejamiento de las aguas, en el mítico lenguaje de la lucha con el dragón del caos, cuando salta ya al milagro del Mar Rojo, donde Yahvé nuevamente retuvo las aguas "para que pasaran los redimidos". "Aquí creación y redención casi coinciden y casi puede ser considerados como un solo acto dramático de salvación divina en la imagen de la lucha con el dragón del caos" (von Rad 1969:137ss). Incluso textos como el Salmo 89, que celebra "los actos de gracia de Yahvé" (refiriéndose al establecimiento del Reino Mesiánico), incluyen pasajes relacionados "con diferentes actos de creación, que deben sumarse a la cantidad total de actos de salvación de Yahvé a los que se alude en el Salmo"

(cf. Von Rad, ibid.).

Bajo este punto de vista, es lógico que la redención prometida a Israel, después de que sus infidelidades causaran que Dios le castigase con la sumisión a potencias extranjeras y la dispersión entre las naciones, sea presentada por los profetas bíblicos como una reconstrucción de la creación. En consecuencia, existe un paralelismo entre la vida paradisíaca del hombre antes del primer pecado y su estado de felicidad y de inmortalidad en un mundo restaurado, previsto como la última etapa de la historia de la salvación. Israel como pueblo será un instrumento de redención para todas las naciones.

Profecías escatológicas

En la visión dinámica de la historia que tienen los profetas, los acontecimientos futuros no se ven solo en la perspectiva del plan de salvación de Dios, sino como una renovación de la obra salvífica del pasado. Por otra parte, se prevén para un futuro cercano, en una dimensión que trasciende los estrechos límites geográficos e históricos de circunstancias actuales, soluciones para situaciones críticas específicas, vividas por el pueblo de Dios. Es por esta razón que tales profecías pueden correctamente ser llamadas escatológicas, aplicando este término a un nuevo y definitivo acto de salvación que puede de hecho abolir los hechos históricos o las instituciones religiosas que habían salvado al pueblo de Dios en el pasado. Pero, invariablemente, tales eventos escatológicos se presentan en la forma de una representación de hechos históricos, cada profeta escogiendo como marco de su mensaje uno de las pasadas acciones salvadoras de Dios. Así, Oseas predice una nueva entrada a la tierra y un nuevo Israel remodelado por Dios en el desierto (Os. 2:16-17). Isaías ve una Sión "redimida por la justicia", cuyos jueces son "restaurados como fueron una vez" (Is. 1:26-27), y un nuevo David, "un ramo de la estirpe de Jesé", sobre el cual "descansa el espíritu de Yahvé" (Is. 11:1 ss.). En cuanto a Jeremías, su profecía llega a predecir "una nueva alianza" de Dios con Israel, no como la que hiciera con sus antepasados (Jr. 31:31). Y según el Deuteroisaías, va a haber un nuevo Éxodo, tal que no habrá "ninguna necesidad de recordar el pasado, sin necesidad de pensar acerca de lo que se hizo antes " (Is. 43:16 ss.).

Junto con la imagen de un final que es visto con los colores de una obra salvífica pasada, hay en los profetas el importante concepto de un futuro juicio de Dios en "el día de la visitación", "día de Yahvé". Este esperado día se conoce como un día de castigo y también como un día de bendición. El

juicio será ya contra Israel (cf. Am. 5:18 ss.) ya contra las naciones. O quizás favorecerá al "justo" Israel contra las "malvadas" naciones (Is. 26:10; Ha. 1:4, 13; cf. Sl. 9:5; 10:2-4; 58:10; 68:2; 125:3). El juicio será colectivo, incluso universal (Sf. 1:1-18), y se llevará a cabo sobre la tierra, y será precedido por el arrepentimiento de cada miembro de la comunidad de Israel (Jr. 3:13, 19-25; 24:7; 31: 33, etc.).

Ya en los libros proféticos, juicio y restauración están a veces vinculados con un toque de esperanza mesiánica, ya sea de manera individual o dinástica. En Daniel el juicio es el atributo específico del "hijo del hombre" mesiánico (Dn. 7), un concepto que posteriormente fue desarrollado por el Nuevo Testamento y por el judaísmo primitivo.

La "resurrección" de Israel en Ezequiel

La resurrección de los muertos no fue una creencia generalizada en Israel hasta un período muy tardío de la historia bíblica, es decir, durante la revuelta de los Macabeos (Dn. 12:2; 2M. 7:9 ss.). Sin embargo, sus raíces deben buscarse muy anteriormente, puesto que la resurrección corporal como imagen literaria de renovación espiritual aparece ya en Is. 26 y de manera particular en Ez. 37: 1ss. Esta última referencia es un pasaje importante que sin duda inspiró más tarde descripciones judías y cristianas de la resurrección final. El mensaje profético de esta visión se refiere al significado teológico del retorno de Israel a su país después de los años de exilio en Babilonia. El profeta vio "un valle lleno de huesos... ya estaban muy secos". Entonces se le ordenó a profetizar sobre ellos la palabra de Yahvé. Y en primer lugar, "hubo un ruido, un sonido estrepitoso, y los huesos se unieron entre sí. Miré -dice Ezequiel- y vi que estaban cubiertos con tendones; la carne había crecido sobre ellos y la piel los cubría, pero nada de aliento había en ellos". Cuando el profeta llamó a la respiración venir de los cuatro vientos, entró en los muertos: "volvieron a la vida y se levantaron sobre sus pies, una gran multitud, un ejército inmenso". "Hijo de hombre," dijo Dios al profeta:

> *Estos huesos son la entera casa de Israel... Así que, profetiza... El Señor Yahvé dice esto: Ahora voy a abrir vuestros sepulcros; quiero levantaros de vuestros sepulcros, pueblo mío, y llevaros a la tierra de Israel. Y sabréis que yo soy Yahvé... Y pondré mi espíritu sobre vosotros, y viviréis...*

El regreso de Israel a la tierra de sus antepasados implica un retorno a

Dios; y estos milagros se describen alegóricamente como una resurrección. Por lo tanto, podemos decir que la resurrección del cuerpo está aquí plenamente reconocida como una posibilidad real del poder de Dios. El mismo reconocimiento es igualmente atestiguado en textos más antiguos del Antiguo Testamento (cf. 1S. 2:6).

El rey como Mesías de Dios

Entre los muchos ritos que acompañan a la entronización del rey en el antiguo Israel, la unción con aceite por un profeta (cf. 1S. 10:1; 16:1) o un sacerdote (cf. 1R. 1:39; 2R. 11:12) fue el más importante. Esta unción era un rito religioso, por el que Dios confería al rey su especial autoridad. El espíritu de Dios se apoderó de Saúl después de ser ungido (1S. 10:10), e igualmente "se apoderó de David y se quedó con él desde aquel día" (1S. 16:13). El rey era el "ungido de Yahvé", una persona consagrada que no podía ser tocada (cf. 1S. 24:7, 11; 26:9,11,23), y a la que se confiaban ciertos actos religiosos: es él quien construye el Templo (1R. 5-8); cfr. 12:26-33), designa a los sacerdotes para su cargo (2S. 8:17; 20:25, etc.), reforma el culto (2R. 22:3-7), ofrece sacrificios (2S. 6:13; 1R. 8:5, etc.) y bendice al pueblo (2S. 6:18; 1R. 8:14); e incluso se le llama "sacerdote" como Melquisedec (Sl. 110, 4; Gn. 14:18; cfr. He. 5:6).

"Ungido" es la traducción de la palabra hebrea *mashíah* (Mesías). Esto es de gran importancia cuando, siglos después, la expectativa de un Mesías que llevaría a Israel a la libertad y la felicidad arraigó en los corazones de los israelitas. Se esperaba que este nuevo rey de Israel, el ungido de Dios, sería ante todo un salvador (cf. Mt. 1:21; Lc. 2:11); como los antiguos jueces habían salvado el pueblo de Dios en momentos de angustia (Jc. 3:9,15), los reyes de Israel eran también sus "salvadores" (2R. 13:5). Es desde esta perspectiva que Ciro, el gobernante persa, pudo también ser llamado "ungido de Yahvé" (Is. 45:1), ya que fue instrumento de Dios para permitir que Israel regresara a su país después de setenta años de exilio. Por otra parte, el Mesías esperado será el "hijo de Dios" (cf. Lc. 1:35). También los antiguos reyes de Israel eran considerados ser hijos de Dios de una manera particular (Sl. 2:7), elegidos como eran desde el seno de sus madres para la dignidad real (Sl. 110:3). El Mesías será de la "Casa de David" (Mt. 1: 69). Su entronización significará que Dios ha renovado su pacto con la dinastía davídica (2S. 7:16; cfr. Sl. 89:5; 132:11-12). Así que el trono de David será suyo para siempre (Lc. 1:32).

Durante siglos, y sobre todo al final del período bíblico, el judaísmo

desarrolló sus conceptos de mesianismo, que se expresaron de muchas maneras diferentes, incluso contradictorias, en los diversos escritos del período del Segundo Templo. Los profetas tardíos, autores apocalípticos, escritores helenísticos, Rollos del Mar Muerto, Nuevo Testamento y fuentes rabínicas atestiguan la propagación de la esperanza mesiánica, aunque sus puntos de vista están lejos de mostrar acuerdo alguno. Los desacuerdos sobre la naturaleza, el papel y los atributos del futuro Mesías son causados en su mayoría por interpretaciones particulares de los datos bíblicos anteriores (véase el cap. I). Puede decirse que la idea de un Mesías escatológico se desarrolló a partir de la figura del rey, el ungido de Yahvé. El Mesías sería el rey ideal, David reencarnado, el hombre "según el corazón de Dios".

Visiones apocalípticas en los profetas.

En la Biblia se relatan apariciones divinas de maneras y formas muy diferentes. Adán y su esposa "oyeron el ruido de Yahvé Dios que se paseaba por el jardín a la brisa del día" (Gn. 3:8); el "Ángel de Yahvé" se encontró con Hagar junto a un manantial en el desierto y habló con ella de tal manera que estaba convencida de que había visto al propio Yahvé: "Verdaderamente he visto a Dios después que Él me vio" (Gn. 16:7, 13); pero en la teofanía en el Monte Sinaí, "Yahvé había descendido sobre él en medio del fuego" (Ex. 19:18). Este último texto expresa en una forma más descriptiva la santidad y trascendencia de Dios que estaban ya presentes en el uso del término "Ángel de Yahvé" que apareció en el texto anterior. Como regla general, el hombre primitivo apenas puede imaginarse a Dios aproximándose a él, si ello no ocurre en conexión con fenómenos cósmicos que le asustan por su poder destructivo. En su primera etapa, la mitología cananea había hecho de El el dios supremo, dios de las montañas. Y probablemente se utilizó este título cuando, adoptando los israelitas la forma El/Elohim para su único Dios, le llamaron a *El Shaddai*. Incluso cuando Dios reveló su nombre propio, personal, *Yahvé* ("el que es") a Moisés, se le apareció "en llama de fuego, en medio de una zarza" (Ex. 3:2).

Muy semejante fue la visión Dios que tuvieron los profetas. Isaías, en una visión que luego inspiró muchas descripciones apocalípticas judías y cristianas, vio:

> *Al Señor Yahvé sentado en un trono elevado y excelso; las orlas de su manto llenaban el Templo. Los serafines* [nombre que indica su naturaleza ardiente] *estaban de pie sobre él, cada uno tenía seis alas:*

con dos cubrían su rostro, con dos se cubrían los pies, y con las otras dos volaban. Gritaban los unos a los otros diciendo:

'Santo, santo, santo es el Señor de los ejércitos,
toda la tierra está llena de su gloria.'

Los postes de piedra del umbral oscilaron a la voz de los que gritaban mientras que la casa se llenaba de humo... (Is. 6:1-4).

Ezequiel, de manera similar, representa majestuosamente el "carro" celestial de Dios (véase también Dn. 7:9-10), que vio "en la tierra de los caldeos, junto al río Quebar…":

Miré y he aquí que venía del norte un viento tempestuoso, una gran nube con un fuego fulgurante todo en derredor y en el centro un reflejo de metal brillante en ignición en medio del fuego. Emergía del centro la imagen de cuatro seres y su aspecto era así: Tenían semblante de hombre. Cada uno tenía cuatro caras y cuatro alas… El aspecto de su cara era de hombre, con una cara de león a la derecha de los cuatro, una cara de toro a la izquierda de los cuatro y una cara de águila para los cuatro… Había entre los seres una visión como de brasas incandescentes, como visión de antorchas y ésta se desplazaba entre los seres y el fuego resplandecía y del fuego salían relámpagos. Los seres corrían en todas direcciones como el rayo. Miraba yo los seres y he aquí que en el suelo había una rueda, junto a ellos, a los cuatro lados. El aspecto de las ruedas y su centellear era como de crisólito… Sobre la cabeza de los seres había una especie de plataforma semejante a un brillante cristal extendido sobre sus cabezas… Oí el ruido de sus alas y cuando avanzaban era semejante al ruido de grandes aguas, a la voz del Todopoderoso… Sobre la plataforma que estaba sobre sus cabezas había, semejante al aspecto de una piedra de zafiro, una especie de trono y sobre ella, en el trono, una forma semejante a la figura de un hombre en la parte superior. Vi como el centellear del metal brillante, como visión de un fuego que rodeaba todo en derredor en el interior en lo que de él aparecía de cintura arriba y en lo que aparecía de cintura abajo vi como un fuego que producía claridad alrededor. Como el arco iris en la nube en día de lluvia, así era el aspecto del resplandor que lo rodeaba (Ez. 1:4-28).

La descripción de los animales alados seguramente está inspirada en los "querubines" cuyas efigies se veían en Babilonia. Los elementos cósmicos juegan un papel importante en teofanías proféticas. Hablan del "día de Yahvé" en estos términos:

Tiembla la tierra, retiemblan los cielos, el sol y la luna se oscurecen y las estrellas apagan su esplendor (Jl. 2:10-11).

El Señor ruge desde Sión y desde Jerusalén hace oír su voz. Los cielos y la tierra se han conmovido… (Jl. 3:16).

Está cerca el gran día de Yahvé… Día de ira es aquel, día de angustia y de congoja, día de devastación y desolación, día de tinieblas y oscuridad, día de nublado y de nubes, día de tempestad y grito de alarma… (Sf. 1:14-16).

Según Zacarías, una batalla escatológica entre Yahvé y las naciones debe ser luchada por Jerusalén:

En aquel día, sus pies [de Yavéh] *se afirmarán sobre el monte de los olivos que está frente a Jerusalén y el monte de los olivos se partirá por medio, al oriente y al occidente en un gran valle... Y huiréis por el valle de los montes porque el valle de los montes llegará hasta Hinom, y huiréis como habéis huido por el temblor de tierra en los días de Ozías, rey de Judá, y Yahvé mi Dios llegará y todos los santos con él. Aquel día no habrá ya luz sino helada y hielo. Será éste un día único... no será ni día ni noche... Aquel día de Jerusalén saldrán aguas vivas, la mitad hacia el mar Oriental y la mitad hacia el mar Occidental...Y Yahvé será rey sobre toda la tierra…* (Zc. 14:4-9).

Malaquías, el último de los profetas, profetiza que Dios enviará a su mensajero para preparar un camino ante él:

He aquí que envío a mi ángel y prepara el camino delante de mí e inmediatamente llegará a su Templo Yahvé a quien buscáis y el ángel de la Alianza a quien deseáis: he aquí que llega... es como fuego de fundidor y como lejía de batanero... Me acercaré a vosotros para el juicio... (Ml. 3:1-5).

La influencia de estas y otras teofanías y visiones apocalípticas de los profetas en los escritores del Nuevo Testamento son evidentes. Otros elementos, sin embargo, como la visión de Daniel del Hijo de Hombre, la existencia de comunidades judías sectarias que vivían en expectativa escatológica y el desarrollo de ideas mesiánicas y escatológicas en el judaísmo normativo, son igualmente importantes para la comprensión del mensaje cristiano de redención.

Daniel: el Hijo del Hombre y las semanas

Durante los años de sufrimiento y de persecución de los judíos piadosos por el rey seléucida Antíoco IV Epífanes, un visionario apocalíptico, usando el nombre de Daniel (un profeta judío en la corte persa), escribió su mensaje de consuelo. En una de sus visiones sobre la futura restauración de la justicia al pueblo de Dios, él ve a los miembros de ese pueblo ("los santos del Altísimo") en forma de un hombre que recibe de Dios la soberanía sobre todas las naciones del mundo. Debido a la forma humana de esta figura, la visión de Daniel tuvo una gran influencia sobre las posteriores descripciones mesiánicas:

> *Miré en mis visiones de la noche y con las nubes del cielo venía como un hijo del hombre, avanzaba hasta el anciano de días y le hicieron acercar ante él. A él fue entregada la soberanía, la gloria y el reino, y todos los pueblos, las naciones y las lenguas le sirvieron. Su soberanía es una soberanía eterna que no pasará y su reino no será destruido* (Dn. 7:13-14).

Más tarde el autor del libro del Apocalipsis cristiano recibirá inspiración de esta visión para describir la gloria de Jesús, quien se complacía en llamarse "hijo de hombre".

En una segunda visión, Daniel hizo una interpretación de la profecía de Jeremías de los "setenta años" ("Israel permanecerá en la esclavitud entre las naciones durante setenta años", Jr. 25:11), transformando este número en "setenta semanas (de años)". Gabriel le reveló que:

> *Setenta semanas han sido fijadas*
> *sobre tu pueblo y sobre tu ciudad santa*
> *para hacer cesar la iniquidad,*
> *para sellar el pecado,*

para traer la justicia eterna,
para sellar la visión y la profecía
y para ungir al Santo de los santos.
Sabe, pues, y comprende.
Desde el instante en que salió esa palabra
de reedificar Jerusalén
hasta un jefe ungido, siete semanas,
sesenta y dos semanas:
plaza y foso serán reconstruidas
y esto en la angustia de los tiempos.
Y después de las sesenta y dos semanas,
un ungido será muerto
y no hay para él juicio.
Cuanto a la ciudad y al santuario,
el pueblo de un jefe que vendrá los destruirá.
Su fin es una inundación
y hasta el fin están decretadas
guerra y devastación.
Y concertará en firme
una alianza con muchos durante una semana,
y a la mitad de la semana
el sacrificio y la oblación cesarán.
Sobre el ala de las abominaciones
vendrá el devastador
hasta que la ruina decidida
se derrame sobre el devastador (Dn. 9:24-27).

Esta profecía, como la mesiánica citada (Dn. 7:13-14), trasciende el período de la persecución de Antíoco Epífanes para describir la llegada de una era de paz perfecta. Los escritores del Nuevo Testamento la verán espiritualmente cumplida en el Reino de Dios inaugurado por Cristo. Las "semanas" de Daniel como una profecía del nacimiento de Jesús es recordada por los cristianos hasta la actualidad en los textos de la liturgia de Navidad, e incluso, a un nivel más popular, en villancicos típicos de aquella fiesta.

Qumrán, una comunidad escatológica

El descubrimiento de los Rollos del Mar Muerto ha sacado a luz la espiritualidad de una comunidad judía sectaria que prosperó en la época

contemporánea a la del Nuevo Testamento. Sus miembros, según aparece en los textos, poseían la fe y la esperanza de salvación y vida eterna. No mostraban ninguna ansiedad acerca de la muerte, la resurrección, el día de la visita de Dios, las tribulaciones de los últimos días, la venida de un salvador, o el juicio final. De un modo semejante a los gnósticos, pensaban que la salvación se obtiene en el momento en que el hombre se purifica, y que dura para siempre (cf. 1QS IV 6-8; 1QH XI 18, etc.). Sin embargo, no hay duda que el entusiasmo místico de la comunidad combinaba la fe en la salvación individual con una expectativa escatológica de tipo cósmico. Estaban convencidos de que su tiempo era la "era final de la ira" (cf. 1QH III 28; 1QpHos b 12, etc.), el período de iniquidad (cf. CD VI 10, 14; XII 23, etc.), y creían poseer ya un estado de preparación para vivir lo más cerca posible del ejemplo de las experiencias de Israel en el desierto, con la esperanza de que muy pronto entrarían en la "nueva tierra prometida"; a veces incluso parecen haber sufrido de impaciencia (cf. 1QpH). Pero también estaban convencidos de que habría un "período de favor", cuando Dios concedería "salvación eterna y paz eterna a los justos" (1Q XV 15-16).

El *Manual de Disciplina* a menudo menciona una "era final", que irá precedida por el "tiempo de la visitación" y el "juicio" (véase 1QS IV 18-20). Dios destruirá la iniquidad para siempre (ibid.) y pondrá en ejecución su plan de un "renovación" general (ibid. IV 25). Los *Himnos*, aún más explícitamente, hablan del juicio de Dios, que se identifica con castigo (III 27). Cataclismos cósmicos dejarán la tierra desolada, porque los "torrentes de Belial" se desbordarán para devorar a aquellos que beban de ellos, antes de que Dios los arroje finalmente al abismo y Abadón (III 29-32). Toda la tierra será destruida por Dios y sus huestes (III 33-36).

Es difícil distinguir entre esta conflagración general y la batalla escatológica entre los "hijos de la luz" y los "hijos de las tinieblas" descritos en el *Rollo de la Guerra*. Este escrito también trata de una guerra contra Belial y una guerra contra Gog (I, 10, 13-14). Varias grandes batallas deben ser luchadas entre las tribus de Israel, ayudados por los poderes de la luz, la justicia y los ángeles designados, y los enemigos, liderados por los "Kittim" (romanos) y asistidos por Belial y los poderes de la oscuridad y el mal.

El Mesías no desempeña ningún papel en esta guerra, aunque encontramos en los Rollos varias alusiones a expectativas mesiánicas: el "precursor" (1QSa IX 11), la "estrella" (CD VII 18), el "pastor fiel", que se levantará (*Nueva Alizanza* 3, 28) y el "Mesías" que es el "ungido de justicia,"

la "rama de David" y el "intérprete de la ley" (4Q *Bendiciones Patriarcales* 3-4; cf. 4Q *Florilegio* 1-4). Incluso hay una colección de testimonios mesiánicos (4Q *Testimonia*), y en otros escritos se habla del "Mesías de Aarón", que es un Mesías sacerdotal, y el "Mesías de Israel," que es un Mesías laico (1QS IX 11); ambos ejercerán sus funciones al final de la "era de la iniquidad" (CD XII 22). También se espera que el Mesías de Israel participe en la comida cultual de la comunidad (cf. más adelante, cap. V).

Los escritos apocalípticos

La literatura apócrifa judía del período que se extiende desde el siglo II a.C. al siglo I d.C. muestra un interés general en ofrecer una doctrina escatológica que encaja con el sentido de justicia individual. Con imágenes vivas, los autores registraron, bajo los seudónimos de famosos personajes bíblicos, sus experiencias místicas y sus esperanzas para un futuro inmediato, la característica principal de las cuales es la victoria abrumadora de los justos contra los malvados. La situación actual va a invertirse. Para poner fin a la opresión de Israel por parte de potencias extranjeras, Dios enviará a su Mesías que dará al pueblo de Israel el gobierno del mundo entero, estableciendo un reino de justicia y de paz eternas. El interés en una escatología judía nacional no impidió a los escritores apocalípticos tratar de asuntos relacionados con la muerte y la vida futura del individuo, aunque en estos puntos reflejan una gran variedad de opinión. Existían divergencias sobre los temas de la resurrección del cuerpo, la inmortalidad del alma, el juicio final, el estado intermedio de los espíritus humanos después de la muerte, la eternidad o temporalidad del castigo de los impíos, y la existencia de una predestinación para los que se salvan. Posteriores interpolaciones cristianas hacen aún más dudosa la interpretación de muchos pasajes difíciles de estos escritos. Las profecías bíblicas, la mitología grecorromana y la escatología iraní contribuyeron a las descripciones de lo que ocurre al final de la era presente.

Como ejemplo de este tipo de literatura, siguen algunos extractos de las doctrinas escatológicas contenidas en tres libros importantes, cada uno de un período diferente, es decir, siglos II y I a.C. y siglo I d.C.:

El libro de los Jubileos (c. 170-161 a.C.)

Quien profana el sábado "seguro que morirá eternamente" (2:27). "El juicio de todo está escrito en las tablillas celestiales" (5:13). El Sheol es el lugar de condenación para todos los que se suicidan, "y en la oscuridad de las

profundidades todos serán removidos por una muerte violenta" (7:29). En "el día del juicio," el Señor juzgará "con espada y fuego" (9:15). Cuando Dios "despertará" contra los "pecadores de entre los gentiles", "no habrá nadie para recoger y nadie para enterrar" (23:26). "Y en ese momento el Señor sanará a sus siervos, quienes se levantarán y verán una gran paz" (23:30). Ninguno de los *Kittim* (romanos) "será salvo en la ira del juicio" (24:30), y si un descendiente de los *Caftorim* (griegos) "ascendiese al cielo, de allí será derribado...; y aunque descendiese al Sheol, también allí será grande su condena y tampoco allí gozará de paz alguna... porque se irá a la condena" (24:30-32). Los transgresores de Israel "serán borrados del libro de la vida, y se registrarán en el libro de los que serán destruidos..." (30: 22).

Testamento de Leví, de los Testamentos de los Doce Patriarcas (siglo I a.C.)

Leví ve en un sueño los siete cielos, y los visita por invitación de un ángel. El primer cielo contiene todos las acciones injustas de los hombres, así como "fuego, nieve y hielo, preparados para el día del juicio" (3:1-2). "En el segundo están los anfitriones de los ejércitos, a los que se ordenó" para aquel día, "ejercer la venganza contra los espíritus de engaño y de Belial. Y por encima de ellos están los santos" (3:3). "En lo más alto de todo mora la Gran Gloria" (3:4). "En el siguiente están los arcángeles, quienes… hacen la propiciación al mundo por los pecados de ignorancia de los justos" (3:5). Debajo de éste "están los ángeles que llevan las respuestas a los ángeles de la presencia del Señor" (3:7). "Y [en el cielo siguiente] están los tronos y las dominaciones" (3:8).

"El señor deberá ejecutar juicio contra los hijos de los hombres" con una gran conmoción de toda la creación, y "Hades se llevará el botín [cf. Is 5:14] a través de la visitación del Altísimo". Los hombres perecerán en su iniquidad, y por ello serán castigados" (4:1).

Leví ve que las puertas del cielo están abiertas. Dentro "está el santo Templo y en un trono de gloria está el Altísimo". Leví es hecho sacerdote (5:1). Es ungido con aceite, lavado en agua pura, alimentado "con el pan y el vino, las cosas más santas", y vestido "con una túnica santa y gloriosa" (8:4 f.). Le dan una rama de olivo, una corona y la diadema del sacerdocio (7:8-10).

El nuevo sacerdote (el Mesías) "abrirá las puertas del Paraíso y retirará la espada amenazante contra Adán. Y él dará a los santos de comer del árbol de la vida... Y Belial será atado por él... Y el Señor se alegrará en sus

hijos”(18:10-12).

Asunción de Moisés (siglo I d.C.)

Moisés declara en la *Asunción de Moisés*: “Se ha cumplido el tiempo de los años de mi vida y voy a fallecer con mis padres, incluso en presencia de toda esta gente” (1:15). En “el día de arrepentimiento, en la visitación... el Señor les visitará, en la consumación del final de los días” (1:8). Un rey de Occidente “quemará una parte de su Templo con fuego (y) crucificará a algunos alrededor de su campamento” (6:9). Vendrá el llamado “rey de reyes” y “crucificará a los que confiesen su circuncisión “ (8:1). “Si nosotros [nos resistimos a transgredir la Ley] y morimos, nuestra sangre será vengada ante el Señor” (9:7). “Y entonces aparecerá su reino en toda su creación y entonces Satanás no será más y la tristeza se apartará con él” (10:1). Dios “se levantará de su trono y saldrá de su santa morada” (10:4-6). “Aparecerá para castigar a los gentiles”, Israel será feliz, y les hará “acercarse al cielo de las estrellas, desde donde verán a sus enemigos en la Gehenna” (11:7-10). Desde la muerte de Moisés hasta “el advenimiento de Dios pasarán 250 períodos” (10:12).

Pretensiones mesiánicas

Jesús fue plenamente reconocido como Mesías de Israel por sus seguidores, aunque Él evitó este título porque su modo de entenderlo no correspondía a las expectativas de la gente de su tiempo (véase más adelante). No mucho antes de Jesús, otros líderes habían despertado el entusiasmo popular en la atmósfera caprichosa del Medio Oriente. Hasta el Nuevo Testamento atestigua la existencia periódica de tales movimientos mesiánicos. Se había creído que Juan Bautista era el Mesías (cf. Lc. 3:15), y ésta fue la causa principal de su detención y de su muerte. Cuando, después de la muerte de Jesús, R. Gamaliel amonestó a los miembros del sanedrín que no “se encontrasen luchando contra Dios” en el juicio de Pedro y Juan, mencionó los casos de dos hombres que habían atraído a suficientes seguidores como para despertar las sospechas de las autoridades:

> *Porque antes de estos días se levantó Teudas, proclamándose cabecilla, al que se adhirieron unos cuatrocientos hombres. Él fue muerto y cuantos obedecían sus consigna se disgregaron y se redujeron a nada. Tras esto surgió Judas el galileo en los días del empadronamiento y arrastró a gente del pueblo en pos de sí. También él pereció y sus*

adeptos se dispersaron (Hch. 5:36-37).

Cuando, algunos años más tarde, hubo un motín contra Pablo en Jerusalén, el tribuno romano al principio pensó que era un notorio revolucionario, con una probable pretensión de mesianismo: "Pero ¿no eres tú el egipcio, que hace unos días incitó a la rebelión y condujo al desierto aquellos cuatro mil sicarios?" (Hch. 21:38). Según. Flavio Josefo, eran 30.000 hombres los adeptos a este particular movimiento mesiánico (*Guerra* VII, 5, 1).

Es probable que, después de la destrucción del Templo, tuviera de nuevo lugar algún exabrupto de mesianismo, pues se dice en Hegesipo que Vespasiano, Domiciano y Trajano, persiguieron y ejecutaron a todos los judíos de la casa de David a fin de exterminar la familia real en que los judíos basaban sus esperanzas después de la destrucción del Templo (Eus. *HE* III, 12, 19-20, 32).

En el siglo II d.C., la más importante reactivación de antagonismo judío a la dominación romana fue conducida por Bar-Kojba o Bar-Cosiba. Bar-Kojba significa "El hijo de la estrella", que hace referencia al texto de Núm. 24:18, que Rabino Akiba le había aplicado.

> *Rabino Simón Bar Yojai dijo: Mi maestro Rabino Akiba explicó el pasaje: 'De Jacob sale una estrella'* [Nm 24:17] *como sigue: 'De Jacob sale Cosiba'. Cuando R. Akiba vio a Bar-Cosiba dijo: 'Este es el Rey Mesías'. Entonces le dijo rabino Yojanán ben Torta: 'Akiba, la hierba crecerá sobre el hueso de tu mandíbula, y todavía no habrá llegado el hijo de David'* (TJ *Ta'anit* IV, 68 d).

Bar-Kojba fue asesinado en Beitar, el último bastión de la rebelión judía, en 135 d.C.

Noticias de otros movimientos mesiánicos se encuentran en varios escritos a lo largo de la historia judía más tardía. A finales del siglo IV, apareció en Creta un pretendiente mesiánico que se llamaba a sí mismo Moisés, y convenció a miles de adherentes que los llevaría a Palestina por el mar. Saltando a éste desde unos acantilados, todos se habrían ahogado de no haber sido por la ayuda de los cristianos, que rescataron a un número considerable de ellos (Sócrates Escolástico, *HE* VII, 38).

En el siglo VII, apareció un judío en el río Éufrates que afirmaba ser el

precursor del Mesías; después de juntar a unos cuatrocientos seguidores, saqueó varias iglesias y mató al gobernador local. Fue capturado y luego crucificado (*Crónica Anónima*). Algún tiempo después, un cristiano sirio que había seducido a una joven judía provocando así la ira de la comunidad judía, huyó por su vida, estudió las artes mágicas y regresó con la afirmación de que él era Moisés. Después de haber convencido a muchos de sus afirmaciones, tomó su dinero y los llevó al desierto, donde muchos de ellos murieron de hambre. Los que sobrevivieron lo llevaron al Emir, quien les dio permiso para ejecutarlo (*Dionisio de Tel Mahre*).

El "mundo venidero"

Esta expresión ambigua y ambivalente ocurre con frecuencia en la literatura rabínica. Puede referirse a la era final de este mundo, a la era mesiánica subsiguiente, o al lugar donde se cree que habitan las almas de los muertos bienaventurados. En este último sentido puede entenderse como residencia temporal de las almas antes de la resurrección final o bien como su vivienda definitiva.

La era mesiánica

Los antiguos *Midrashim* (recuentos rabínicos de la Biblia) se refieren más a los "días del Mesías" que al propio Mesías. He aquí una serie de hechos y maravillas que ocurrirán en el momento de la redención de Israel de sus enemigos:

Israel estará a la cabeza de todas las naciones, que se convertirán en los servidores de Israel. Los israelitas se convertirán en reyes, y poseerán su país, en el que se reconstruirán todas las ciudades. Dispersos como estaban en todo el mundo, volverán al sonido de la trompeta, incluso las tribus perdidas. Dios volverá a su tierra. A veces el Mesías es descrito como reuniendo al pueblo (*Gn R*. 98).

El nombre del Mesías será "La paz", porque será un príncipe de la paz (cf. Is. 9:6). Cesarán las guerras entre las naciones, o completamente, o en proporción a su imitación de la obediencia de Israel. Incluso el mal impulso va a desaparecer, así que la muerte ya no será más. Satanás, el ángel de la muerte, será arrojado a la Gehenna, y el espíritu de Dios se derramará sobre los israelitas, quienes se transformarán en profetas (cf. Jl. 3:1).

El centro terrenal del Reino mesiánico será la nueva Jerusalén, que descenderá del cielo, edificada por Dios. Su restauración durará para siempre. Sus paredes estarán construidas con todo tipo de piedras preciosas. Su

tamaño será inmenso, y será como una enorme higuera bien enraizada en la tierra y elevando sus ramas hacia arriba. De hecho llegará hasta el cielo, con todos sus habitantes subiendo del cielo al firmamento y de un cielo a otro, hasta el séptimo y el mismo “trono de gloria”. Su estructura absorberá a todos los pueblos. Allí estará el Templo, construido por el Mesías, o por Dios, y morarán en él. En su construcción se emplearán cedros del Paraíso. La poderosa corriente que fluye debajo del Templo (véase Ez. 47:1-5) serán “aguas de vida” que causarán la abundancia de salud y de vida. Todos los meses, el fruto de los árboles a lo largo de sus orillas será el alimento y sus hojas la medicina.

Israel y el Mesías celebrarán un banquete. Para comida será servida la carne del Leviatán, y para bebida el vino conservado desde el día de la creación, junto con el fruto de granadas que se prepara en el Paraíso. La abundancia de frutos de la tierra será una de las principales características de la era mesiánica. Se mencionan especialmente el trigo y el vino, pero habrá otras clases maravillosas de alimento para los elegidos, particularmente el “Maná” que el Mesías hará descender del cielo.

La morada de las almas

Muy cerca de la *Gehenna*, según algunos textos, está el Paraíso definitivo, el *Gan Eden* de los bienaventurados, a veces identificado con el Paraíso de Adán. Generalmente se cree que se encuentra en algún lugar aquí en la tierra, pero también se lo coloca en el séptimo cielo, cerca del trono de Dios. Otras veces, el Paraíso se identifica con Jerusalén. Cerca del Paraíso, que también se supone estar situado en la “tierra de los vivos”, es decir, la tierra de Israel (porque sus muertos serán los primeros en levantarse), se encuentra el Templo. En el centro del Paraíso, el árbol de la vida extiende sus ramas a todos los elegidos. Este árbol es ahora un símbolo de la *Toráh*, cuyo estudio aún ocupa a aquellos que en esta vida la habían aprendido.

El gran banquete en el que se sirve la carne del Leviatán y del Behemot, es el símbolo más típico de la vida del alma en el Paraíso. Esta vida será como una eterna celebración de la fiesta de los Tabernáculos, en la que la piel del Leviatán proporciona una tienda para cubrir a los bienaventurados. Las imágenes *agádicas* mencionan todavía otro tipo de alimento obtenido de un tercer animal monstruoso, la carne del pájaro kasher *Ziz Shaddai*. La bebida de los elegidos en el banquete será vino, aquel vino viejo “que se ha mantenido en sus uvas desde los seis días de la creación”. Un texto talmúdico nos muestra a David (el Mesías) en el Paraíso, tomando la copa en sus manos

y recitando la bendición de Sl. 116:13. Los bienaventurados se bañan en arroyos de leche.

Según el TB (*Ḥag.* 12b), las almas de los justos, las almas y los espíritus de aquellos que aún no han nacido, y también el rocío que será utilizado para levantar a los muertos, se encuentran en el séptimo cielo. Allí también, en el *Arabot*, está el trono de Dios. Los rabinos afirmaron saber que "cuatro hombres habían entrado [durante su vida] en el Paraíso: Ben Azzai, Ben Zoma, otro [=Elisha ben Abuya, quien más tarde apostató] y Rabino Akiba". La visión del alma mística que ha entrado en la presencia de Dios se describe en estos términos en el *Midr. Hejalot R.*:

> *Las santas Creaturas Vivientes se fortalecen, santifican y purifican, y cada una tiene sobre su cabeza mil miles de miles de coronas y luminarias de diversas clases, y están vestidas con ropas de fuego y envueltas en un manto de llama y cubren sus caras con un rayo. Y el Santo, bendito sea, destapa su cara. Y ¿por qué las santas Creaturas Vivientes y los Ofanim* [ruedas] *de majestad y los Querubines de esplendor se santifican y purifican y visten y se envuelven y se adornan aún más? Porque la Merkabáh [Carro] está por encima de ellos y el trono de gloria sobre sus cabezas, y la sidur* [presencia del Señor] *está sobre ellos, y los ríos de fuego pasan entre ellos.*

Otro midrash, *Pirqé de-Rabbi Eliezer*, nos dice que:

> *La presencia de Dios se encuentra entre los cuatro campamentos de Ángeles encabezados por Miguel, Gabriel, Uriel y Rafael. Dios está sentado sobre un trono alto portátil suspendido en el aire, y su aspecto majestuoso es como electro. Sobre su cabeza hay una corona y sobre su frente la diadema del Nombre explícito. Sus ojos lo ven todo sobre la tierra, siendo mitad fuego y mitad granizo. En su mano derecha está la vida, en su izquierda está la muerte... Justicia y juicio son la morada de su trono...*

Las almas de los mártires están colocadas junto a Dios. Alrededor del trono de Dios se celebra una liturgia permanente por los querubines, serafines y las Creaturas Vivientes, y Dios se complace en escuchar su canto cada día durante varias horas.

La Gehenna

El valle de Ben-Hinom, originalmente el nombre de un valle al sudoeste de Jerusalén donde los antiguos jebuseos y los israelitas habían ofrecido sacrificios a Moloc y donde más tarde quemaban la basura (2R. 16:3; Jr. 7:31; Ez. 16:21, etc.), fue utilizado tradicionalmente como una imagen del lugar de tortura y de matanza de los malvados (cf. Is. 66:24). Según la descripción judía del más allá, la Gehenna está situada en la parte interior de la tierra, una caverna profunda con una entrada estrecha. Algunos textos dicen que tiene dos o siete puertas. Dentro hay diferentes compartimentos o siete moradas.

En la Gehenna, las almas están encadenadas, mientras dos ángeles las echan de un extremo de la tierra a otro "con la honda". Sus cuerpos sufren tormento físico y también desasosiego. Los peores tormentos son una oscuridad aterradora y un horrible incendio. "Toda la Gehenna es fuego" (*Midr. Tanḥuma*). Las llamas se alternan con frío, porque la mitad de Gehenna es fuego y la otra mitad hielo (*Midr.Éxodo R.*). Aparte de estos castigos primarios, hay muchos otros, tales como humo, gusanos y todo tipo de aflicciones corporales.

El tormento en la Gehenna es descrito a veces como siendo solo temporal, convirtiéndose así en un medio de expiación, un verdadero Purgatorio, mientras que otras veces se lo considera eterno. En el primer contexto, el tormento dura doce meses, durante los cuales:

> *Aquellos de entre los judíos y de las naciones del mundo entero que hayan pecado en sus propios cuerpos bajan a la Gehenna...; doce meses después su cuerpo es destruido y su alma es quemada por el fuego, y el viento los esparce bajo los pies de los justos* (TB Rosh Hashaná 17a).

La posibilidad de la liberación de la Gehenna se da no solo por el poder expiatorio del castigo en sí mismo, sino también por las limosnas y las oraciones de los parientes. Pero esto es un privilegio solo disfrutado por la "clase media" de los pecadores. El resto, es decir los herejes, traidores, librepensadores y quienes niegan la Toráh y la resurrección no tienen ninguna esperanza de salvación; para ellos, la Gehenna es eterna (*m.Eduyot 2*,10; *Sanh.* 10, 1. etc.).

El judaísmo helenístico había identificado la Gehenna con el *Tártaro* griego. Según Filón, los judíos apóstatas y malvados "serán lanzados al

Tártaro y a la profunda oscuridad" (*Praem.* 26:52; *Execr*. 6).

El juicio

La creencia en el juicio divino al que los hombres están sometidos durante su vida terrenal fue una referencia bíblica tradicional. Pero los Profetas posteriores, cuyos modos de expresión comenzaron a tomar una dirección apocalíptica, ya hablaron de un "juicio final" para todos los pecadores del mundo y todos los poderes hostiles a Dios y a Israel. Dios juzgará el mundo por el fuego (Is. 66:16). Reunirá a las naciones en el Valle de Josafat ("Yahvé es juez"). Será el momento de la cosecha y la vendimia (Jl. 3:12 ss.). La *Sabiduría de Salomón* prevé un juicio común de justos e impíos, pero que solo hará temblar a los últimos, pues los justos estarán protegidos por Dios mismo (Sb. 4:15s.; cf. 3:1-9).

Las frecuentes menciones del juicio final en el Nuevo Testamento atestiguan la creencia generalizada en este juicio en el judaísmo del tiempo. Tras la imagen profética de la cosecha, Juan Bautista representa a "aquel que viene" como un juez terrible, de esta manera: "él tiene el bieldo en su mano para limpiar su era y recoger el trigo en su granero; mas la paja la quemará en el fuego inextinguible" (Lc. 3:17).

En sus primeras etapas, el Judaísmo rabínico afirma de forma explícita su creencia en el juicio final. La idea escatológica central es la de la resurrección individual de los muertos, destacando el juicio individual que sigue a la muerte de un hombre o una mujer. Dura un año entero. Mientras la carne se descompone, el alma se purifica y recibe la expiación de sus pecados (véase atrás, *La Gehenna*).

Solo los visionarios apocalípticos dejaron descripciones del juicio final. Sus imágenes son bíblicas. Enoc, por ejemplo, ve el trono del juicio en el país de Israel; los libros se abren (cf. Dn. 7:9-11); los ángeles caídos (cf. Gn. 6:1-4), los setenta "pastores angélicos" que abusaron de su poder sobre Israel y los judíos apóstatas (descritos como "ovejas ciegas") son arrojados a abismos de fuego. Entonces Dios trae una nueva Jerusalén para reemplazar la antigua.

> *Y todos los que habían perecido y fueron dispersados, y todas las bestias del campo y todas las aves del cielo (= los Gentiles convertidos) se reunieron en esa casa, y el Señor de las ovejas se regocijó en gran manera...* (*Enoc Etiópico*, 89-90).

Terminado el juicio, el árbol de la vida será trasplantado al lugar santo, al

lado del Templo de Dios, y los justos que comen sus frutos

> *Se regocijarán y alegrarán, y entrarán en el lugar santo. La fragancia de éste estará en sus huesos, y vivirán una vida más larga que sus antepasados. Durante todos sus días no los tocará angustia, dolor, sufrimiento ni aflicción* (ibid. 25,6).

El Apocalipsis de Juan reanuda todos estos temas, pero allí toda la escena se ilumina por la brillante presencia de Cristo el juez (Fig. 16).

MESIANISMO Y ESCATOLOGÍA CRISTIANOS

El Mesías Jesús en el Nuevo Testamento

Las narraciones del nacimiento de Jesús en los Evangelios están destinadas principalmente a presentarlo como el Mesías esperado por Israel. Jesús nació en Belén. María y José eran descendientes de la casa de David. Los ángeles dijeron a los pastores: "Hoy en la ciudad de David os ha nacido un Salvador; es el Mesías..." (Lc. 2:11). En el Templo, dos ancianos, Simeón y Ana, que probablemente representan la Ley y los Profetas, declaran abiertamente el mesianismo de Jesús. Simeón habla de este niño como la salvación que Dios ha preparado para ser vista por todas las naciones, "luz para iluminación de los gentiles y gloria de tu pueblo Israel" (Lc. 2:30-32); Ana "hablaba del niño a todos los que aguardaban la redención de Jerusalén" (Lc. 2:38). El aspecto escatológico de estas declaraciones mesiánicas que siguen al nacimiento de Jesús es obvio.

El Evangelio de Mateo nos cuenta la interesante historia de los Magos que vinieron a Jerusalén desde Oriente buscando al recién nacido rey de los judíos: "Vimos su estrella levantarse –dicen- y venimos a adorarle" (Mt. 2:1ss.). Según algunos estudiosos, "levantarse" parece ser una mejor traducción que "en el Oriente"; el verbo griego para "apareció" (Mt. 7:2) "es un equivalente literal y técnico de la lengua acádica *ereshu,* que se refiere al levantarse solar de un planeta". En la literatura babilónica se pueden leer relatos muy semejantes al de Mateo (Davis - Gehman 1944:580). La estrella de los Magos está ciertamente conectada con la profecía de Balaam (Nm. 24:17). Otros textos en el N.T. también vinculan la "estrella" con Cristo: "astro del día" en Ap. 2:28 es un símbolo que tal vez se deriva del dicho apocalíptico de que en el reino mesiánico los justos brillará como las estrellas. "El astro matinal, radiante" de Ap. 22:16 se refiere probablemente a

Cristo como heraldo del día eterno para su pueblo (Davis – Gehman 1944:579).



Fig. 16 Pintura del Pantocrátor en la cúpula de la iglesia ortodoxa rumana moderna en Jericó.

Los Evangelios no refieren muchos casos en que Jesús dice ser el Mesías de Israel. Sin embargo, algunas de sus palabras son muy explícitas. Cuando Juan Bautista envió a dos de sus discípulos a preguntar a Jesús si era o no aquel que tenía que venir, Jesús respondió con un resumen de sus milagros que recuerda Is. 35:5 y 61:1, dos pasajes que se encuentran en contextos mesiánicos (Lc. 7:22). Los Evangelistas están convencidos, por las palabras y hechos de Jesús, que "ha llegado el reino de Dios" (Mt. 11:5). Sus milagros deben entenderse como señales de que ha comenzado la era mesiánica (Jn. 11:25ss.). Que Él fuese realmente el Mesías lo creían muchos, no solo sus discípulos (cf. Mc. 8:29; Lc. 24:21; Jn. 1:45, 49) sino también las masas de personas que recibían sus favores (Mt. 12:23; Jn. 6:15; 7:40 ss.; 12:13; Lc. 19:38; etc.). Su entrada triunfal en Jerusalén, la ciudad de David, fue considerada un realización del oráculo mesiánico de Zacarías (Mt. 21:5; cf. Zc. 9:9).

Aunque Jesús evitara declarar públicamente su mesianismo (Jn. 10:24), en su conciencia lo aceptaba, como lo prueban algunas de sus declaraciones.

Sin embargo, el concepto de Jesús no es el de un mesías político (“mi reino no es de este mundo”, Jn. 18:36), pero tiene el carácter escatológico del juez de las doce tribus de Israel nombrado por Dios (M.t 19:28; Lc. 22:28-30). Habla de sí mismo como del “hijo de hombre” que “no tiene donde reclinar la cabeza” (Mt. 8:20); pero en su juicio declara al sumo sacerdote y al sanedrín que desde este momento verán al “hijo del hombre sentado a la diestra del poder” y “viniendo sobre las nubes del cielo” (Mt. 26:64; cf. 24:30; Dn. 7:13). El Evangelio de Juan subraya el aspecto glorioso del hijo del Dios Padre, el juez que en el postrer día levantará a todos los muertos, ya sea para el juicio (es decir, la condena), ya para la vida (Jn. 5:19-30).

La resurrección de Jesús fue para los primeros cristianos una prueba de que Dios lo había declarado Mesías: Dios “ha levantado al crucificado”, que es ahora “tomado por Dios” y elevado a la “gloria” del Padre (Hch. 1:22; 2:24, etc.) (Fig. 17). Es pues un Mesías que trasciende todas las expectativas mesiánicas de los judíos, puesto que su muerte se considera haber sido el instrumento de Dios para la expiación del pecado.

El juez escatológico primero apareció en la condición de siervo (Flp. 2:7) y así se identifica con la figura del “Siervo de Yahvé” de Isaías: “El hijo del hombre no ha venido a ser servido sino para servir y para dar su alma como rescate por una multitud” (Mt. 20:28; cf. Is. 53:1-12). “Mi sangre”, dice Jesús en otro lugar, “será derramada por vosotros y por las multitudes” (Mt. 26: 22). Y el vínculo entre su muerte y la alegría escatológica de sus creyentes está garantizado por las siguientes palabras: “Os lo aseguro: desde ahora no beberé ya más de este fruto de la vid, hasta el día aquel que lo beba de nuevo con vosotros en el reino de mi Padre” (Mt. 26:29).

Este aspecto absolutamente nuevo de mesianismo de Jesús no está tan claramente expuesto en ningún otro lugar del Nuevo Testamento como en la predicación evangélica de Pedro: Dios ha “ungido a Jesús con el Espíritu Santo”. Después de haberle resucitado de entre los muertos, le ha nombrado “juez de vivos y muertos” (Hch. 10:38, 40, 42). Por lo tanto, “todo aquel que cree en él, obtiene por su nombre el perdón de los pecados” (ibid. 10:44). La predicación de Pablo ofrece un patrón similar. Menciona un juicio general de Dios “por medio del varón que Él designó, al cual resucitó de entre los muertos, a fin de dar a todos la garantía para creer” (Hch. 17:31).



Fig. 17 Ascensión de Jesús, miniatura siria del año 586 (Firenze, Biblioteca Medicea Laurenziana, Sra. Plut. 1.56, c. 13v. Cortesia del Ministero dei Beni e Att. È vietata ogni ulteriore riproduzione con qualsiasi mezzo).

Doctrinas escatológicas en los Evangelios

La enseñanza peculiar de Jesús sobre el importante concepto bíblico del "Reino de Dios" no solo incluye la idea de que Dios ya ha comenzado la renovación de su pacto con Israel a través de obras de salvación de Jesús, sino que tiene también una dimensión escatológica. Ese reino, en efecto, toma la forma de un lugar en el que la gente puede "entrar" (Lc. 8:17, 24) y del que ellos pueden ser "despedidos" (ibid. 23:28). Es un lugar de descanso donde los patriarcas y profetas vendrán "a sentarse" junto a una gran multitud (ibid. 3:28 f.). Es como un sala de banquete donde uno puede "comer pan" y "beber vino" (Lc. 14:15; Mc. 4:25; cf. Mt. 26:29). El Reino es también el momento de la boda (Mc. 2:19) y el tiempo de la cosecha (Mt. 9:37). Puede ser "heredado" (Mc. 10:17) y "poseído" (Mt. 19:26).

Jesús también habló de la resurrección de los muertos, una doctrina que era aceptada como verdadera por la mayor parte sus oyentes. Presenta el texto de Ex. 3:6 como evidencia de su veracidad, una prueba que presupone la creencia bíblica en el Sheol, o reino de los muertos. Cuando tendrá lugar la resurrección - cuestión que no fue tratada - entonces “los que fueren hallados dignos de alcanzar aquel otro mundo y la resurrección de los muertos, no toman mujer o marido, pues no pueden ya morir, porque son como los ángeles” (Lc. 20:35-36; Mc. 12:25; Mt. 22:30).

Un elemento peculiar de la escatología del Nuevo Testamento es la segunda venida de Cristo, la *Parusía*. Jesús predice su regreso a la tierra “en la gloria de su Padre con los santos ángeles” como la culminación del ciclo de la pasión, muerte y resurrección (Mc. 8:31). En el apocalipsis sinóptico (Mt. 24 y sus paralelos) la segunda venida es descrita como una especie de transposición del “Día de Yahvé” del Antiguo Testamento con sus típicos aspectos belicosos y cósmicos, el asombro de los idólatras, el juicio y la imprevisión del día que se acerca. En medio de todo ello, aparecerá “el Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes con gran poder y majestad” (cf. Dn. 7:13 s.). No hay duda ninguna del carácter escatológico de la Parusía, resaltada por Mateo en su descripción de “la consumación de la era”.

El juicio que debe efectuarse en la Parusía será universal. Los “elegidos”, “todas las tribus de la tierra”, los hijos de Israel, los gentiles, incluyendo los ninivitas y la reina de Sabá (Mt. 12:41 f.), los habitantes de tiro y Sidón (11:20ss.) y, probablemente, aún los demonios (8:29) serán juzgados. Después de la separación de los elegidos y los condenados (25:31ss.), cada uno será recompensado según sus obras (13:41ss.). Aquí, el criterio particular será: “En la medida que lo hicisteis con alguno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis” (25:40).

Entonces los justos serán llevados a la vida eterna y los otros a un castigo eterno en la Gehenna “de fuego” (Mt. 5:22), un fuego inextinguible “donde el gusano no muere” (Mc. 9:43ss.), un verdadero “horno ardiente” (Mt. 13:42ss.), un fuego destructor, similar al que devoró a Sodoma y Gomorra (Lc. 17:29). Los condenados “rechinarán sus dientes” en el dolor y la rabia de las “tinieblas” (Mt. 9:12), una oscuridad que contrasta directamente con la luminosa sala donde se celebra la cena de bodas.

Entre muchas otras referencias al final de los tiempos, el Nuevo Testamento incluye una profecía sobre la destrucción de Jerusalén. A pesar de la posibilidad de que algunas de sus características se hayan añadido *post*

eventum (cf. Lc. 23:43), es seguro que Jesús relacionó el rechazo de Jerusalén de su mensaje con el castigo de Dios: "Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y lapidas a los que te son enviados. ¡Cuántas veces intenté reunir a tus hijos, a la manera que la gallina reúne sus pollitos bajo sus alas y no quisiste! He aquí que vuestro Templo quedará deshabitado" (Mt. 23:37s.). Por otro lado, en el Evangelio de Lucas, así como en la Epístola a los Romanos, tenemos una alusión a la liberación de la Ciudad Santa de los paganos antes de la salvación de Israel. Estas profecías despertaron el interés de muchos en tiempos modernos tras la reocupación de la Ciudad Vieja de Jerusalén por parte de Israel.

> *... gran tribulación vendrá a la tierra (de Israel) y un gran castigo a este pueblo. Y caerán a filo de espada, y serán llevados cautivos a todas las naciones. Y Jerusalén será hollada por gente extraña, hasta que lleguen a su colmo los tiempos de los gentiles* (Lc. 21:24).
>
> *Una parte de Israel cayó en el encallecimiento, hasta que ingrese la totalidad de los gentiles. Y entonces todo Israel será salvo...* (Rm. 11:25).

Expectativa del regreso de Jesús de los primeros cristianos

Un pasaje en los Hechos de los Apóstoles se refiere a la futura venida de Cristo a la tierra en estos términos:

> *Por tanto -dice Pedro a las personas reunidas en el Templo-, arrepentíos y convertíos para que sean borrados vuestros pecados. Para que la bondad del Señor os dé el pago del refrigerio, cuando envíe aquel Jesús que ha sido preordenado para vosotros como Mesías. Ahora es menester que el cielo lo retenga, hasta que llegue la hora de la restauración universal, que Dios anunció por boca de sus santos profetas* (Hch. 3:19-21).

"Restauración" es una traducción inadecuada de la palabra griega *apokatástasis*, un término que utiliza Flavio Josefo en relación con el retorno de los exiliados de Babilonia. La creencia judía en el regreso de Elías "que restauraría todas las cosas" (Mc. 9:12; cf. Ml. 3:23 s) se transfiere así a la persona de Jesús.

En las Epístolas de Pablo a los Tesalonicenses, la perspectiva del regreso de Jesús parece haber levantado gran expectación en la comunidad, y estaban

particularmente interesados en la suerte de los hermanos y hermanas que ya habían muerto. "Dios - contesta Pablo - los llevará con él". Y sigue diciendo:

> *Esto, pues, os afirmamos con la palabra del Señor: Que nosotros, los vivos, los que quedamos, en el advenimiento del Señor no llevaremos ventaja a los difuntos. Porque el mismo Señor, dada la orden de mando por la voz del arcángel y por la trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros, los vivos, los que quedamos, juntamente con ellos seremos arrebatados sobre las nubes, hacia el encuentro del Señor, en los aires. Y así, siempre estaremos con el Señor* (1Ts. 4:13-18).

Los Tesalonicenses no parecen haberse tranquilizado con sus palabras, porque Pablo les escribe de nuevo:

> *No os dejéis impresionar tan a la ligera, ni perdáis la serenidad, ni os alarméis, cual si fuera inminente el día del Señor… Porque primero debe tener lugar la apostasía, y debe revelarse el hombre del pecado, el hijo de la perdición* (2Ts. 2:1-3).

Este fervor por el supuesto retorno inmediato de Cristo fue probablemente la causa de que muchos cristianos de Tesalónica se negasen a trabajar. Una vez más, Pablo hizo uso de su gran fuerza de espíritu para dirigirse a los Tesalonicenses:

> *A los tales, pues, les recomendamos y exhortamos en el Señor Jesucristo que dejen en paz a los demás, se ocupen de su trabajo y así coman el pan que se ganan* (2Ts. 3:12).

Todos los escritores del Nuevo Testamento dan testimonio del hecho de que se esperaba con ansia el regreso de Jesús. En la Segunda Epístola de Pedro, la respuesta a la insistente pregunta de "¿Dónde está la promesa de su advenimiento?" se responde con una certeza fundada en la historia del diluvio, "cuando el mundo que entonces existía fue inundado por el agua y perecieron". Porque:

> *llegará el día del Señor como un ladrón* (cf. 1Ts. 5:2-3) … *los cielos con ingente fragor se disgregarán, y los elementos, consumidos por el fuego,*

se disolverán y la tierra y cuantas obras contiene serán consumidas (2Pe. 3:4-10).

La segunda venida de Jesús era y sigue siendo conmemorada ritual y periódicamente en la comida eucarística, que es, en palabras del apóstol Pablo, "el memorial (de Cristo) hasta que él venga" (1Co. 11:26). Hasta el día de hoy, los cristianos cantan juntos durante la celebración de la Eucaristía la antigua fórmula aramea ¡*Marana-ta!* "!Ven, Señor nuestro!" (cf. Ap. 22:20).

El Anticristo

El término "Anticristo" ocurre solo una vez en el Nuevo Testamento, en las epístolas de Juan, y alude al principal enemigo de Cristo al final de los tiempos (1Jn. 2:18; 4:3). El autor identifica al Anticristo con las personas de su propio día que intentaron engañar a los creyentes:

Hijitos, vivimos la última era; y conforme habéis oído decir que vendrá el anticristo, ahora han aparecido ya muchos anticristos. Por donde conocemos que es la hora postrera (1Jn. 2:18-19, 22-26).

La idea se desarrolla también en otros escritos del Nuevo Testamento. La Segunda Epístola a los Tesalonicenses, 2:3-8, describe el Anticristo como "el hombre del pecado, el hijo de la perdición":

que se yergue contra todo lo que lleva el nombre de Dios y es adorable, hasta penetrar en el santuario y sentarse en el trono de Dios, exhibiéndose él mismo como Dios.

En el Apocalipsis de Juan, nos encontramos con las figuras de las dos bestias (13:1-18; 19:19), de la gran prostituta (Ap. 17) y del falso profeta (16:13; 19:20; 20:10). En otros escritos cristianos primitivos, desde la época de las persecuciones, el concepto de Anticristo desempeña un gran papel (*Did.* 16:4; *Apoc. Pedro* 2; *Oráculos Sibilinos* 3:67-74, etc.).

Los orígenes de esta figura se han buscado en los mitos babilónicos y persas de una batalla librada por una divinidad contra enemigos monstruosos al principio o al final del tiempo (Bousset, Gunkel). Pero obras apocalípticas judías parecen proporcionar un vínculo inmediato entre el Anticristo cristiano (cf. *Apoc. Baruj* 36:40; *Asunc. Mois.* 8) e ideas similares bíblicas (cf. Ez.

38s.: Gog, rey de Magog; Dn. 7:8-11: la cuarta bestia). La literatura de Qumrán nos presenta figuras tales como el "hombre de las mentiras" (1QHab 2,1; CD 8, 13; 20,15), el "sacerdote impío" (1QHab 8,8) y el "hombre de poder" (CD 1, 14).

Los Evangelios Sinópticos predicen "falsos mesías y falsos profetas" en un futuro desconocido (Mc. 13:22; Mt. 24:11,24) y esto hace más plausible la interpretación colectiva del Anticristo que la individual. Por otro lado, Pablo parece identificar al Anticristo con "el misterio del mal" (2Ts. 2:7), por lo que probablemente imagina esa figura para representar a un grupo o un sistema. Los cristianos primitivos, convencidos de que el retorno de Cristo era inminente (véase atrás), intentaron identificar el Anticristo del final del tiempo con una persona histórica como Nerón (cf. *Asc. Isa.* 4) o Calígula. Un justificación para dicha especulación se encontró en los nombres y números simbólicos que representaban al enemigo. Por ejemplo, en el Apocalipsis de Juan, está escrito: "calcule el que tiene ingenio el número de la bestia, pues es una cifra que corresponde a un hombre. Su número es: seiscientos sesenta y seis" (13:18). Algunos comentaristas han afirmado que el 666 es el total de los valores numéricos de los caracteres griegos de "Nerón César".

El Apocalipsis de Juan

El último libro del Nuevo Testamento es una adaptación cristiana de escrituras apocalípticas judías contemporáneas. Como en *IV Esdras* y *Baruj Siríaco*, el Imperio Romano es representado como el último y peor de los reinos que aparecieron en la visión de Daniel (compárese Dn. 7:1-7 con Ap. 13:1ss.). El número de sus gobernantes es casi completo (17:10; cf. *IV Esdras* 12:10 f.); la hora de su ruina total y final está cerca. El agente de Dios que lleva esa destrucción a su conclusión es el Mesías (Ap. 19:11ss.; cf. *IV Esdras* 12:31-34), que aquí se identifica con Jesús. Esto se hace evidente en el comienzo del libro:

> *Revelación de Jesucristo: Dios se la confió para que manifestara a sus siervos lo que ha de suceder en breve* (Ap 1:1).

Juan, el escritor, nos dice que "vino a parar en la isla de Patmos, por causa de la palabra de Dios y el testimonio de Jesús. Fue en un día del Señor" (domingo) cuando tuvo su visión (Ap. 1:9-10). A continuación sigue un resumen de los temas más importantes de este libro.

El motivo de los mártires debajo del trono de Dios.

Juan escribe durante un período de persecuciones, y la cuestión de la justicia de Dios, que no es evidente en esta tierra, tiene una respuesta en el cielo:

> *Cuando* (el cordero/Jesús) *rompió el quinto sello, tuve la visión de las almas de los degollados por la palabra de Dios, y por la fidelidad guardada a la enseñanza. Estaban al pie del altar. Y a grandes voces decían: '¿Hasta cuándo, Señor, santo y fiel, no procedes a hacer justicia, y no demandas nuestra sangre de los que habitan en la tierra?' Y a cada uno se le dio un vestido blanco, y se les dijo que aguardasen en paz un corto tiempo, hasta que se completara el número de sus consiervos y hermanos suyos, que como ellos han de ser sacrificados* (Ap. 6:9-11).

También en la literatura rabínica se dice que los mártires disfrutan de una proximidad a Dios privilegiada (*Pesiqta* 50a, etc.). Para R. Anán cada judío enterrado, incluso fuera de la tierra de Israel, es considerado como estando debajo del altar y descrito como habiendo sido enterrado bajo el trono de Dios (TB *Ketubot* 111a).

Guerra escatológica (entre la Iglesia y el diablo)

Como los apocalipsis judíos, el de Juan es un libro de consuelo, y su principal mensaje es que la persecución actual terminará con la victoria final de Dios, que establecerá su reino en el mundo. Esta persecución de la Iglesia joven, aunque realizada materialmente por los emperadores romanos se considera como siendo instigada por Satanás, el dragón. El dragón intenta hacerse con el Mesías recién nacido: "El dragón se plantó frente a la mujer (Iglesia) parturienta, para devorar a su hijo, luego que lo diese a luz" (12:4). Pero el niño fue tomado directamente a Dios y a su casa, mientras que "la mujer huyó al desierto, donde tiene un lugar preparado de parte de Dios, y allí será sustentada durante mil doscientos sesenta días" (12:6). Después de sufrir un ataque en el cielo por parte de Miguel y sus ángeles, el dragón "se dio a perseguir a la mujer" (12:14), pero en vano. Entonces el dragón delegó su poder a la bestia (emperador romano), a la cual "fue dado hacer la guerra contra los santos y vencerlos" (13:7). Cuando la bestia recibió una fatal herida, "una segunda bestia (el falso profeta) subió de la tierra" y extendió su

autoridad por todas partes, realizando milagros en nombre de la primera bestia y ganándose la gente del mundo (13:14).

Esta persecución termina con la condena y destrucción a manos de "el que es como hijo del hombre, cuya cabeza ceñía una corona de oro y cuya mano empuñaba una hoz afilada" (14:14). Llega así la cosecha y la vendimia de los pueblos paganos. Es "el gran día del Dios todopoderoso" (16:14), el día de la matanza, porque los reyes de la tierra se reunirán para hacer la guerra contra los ángeles, ejecutores del juicio (19:17ss.). La bestia y el falso profeta serán capturados y llevados a Armagedón para destruirlos (16:16ss.). Serán lanzados vivos al lago de fuego y azufre, mientras sus sirvientes, que llevan su señal en sus frentes, morirán por la espada (19:20s.). Después de esta destrucción de los poderes temporales, "la vieja serpiente, que es el demonio y satanás", es echado al abismo por mil años (20:1ss.).

El Milenio y la victoria final

Durante esos mil años, también el reino de los mártires y los fieles reinará con Cristo. Después de ese período habrá una "primera resurrección" para todos los restantes muertos (20:4-6). Con toda probabilidad, el Milenio debe ser entendido de una manera figurada. No se dice que los mártires reinen sobre la tierra. A lo que se hace referencia es a un estado de felicidad con Cristo en el cielo (cf. 11:11s.; 14:15; 15:2-4) por un período bastante largo, es decir, durante los años de relativa paz, entre las persecuciones y el fin del mundo, que será precedido por la gran apostasía (20:7ss.). Los mártires y los fieles reinan en el cielo con Cristo en cuanto mueren. Estos mártires "completan el número" de los antiguos mártires, cuyas almas están "descansando bajo el altar (celestial)" y pidiendo que sea hecha justicia por su sangre (véase atrás).

Al final del Milenio, Satanás será desencadenado por un corto período, y las naciones Gog y Magog intentarán un ataque final contra los elegidos y contra Jerusalén (20:7-9). Dios mismo los destruirá, echándolos del cielo al fuego; el diablo será arrojado al lago de fuego y azufre, juntándose a la bestia y al falso profeta en su tormento eterno (20:10).

Solo entonces tendrá lugar el juicio final, con el cielo y la tierra desapareciendo a la vista del "gran trono blanco". Los libros se abren, y también el "libro de la vida"; estos libros ofrecen el testimonio según el cual todos los muertos son juzgados. El mar, la muerte y el Hades liberan a sus muertos. La muerte y el Hades son luego son arrojados al lago de fuego. Esta

es la segunda muerte (cf. 2:11), y el que no está registrado en el libro de la vida también es arrojado al lago de fuego (20:11-15; cf. 19:20).

La visión del Cordero degollado

Esta visión cristiana, que el autor introduce entre las persecuciones y el anuncio del día del juicio, es portadora de consuelo con la promesa de la retribución a quienes de Israel hayan aceptado la fe en Cristo, hayan mantenido su virginidad (su fidelidad a Él):

> *Tuve también la visión del Cordero, de pie, sobre el monte Sión. Estaban con él ciento cuarenta y cuatro mil, que llevaban su nombre y el nombre de su Padre esculpido en sus frentes. Y oí, venida del cielo, una voz como de hinchadas olas y como rumor de estruendosos truenos. Y la voz que oí era tambien como tañido de citaristas que pulsan sus cítaras. Y cantaban un cantar nuevo ante el trono y en presencia de los cuatro seres vivientes y de los ancianos. Y nadie era capaz de aprender aquel cantar, sino los ciento cuarenta y cuatro mil, rescatados de la tierra. Estos son los que no se mancillaron con mujeres, pues son vírgenes. Estos son los que acompañan al Cordero doquiera que va. Estos han sido redimidos de entre los hombres, primicias para Dios y para el Cordero…* (14:1-5) (Fig. 18).

La nueva Jerusalén

Mientras que la suerte final de los inicuos parece ser una muerte definitiva, para aquellos cuyos nombres se encuentren en el libro de la vida habrá “un cielo nuevo y una tierra nueva” (cf. Is. 65:17; 66:22). Habitarán en una “nueva Jerusalén” que bajará del cielo, descendiendo de Dios. No habrá templo en la ciudad, porque “Dios con ellos” será el Dios de sus habitantes, que serán “Su pueblo”. No habrá ya más muerte ni más llanto, porque “todo lo provisorio ya acabó” (21:1-5). La Jerusalén nueva, celestial, está iluminada por Dios mismo, y su luminar es el Cordero. Sus murallas, hechas de piedras preciosas, tienen doce puertas, con ángeles de guardia permanente y los nombres de las doce tribus de Israel escritos sobre ellas. Los doce cimientos de la ciudad, adornados con piedras preciosas, llevan los nombres de los doce Apóstoles del Cordero. Y las puertas nunca están cerradas, porque no existe noche. El “río del agua de la vida que fluye de Dios y del Cordero” cruza la ciudad y atraviesa el tronco del árbol de la vida en la plaza de la ciudad. Este

árbol produce doce frutos, uno cada mes, a los que los elegidos tendrán acceso y cuyas hojas son "medicina para los pueblos" (22:1ss.). Los habitantes de esta ciudad verán el rostro de Dios y "reinarán por siempre jamás". En sus frentes llevarán escrito el nombre de Dios. Habrá 144.000 de las tribus de Israel (judeocristianos) sellados con esta "señal del Dios vivo" (7:1-8). Y de los gentiles, una multitud innumerable estarán de pie ante el trono y el Cordero, vestidos con túnicas blancas y con ramas de palma en sus manos (tal como los utilizados para celebrar la fiesta de los Tabernáculos), alabando a Dios y al Cordero (7:9). Las naciones, en efecto, también caminarán a la luz de la nueva Jerusalén (21:24-26).



Fig. 18 Jesús, el Cordero inmolado, y símbolos de los cuatro Evangelistas, de un Apocalipsis carolingio, siglo IX (Bibliothèque de Valenciennes, Francia).

RESUMEN Y CONCLUSIONES

En la historia de la humanidad se registran diferentes maneras por las que los individuos trataron de explicar la existencia del mal y expresaron la esperanza de escapar a sus resultados, especialmente la muerte. Los mitos mesopotámicos de creación se fundamentaban en las fiestas anuales de renovación de la naturaleza, en las que el rey se identificaba con Tamuz, quien resucitaba de entre los muertos. En las leyendas de los cananeos, el tema de la muerte y la resurrección reaparece una y otra vez con Baal y Anat

subyugando a Mot, el dios de la muerte. Entre los egipcios, la identificación de los muertos con las distintas fuerzas de la naturaleza y con la renovación anual eliminaba cualquier esperanza de una nueva era que iba a transformar este mundo. La doctrina persa de Zoroastro sentó las bases de la creencia en dos fuerzas gobernantes opuestas la una a la otra y en la promesa de que el espíritu bueno saldría finalmente victorioso del espíritu maligno, cuando los justos alcanzarían la salvación eterna y los malvados recibirían el castigo eterno. El mejor de los poetas de Roma describe una edad de oro de paz sobre la tierra, de una manera similar a lo que se dice en la profecía de Isaías.

Otras fuentes fundamentales que describen una nueva era de renovación general se encuentran entre las obras apócrifas de los judíos, posteriores a los libros proféticos de la Biblia. Se promete el consuelo a los deprimidos y oprimidos, en el marco de una era mesiánica que comenzará con la aparición de un caudillo que va a devolver la tierra a sus legítimos dueños, de un modo semejante a lo hecho por David. Había llegado el momento de determinar si iban o no a cumplirse las profecías bíblicas que hablaban de una restauración nacional, como las que se encuentran en las profecías de Isaías, Ezequiel, Zacarías y Malaquías. El Mesías que iba a venir, ya fuera de la familia de David o de la de Aarón, iba a repatriar a los exiliados de la tierra de Israel y reinaría sobre ellos para siempre. Se multiplicaron los grupos de judíos que esperaban los últimos días, y los "hijos de luz" en el desierto de Qumrán se preparaban para el acto final de Dios. Entre sus escritos se encuentran no solo los Profetas Mayores, sino también los escritos de Daniel, *Enoc* y otras obras apocalípticas.

En el mismo período de emoción y expectativa escatológica apareció Jesús, el Hijo del Hombre, no como un rey conquistador ni como juez del cielo y de la tierra, sino como un maestro popular y humilde. Se negó a identificarse con los modelos corrientes de mesianismo de su tiempo. Su reino no era de este mundo, pero sus milagros proporcionaban la evidencia de que su doctrina era totalmente cierta. Esta enseñanza incluía temas tan diversos como el amor al prójimo, el Reino de los Cielos, la resurrección de los muertos, el juicio universal y la esperada gloria eterna.

La escatología de Jesús difiere de la de los autores de las obras apócrifas de su tiempo y también de la literatura rabínica en un aspecto importante: el juicio de la humanidad se establecerá de acuerdo con la medida de fidelidad para con Él mismo: "En verdad os digo: En la medida que lo hicisteis con alguno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis" (Mt.

25:40); y “quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré al fin de los tiempos” (Jn. 6:54). Sus discípulos esperaban que volvería al mundo (Hch. 1:11) para hacerlo todo nuevo (Ap. 21:5).

No hay duda que el mensaje más importante del cristianismo a la humanidad es la seguridad que ofrece de la salvación de una muerte eterna. Esta salvación viene a través de Jesús, el único Mesías. La humanidad, atrapada entre la aspiración incierta de volver a la perfecta felicidad del jardín de Edén y la sospecha de que uno va a desaparecer por siempre con la muerte, logra la promesa de una vida eterna mediante la identificación personal con Jesucristo en su muerte y resurrección, que se adquiere por la fe y el bautismo.

CAPÍTULO QUINTO
EL CULTO Y LA LITURGIA

Contenido:

5

Como cualquier otra religión, el cristianismo ha desarrollado prácticas establecidas para expresar la fe en Dios. La creencia debe de tener su manifestación externa. La remodelación interior de una persona que se realiza por la gracia de Dios a través de la obra salvadora de Cristo permite considerar toda actividad humana como aceptable a Dios, incluso como divina; efectivamente, todo lo que hace se realiza "en Cristo" (en la expresión del apóstol Pablo). Así, su vida entera es sagrada. En realidad, no queda en él nada profano. Sin embargo, esta santidad no impide al individuo expresar su disposición a realizar la voluntad de Dios, su alegría por el plan divino de salvación y su esperanza de vida eterna. Además, el culto cristiano es más que esto; es oración y sacrificio. La cena eucarística no es solo *un recuerdo* del único y definitivo sacrificio ofrecido por Jesucristo para la salvación de la humanidad, sino que, desde un período muy temprano, la Iglesia ha afirmado que este sacrificio es *re-presentado* de nuevo en aquella celebración. La liturgia de la Iglesia, tal como fue estructurada desde sus inicios, es teológicamente tan rica que los sentimientos religiosos de los participantes pueden apenas alcanzar sus alturas. Una paradoja tal es inherente a todos los aspectos de la relación de la humanidad con Dios, de la cual los sacramentos, la oración pública y las celebraciones litúrgicas son solo una expresión.

Dado que el cristianismo se deriva directamente del judaísmo, es natural que el primitivo culto cristiano tuviese mucho en común con el culto del Templo y la sinagoga judíos. Al extenderse el Evangelio por en el mundo pagano, otras influencias empezaron a afectar la práctica litúrgica cristiana.

EL CULTO JUDÍO

Sacrificios y oraciones en el Templo

El culto en el antiguo Israel era prominentemente ritual y se centraba en el Templo de Jerusalén desde la época de Salomón. Había un altar, un sacerdocio establecido y detalladas leyes y regulaciones que dictaban la exacta realización de los elementos principales del culto hebreo en el Templo, que consistía principalmente en sacrificios y ofrendas. Según la motivación para ofrecerlas, estas ofrendas pueden clasificarse en cuatro grupos: 1) ofertas

y tributos, 2) medios de sustento de los sacerdotes, 3) ayudas para las comidas sagradas, 4) sacrificios expiatorios. Cada uno de estos grupos puede subdividirse. Según su tipo, las ofertas y tributos podían ser propiciatorios, tributarios (primicias y diezmos), o votivos, dados en acción de gracias, o como ofertas voluntarias. Dado que los sacrificios incluían el degollar o quemar un animal (corderos, becerros, carneros y machos cabríos) la sangre y la grasa estaban reservadas a Dios. Esto era probablemente debido a la antigua noción de que la inmortalidad y la existencia sobrenatural de los dioses en el cielo eran sostenidas por su dieta especial. No solo se ofrecían diariamente sacrificios y ofrendas a Dios, sino que también había el "sacrificio continuo" (*tamid*) que consistía en el sacrificio de un animal entero junto con una ofrenda de cereales y una libación. En los días de Sábado, lunas nuevas, fiestas estacionales y días santos se agregaban ofrendas complementarias (*mosaf*). También estaba el "Pan de la Presencia" que consistía en doce panes de harina fina, puestos sobre el altar y rematados con incienso puro. Los panes eran cambiados cada día de reposo, y los que habían sido quitados eran consumidos por los sacerdotes.

Un elemento importante de los sacrificios y ofrendas israelitas era su comensalidad, es decir, la idea de forjar o reafirmar con ellos los lazos de proximidad con Dios, de hacer o de reforzar un pacto con Él por el consumo de las víctimas que se ofrecían en sacrificio o por la aspersión de su sangre sobre los asistentes. Pero la idea que aparece con mayor claridad es la de la expiación del pecado por medio de los sacrificios. Había un rito especial de sacrificio conocido como la "oferta por el pecado". El rito tenía dos aspectos: por un lado, quitaba el contagio contractado por el parto y la lepra; por el otro, regeneraba al individuo así "infectado". El primer objetivo era generalmente logrado por medio de la imposición de la mano del ofreciente o del sacerdote sobre la cabeza de la víctima, indicando así una transferencia de la mácula. El segundo se conseguía aplicando el sacerdote unas gotas de la sangre del sacrificio a la oreja derecha, al pulgar y al dedo gordo del pie del ofreciente.

Otro rito sacrificial era la "ofrenda por la culpa", que era principalmente una multa impuesta a quien había causado daños materiales a otro. En el Día de Expiación se utilizaba un chivo expiatorio (Lv. 16) como un medio para quitar de la comunidad la mancha del pecado. El rito iba precedido de una confesión colectiva del pecado, de modo que el chivo expiatorio era solamente representativo, no sustitutivo. El animal era enviado a "una región

desolada" (Lv. 16:22), y según la Mishnáh (*Yoma*, 6:6) era luego arrojado por un precipicio.

La Biblia no contiene ninguna alusión a oraciones que acompañaran los sacrificios. En el Segundo Templo, fueron agregadas al servicio lecturas del Pentateuco, bendiciones y oraciones. Después de la ofrenda del incienso, que seguía al sacrificio *tamid*, los sacerdotes se reunían en las escaleras del atrio y bendecían al pueblo con la bendición sacerdotal (M. *Tamid*, 7:2). Cuando el sumo sacerdote entraba en el Santo de los Santos el Día de la Expiación, solía decir una oración corta, y al concluir su ministerio leía ciertas porciones de la Biblia. Durante la ofrenda del incienso la gente solía reunirse para la oración. La libación de vino a la conclusión de cada sacrificio *tamid* era acompañado por el canto de los levitas.

La música del Templo, que acompañaba el sacrificio diario de *tamid*, consistía tanto en piezas corales como instrumentales. Los textos cantados eran sobre todo los Salmos y también secciones poéticas escogidas del Pentateuco. En las fiestas, el *Halel* (Sl. 113-118) era cantado durante los sacrificios del pueblo, y al mismo tiempo se tocaba la flauta. Niños de familias de la élite de Jerusalén se unían al coro levítico. Entre los instrumentos musicales había liras (*nevel*), arpas (*kinnor*), platillos (*ṣilṣal*) y flautas (*ḥalil*).

Fiestas judías

Durante el período del Segundo Templo había dos categorías principales de fiestas: las comandadas por el Pentateuco (Shabat, Pascua, Pentecostés, Tabernáculos, Año Nuevo, Día de la Expiación y Novilunio) y las que fueron añadidas más tarde (Purim, Hanuká y el Nueve de Av). En la Biblia se dan varias razones para las fiestas. Algunas están conectadas específicamente con el Éxodo de Egipto: Pascua (cf. Ex, 12:27), Tabernáculos (cf. Lv. 23:43) y Pentecostés (cf. Dt. 16:12). Pero, junto con sus razones teológico-históricas, las fiestas también están conectadas con el ciclo agrícola anual: Pentecostés es la fiesta "de los primeros frutos de la cosecha de trigo" (Ex. 34:22). Tabernáculos es la "fiesta de la cosecha" al final del año agrícola, cuando se termina la cosecha de la era y el lagar. Incluso la Pascua, en la primavera, tiene una base agrícola, pues vemos que el sacrificio del *omer*, de la nueva cebada, era ofrecido el segundo día de la fiesta y permitía participar de la nueva cosecha de grano.

Excepto el Día de la Expiación y más adelante el Nueve de Av, las fiestas

eran ocasiones de gran regocijo para la toda la comunidad israelita, incluyendo esclavos y prosélitos, y existía la costumbre de enviar regalos a los necesitados (Ne 8:10-12). Los bailes disfrutaron probablemente de un lugar preferente, aunque no hay ningún indicio en la Biblia de las orgías salvajes y la promiscuidad asociadas con las fiestas paganas del antiguo Oriente Próximo. En la Diáspora egipcia, Filón afirmó que el verdadero significado de la festividad es encontrar placer y disfrute por medio de la meditación sobre el mundo y sobre la armonía que en él existe (*Spec.* 2:52). En las fiestas, el trabajo estaba prohibido y se llevaban sacrificios al Templo.

En las tres fiestas principales (Pascua, Pentecostés y Tabernáculos) todos los varones debían subir a Jerusalén, según lo prescrito por la Ley. En el período del Segundo Templo, cientos de miles de peregrinos del país de Israel y de la Diáspora concurrían al Templo, un evento que frecuentemente causaba trastornos y revueltas (cf.. Fl. Jos. *Guerra* 5:243 f.; *Ant*. 13:337-9).

El rito esencial de estas fiestas incluía el ingreso de la persona o el grupo al Templo para adorar allí, y el ofrecimiento de los sacrificios obligatorios exigidos por el precepto de que "nadie deberá aparecer ante mí con las manos vacías" (Dt. 16:16). Los sacrificios eran ofrecidos en el primer día y durante los días siguientes de la celebración, que generalmente duraba una semana. En Pascua y Tabernáculos, los peregrinos llegaban a Jerusalén varios días antes de la fiesta, especialmente los de la Diáspora, quienes tenían que someterse a purificación por más de una semana por la contaminación contraída en tierras extranjeras (Fl. Jos., *Guerra* 1:229; 6:290). Durante su estadía en Jerusalén, los peregrinos se dedicaban al estudio de la Toráh y participaban en las comidas festivas comunes en las que se comía del alimento sacrificial permitido.

En los días santos se recitaban oraciones especiales y se introducían cambios en la liturgia del Templo. Mientras que en la mayoría de fiestas el *Halel* era recitado en su forma completa, no era así en los días de Año Nuevo, Expiación y Purim. Durante las fiestas, la lectura del Pentateuco se hacía de dos rollos: la primera parte contenía una referencia a la fiesta, mientras que la segunda era tomada de Nm. 28-29 sobre el sacrificio especial del día. Desde la época del Segundo Templo, fue costumbre leer el libro de Ester en Purim (y es obligatorio que se lea de un rollo de pergamino), y las Lamentaciones se vienen leyendo el Nueve de Av desde tiempos talmúdicos. Las otras tres *Meguilot* (Rollos) del Cantar de los Cantares, Eclesiastés y Rut, se leen hoy generalmente en Pascua, los Tabernáculos y Pentecostés, respectivamente.

La Pascua

La fiesta de *Pésaj* (Pascua judía), que dura siete días, comenzando el día quince de Nisán, está destinada, según la Biblia, a conmemorar el Éxodo de Egipto (Ex. 12:11-14; Dt. 16:1, 3). La visión crítica apunta a un doble origen: dos fiestas distintas (fiesta de los panes ázimos, que era una fiesta pastoral, y la Pascua, una fiesta agrícola) que luego fueron fusionadas. Es posible que se atribuyera un origen histórico a una vieja costumbre nómada de sacrificar un animal para garantizar la protección de los rebaños antes de abandonar los pastos invernales del desierto para ser llevados a regiones cultivadas, conectando aquella costumbre al acontecimiento primordial en la historia de la salvación, el éxodo de Israel de Egipto. De hecho, en ambos casos el punto de vista es la situación de partida. Además, el rito de la sangre hacía posible conectar la Pascua con la historia de la muerte de los primogénitos de Egipto (Ex. 12:23). Originariamente, pues, no era una fiesta de peregrinación sino una ceremonia interna, que consistía en el sacrificio y la comida del animal pascual (oveja, cabra o bovino; un cordero o cabrito de un año, según los textos posteriores).

Después de la centralización del culto por el rey Josías, la celebración de la Pascua fue transferida al santuario central en Jerusalén (Dt. 16:2, 7; 2R. 23:21-23): la matanza, preparación y comida de los sacrificios pascuales tendrían lugar en los atrios anteriores del Templo (2C. 30:16; 35:11). La carne se comía en casa con pan ázimo y hierbas amargas durante la noche (Ex. 12:8) en una comida común (Ex. 12:4). No se permitía dejar nada de carne para el día siguiente (Dt. 16:4). Más tarde, debido al gran número de participantes, el sacrificio pascual tenía lugar en el Templo, pero era hervido o asado y comido en las casas de Jerusalén (cf. M. *Pesaḥ*. 5:10; 7:12). Entonces la sangre de los animales pascuales, como la sangre de los demás sacrificios, se derramaba sobre la base del altar (2C. 30:16; 35:11).

Según los Evangelios Sinópticos, Jesús fue crucificado el día 15 de Nisán, el primer día de la fiesta. Describen la última cena de Jesús como una comida de Pascua, durante la cual se revela el fin salvífico de la muerte de Jesús (Mc. 14:22, 24). El Evangelio de Juan, por el contrario, sitúa la muerte de Jesús en el día 14 de Nisán (Jn. 19:14; cf. 18:28), en la hora en que se degollaban los corderos pascuales (cf. Juan 19:14, 31; cf. M. *Pesaḥ*. 5:1), y por lo tanto coloca la última cena en el 13 de Nisán. Tal vez lo hizo por razones teológicas. Juan también interpreta a Jesús como cordero pascual (Jn. 1:35).

Durante el *Séder* ("orden", o liturgia) que se celebra en casa en la Pascua, los comensales debe participar de cuatro copas de vino (M. *Pesaḥ*. 10:1), y actualmente es costumbre tener una copa llena de vino en la mesa del *Séder*, conocida como "copa de Elías". Hay bendiciones especiales de acción de gracias por cada una de las copas, y al final se recita el *Halel*.

Comidas escatológicas

Excepto la cena de Pascua, no sabemos de ninguna otra forma de comida cultual en el judaísmo clásico. Por otro lado, podemos decir que cada comida en el judaísmo fue, en algún sentido, una comida religiosa. En la víspera de todos los sábados, la cena familiar comporta una solemnidad ritual a la que no se puede quitar un significado religioso. Los oscuros orígenes del *Qidush* (la bendición especial sobre el pan y el vino) pueden haber sido los de un rito que expresa la comunión con Dios. Pero es desde las descripciones coloridas de alegría mesiánica en la literatura apocalíptica que podemos concluir que las comidas religiosas en el judaísmo tuvieron una connotación escatológica. Esta alegría se expresa en la imagen de una comida festiva y abundante (cf. *1 Enoc* 24; 25; 72:14; Mt. 8:11-12; Lc. 14:15). El significado escatológico de la comida sagrada queda más ilustrado por los textos de Qumrán, que describen las comidas de la comunidad sectaria que vivía cerca del Mar Muerto. 1QS 6:2-8 describe una comida cultual especial en la que solo los más altos miembros de la comunidad de Qumrán, los miembros del consejo, pueden participar. Consiste únicamente en el pan y el vino, o solo pan o solo vino (1QS 6:4). Un sacerdote debe presidir y recitar la bendición y a él pertenecen las porciones escogidas del pan y del vino. Este rito debe seguir siendo una institución permanente incluso en los tiempos mesiánicos. De hecho, según un reglamento en 1QSa 2:11s, cuando el Mesías de Israel será enviado a la comunidad:

> *si están reunidos en la mesa de la comunidad o para beber el vino y hay un arreglo de la mesa de la comunidad y un servicio del vino, nadie alargará su mano hacia a la porción elegida del pan o el vino antes que el sacerdote...; él será el primero en estirar su mano hacia el pan, y después de eso el Mesías de Israel alargará su mano al pan, y luego bendecirá a toda la congregación de la Comunidad (Yaḥad), a cada uno según su posición.*

La intención base de esta comida mesiánica de Qumrán podría haber sido la realización de la profecía de Ez. 44:3ss., en la que vemos al Príncipe Mesiánico entrar en el futuro templo ideal y participar luego de una cena festiva: "Comerá… pan delante del Señor". "En ese caso, la acostumbrada comida cultual de participación del Pan de la Presencia podría ser una forma de anticipación de la comida mesiánica, cuando el Mesías de Israel se sentaría con el verdadero Israel en la comida sacrificial del Templo" (Black 1983:109).

Otra descripción de una comida sagrada judía sectaria de la misma época es la del *symposión* de los Terapeutas descrito por Filón. Los "orantes" toman sus lugares en divanes según su antigüedad. Luego, el celebrante tiene su plática sobre un tema de la Toráh, al final de la cual se oyen aplausos. Tras el sermón, la comunidad canta Salmos, y finalmente es traída la comida.

> *Sobre la mesa no se pone nada que tenga sangre, sino que allí se coloca el pan como alimento y la sal para condimentarlo, a la cual también a veces se añade hisopo como especia complementaria a favor de aquellos que son delicados en su comer. Al igual que el sacerdote se abstiene de beber vino durante el sacrificio, también ellos durante toda su vida* (Filón, *Vita Cont.* 9:74).

Después de la comida, comienza la oración de la aurora:

> *con cantos y danzas ejecutadas por dos coros, de hombres y mujeres, y así continúan hasta el amanecer, cuando se levantan y se vuelven hacia Oriente; y a la salida del sol, después de la oración, cada uno regresa a su recinto de oración.*

Con el paralelismo explícito entre las "mesas" de los Terapeutas y la mesa del Pan de la Presencia en el Templo (ibid. 9:82), Filón intenta recordar al lector que, aunque los Terapeutas eran una orden laica, su comida sagrada tenía el mismo carácter de culto que la ofrenda del Pan de la Presencia por los sacerdotes en el Templo de Jerusalén. El Antiguo Testamento no menciona la presencia del vino en la mesa del Pan de la Presencia, aunque es posible que en algún período también el vino entrase a formar parte de aquel rito (cf. LXX en Ex. 38:12). En realidad, la asociación entre pan y vino como ofrendas cultuales se menciona ya en el relato de Gn. 14:18, en el que Melquisedec, el sacerdote, ofrece a Abraham los dones sagrados del pan y del

vino (Fig. 19).

Abluciones rituales

Actos de lavado se prescriben en la Biblia para la corrección de la impureza ritual y la restauración de lo impuro a un estado de pureza ritual. Estos rituales fueron aceptados y desarrollados más tarde por el judaísmo normativo. Ablución no debe confundirse con un lavado por razón de limpieza, aunque puede darse una conexión simbólica. Los rabinos no describieron las abluciones religiosas en términos de higiene o de magia (cf. *Midr. Nm. R.* 19:4). Tanto los Esenios como los miembros de la comunidad de Qumrán insistieron sobre las abluciones frecuentes (cf. Fl. Jos., *Guerra*, 2:129, 149, 150; CD 10:10ss.; 11:18ss.; y las muchas piscinas y canales descubiertos en las ruinas de Qumrán).



Fig. 19 Melquisedec ofrece pan y vino a Abraham, mosaico mural del siglo V en la iglesia de Santa Maria Maggiore, Roma (© 2013, Foto SCALA, Firenze -. Cortesia del Ministero Beni Culturali e Att.).

Había tres clases de ablución, cada una perteneciente a un tipo diferente

de impureza: la inmersión completa, la inmersión de manos y pies y la inmersión de las manos solas. En el primer tipo, la persona o artículo debe someterse inmersión en "agua viva", es decir, un manantial, río o mar, o en un *mikvéh*, que es un depósito de agua de al menos 120 litros. *Mikvaot* bien conservados han sido excavados en Masada y otros sitios en Israel. Se requieren inmersiones especialmente para los sacerdotes. El sumo sacerdote se sumergía cinco veces durante el servicio del Día de la Expiación. La inmersión total también pasó a formar parte de la ceremonia de conversión al judaísmo, aunque hay diferencias de opinión respecto a si es o no necesario para los varones, además de la circuncisión, o como rito alternativo (TB, *Yebam*. 46a). Desde la destrucción del Templo, las leyes de la impureza ya no son válidas, siendo prescritas solo las inmersiones de la *nidáh* (una mujer durante su menstruación) y del prosélito. Estas dos inmersiones requieren "intención" y la recitación de una bendición. Los utensilios destinados a la preparación y consumo de alimentos hechos de metal o de vidrio y los comprados de un no judío deben sumergirse en un *mikvéh* antes de su uso. Esta inmersión se hace para eliminar la "impureza de los gentiles".

El lavado de manos y pies se requería de los sacerdotes antes de participar en los servicios del Templo (Ex. 30:17s.).

La forma más extendida de la ablución es el lavado de las manos (*netilat yadayim*), y consiste en la inmersión de las manos hasta la muñeca o vertiendo un cuarto de litro (aprox.) de agua sobre ambas manos con un receptáculo de boca ancha. Parece que esta costumbre pasó de los sacerdotes, que lavaban sus manos antes de comer alimentos consagrados, a los piadosos entre los laicos, y eventualmente llegó a ser casi universal.

Servicios sinagogales

A pesar de la dificultad que hay en establecer los elementos precristianos de la liturgia judía, es justo afirmar que las fuentes más tempranas de la Mishnáh demuestran que los tres servicios diarios de la sinagoga consistieron en dos elementos principales: la lectura de las Escrituras y la oración. En cuanto a la primera, la Toráh era leída los lunes y los jueves y los días de fiesta. En los sábados y los días festivos se leía, además de la lección del Pentateuco (*Parasháh*), un pasaje de los profetas (*Haftaráh*) (cf. Lc. 4:16 ss). Durante la lectura de las Escrituras, siempre se acostumbraba a estar de pie (M. *Yoma*, 7:1; *Sotah*, 7:7), aunque el lector podía estar de pie o sentado (M. *Meguiláh*, 4:1).

Después de la lectura de las Escrituras, que era, por supuesto, en hebreo,

seguía inmediatamente una traducción en la lengua vernácula, que era esencialmente una exposición explicativa. Este fue el origen de los Targumim arameo y samaritano, que no son traducciones literales sino más bien adaptaciones homiléticas del texto bíblico. La importancia de tales Targumim para entender adecuadamente las interpretaciones rabínicas de las Escrituras es obvia. El texto de Hch. 13:14-16 es prueba evidente de que el lector y el que exponía la lectura de las Escrituras no eran siempre la misma persona. Entre las diversas normas a observarse en relación con el tema de la lectura y la exposición de las Escrituras (M. *Meguiláh,* 4:1-6), se estipula que si hay menos de diez hombres, la lectura no puede tener lugar (ibid., 4:3).

La oración en la sinagoga incluye dos partes, el *Shemá* ("¡escucha!") y la *Tefiláh* ("oración") (también conocida como el *Shmonéh Esréh* = 18). El *Shemá* es lo más parecido a un credo en la liturgia judía, con su enunciación de la unidad y la unicidad del Dios de Israel. Es principalmente una recitación de Dt. 6:4, del que toma su nombre, "¡Escucha!" (cf. Mc. 12:29). Era recitada en cada uno de los tres servicios diarios. Iba precedida por la bendición llamada *Yotser* ("el Creador"), que es una bendición sobre la creación del mundo, y por el *Ahaváh* ("amor"), una oración que pide luz espiritual. Una tercera oración, la *Gueuláh* ("redención"), seguida de una acción de gracias que conmemora la redención de Israel de Egipto, y el *Shemá*. En la oración de la noche se agregó a esta oración una segunda pieza, *Hashkivenu* ("haznos acostar"). En el período del N.T., el *Shemá* también incluía la recitación del Decálogo, pero éste fue quitado más tarde por razones anticristianas (cf. TJ *Berajot*, I, 8; TB *Berajot*, 12a). Se han descubierto varias inscripciones del Decálogo de antiguas sinagogas samaritanas en la región de Nablus, junto a la antigua Siquem.

La *Tefiláh* ("oración") fue la oración por excelencia de la sinagoga. Es también conocida como *Amidáh* ("estar de pie") porque mientras se recita la congregación está de pie. Está compuesta de "dieciocho bendiciones" de un marcado carácter mesiánico. Las tres primeras son alabanzas, y las tres últimas son expresiones de acción de gracias, formando así un marco dentro del cual se colocan las peticiones. Originalmente la forma de estas últimas era espontáneamente elegida por el líder de oración, quien podía modificarlas según la ocasión, pero en el transcurso del tiempo también ellas tomaron una forma fija (véase atrás, cap. III).

La *Qedusháh* ("santidad") se une a la tercera bendición. En su origen era probablemente solo una fusión de Is. 6:3 y Ez. 3:12, pero eventualmente se le

agregaron otros elementos. Su forma actual de oración y respuesta comunitaria refleja una práctica precristiana (cf. T., *Berajot*, 1:9).

Al igual que en la liturgia del Templo (cf. Salmo 41:13), en las sinagogas la congregación respondía "Amén" a cada bendición pronunciada por el celebrante (cf. TB, *Sukáh*, 51b; M. *Ta'anit*, 2:5).

Como conclusión de ciertas partes del servicio de la sinagoga, estaba la pieza litúrgica llamada *Qadish* ("santificación"), que en sus tres primeras peticiones corre paralela a la oración del Señor, el Padrenuestro, en los Evangelios Sinópticos.

En el culto de la sinagoga también se recitaban salmos. La Mishná se refiere solamente a su uso en el Templo (*Sukáh*, 4:5), con la excepción de los Salmos de *Halel* ("alabanza") (Sl. 113-118). Los Salmos eran recitados antifonalmente: la congregación repetía el primer versículo del salmo después que el cantor cantara cada uno de los versículos siguientes.

También se establecieron formas de confesión de los pecados (*Seliḥot*, o "perdones") para el uso diario en la sinagoga, que eran seguidas de plegarias de perdón y gracia (*Taḥnunim*, "peticiones de clemencia"). El *Quidush* ("sanctificación"), una bendición especial sobre el vino y el pan, se celebraba en el hogar y en la sinagoga, y es éste todavía el caso en los tiempos modernos. Todos los elementos antes mencionados de la liturgia de la sinagoga pueden considerarse con razonable certeza como teniendo un origen precristiano.

LA IGLESIA APOSTÓLICA

La Iglesia, una comunidad de culto

Según la fe cristiana, Jesucristo puso fin al antiguo culto del Templo cumpliendo el objetivo de aquél con su propio sacrificio. Durante su vida en la tierra, fue presentado en el Templo después su nacimiento (Lc. 2:22), iba allí con motivo de las festividades judías (Lc. 2:41; Jn. 2:13; 10:22), y a menudo predicaba en sus atrios (Mc. 14:49; Jn. 18:20). Como los profetas, exigió fidelidad al espíritu de adoración (Mt. 23:16-23), y declaró que, sin pureza de corazón, las purificaciones rituales carecían de sentido (Mt. 23:25 ss.; 5:8-23). Mostró un respeto por el Templo cuando lo purificó (Jn. 12:14 ss.), pero al mismo tiempo, anunció que un nuevo tipo de templo, su propio cuerpo resucitado, reemplazaría el antiguo (Jn. 2:19 ss.). Predijo que el momento llegaría cuando los verdaderos creyentes adorarían a Dios en

cualquier lugar y en todas partes, no solo en Jerusalén (Jn. 4:21).

El primer grupo de seguidores de Jesús no rompió con el Templo antiguo, figurativo. Después de la Ascensión de Jesús, los apóstoles "estaban continuamente en el Templo", alabando a Dios (Lc. 24:53; Hch. 5:12), y toda la comunidad de creyentes asistían al Templo diariamente, "alabando a Dios" (Hch. 2:42-47). Pedro realizó su primer milagro en la Puerta Hermosa del Templo, donde fue con Juan a la hora de la oración, es decir, la hora novena (Hch. 3:1). Sin embargo, como declaró el diácono Esteban, el verdadero templo es aquel en el que Dios habita y donde Jesús reina (Hch. 6:13-14; 7:48 ss., 55-56). Pablo, quien, por un lado, compartió prácticas cultuales de judíos que creían en Cristo pero que continuaban siendo fieles a su tradición (Hch. 21:24-26; cf. 1Co. 10:32-33), escribió también que la circuncisión y las observancias judías antiguas no tenían ya ningun valor. En muchos aspectos, el culto cristiano es un nuevo tipo de culto (Gl. 5:1-6).

El hecho de que la comunidad apostólica no se privase necesariamente de prácticas externas tales como las reuniones de plegaria (cf. Hch. 1:12, 14, 24, etc.), las comidas de comunidad (2:42-46; 20:7-11) y los ritos de iniciación (2:41; 8:15-17; 8:36-38), puede dar la impresión de que su comportamiento religioso no es tan diferente del de cualquier otra religión. Lo que distingue el culto cristiano es su significado interno, que en última instancia se basa en el sacrificio de Cristo. Este sella la Nueva Alianza (Mc. 10:45; 14:22 ss.) y da significado a las fórmulas inspiradas del antiguo culto (cf. He. 10:1-18). A través del sacrificio de Cristo, del cual la Eucaristía es la conmemoración permanente (Mt. 26: 26-28; 1Co. 10:16 s.; 11:26 s.), los cristianos tienen acceso al santuario celestial (He. 10:19 ss.), donde se celebra una adoración eterna al Cordero inmolado ante el trono de Dios. Es allí donde se encuentra el Arca de la Alianza (Ap. 5:6; 11:19), y allí cantan los elegidos el *Triságion* continuamente (Ap. 4:2-11; cf. Is. 6:1 ss.), glorificando a Dios y al Cordero, que es su Hijo (Ap. 14:1) y que les hizo un reino de sacerdotes para unirlos a sí mismo en su culto perfecto (Ap. 5:9-13). Los ritos realizados por la Iglesia en la tierra durarán hasta que Jesús vuelva (1Co. 11:26).

La iglesia, que actualmente llama incesantemente a Jesús a que venga: "Marana-ta" (1Co. 11:26; 16:22; 22:17), se preparará entonces como una novia para su novio para celebrar su boda con el Cordero (Ap. 19:7-9). En aquel momento ya no habrá un templo que simbolice la presencia de Dios, porque Dios mismo y el Cordero serán el Templo de la nueva Jerusalén (21:22).

"Partir el pan"

Algunos pasajes de los Hechos y las Epístolas se refieren a la práctica de "partir el pan" realizada por la primera comunidad de los seguidores de Jesús. Aunque no muy explícitamente, estos textos parecen revelar algún tipo de relación entre lo que es posiblemente una comida regular de la comunidad, ya sea diaria (Hch. 2:46) o semanal (Hch. 20:7), y la Eucaristía, instituida por Jesús en la última cena (Mt. 26: 26-28). "El pan que partimos", dice Pablo, "¿no es una comunión con el cuerpo de Cristo? Y por cuanto uno es el pan, un cuerpo somos toda la muchedumbre que de éste participamos" (1Co. 10:16 s.). Aquí vemos que el significado eucarístico de partir el pan juntos está esencialmente vinculado con su aspecto sociológico. Otra vez, en el relato de la aparición de Jesús a los dos discípulos en Emaús después de su resurrección (Lc. 24:30, 35), se dice que los discípulos reconocieron al Señor cuando realizó la acción de "partir el pan". El rito y la expresión eran suficientemente bien conocidos por los lectores de Lucas para que éstos entendieran su intención de vincular la costumbre comunitaria de compartir el pan, o sea, una comida religiosa, con la creencia de que, en aquel momento, la presencia del Señor glorificado se hacía manifiesta entre ellos.

Bautismo y catequesis

Al igual que en el judaísmo, también en el cristianismo se requiere que los convertidos sean bautizados para ser admitidos plenamente a la comunidad de los creyentes. Los antecedentes del bautismo cristiano deben ser encontrados en el judaísmo. Algunos textos del Nuevo Testamento conectan expresamente ese rito con el bautismo de Juan Bautista: él bautizó con agua, pero Cristo bautizaría con el Espíritu Santo y con fuego (Lc. 3:16; Hch. 1:5). Sin embargo, el bautismo cristiano es también administrado con agua. Este elemento no fue reemplazado en el rito cristiano, y se utilizó tanto en las conversiones individuales (Hch. 8:38) como en las conversiones masivas (Hch. 2:41).

La principal diferencia entre el bautismo de Juan y el bautismo de prosélitos al judaísmo no estaba en el énfasis puesto en el significado ético o religioso del rito, pues todas las abluciones del judaísmo se entendían en un sentido religioso (véase atrás), sino en el hecho de que Juan había administrado su bautismo tanto a judíos como a gentiles (Mc. 1:5). Por otro lado, solo el bautismo de Juan tenía una asociación escatológica. Estaba vinculado al arrepentimiento de los pecados con vistas a la salvación de Dios que estaba por venir (cf. Lc. 3:3 ss.). Su bautismo con agua parece ser una

preparación para el bautismo del Espíritu Santo por "el más fuerte" que iba a venir después de él. De pasajes tales como Hch. 19:1 ss. (los discípulos de Juan en Éfeso), se puede concluir que un bautismo con agua era considerado por la primitiva Iglesia como incompleto, a menos que fuera acompañado por la recepción del Espíritu Santo (cf. más adelante).

El bautismo requiere una actitud interna de arrepentimiento por los pecados y la aceptación de Jesús como Salvador a través de su muerte, resurrección y glorificación. Esto presupone una iniciación doctrinal de los candidatos al bautismo, una iniciación que se lograba a través de la predicación de la palabra, el llamado "*kérigma* apostólico" (cf. Hch. 8:12). La pasión, muerte y resurrección de Jesús y el valor redentor que les fue asignado eran considerados como el cumplimiento de la profecía, particularmente de aquellos pasajes sobre el Siervo del Señor (Is. 42 ss.; cf. Hch. 8:28-35). Además, un fuerte vínculo entre la aceptación personal del rito del bautismo y la fe en Jesús como Salvador ya se encuentra probablemente en los relatos del Evangelio sobre el bautismo de Jesús por Juan en el Jordán, momento en que una voz celestial proclamó Mesías a Jesús (Mt. 3:17; cf. Is. 42; 49:3), y en que el Espíritu Santo, en forma de una paloma, posó sobre Él (Jn. 1:32). En el Evangelio según Juan, Jesús es proclamado por Juan como Cordero de Dios (cf. Is. 53:7; Ap. 13:8) no mucho tiempo después de su bautismo (Jn. 1:36). Cuando Pablo fundó su teología del bautismo en el paralelo entre la inmersión y salida del agua y el acto de morir y levantarse con Cristo (Rm. 6:1-4), aparece claro que el bautismo de Jesús por Juan fue entendido como un signo de su futura muerte y resurrección. Jesús mismo habló de su muerte como un "bautismo", según Lucas 12:50. La primitiva fórmula bautismal "en el nombre de Jesús" (cf. Hch. 8:12) puede que incluya una cierta identificación del nuevo creyente con Jesús. Reproduciendo en su propia persona la muerte y la resurrección de Jesús por medio del bautismo, el nuevo creyente tenía también derecho a poseer el Espíritu Santo. La fórmula trinitaria posteriormente adoptada por la iglesia (cf. Mt. 28: 19; *Did.* 7:1), que es más bien una invocación, una *epiklesis* ("invocación") del nombre divino sobre la persona que está siendo bautizada, también apunta a este paralelo original entre el bautismo de Jesús por Juan y el bautismo cristiano, aunque destacando aquí más bien la idea del descenso del Espíritu Santo sobre el creyente. Este aspecto de la venida del Espíritu, sobre Jesús y también sobre el creyente por el rito bautismal, podría haber sido sugerido por tales pasajes de las Escrituras como Joel 3:1 ss.

("derramaré mi espíritu sobre toda la humanidad..."), que fue expresamente citado por Pedro en su discurso el día de Pentecostés en el contexto de la conversión y el bautismo (Hch. 2:17-21) (ver más adelante).

Entre los pasajes del Nuevo Testamento relacionados con la rica teología del bautismo, podríamos citar textos como "Él es el que vino con agua y con sangre y con Espíritu, Jesús Mesías", 1Jn. 5:6; cf. Jn. 19:34: "uno de los soldados con su lanza le traspasó el costado y salió al punto sangre y agua"; "... el que no nace de agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios", Juan 3:5; "Nos salvó... regenerándonos mediante el bautismo y renovándonos por el Espíritu Santo", Tt. 3:5, etc.

Dones carismáticos otorgados por la imposición de manos

La administración del bautismo era acompañada por el otorgamiento del Espíritu Santo a los bautizados, como atestigua el libro de los Hechos. En el bautismo de los primeros gentiles (Cornelio y su familia), el Espíritu descendió sobre los oyentes durante la instrucción de Pedro, y esto fue para él la señal de Dios de que el bautismo no les debe ser negado (Hch. 10:47; 11:47). Pero normalmente, se recibía el don del Espíritu por la imposición de manos después del bautismo (Hch. 8:15-17; 19:6-7). El Espíritu manifestaba su presencia en los bautizados por medio de algunos signos externos, poderes espirituales especiales, libremente dados por Dios, los carismas. Pablo los nombra en este orden: sabiduría, conocimiento, fe, curaciones, milagros, profecía, discernimiento de espíritus, lenguas e interpretación de lenguas (1Co. 12:8-10). Listas similares (Rm. 12:6-8; 1Co. 12:28-30; Ef. 4:11) subrayan las mismas categorías generales, con referencias específicas a los diversos ministerios de la Iglesia. El Nuevo Testamento no distingue entre estos dones. No se los califica como naturales y sobrenaturales, milagrosos y no milagrosos; todos son considerados obra del Espíritu (1 Co. 2:4-6) y están relacionados con las necesidades de la Iglesia (1Co. 12:14-26). Están destinados a consolar, fortalecer y guiar a la Iglesia en su trabajo y su culto (Hch. 13:1-3; 1Co. 14:3). El trasfondo de estos dones es sobre todo escatológico, puesto que son impartidos a la comunidad mesiánica, el nuevo Israel de Dios, que hereda las promesas de la venida del Espíritu hechas al antiguo pueblo de Dios y que atestiguan su cumplimiento (cf. Hch. 2:16-17; 3:25-26; Gl. 6:15-16; 1Pe. 2:9-10). El Espíritu es las "primicias" (Rm. 8:23) o la "garantía" (2Co. 1:22; 5:5; Ef. 1:4) de la futura herencia que los creyentes en Cristo ya disfrutan y comparten (He. 6:4; 1Pe. 4:14).

El Nuevo Testamento ilustra el don gratuito de Dios de los carismas con

la historia de Simón, el mago samaritano que ofreció dinero a los Apóstoles para que le dieran el poder de conferir el Espíritu Santo por la imposición de manos. "!Perezca tu dinero", respondió Pedro, "y tú con él, por haber creído adquirir a precio de dinero el don de Dios!" (Hch. 8:9-24).

Domingo y Pascua

La semana de siete días fue tomada de los judíos por los cristianos, pero cambiaron el día sagrado, del séptimo (sábado) al primer día de la semana (domingo), el día santificado por la resurrección de Cristo. La observancia del "primer día de la semana" como el día en que los creyentes en Cristo se reunían para "romper el pan" y hacer obras de caridad se observa ya en el Nuevo Testamento (Jn. 20:19-26; Hch. 20:7; 1Co. 16:2). A finales del siglo I, el motivo de la celebración del domingo se da en las siguientes palabras de la *Epístola de Seudo-Bernabé* (cap. 15): "Mantenemos el octavo día para regocijo, en el cual también Jesús resucitó de entre los muertos". La *Didajé* (principios del siglo II) contiene este pasaje (cap. 14): "El día del Señor reuníos, partid el pan y dad gracias". Ignacio (en el mismo período) habla de aquellos que se habían convertido del judaísmo como que "ya no observan el sábado, sino que modelan sus vidas según el día del Señor, en el que nuestra vida también se levantó gracias a Él" (*Magn.* 9). Estos pasajes parecen determinar el significado de "el día del Señor" en Ap. 1:10, el día en que Juan, el escritor del Apocalipsis cristiano (c. 90 d.C.), estaba "poseído por el Espíritu" y una voz le ordenó escribir sus visiones en un libro.

La observancia religiosa de un día especial es atestiguada también por un testigo externo. Plinio el Joven, en su carta al emperador Trajano (104 d.C.), cuenta cómo los cristianos en su provincia de Bitinia llevaban a cabo un servicio temprano en la mañana "en un día establecido" (*die stato*) y una comida común en la noche. Este día fijo fue, sin duda, el primer día de la semana, el "primero del sábado" según el modo de contar de los judíos (Lucas 24:1). Este día era llamado "día del sol" (*dies solis*) en la tradición pagana, grecorromana, que adoptó también la tradición oriental de una semana de siete días (cf. una pintura encontrada en Herculano de antes del 79 d.C. que contiene los siete dioses planetarios en el orden de sus días: Saturno, Apolo, Diana, Marte, Mercurio, Júpiter y Venus). Justino Mártir (c. 150 d.C.) describe el culto de los cristianos en "el día del sol" (*I Apol.* 67). Los lectores de Justino eran paganos.

Entre los judeocristianos había habido una tendencia, al principio, a continuar observando el sábado; pero esta práctica vino a ser considerada

como una señal de judaizantes (cf. Cl. 2:16; Ignacio, *Magn*. 9; *Diogn.* 4), y no volvemos a leer acerca de una observancia del sábado hasta el siglo IV.

La fiesta de Pascua (*Pésaj* en hebreo), por la que los cristianos, sobre todo los de origen judío, probablemente tendrían un particular interés, parece que continuaba siendo celebrada por ellos, pero ahora con un nuevo significado. Pablo habla de Cristo como de nuestro "*pasja*" (la víctima pascual, en griego), que ha sido sacrificado. Estalló una disputa temprana sobre la fecha en que Pascua, la Pascua cristiana, es decir, la fiesta de la muerte y resurrección de Cristo, debía ser celebrada. Polícrates, obispo de Éfeso, y San Ireneo, obispo de Lión, en sus cartas a Víctor, el obispo de Roma (c. 195 d.C.) aluden a la costumbre de comenzar la fiesta Pascual el 14 de Nisán, según el cómputo judío de Pascua, como había defendido ya Policarpo (muerto en 155 d.C.). Policarpo aportaba a Juan el Apóstol como a su autoridad para esta práctica. La disciplina romana, en la que se observaba un ayuno el primer viernes después del 14 de Nisán, fue retraída por Ireneo hasta Sixto, el obispo de Roma (c.120 d.C.), y al parecer la tradición no puede rastrearse más (cf. Eus. *HE* V, 24). Cabe observar que durante los tres primeros siglos de la Iglesia, "Pascua" siempre significó "Viernes Santo", el día de la pasión de Cristo (cf. Tert. *Adv. Jud.* 10; *De Bapt.*19).

Celebraciones eucarísticas y comidas de fraternidad (*Ágape*)

La comida comunal de la primitiva comunidad judeocristiana que fue designada como "partir el pan" en los Hechos tenía probablemente una connotación eucarística (véase anteriormente). En las Epístolas de Pablo (1Co. 10:3 ss.) la comida comunal de la comunidad está explícitamente vinculada a la institución eucarística en la última cena. El significado profundo de comunión con Cristo y su obra redentora en la comida eucarística (ibid. 10: 16-17) superaba cualquier posible reminiscencia judía de aquel acto (véase atrás). Por otro lado, Pablo contrasta esta "mesa del Señor" con la "mesa de los demonios", aludiendo a las fiestas paganas de sacrificios. Esto ha llevado a algunos estudiosos a considerar una posible transposición cristiana de los misterios paganos (véase más adelante). Para Pablo, el rito se basa en una tradición estrictamente cristiana y en un mandamiento del Señor (1Co. 11:23; cf. Lc. 22:19). La última cena de Jesús con sus discípulos en la víspera de su muerte, celebrada como una cena de Pascua (Lc. 22:7 ss), fue interpretada por la primitiva Iglesia como el momento de la institución de la Eucaristía. Jesús tomó el pan, dio la bendición (literalmente, "dio gracias" = *eujaristésas*), lo rompió y lo

distribuyó a sus discípulos, diciendo: “Esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros” (Lc. 22:19). Lo mismo hizo con la copa después de cenar, diciendo: “Esta copa es la nueva alianza (cf. Jr. 31, 31) en mi sangre, que será derramada por vosotros” (Lc. 22:20).

Tenemos pruebas de que la primera comunidad vinculaba el rito memorial de la Eucaristía con la expectativa de la segunda venida de Cristo, tanto en las narraciones del Evangelio (cf. Lc. 22:15-18) como en la declaración de Pablo que “cuantas veces coméis este pan y bebéis este cáliz, proclamáis la muerte del Señor hasta que venga” (1Co. 11:26). Estos dos aspectos se basan en un tercer elemento que no puede ser negado en este temprano período, es decir la presencia especial de Cristo entre aquellos que comparten el pan y el vino, la bendición de los cuales los relaciona expresamente con la muerte de Jesús. Pablo declara que “quien comiere este pan o bebiere el cáliz del Señor indignamente, reo será del cuerpo y de la sangre del Señor” (ibid.11:27). Y aún más claramente: “el cáliz de la bendición que consagramos ¿no es una comunión con la sangre de Cristo? El pan que partimos ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo?” (ibid.10:16). Esta comunión con el cuerpo de Cristo, sin embargo, no se hace posible por medio de una fórmula mágica. Pablo claramente basa su declaración en una razón sociológica - la comunión fraterna entre los participantes en el rito: “Y por cuanto uno es el pan”, dijo, “un cuerpo somos toda la muchedumbre que de este único pan participamos” (ibid. 10:17). En otras palabras, no hay posible comunión con Cristo donde no hay amor entre los participantes en la Eucaristía. Es muy significativo que el relato de Juan de la última cena no menciona la Eucaristía (pero cf. Jn. 6:28-58, el sermón de Jesús sobre el pan de vida); en cambio, destaca el nuevo mandamiento de amor de Jesús, ejemplificándolo con su lavamiento de los pies de los discípulos y exponiéndolo en su discurso de despedida (Jn. 13).

Una oportunidad para cumplir con este mandamiento se daba regularmente en las comidas fraternales llamadas *Ágape* (“amor desinteresado”) de las primeras comunidades cristianas. Los eruditos todavía no se han puesto de acuerdo sobre la naturaleza exacta y el carácter de tales comidas, pero lo que sabemos sobre ellas a través de las alusiones de Pablo es suficiente para entender que era costumbre que, al reunirse para la Cena del Señor, todos trajeran su propia comida para tomársela antes de la celebración de la Eucaristía. Pablo desaprobó la costumbre (1Co. 11:34) porque daba ocasión a graves abusos: “Porque cada uno en la refección se adelanta a

tomar su propio manjar; y mientras el uno queda con hambre, el otro se embriaga" (ibid. 11:21). Además de Pablo, referencias a tales comidas *Ágape* también se encuentran en las cartas de San Ignacio (*Esmirn.* 8), la carta de Plinio a Trajano, Tertuliano (*Apolog*. 39), etc. La conexión del *Ágape* con la Eucaristía casi había desaparecido en la época de Cipriano (siglo III), cuando se celebraba la Eucaristía por la mañana y el *Ágape* por la noche. San Agustín (siglo IV) se refiere a él como a una cena de caridad. La celebración de una comida de pescado, sin duda relacionada con la Eucaristía, parece haber tenido lugar regularmente en varios lugares en los primeros siglos del cristianismo (Fig. 20). Dos inscripciones griegas de finales del siglo II (Abercio y Pectorius) se refieren claramente a ella, identificando el pescado que se come allí con un "gran pez puro, de fuente", es decir, Cristo. Varias pinturas de las catacumbas romanas muestran a creyentes alrededor de una mesa, compartiendo una comida de pescado. El pavimento de mosaico de la iglesia bizantina en Tabgha, junto al Lago de Tiberíades (siglo V) muestra, cerca del altar, una cesta llena de panes flanqueada por dos peces.

Esta iglesia fue erigida en el supuesto lugar de la multiplicación de panes y peces por Jesús (Lc. 9:10-17) y de su aparición después de la resurrección, cuando realizó el milagro de una gran captura de peces y preparó una comida de panes y peces para sus discípulos (Jn. 21:1-14).

Lugares de culto

Después de la Ascensión de Cristo, los apóstoles volvieron del Monte de los Olivos a Jerusalén, "y luego que entraron donde se alojaban, subieron a la estancia superior" (Hch. 1:12 s.). En esta sala, probablemente la misma que "la habitación en lo alto de la casa" de la última cena (cf. Lc. 22:11s.), los Apóstoles "concordes y constantes se entregaban a la oración en unión con el grupo de mujeres (galileas), incluyendo a María la madre de Jesús y sus hermanos" (Hch. 1:14). Probablemente estaban en la misma habitación cuando, en Pentecostés, recibieron el Espíritu Santo y comenzaron su actividad misionera (Hch. 2:1-4). Razones literarias y arqueológicas hacen creer que hay verdad en la temprana identificación del lugar donde se encontraba la casa de la gran sala superior con la ubicación del actual edificio del Monte Sión que contiene abajo la llamada tumba de David y arriba la "sala de la última cena" o Cenáculo de los Cruzados.



Fig. 20 La Última Cena, mosaico en la basílica de Sant' Apolinare Nuovo, Ravenna, de los siglos V y VI (© 2013, Foto SCALA, Firenze - Cortesia del Ministero Beni Culturali e Att.).

El libro de los Hechos nos cuenta que Pedro y Juan iban al Templo "a media tarde, a la hora de la oración" (Hch. 3:1). Fue también en el área del Templo, en el pórtico de Salomón, donde la primera comunidad de Jerusalén solía reunirse (5:12-13). Pedro predicó también dentro del Templo (5:20 s.). Las comidas comunitarias de costumbre probablemente se celebraban en una casa privada, como también la distribución diaria de alimentos y dinero (6:1 s). Por la descripción de una celebración eucarística celebrada por Pablo con los creyentes en Troas (20:7-12), sabemos que la reunión tuvo lugar en un "cuarto de arriba" iluminado por un número de lámparas. Un chico llamado Eutico, que estaba sentado en el alféizar de la ventana, "vencido por el sueño, cayó del tercer piso abajo".

En cuanto al bautismo, probablemente era administrado en cualquier lugar donde había agua suficiente para meterse dentro (Hch. 8:36-39). Era una inmersión, como había sido la práctica desde Juan Bautista. En la Diáspora, donde los judíos no tenían sinagoga, solían reunirse el sábado en la ribera de un río para las oraciones y las abluciones rituales. Tal fue el caso en

Filipos. Pablo se juntó con ellos en su visita, y probablemente fue en las aguas del río donde Lidia, "una mujer devota de la ciudad de Tiatira que estaba en el comercio del tinte de púrpura", fue bautizada con toda su familia (Hch. 16:11-15).

No mucho después del período apostólico, al principio del siglo II, se prefería el bautismo por inmersión en "agua viva". Si no se disponía de esa, podía utilizarse cualquier agua, ya sea fría o caliente, y se vertía sobre la cabeza del catecúmeno (cf. *Did*. 7:1-3).

Los orígenes del "ofertorio"

Durante los siglos II y III, la Iglesia puso una resistencia consciente a las interpretaciones gnósticas y docetistas de la historia del Nuevo Testamento, que consistían en una radical "espiritualización" de la humanidad de Cristo y del culto de la Iglesia. Desde sus inicios, ésta puso un fuerte acento el en aspecto espiritual de la religión contra cualquier concepto materialista de la misma, tanto judío como pagano: limitación a un lugar específico, sin templos, sin manifestaciones externas como música y ceremonias pomposas, sino una adoración pura en el corazón de los fieles, un "Eucaristía" santa. Pero ahora, los líderes de la iglesia tuvieron que defender las manifestaciones externas y materiales de la religión cristiana. Ireneo hizo hincapié en que la Iglesia ofrece al Creador, con acción de gracias, "dones tomados de su creación" (*Adv. Haeres*. IV, 18, 4). "La Eucaristía está formada por dos elementos, uno terrenal y otro celestial", porque el Señor enseñó a sus discípulos "a ofrecer a Dios las primicias de la creación; no porque Él los necesite, sino a fin de que estos frutos no sean ingratos e infructuosos..."; como Cristo en la última cena, que hizo del pan y el vino, ambos productos de la creación terrenal, la oferta de la Nueva Alianza, así también la Iglesia "ofrece a Dios, que nos alimenta; son las primicias de la Nueva Alianza" (ibid. IV, 17, 5). No mucho después de Ireneo, Tertuliano menciona por primera vez la práctica de los cristianos laicos llevando ofrendas a la mesa Eucarística. También Hipólito dice que todos los que van a ser bautizados deben traer una ofrenda para la mesa Eucarística. Hacia la mitad del siglo III, Cipriano señala que regularmente (es decir, todos los domingos), los fieles traen una ofrenda a la iglesia, y critica a "la señora rica que viene a la iglesia sin una ofrenda (*sine sacrificio*) y comulga con lo que ha sido traído por los pobres" (*De op. et eleem*. 15). Es probable que una procesión de ofrenda por los asistentes hubiese sido ya instituida, una procesión que encontramos más tarde en todos los países y que fue costumbre por más de mil años.

En el relato de Justino de la celebración de la Eucaristía, el pan y el vino son simplemente "traídos", y lo importante es la oración de acción de gracias pronunciada sobre ellos por el líder de la asamblea (*I Apol.* 65). En el siglo III, se ofrecen a Dios los regalos. Del siglo IV en adelante, la solemne procesión fue acompañada por un canto especial, el ofertorio. El símbolo tras este rito es que las ofrendas sobre las que se pronuncia la acción de gracias son frutos de la tierra, que incluyen algo de la labor del hombre y que son necesarios para la existencia de la vida humana.

Como la misma Eucaristía, también la oferta de sus elementos materiales tiene sus antecedentes en el Evangelio, no solo en la institución de la Eucaristía por Cristo en la última cena, sino también en los milagros de la multiplicación del pan y del pescado, un milagro que en el Evangelio de Juan parece interpretarse como símbolo de la Eucaristía (Jn. 6:48 ss.).

Oraciones diarias

Sería un error histórico creer que la vida devocional de los primeros cristianos giraba exclusivamente entorno a las asambleas litúrgicas oficiales. Se nos dice que Jesús instruyó a sus discípulos en la oración, y se atribuye explícitamente a Él la oración cristiana característica, el "Padre nuestro" (Mt. 6:9 ss.). Este fue preservado celosamente por la tradición cristiana, como atestigua un testigo tan temprano como la *Didajé*. El pasaje en cuestión comienza con las palabras: "¡No oréis como los hipócritas, sino como el Señor nos invitó a hacerlo en su Evangelio!" Y sigue a continuación el texto del "Padre nuestro", con la doxología final: "Porque a Ti pertenecen el poder y la gloria para siempre"; y termina con esta regla: "Orad de esta manera tres veces al día" (*Did*. 8:2-3).

"Tres veces al día" es una regla que a menudo reaparece a lo largo del milenio siguiente, generalmente en esta forma: el cristiano reza en la tercera hora, en la sexta y la novena. Orar tres veces al día ya era una costumbre judía (cf. Dn. 6:11). Pedro y Juan iban diariamente al Templo en la novena hora de la oración (Hch. 3:1). En la misma hora Cornelio estaba orando, cuando recibió su visión (10:3, 30). En la hora sexta Pedro subió a la terraza para orar (10:9). En la tercera hora, el Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles, que se habían reunido juntos en una habitación (2: 15), probablemente para la oración (1:14).

La práctica de consagrar un tiempo particular a la oración en las horas antes mencionadas (que más tarde oficialmente se estableció en las horas canónicas *tertia*, *sexta* y *nona* del Oficio divino de sacerdotes y religiosos), la

recomienda Tertualiano a finales del siglo II, considerando que era un modelo ofrecido a los fieles por las Escrituras (*De orat*. 25). El mismo autor, sin embargo, observa que "las oraciones obligatorias del principio del día y del principio de la noche" es una regla bien conocida (ibid.). También recomienda oraciones privadas antes de las comidas, antes de tomar baños y en medio de la noche. En realidad, la idea de santificar el día y la noche con la oración diaria no era una idea cristiana, sino que probablemente había sido adoptada del judaísmo. La comunidad de Qumrán rezaba "al comienzo del reino de la luz, en el clímax de su curso, y cuando vuelve a su lugar designado; al principio de la vigilia de la noche y en la cumbre del curso de la noche, y cuando se retira otra vez ante la luz naciente" (*Regla de la Comunidad*).

En cuanto al contenido de esta oración privada, aparentemente nada puede obtenerse de las fuentes, pero pronto se hizo muy común meditar en las fases sucesivas de la pasión, muerte y resurrección de Cristo. Hipólito, quien en su *Tradición Apostólica* menciona las tres horas de plegaria, dice que en la sexta hora debe realizarse una poderosa oración, "imitando al que oró y ensombreció la creación por el bien de los judíos infieles" (*Trad.Apost.* 36, 4). Más ampliamente todavía, recomienda la oración a la hora novena:

> *"porque fue en esta hora que* (Cristo) *iluminó lo que todavía quedaba de ese día, y lo llevó a la noche. De este modo, cuando Él empezaba a dormirse causó la aparición de un nuevo día, realizando así la imagen* [*typos*] *de su resurrección"* (ibid. 36, 6).

Hipólito también recomienda la oración nocturna: "Alrededor de medianoche, levántate, lávate las manos con agua, y ora. Si tu esposa está presente, orad juntos".

El vínculo entre las horas de oración y la meditación sobre la pasión de Cristo no sobrevivió en el posterior desarrollo de las horas canónicas. Sin embargo, en cierta medida persistió en la devoción popular de la Edad Media. Un número de "Libros de Horas", libros que contienen un compendio de las horas canónicas al uso de personas laicas, fueron ilustrados con imágenes piadosas de la pasión de Cristo, procediendo a través del relato, de *prima* a *vísperas* (cf. J. Stadlhuber1950: 282-325).

Santidad del matrimonio

La doctrina de Jesús sobre el matrimonio puede deducirse de unas frases

de los Evangelios Sinópticos (Mt. 19:3 ss. y paralelos) que pronunció durante una controversia con los fariseos. Establece claramente la indisolubilidad del matrimonio y demuestra su doctrina con una cita del Gn. 2:24, que termina con la conclusión: "De consiguiente, ya no son dos, sino una carne. Pues bien, lo que Dios unió, no lo separe el hombre". Luego se opone a la *halajáh* (práctica jurídica) judía tradicional sobre el divorcio, afirmando que "quien repudia a su mujer... y se casa con otra comete adulterio". La propia Ley prohibió a los sacerdotes casarse "con mujer prostituta, o con deshonrada; o mujer repudiada por su marido, porque el sacerdote está consagrado a su Dios" (Lv. 21:7). El divorcio no era prohibido, pero una cierta impureza era atribuida a la mujer divorciada. Es probable que la actitud de Jesús hacia el matrimonio tuviera algo que ver con la santidad requerida por Él de sus discípulos. En la Nueva Alianza, el sacerdocio no pertenece a una clase especial de entre los pactados, sino a toda la comunidad. El divorcio debía evitarse. Pablo, tratando del matrimonio, cita "al Señor" como habiendo dicho que "la mujer no se separe del marido... Y el marido no repudie a su mujer" (1Co. 7:11). Pablo interpreta la prohibición de Jesús del divorcio como una propuesta legal que debe aplicarse en la Iglesia cristiana.

La actitud favorable de Jesús a la institución del matrimonio queda ilustrada en el Evangelio de Juan, con su presencia en una boda en Caná (Jn. 2:1 ss.), en la cual realizó su primer milagro. Jesús utilizó también la fiesta de bodas como un símbolo del Reino de Dios, al recomendar la espera de la llegada del esposo (Mt. 22:1-10; 22:11ss; 25: 1-13).

Unción de los enfermos

La unción de los enfermos con aceite era una forma primitiva de tratamiento médico (ver Is. 1:6; Fl. Jos., *Guerra* I, 33, 5; Lc. 10:34), lo que la hace particularmente apta para ser revestida de un significado religioso. Su aparición en el cristianismo primitivo era natural. Por otra parte, se afirma en el Evangelio según Marcos (6:14) que, incluso durante la vida de Jesús sobre la tierra, los Apóstoles ya "ungían con aceite a muchos enfermos y eran curados". Pero probablemente no se habría convertido en un rito sacramental en las Iglesias ortodoxa y católica si el autor de la Epístola de Santiago no hubiese hecho esta recomendación:

> *¿Alguno entre vosotros enferma? Haga llamar a los presbíteros de la Iglesia para que oren por él, después de haberle ungido con óleo en nombre del Señor. Y la oración hecha con fe parará incólume al*

doliente, y el Señor le reanimará. Y si ha cometido pecados, le serán perdonados (St. 5:14 s.).

No se sabe mucho sobre el uso sacramental de aceite en la Iglesia primitiva. Por un lado, algunos textos cristianos medievales aluden a la existencia de un uso no sacramental tardío de aceite consagrado (el aceite era aplicado a los enfermos por sí mismos o por una mujer). Por otro lado, tenemos ejemplos de una cura carismática con aceite en los primeros siglos, como la del emperador Septimio Severo por el cristiano Próculo, mencionada por Tertuliano (*Ad Scap*. IV). En la época patrística existía la costumbre de hacer uso del aceite de las lámparas de las basílicas, o de aceite santificado por el contacto con reliquias de santos. Una fórmula especial para bendecir el aceite se conserva en el *Libro de Oración* de Serapión (356 d.C.). Los términos usados especifican claramente la restauración de la salud de alma y del cuerpo. Y la unción de los enfermos por sacerdotes y obispos es explícitamente mencionada como uno de los sacramentos por el papa Inocencio I en su carta al obispo Decencio (416 d.C.).

La muerte y el entierro

Desde el punto de vista de las religiones comparadas, el cristianismo puede ser considerado la última entre las grandes religiones que colocan en su centro el drama de la batalla entre la vida y la muerte. Cristo es el Redentor de la humanidad a través de su victoria contra la muerte. El creyente debe identificarse con Jesús muriendo en la cruz para vivir con Él "resucitado". El bautismo es una muerte simbólica al pecado que eleva a los cristianos a una nueva vida (cf. Rm. 6:3 ss.). Es natural que la muerte de Jesús formara el verdadero núcleo de la enseñanza apostólica. Él es "el primogénito entre los muertos" (1:18; 1:15), liberado por Dios "de las dolorosas cadenas de la muerte" (Hch. 2:24); la muerte, "el último enemigo a ser aniquilado" (1Co. 15:26), es "devorada por la victoria para siempre" (1Co. 15:54; cf. Is. 25: 8). El triunfo de Cristo va a brillar en todo su esplendor cuando, al final de los tiempos, llevará a cabo una resurrección general, cuando la muerte y el Hades sean "despojados de cuantos muertos contenían" y "arrojados al estanque de fuego" (Ap. 20:14).

Una "muerte diaria" al pecado (1Co. 15:31) no es un signo de debilidad para el cristiano (cf. 2Co. 6:9), sino que le da la oportunidad de revelar la vida de Jesús en su cuerpo mortal (2Co. 4:10 ss.). Al enfrentar la muerte del cuerpo, él sabe que "muere para el Señor", al igual que previamente ha vivido

para el Señor (Rm. 14:7 ss). Si muere como mártir de Cristo, derramando su sangre como parte de su testimonio, su muerte es una libación con valor de sacrificio ante los ojos de Dios (Flp. 2:17; 1Tm. 4:6). Como Pablo, un verdadero cristiano debe decir, “con plena seguridad, ahora como siempre será Cristo glorificado en mi persona, sea que viva, sea que muera”. (Flp. 1:20).

Por los antiguos escritores cristianos no conocemos muchos casos de muerte natural. Para ellos, la muerte era “un sueño”, y la tumba era “un lugar de descanso”, si alguien hubiera muerto en la fe (cf. Jn. 11:13; Hch. 7:60; 1Ts. 4:13 ss; 1Co. 15:18-20). Se prestaba respeto a los restos mortales, porque aquellos cuerpos habían sido “templos del Espíritu Santo” y estaba destinados a ser resucitados glorificados. En la comunidad judeocristiana, los ritos funerarios no se diferenciaban sustancialmente de los ritos judíos tradicionales.

Cuando ocurría una muerte, se cerraban los ojos de la persona fallecida, se lavaba el cuerpo, se le envolvían las extremidades, todo el cuerpo era envuelto en una sábana de lino con mirra y áloes y colocado sobre un lecho en un habitación superior de la casa (Hch. 9:37 ss.; cf. Mc. 15:46; 16:1; Juan 11:44; 19:39 ss.; 20:5 ss.). Los jóvenes llevaban el ataúd hasta el lugar del enterramiento, seguidos por familiares y amigos (cf. Hch. 5:6; Lc. 7:14). Flautistas, dolientes contratados y ruidosas manifestaciones de dolor se daban cita en tales ocasiones (Mt. 9:23; Lc. 8:52; Hch. 8:2; 1Co. 15:54 ss.). El lugar del entierro estaba fuera de la ciudad o del pueblo, en una cueva natural, o en un sepulcro excavado en una ladera rocosa. Las descripciones en el Evangelio de Juan de la tumba de Lázaro y de la de Jesús son típicas de los entierros, tanto judíos como cristianos, tal como se practicaban en el antiguo país de Israel (Jn. 11:38; 19:41; *Ev. Pe*. 6, 10) (Fig. 21). Es probable que los judeocristianos encalasen sus tumbas, como lo hacían sus compatriotas (Mt. 23:27). Lo mismo se daría con la práctica del segundo enterramiento, con o sin osarios. Esta costumbre fue mantenida por los cristianos en el país de Israel durante varios siglos, mucho después de que los judíos hubiesen terminado ya con ella (ver Figueras 1983:12).

En Roma, así como en Egipto y África del Norte, los judíos adaptaron a las condiciones locales la forma de entierro que se practicaba en Palestina, y los primeros cristianos modificaron estas prácticas aún más a fin de satisfacer sus propias necesidades peculiares, aceptando ciertas prácticas locales del paganismo contemporáneo. El extendido desarrollo de utilizar catacumbas

como lugares de entierro cristiano fue simplemente una renovación de las costumbres de enterramiento judías y paganas (véase más adelante, cap. VII). Una breve inscripción expresando la esperanza en la inmortalidad (*in pace*, etc.), acompañada a veces de un símbolo consagrado (un ramo de palma, áncora, pez o paloma), era generalmente el homenaje final a aquellos que habían muerto "en el Señor".

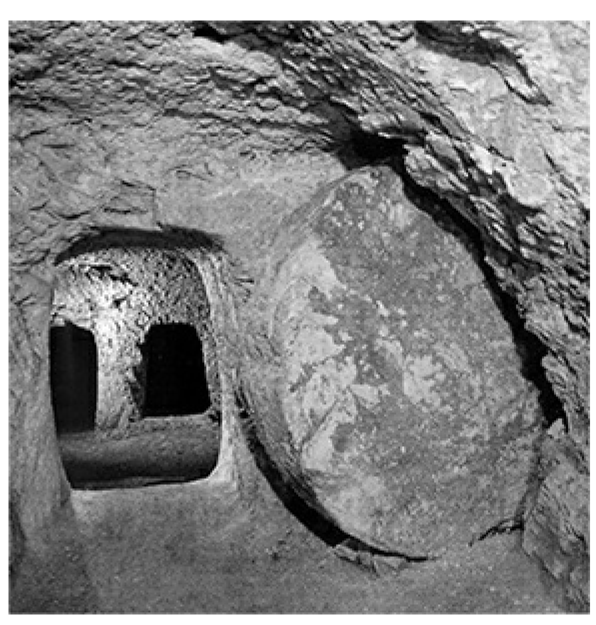


Fig. 21 Tumba judía tallada en la roca, Nazaret, siglo I d.C. (Bockel 1995: 6, fig 6).

LITURGIA CRISTIANA Y RITOS PAGANOS

Misterios paganos y misterios cristianos

La cultura pagana tuvo una influencia en la liturgia cristiana primitiva, aunque esta influencia no se extendió más allá de ciertos temas marginales, tales como frases bilingües, la forma externa de varias ceremonias y la elección de ciertas fechas para las fiestas cristianas (véase más adelante). Más grave habría sido la dependencia de las doctrinas cristianas sacramentales de las llamadas "religiones de misterio" contemporáneas, tal como fue propuesta por algunos eruditos (Lietzmann, Loisy).

Desde la edad apostólica, el término griego *mystérion* ocurre con frecuencia en las epístolas de Pablo, quien lo usa con referencia al plan secreto de Dios de la salvación del mundo por medio de Cristo. La religión misma se llama ya un misterio. Pero no hay ninguna idea de culto asociado con él, ya sea en Pablo o en otros escritores antiguos, hasta Ireneo. Por otro lado, apologetas cristianos, como Justino, Clemente de Alejandría y

Tertuliano, no solo reconocieron las semejanzas entre los misterios paganos y los sacramentos cristianos, sino que acusaron a los misterios paganos de adoptar e imitar ideas cristianas e instituciones tales como bautismo, renacimiento, purificación y comidas sagradas (cf. Clem. Alej. *Protr.* XII).

Después de este período, cuando el paganismo y los misterios comenzaron a sucumbir al cristianismo (siglo IV), los cristianos dejaron de atacarlos, y hubo también escritores cristianos que no dudaron en pedir prestado a la terminología de los misterios cuando hablaban de los sacramentos. A los fieles bautizados se les llama "los iniciados", (*memyemenoi*, *initiati*); el maestro es un *mystagogos*, y su enseñanza es la *mistagogia*. Otros términos como *hierourgia, hierologia* y *teleté* ocurren en el Seudo-Dionisio (aproximadamente 500 d.C.) y en la literatura bizantina. Éstos eran, sin embargo, préstamos de la estructura externa de los misterios y de ninguna manera doctrinales.

Si alguna otra influencia de los misterios tiene que encontrarse en la práctica litúrgica cristiana, la única que puede presentarse con certeza es la disciplina del "arcano", que existió en la Iglesia por un determinado período (siglos III y IV). No era la doctrina sino ciertas prácticas y fórmulas asociadas con el bautismo y la Eucaristía lo que se mantenía secreto. Las palabras pronunciadas durante estos ritos y particularmente la fórmula de la consagración, el *symbolum* (credo) y la Oración del Señor ("Padre nuestro") no debían hacerse conocer a los no bautizados, a los paganos y a los catecúmenos. Si estaban presentes en las ceremonias, tenían que salir de la iglesia después de las lecturas, antes de la celebración de la Eucaristía propiamente dicha.

Debemos insistir en el hecho de que lo que buscaban hombres y mujeres en los misterios paganos y en los sacramentos cristianos era esencialmente la misma cosa, a saber, la salvación. Como muchas religiones antiguas y primitivas, los misterios griegos y romanos prestaban a hombres y mujeres la posibilidad de obtener la salvación a través de la representación dramática de la vida, el sufrimiento y la victoria de una deidad. En este drama se identificaban con la víctima gloriosa. Lo que era mito en los misterios se convertía en una realidad histórica para los cristianos.

La liturgia es la representación sacramental del acto salvífico de la muerte y resurrección de Cristo. Los misterios paganos no son más que una personificación del proceso inconsciente de la naturaleza en su renovación anual en la primavera. Raramente su significado se eleva por encima del nivel

de la naturaleza y de los sentidos a consideraciones morales. La liturgia cristiana, por el contrario, surge de la voluntad de Dios y exige y supone una nueva vida moral, una vida sobrenatural.

Ritos paganos y profanos y su influencia en la liturgia cristiana

Desde el decreto de Constantino que reconocía el cristianismo como una religión legal (313 d.C.), la Iglesia tuvo que enfrentarse a una nueva situación en la que ya no era posible rechazar la cultura pagana. Constantino empezó a construir enormes basílicas, capaces de recibir una afluencia masiva de fieles en diversas ciudades del Imperio, Jerusalén, Belén, Constantinopla y Roma. La iglesia tuvo que enfrentarse al peligro del materialismo y del laicismo, al temor de perder sus valores espirituales mientras ganaba esplendor material.

Como antes varias sectas y asociaciones paganas, la Iglesia adoptó también el edificio público imperial o *basílica* para el culto. Pero las basílicas cristianas fueron bastante austeras en su forma externa. En lugar de una magnífica fachada, un simple pórtico separaba su interior del mundo exterior. La ornamentación interior se centraba en los mosaicos del ábside, en los que a menudo no se representaba más que el Pantocrátor, el busto o el rostro de Cristo, indicando con sus ojos bien abiertos su continua presencia en la Iglesia, omnipenetrante y salvífica (Fig. 22). Es así que ha podido decirse de la antigua basílica cristiana que existe “sin el mundo, contra el mundo, atrayendo poderosamente a los hombres hacia su interior” (Luetzeler 1932) (véase abajo, cap. VII).

La música y el canto tal como se practicaban en todas las manifestaciones antiguas de culto no era apropiado para el culto y la espiritualidad cristiana. La Iglesia excluyó el uso de instrumentos, permitiendo solo el canto a una sola voz, con sus melodías simples. El canto responsorial y la recitación de los Salmos, en la que un solista cantaba y la asamblea respondía con un verso corto, era una adaptación de los servicios del templo judío y de las sinagogas, como ya mencionó Hipólito de Roma en su *Tradición Apostólica*.

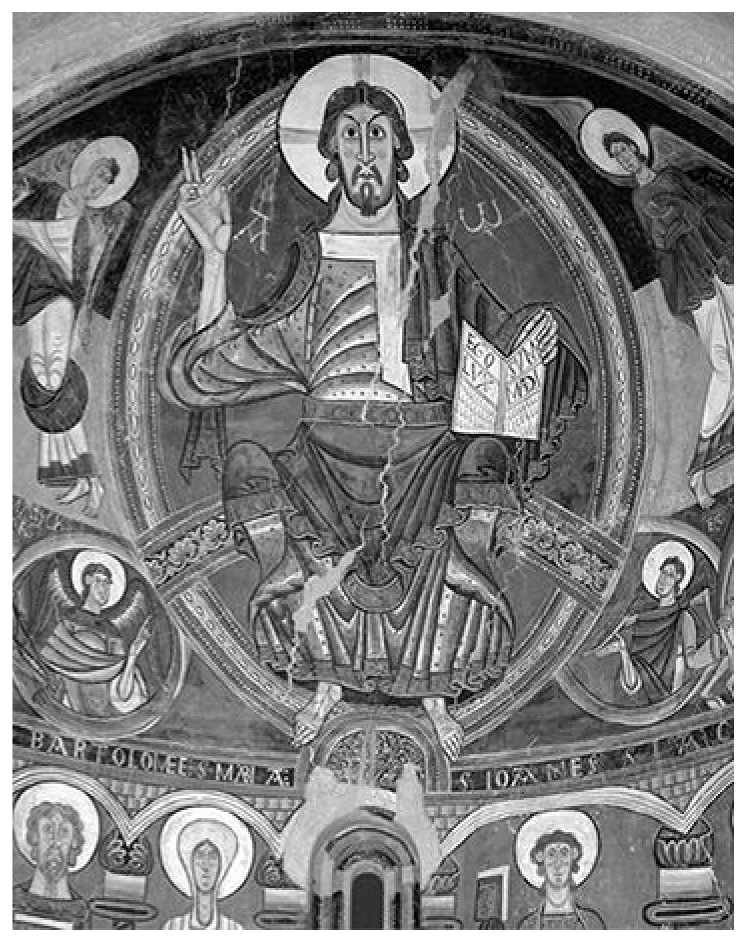


Fig. 22 Jesús como Juez todopoderoso, mural de una iglesia románica en Taüll, Cataluña, del siglo XII (© MNAC - Museu Nacional d’Art de Catalunya, Barcelona, foto: Calveras / Mérida / Sagristà).

Ambrosio (siglo IV) practicaba en Milán el canto de los Salmos con su comunidad y compuso varios himnos (Agus., *Conf.* IX, 14). Todavía se le recuerda hoy en el estilo de canto que lleva su nombre, igual que se atribuye al papa Gregorio I (siglo VI) el “Canto gregoriano”, la música melódica tradicional de la Iglesia latina.

Junto con la lengua griega, que continuó siendo utilizada por las comunidades cristianas de Occidente hasta el siglo III, un cierto estilo helenístico se introdujo en la liturgia cristiana. Elementos precristianos se encuentran en las oraciones orientales más antiguas (por ejemplo en la llamada *Anáfora de Serapión*), como pomposas invocaciones a Dios con largas listas de atributos divinos, particularmente los de forma negativa (infinito, inefable, incomprensible, etc.). A la manera estoica, los primitivos cristianos dirigían a Dios himnos de alabanza por la creación y todos sus

bienes, por la constitución de diferentes especies y por los cambios de las estaciones (cf. Justino, *I Apol*. XIII). Se ha conservado del siglo IV un himno eucarístico que incluye una larga descripción de la naturaleza (*Cons. Apost.* VIII:12, 9-16). En el Occidente, cuando el latín fue finalmente adoptado para la liturgia, los cristianos dieron a las oraciones litúrgicas la brevedad, concisión, claridad y austeridad que caracterizan la mentalidad jurídica romana. Elementos litúrgicos como las letanías, que están todavía en uso, pueden tener también un origen pagano, romano (cf. Lact. *Mort. Pers*. 46, 6).

Costumbres ceremoniales romanas fueron introducidas en la liturgia. El beso litúrgico, todavía en uso hoy en día, era una señal de recepción o iniciación en la sociedad romana. La suave bofetada que todavía hoy da el obispo a los *neófitos* recién confirmados pudo haber sido originalmente un beso significativo. Los sacerdotes besan el altar, de la misma manera que lo hacían los paganos griegos y romanos.

"*Ite Missa est*", la típica fórmula latina de despedida al final de la Misa, era una expresión jurídica utilizada en la celebración de sesiones públicas de la corte. Quemar incienso era el modo acostumbrado de dar culto a la estatua del emperador, igual que la práctica de traerle flores y postrarse ante ella. Esto era una expresión visible de reconocimiento del título *Kýrios* (señor) del emperador, y los cristianos se negaron a realizar tales acciones porque para ellos solo Cristo era *Kýrios* (cf. *Mart. Polyc.*). Todas estas acciones fueron traspasadas más tarde al culto cristiano.

En sus apariciones públicas, reyes y emperadores iban acompañados por sus ministros (cf. 2R. 5:18). Asimismo, dos ángeles acompañaron al Señor en su resurrección, según el *Ev. Pe.* (vs. 35-40) (siglo II). De la corte imperial esta tradición fue adoptada en la liturgia papal y de allí pasó a la Misa solemne de los obispos.

Dos velas o antorchas encendidas eran llevadas ante cónsules romanos y emperadores durante las sesiones públicas. La corte papal adoptó esta costumbre en el siglo IV, y hoy todavía aparece en cualquier Misa solemne celebrada por cualquier sacerdote.

Las prácticas religiosas paganas también fueron adoptadas por los primeros cristianos. Una de ellas es la orientación, es decir, el volverse hacia Oriente durante la oración. Los judíos oraban de cara a Jerusalén (cf. Dn. 6:11). Las fuentes cristianas primitivas explican esta orientación como un reflejo del hecho de que Jesús ascendió al cielo desde el Monte de los olivos, situado al Este de Jerusalén. El Paraíso estaba situado en Oriente (Gn. 2:8).

"El ángel de Señor" viene de la misma dirección (Ap. 7:2), y la figura de la "Iglesia" con la que se encontró Hermas (*Vis.* I, 4, 3) también viene de allí. Así se fue razonando que el Señor esperado volvería a la tierra desde Oriente. Esta idea fue reforzada por la costumbre de referirse a Cristo, "la luz del mundo," como "el sol" (cf. Lc. 1:78 s.; Ml. 3:20). En el siglo III, el emperador Aureliano introdujo el culto solar en Roma, y el sol fue designado como *Sol Invictus*. Para los cristianos, Cristo era el sol, y rastros de tal expresión se ven en las pinturas del sol y su carro en tumbas cristianas (cf. las excavaciones bajo la basílica de San Pedro en Roma) y en cruces pintadas en la pared oriental de espacios consagrados a la oración (cf. Peterson 1945). Fieles y sacerdotes romanos volvían sus ojos hacia el Oriente durante las oraciones. En las liturgias egipcias, los fieles eran invitados a hacer este gesto con la fórmula griega *eis anatólas blépete* ("¡Mirad hacia Oriente!"). Más adelante, después del siglo IV, la orientación de las iglesias y de las tumbas pasó a ser norma en muchos lugares.

En las Iglesias orientales fue y sigue siendo habitual coronar la novia y el novio con una corona o una diadema. Esto era originalmente una costumbre pagana que tenía un significado *apotropaico*. Tertuliano se opuso a la adopción de esta práctica por parte de los cristianos, pero fue conservada con un nuevo simbolismo cristiano. En Occidente, una costumbre similar fue habitual hasta el siglo IX.

Entre los romanas y en otras religiones paganas, los ritos funerarios incluían un sacrificio por los muertos. Muchos cristianos celebran la Eucaristía después del entierro, y así se ha hecho al menos desde el siglo II. En los siglos IV y V también era costumbre entre los cristianos el *refrigerium* por los muertos, es decir, una comida servida a intervalos regulares junto a una tumba. La Iglesia finalmente condenó la práctica debido a los abusos a que daba lugar, aunque soluciones diferentes fueron ofrecidas por los diferentes obispos (por ejemplo, Ambrosio y Agustín; cf. Quasten 1940: 253-66).

El calendario cristiano todavía incluye una serie de fiestas cuyo origen es ciertamente más antiguo que el cristianismo. Son adaptaciones de fiestas paganas. Por ejemplo, la Navidad sustituyó la fiesta del *Sol Invictus* (véase atrás, cap. III).

El papel de la liturgia en la transformación de la cultura pagana

Durante los siglos IV y V, cuando los centros de población, voluntariamente o no, aceptaron la fe cristiana, y la Iglesia absorbió en gran

medida la cultura romana que estaba desapareciendo, instituciones sociales tan importantes como las escuelas permanecieron fuera de la influencia de la Iglesia. La instrucción cristiana de niños y adultos era dominio exclusivo de la Iglesia, pero esta actividad no estaba organizada. Monjes y clérigos salían en misiones, pero su éxito dependía de sus fuerzas y sus medios individuales. Sin embargo, la asistencia regular a la iglesia aseguraba el contacto necesario entre los sacerdotes y los fieles. El lugar habitual de reunión eran las celebraciones litúrgicas.

La lectura de las sagradas Escrituras ocupaba un lugar prominente en la Misa del domingo, y también formaba parte de las lecturas en el Oficio Divino de la mañana y de la noche. Es así que la gente se familiarizó con el Antiguo y el Nuevo Testamento. El papel de la homilía, que proporcionaba un comentario oral a las lecturas, explicaba la interpretación cristiana de la Biblia a los oyentes. La tipología del Antiguo Testamento pertenecía al dominio público y ocasionalmente se expresaba artísticamente. Cada lectura era generalmente seguida de un Salmo en forma responsorial, determinado por el sacerdote oficiante. Cuando el obispo Atanasio fue sitiado por los soldados del emperador en la iglesia de Teonas en Alejandría, mandó a su diácono cantar el Salmo 135 y a los fieles repetir el estribillo “porque su amor es eterno”. La gente no sabía muchos Salmos de memoria. Juan Crisóstomo reprendía a los asistentes en su sermón: “Muchos de vosotros conocéis canciones malas, pero ¿quién de entre vosotros es capaz de decir un solo Salmo?”

En Nápoles, todos los candidatos al bautismo debían aprender de memoria los Salmos 23 y 117. Este último debía ser dicho por ellos en acción de gracias después de recibir el bautismo, la confirmación y la eucaristía. La gente no solo asistía a la liturgia, sino que tomaba parte activa en ella. Justino habla ya del “Amén” de la asamblea al final de la gran plegaria eucarística. Jerónimo (siglo IV) dice que el “Amén” resonaba como un trueno en las basílicas romanas. Otras aclamaciones que eran habituales en ocasiones públicas romanas también fueron introducidas en la liturgia, lo que servía para que la gente expresase sus sentimientos y aprobase la acción litúrgica y las palabras del sacerdote. Era un medio para manifestar que la oración litúrgica era, en sentido absoluto, una oración de la *sancta plebs*, del pueblo santo de la Iglesia.

Junto con la oración, las personas compartían la Eucaristía, no solo por haberla recibido, sino también por haber hecho la oferta para ella. En el

Oriente, la gente llevaba sus ofertas antes de la Misa al *diakónikon*, una especie de sacristía cerca del altar. Los dones que debían ser consagrados eran traídos al altar después de las lecturas. En África del Norte y en Roma, la gente llevaba sus ofertas durante la Misa en un impresionante desfile. En la basílica de Letrán, las ofertas al parecer se colocaban sobre siete altares dorados, que habían sido donados por el emperador Constantino. La gente traía no solo el pan y el vino para la Eucaristía, sino también aceite, cera, velas y otras materias, una parte de las cuales eran luego distribuidas a los necesitados.

La asistencia a la Misa del domingo ya se había convertido en una obligación en este momento; sin embargo era tomado por sentado que los fieles fueran a Misa y que, además, estuviesen ansiosos por ir. Bajo la persecución de Diocleciano, los mártires de Abiatene habían gritado: “¡Sin la Misa del domingo no podemos vivir!” Hacia el final del siglo IV, en varias ciudades, como Milán, había una sola celebración litúrgica - oficiada por el obispo - y naturalmente no había suficiente espacio en una iglesia para todos los cristianos de la ciudad. En Roma era diferente, porque sabemos que alrededor del año 300 d.C. existían no menos de 300 iglesias, y que la influencia de la liturgia fue muy fuerte en todos los habitantes durante los dos siglos siguientes.

El culto de los mártires

La conmemoración anual de un mártir tiene su origen en la conmemoración anual de los muertos en general. Incluso en tiempos de Cipriano todavía no existía una distinción formal entre las oraciones por los muertos y las invocaciones en las que se pedía su intercesión a Dios. Pero la conmemoración de los mártires era una ocasión feliz, lo que afirma ya una antigua adición al *Martirio de Policarpo* (siglo II). En África, la conmemoración anual de mártires está atestiguada desde 180 d.C. (los mártires Escilitanos) y 202 (Perpetua y Felicidad). En Roma, las conmemoraciones por los papas Calixto, Poncio y Fabián y el sacerdote Hipólito, datan del siglo III. Más tarde, se estableció también una fiesta anual para los mártires no sacerdotes, como el diácono Lorenzo y las vírgenes Inés y Cecilia. Desde el siglo III, la conmemoración de Pedro y Pablo se fijó para el 29 junio. (En esta misma fecha se solía tener una fiesta pagana en honor de los fundadores de Roma).

El desarrollo del culto de los mártires tomó diversas formas después del siglo IV. Las pequeñas *cellae* o *memoriae* fueron sustituidas más o menos por

las grandes basílicas, como las de San Pedro en el Vaticano y de San Pablo en la vía Ostiense, así como las basílicas de los Santos Cornelio, Inés (Fig. 23), Silvestre, Valentín, Sebastián, Pancracio, Esteban y Nereo y Aquileo. La prohibición romana contra la exhumación y el traslado de cuerpos sin un permiso especial fue la causa de que todas aquellas basílicas se construyesen alrededor de las murallas de la ciudad.

Lo mismo puede decirse de otras ciudades, como Antioquía, donde Juan Crisóstomo comparaba los santuarios de los mártires a un círculo de fortalezas alrededor de la ciudad. Todas estas iglesias tenían una capilla subterránea o cripta donde se celebraba la liturgia en la fecha señalada.

La Misa iba precedida por una vigilia. Se leían pasajes de la Biblia y las actas de los mártires, divididas en pequeñas secciones, cada una seguida de oraciones y cantos. En Roma, durante la celebración litúrgica se recitaban prefacios y plegarias especiales según cada ocasión. Allí, durante el siglo VI, una lista de nombres de mártires fue añadida al cánon eucarístico habitual, con el fin de destacar el paralelo entre el triunfo de Cristo y las victorias de los mártires.

También un *refrigerium* familiar tenía lugar en las tumbas de los mártires, una práctica que más tarde fue reprimida por las autoridades eclesiásticas (el Sínodo de Hipona en 393 d.C.). Mónica, la madre de San Agustín, una vez fue arrestada mientras llevaba su cesta llena de comida haciendo su camino al cementerio en Milán.

La veneración popular de mártires y reliquias aumentó en Oriente y Occidente, hasta tal punto que el peligro de robo influyó la posterior construcción de iglesias. Las reliquias fueron colocadas en un lugar bien cuidado dentro de la iglesia, y aún hoy en día no hay una sola iglesia latina sin una cajita especial de piedra que contenga las reliquias en el altar.



Fig. 23 Figura orante en una placa de mármol de la tumba de Santa Inés, Roma, del comienzos del siglo IV (Haussig 1971, Fig. 114).

Disputas cristológicas y su influencia en la liturgia

Desde los tiempos apostólicos, la oración iba dirigida a Dios "por medio de Jesucristo" (cf. Rm. 1:8, 16:27; 1Pe. 2:5, 4:11) y los fieles pronunciaban su "Amén" de asentimiento "por Él" (2Co. 1:20). Jesús es un intercesor constante (He. 7:25) a través del cual Dios ha revelado la vida y el conocimiento a los hombres (cf. *Did.*). Policarpo daba gracias Dios por medio de Jesucristo "el sacerdote celestial" (*Mart. Polyc.* 9). Por lo tanto, es cierto que en los siglos I y II, las doxologías del final de las plegarias expresaban la creencia de que la alabanza y la oración ascienden a Dios a través de Jesucristo. En las fórmulas doxológicas de Hipólito se añade un nuevo elemento, a saber "en la santa Iglesia " (cf. Ef. 3:21). La idea es que solo desde dentro de la Iglesia, en la cual vive el Espíritu Santo, pueden hombres y mujeres ofrecer una alabanza adecuada. De una forma más simple, otras fórmulas y doxologías incluyen la expresión: "Te alabamos por medio de Cristo en el Espíritu Santo" (cf. Orig. y las *Cons. Apost.*). En una etapa posterior, el término "Cristo" se sustituye por "Hijo": "al Padre por el Hijo en el Espíritu Santo" (cf. *Eucología de Serapión*). Sin embargo, debido a las disputas sobre la persona de Cristo y en particular las relacionadas con el arrianismo, la última fórmula mencionada podía tener un significado falso. Los Padres de la Iglesia, tales como Atanasio y Basilio, se vieron obligados a defender la divinidad real y completa del Hijo, que es *consubstantialis Patri*

(“consubstancial con el Padre”), según la fórmula de Nicea (325) contra los adherentes a la herejía que proclamaba la “subordinación” del Hijo respecto al Padre. Pero la fórmula doxológica que era utilizada por la Iglesia católica de aquel tiempo (*Gloria Patri per Filium in Spiritu Sancto*, “Gloria sea al Padre por el Hijo en el Espíritu Santo”) parecía reforzar los argumentos de las subordinacionistas, de modo que tuvo que buscarse una nueva fórmula. Ésta fue finalmente adoptada y todavía está en uso en Occidente: *Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto*, “Gloria sea al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo”.

Las controversias fueron particularmente agudas en la Iglesia oriental, y las doxologías fueron cambiadas para evitar problemas con los arrianos. Fueron adoptadas nuevas doxologías, anti-heréticas, con ligeras diferencias en la formulación, por los patriarcados de Antioquía, Constantinopla y Alejandría.

Con estas nuevas doxologías, la mentalidad religiosa del pueblo sufrió un cambio perceptible. Ya no se ponía el acento en aquello que nos une a Dios (Cristo, considerado como uno de nosotros debido a su naturaleza humana), sino en lo que nos separa de Dios (su majestad infinita).

El calendario cristiano también fue influenciado por estos conflictos, especialmente en lo que respecta a la Navidad y la Epifanía, que se han celebrado en Oriente y Occidente desde el siglo IV. Parece que la rápida propagación de las dos fiestas fue en parte debida a la impaciencia de la Iglesia por defender la majestad divina de Cristo.

En el siglo V, la reacción a la herejía de Nestorio, quien sostenía que Cristo era dos personas separadas (una humana y una divina), por lo que fue condenado en el concilio de Éfeso, provocó un aumento de devoción a María. Fue entonces que se construyeron varias iglesias en honor de la *Theotókos*, o “Madre de Dios,” especialmente en Oriente. En Jerusalén, cerca de Getsemaní, se erigió una iglesia en el lugar tradicionalmente considerado el de la tumba de María. Consagrada el 15 de agosto, esta fecha se convirtió en la fiesta de la Dormición, señalada más adelante como fiesta de la Asunción. Era ya celebrada en Oriente antes el 500 d.C., y el emperador Mauricio (muerto en 608) la trajo a Occidente. Otra iglesia, erigida a María junto a la piscina de Betesda y dedicada el 8 de septiembre, dio origen a la fiesta de la Natividad de María. Las fiestas de la Anunciación (nueve meses antes de Navidad) y de la Purificación (cuarenta días después de Navidad) son también de origen oriental. Ésta es todavía llamada *Hypapante* por los griegos, es decir, “el Encuentro”, en conmemoración de la manifestación del

Señor al anciano Simeón. Ya se celebraba en Jerusalén cuando Egeria visitó la Tierra Santa (381-384). Estas fiestas fueron luego introducidas en Occidente durante la época de Gregorio I (540-604) por los numerosos monjes que huían de la invasión persa en tierras orientales.

Otro hecho relacionado con las disputas arrianas debe ser mencionado, a saber, que la recepción de la sagrada comunión se convirtió cada vez en menos frecuente como resultado. El énfasis puesto en la naturaleza divina de Cristo iba acompañado de un sentimiento popular de indignidad ante la presencia sacramental. Ambrosio en Occidente y Crisóstomo en Oriente atestiguan esta reticencia a recibir la comunión. No es de extrañar que las iglesias monofisitas, que sostienen la doctrina de que Cristo tiene solamente una naturaleza divina, hayan particularmente expresado en sus liturgias los sentimientos de temor con que la comunión debe ser recibida: “!Ven temblando y recibe la comunión con santidad!”

EVOLUCIONES ULTERIORES

Provincias eclesiásticas y liturgias diversas

No es difícil demostrar que durante los tres primeros siglos del cristianismo, existía una notable armonía de usos litúrgicos y de ritos entre las diferentes comunidades de todo el Imperio Romano. Había, por supuesto, un amplio campo de libertad por elegir en cuanto a fórmulas litúrgicas específicas. Sin embargo, cuando en 154 d.C. el obispo romano Aniceto invitó a su huésped Policarpo, obispo de Esmirna, a celebrar la liturgia en su lugar, nadie pareció sorprendido por el cambio de rito o persona. Una continua comunicación vinculaba los principales centros del cristianismo. Pero también se dio una cristalización progresiva de usos y fórmulas en la liturgia al ser celebrada en diferentes regiones, para que, durante el siglo IV, la improvisación pasase a ser cada vez más restringida. Jerusalén, Antioquía, Edesa, Alejandría, Cartago y Roma se convirtieron en metrópolis cristianas, en las que los obispos se reunían en sínodos regionales. En cualquier caso, siempre era el obispo metropolitano quien presidía el Sínodo, incluso cuando éste se celebraba fuera de la metrópoli. La metrópoli cristiana correspondía solo en parte a la metrópoli romana antigua. El obispo de Mauritania, por ejemplo, asistió a los concilios episcopales en Cartago, aunque Mauritania no formase parte de la provincia romana de África. Edesa, en Siria, era considerada como perteneciendo al patriarcado Antioqueno, aunque en realidad estaba situada fuera de los límites del Imperio Romano.

El principal factor que propiciaba las diferentes liturgias era la lengua. Solo tres idiomas desempeñaron un papel importante en la evolución de la liturgia. Fueron el siríaco (un dialecto tardío del arameo), el griego y el latín.

Siríaco

Aparte algunas distinciones dialectales, podemos decir que éste era el idioma de la primera comunidad cristiana en Jerusalén. Es el lenguaje que hablaba Jesús, y en el que eran recitadas las oraciones de la sinagoga y se comentaban las Escrituras. No solo las comunidades judeocristianas en Palestina, sino también muchos otros centros, tan lejanos como Edesa y sus alrededores en el noreste de Siria, desarrollaron su propia liturgia en siríaco.

Edesa se convirtió en el centro de la comunidad nacional siria, es decir aramea. Sus orígenes son oscuros. Sabemos que aproximadamente en 190 d.C., un sínodo de dieciocho obispos definió allí su posición sobre la fecha de la Pascua. En 201 se menciona una iglesia en aquella ciudad que fue destruida en una inundación. Algo más tarde, sabemos de una capilla que fue construida en Dura-Europos. Solo en el siglo III, la *Didascalia* siríaca nos dice algo sobre la primitiva liturgia siríaca. Luego, desde principios del siglo IV, una gama entera de escritores sirios cristianos, comenzando con el "persa" Afraates (hacia el 304) y el diácono y monje Efrén (muerto en 373), nos demuestran las riquezas culturales y espirituales de una Iglesia cuya liturgia sobrevive hasta el día de hoy en varios países de Oriente, lugares como el norte de Irak y la costa Malabar de la India, (cuyos habitantes son popularmente llamados "cristianos de Sto. Tomás"). Muchos de los himnos de San Efrén todavía se cantan en la liturgia siríaca.

Debe distinguirse entre la liturgia siríaca occidental (que fue influenciada por la liturgia griega de Antioquía) y la oriental, más antigua. Esta última se llama a veces "persa", porque los cristianos sirios pertenecían al Imperio Persa. Desde el siglo XVI este rito también se llama "caldeo". Originalmente independiente, también fue más tarde profundamente influenciado por la liturgia griega. Por otro lado, las liturgias griega y latina fueron a su turno influenciadas por la siríaca. Por ejemplo, la recitación alterna de un Salmo por dos coros, bien atestiguada en Occidente desde el siglo IV, es de origen sirio (cf. *Vita Ambrosii*, 13, y *Conf.* de Agustín, IX, 7). La composición de himnos litúrgicos es otra costumbre siríaca adoptada por el Occidente. El himno latino *Popule meus* que solía ser cantado el Viernes Santo es en parte traducido de un original siríaco.

Griego

Cronológicamente, ésta es la segunda lengua litúrgica, y rápidamente ascendió al primer puesto en importancia. Puesto que el griego era la lengua de la cultura y la lengua más popular en la mitad del conjunto oriental del Imperio Romano, pronto se convirtió en el vehículo más común para predicar el mensaje cristiano. También se oía en Occidente. El Nuevo Testamento fue escrito en griego. El relato de la última cena por Pablo (1Co. 15) contiene, en griego, nuestra fórmula más temprana para la celebración de la Eucaristía; la *Didajé* y las primeras apologías del cristianismo están en griego. La liturgia se celebró en griego casi por todas partes, y la mayoría de nuestras fuentes de información sobre la vida cristiana y la liturgia hasta el siglo IV fueron escritas en griego.

Latín

La comunidad cristiana de Roma hablaba predominantemente el griego, lengua que utilizó en su liturgia por más de dos siglos. Fue solo en 250 d.C. que fue reemplazada por el latín, que se convirtió desde entonces en la lengua eclesiástica y del culto en Occidente. Surgieron diversas liturgias, que hoy más bien llamamos los ritos: africano, romano, hispano, céltico, gálico y milanés.

Otras lenguas

Los armenios fueron uno de los primeros pueblos en aceptar el cristianismo como nación, debido a la conversión de su rey, Tirídates III. Su liturgia propia, sin embargo, tal como es en la actualidad, no está atestiguada por documentos antes del siglo X y es en realidad una mezcla de elementos griegos y sirios. Nada se sabe de su forma más antigua, que, naturalmente, no se puso por escrito hasta la invención del alfabeto armenio en los siglos IV y V.

Las naciones germánicas no aceptaron el cristianismo antes del siglo IV. Sabemos que los godos tenían una iglesia propia en Constantinopla, donde rezaban y leían la Biblia en su propio idioma. El traductor de la Biblia en gótico fue Wulfilas. También sabemos que los vándalos, en el norte de África, decían el “Kyrie eleison” en su propio idioma. Pero los germanos nunca tuvieron una liturgia propia. Burgoñones, francos y visigodos, que invadieron la Galia y España, adoptaron la lengua latina, porque tanto la lengua como la cultura de la población local era superior a la suya propia.

En Occidente, solo Roma era un verdadero centro de importancia en cuanto a la influencia litúrgica. Las otras liturgias latinas fueron meramente regionales. Esto no fue el caso en Oriente, donde incluso ciudades de poco renombre se convirtieron en importantes centros culturales y ejercieron una poderosa influencia. Dos grandes ciudades, Antioquía en Siria y Alejandría en Egipto, también eran centros políticos. En el concilio de Constantinopla de 381, se hizo un esfuerzo por desarrollar aún más esta organización civil, utilizando el patrón político de Diocleciano como un paradigma para el sistema eclesiástico: Caesarea de Capadocia sería el centro administrativo del Ponto, Éfeso, Asia Menor occidental y Constantinopla de Tracia. Esta última, sin embargo, pronto eclipsó las demás porque era la capital imperial.

Por ser un destino de peregrinos, también Jerusalén tuvo una influencia litúrgica que alcanzó las lejanas regiones de Oriente. Muchos detalles de su liturgia propia figuran en las narraciones de Egeria sobre su peregrinaje (c. 385). Pero al final su importancia fue absorbida por Antioquía. Después del siglo V, solo tres grandes centros permanecían en Oriente, los patriarcados de Antioquía, Alejandría y Constantinopla, que dieron forma a tres diferentes ritos litúrgicos: el siríaco occidental, el copto y el bizantino.

Después que los monofisitas fueran condenados en el año 451 por el concilio de Calcedonia, las lenguas nacionales fueron introduciéndose lentamente por los cismáticos reacios: el siríaco fue adoptado por los monofisitas de Antioquía, el copto y el etíope por los monofisitas de Egipto y de Etiopía. El pueblo griego de la región de Antioquía se mantuvo fiel a la ortodoxia a la que estaba adherido el emperador, y por esta razón comenzaron a ser llamados “melquitas” (de la palabra semítica *mélej* – “rey”) por los sirios. Estos melquitas abandonaron más tarde su propia liturgia siríaca de lengua griega, adoptando la liturgia bizantina. Algo semejante ocurrió con los cristianos de habla griega en Egipto.

Liturgias orientales

Normalmente, la vida de las Iglesias orientales gira hoy alrededor de sus liturgias. Estas contienen todo lo referente a su cultura religiosa y eclesiástica, e incluso sentimientos nacionalistas se centran principalmente en la liturgia. Generalmente, ésta se celebra en el lenguaje del pueblo, al menos en parte. En cada rito, ciertas fórmulas, himnos e invocaciones se han preservado en sus idiomas originales (como es también el caso en la liturgia latina, por ejemplo *Kyrie eleison*, *Amén*, etc.), incluso cuando estas lenguas han dejado de ser vernáculas. Su antigüedad es parte de su santidad, y esto

significa que deben ser preservadas. Pero, en general, y especialmente en el rito bizantino, los cristianos orientales han adoptado la lengua vernácula de cualquier país en el que se instalan.

Una característica compartida por todos los ritos orientales es la participación activa de la comunidad en los servicios litúrgicos. Un diácono facilita el vínculo entre el sacerdote y los laicos. Recita y encabeza oraciones y letanías, a las que el pueblo responde con entusiasmo. Las letanías ocupan un lugar prominente en el rito bizantino, recitándose cuatro veces en cada Misa.

El "ofertorio" toma la forma de una "gran entrada", con frecuencia con una solemne procesión. Luego se canta el *Querúbikon*: "Expulsemos todas solicitudes mundanas para recibir al Rey del Universo, invisiblemente escoltado por huestes angélicas. Aleluya". La antigüedad de ese canto es por lo menos del siglo VI.

La *anáfora* o plegaria eucarística, que corresponde al *canon* de la liturgia latina, es la parte central y más importante de las liturgias orientales. Hay una gran variedad de *anáforas,* elegidas por el clero según las circunstancias del día o de la fiesta. Las más importantes de las *anáforas* del rito bizantino son las que se atribuyen a San Juan Crisóstomo y San Basilio. El contenido de la plegaria eucarística desarrolla un comentario sobre la obra salvífica de Cristo, que incluye la narración de la institución de la Eucaristía en la última cena. Sin embargo, en contraste con las Iglesias latinas, las liturgias orientales no enfatizan el momento particular de la "consagración" del pan y el vino. En oriente, la consagración se cree que es llevada a cabo en la *epiklesis*, una invocación a Dios pidiéndole que envíe su Espíritu Santo para realizar esta obra. Un *epiklesis* similar ocurre antes de la recepción de la Eucaristía. Ya Hipólito de Roma (c. 215 d.C.) nos proporciona una fórmula de *epiklesis* de comunión en la que se pide a Dios que llene a los participantes del Espíritu Santo. Antes de la comunión, que en Oriente siempre se recibe bajo las dos "especies" de pan y vino, hay el complicado rito de la "fracción del pan", acompañado de himnos y oraciones apropiadas. Una invitación a la comunión es hecha por el sacerdote con la antigua fórmula *ta hágia tois hágiois*," las cosas santas para los santos".

Liturgias latinas

A partir del siglo III, cuando Roma adoptó la lengua latina para la celebración eucarística, podemos distinguir dos grupos principales de liturgias latinas: Roma y África del Norte de una parte y las liturgias

galicanas de la otra; y éstas pueden dividirse aún entre las estrictamente galicanas, la hispana o mozárabe, la celta, y la milanesa o ambrosiana.

La liturgia hispana

También llamada "mozárabe" por referencia a la sujeción de España a los gobernantes árabes musulmanes en el año 711, es un rito especial que estaba todavía en uso en el siglo XII, cuando las regiones del norte de España adoptaron el rito romano. La liturgia hispana estaba ya completamente desarrollada en el siglo VI, y profundamente influenciada por la lucha con el arrianismo. Esto es comprensible por el hecho de que los invasores visigodos, que eran Arrianos, no aceptaron oficialmente el catolicismo hasta el año 589, con la conversión de Recaredo. En consecuencia, la glorificación de la Santísima Trinidad ocupa un lugar prominente en el antiguo rito español. Una serie de concilios en Toledo había producido fórmulas trinitarias de la fe, y las oraciones litúrgicas fueron adaptadas a estas fórmulas. Más tarde, las oraciones y fórmulas trinitarias hispanas influyeron en la liturgia romana, pasando a través de Irlanda, Inglaterra y el Sacro Imperio Romano Germánico. La liturgia mozárabe hispana todavía se celebra ocasionalmente en ciertas iglesias y en una capilla especial en Toledo.

La liturgia galicana

En su sentido estricto se celebró en las tierras de la antigua Galia, el país de los francos. La mayoría de los documentos existentes pertenecen al siglo VII, aunque algunos son más antiguos. El carácter compuesto de las lecturas bíblicas y las oraciones en una forma poética es típico del rito galicano. Hay una falta de orden y concisión, características típicas de la liturgia romana. También aquí, la controversia arriana dejó sus rastros. Hay numerosas oraciones, por ejemplo, que se dirigen directamente a Cristo. Algunas de estas entraron más tarde en el misal romano. La tradición galicana dio origen a las devociones populares medievales, con su marcada preferencia por los misterios de la infancia y la pasión de Cristo.

La liturgia celta

Era la liturgia perteneciente a la población céltica de las islas británicas, especialmente en las naciones irlandesa y escocesa. Su lengua era el latín, porque las lenguas célticas no se convirtieron en lenguas escritas hasta mucho más tarde. En los documentos más antiguos de esta liturgia (siglo VII), las

oraciones están en latín, mientras que algunas de las rúbricas están en celta. Había muy poco de original en esta liturgia, y algunos de sus elementos fueron tomados de la española, galicana, romana, e incluso de ritos orientales.

Milán

Una liturgia especial, llamada "ambrosiana", se celebra todavía en toda esta diócesis. En su forma actual, exhibe muchos elementos de la liturgia romana, como un canon romano retocado, pero también contiene formas y fórmulas que son típicas del antiguo rito galicano. Es posible que la milanesa haya sido el origen de las cuatro liturgias llamadas galicanas, que extendieron por Europa. Si esto es así, el hecho de que muchos obispos de Milán fueran de origen oriental explicaría por qué puede percibirse una influencia oriental en los ritos galicanos.

África del Norte y Roma

Estas regiones forman otro grupo particular de la antigua liturgia latina. Ni documentos completos ni libros litúrgicos de la liturgia africana se han conservado, pero muchas referencias patrísticas (Tertuliano, Cipriano, Agustín y otros) nos ofrecen muchos detalles de la estructura de la Misa y del calendario eclesiástico. Los obispos tenían una libertad restringida en cuanto a la elección de los textos que debían utilizarse en la liturgia, según fue prescrito por un concilio celebrado en Hipona. Pero muchas líneas de la celebración eucarística corren paralelas a las de la liturgia romana.

Los primeros documentos relativos a la liturgia romana están en griego.

La Tradición Apostólica, un libro escrito por el sacerdote romano anti-papa y mártir, Hipólito (cuya estatua se conserva en el museo de Letrán en Roma), es nuestra principal fuente de información. Incluye la más antigua colección existente de las leyes que regulan la organización del clero, las ceremonias litúrgicas y la vida cristiana. Se mencionan en ella las órdenes eclesiásticas mayores y menores (obispo, presbítero, diácono, confesor, viuda, lector, virgen, subdiácono y exorcista) y se emiten normas acerca de temas tales como la celebración de la Misa, la administración del bautismo, el ayuno, las comidas *Ágape*, los tiempos de plegaria y devoción, la reserva de la Eucaristía en el hogar, y la señal de la cruz. La celebración eucarística muestra una gran libertad de improvisación de oraciones por parte del obispo.

Después del testimonio de este precioso documento, hay un hueco en

nuestra documentación litúrgica. Los "Sacramentarios" llamados Leoniano y Gelasiano son ya, especialmente en su forma actual, de fecha muy posterior. Estos libros (*Libri Sacramentorum*) fueron utilizados por el obispo de Roma desde el papa Gregorio Magno (siglo VI) para la celebración de la Misa y la administración de los sacramentos. Estas colecciones solo incluyen las oraciones variables e invariables de la Misa durante todo el año eclesiástico, y esto supone la existencia de otros libros litúrgicos, tales como *Lectionaria* para las lecturas de las Escrituras, e *Hymnaria* o *Gradualia* para los cantos (*introito*, *gradual*, *aleluy*a, *tracto*, *ofertorio* y *comunión*).

Los papas León I y Gelasio I (siglo V), aunque en realidad solo escribieran o recogieran una porción de los libros atribuido a ellos, deben ciertamente ser considerados como habiendo tenido una influencia decisiva en el desarrollo de la liturgia romana antes de las reformas de barrido del papa Gregorio I. El canon de la Misa latina era, sustancialmente, de una fecha anterior, pues es ya citado por San Ambrosio en 390 d.C. La práctica de reunirse en una determinada estación para celebrar ciertas fiestas resultó significativo cuando se asignaron los textos variables de la Misa de cada domingo y de las fiestas del año eclesiástico. El término "estación" (*statio*), que ocurre a menudo en los antiguos sacramentarios, se refiere a la iglesia en la cual esa liturgia particular debía ser celebrada (*statio ad S. Anastasiam, ad S. Petrum ad vincula*, etc.). Los fieles de todas partes de Roma se reunían en estas iglesias, y cuando el papa llegaba, montando su caballo, del *patriarchium* de Letrán, se recitaba una oración y comenzaba la Misa. Los textos eran adaptados a la fiesta y circunstancias especiales. Parece que la organización general de las estaciones romanas fue fijada en el siglo V por el papa Hilario, el sucesor inmediato de León I.

RESUMEN Y CONCLUSIONES

No es sorprendente que el origen judío de los primeros creyentes en Jesús influyese en el desarrollo y el estilo del culto cristiano. Al principio, esta influencia se expresó en la participación de los apóstoles en las oraciones diarias del Templo, luego de la Ascensión de Jesús al cielo, así como en las celebraciones de la santa cena que tenían lugar en los hogares - el partimiento del pan, recuerdo del *Qidush* judío, una bendición sobre el pan y el vino que se celebra en los días de reposo y festivos. La lectura de las Escrituras y el comentario que seguía por parte del celebrante, otra costumbre judía que era generalizada en las sinagogas, sigue siendo una parte inseparable de la

liturgia de las Iglesias antiguas y modernas. Los cristianos tomaron dos de las fiestas más importantes del calendario judío, Pascua y Pentecostés, pero asociándolas con un significado relativo a la muerte y resurrección de Jesús y al don del Espíritu Santo a los creyentes.

Los Padres de la Iglesia entendieron el significado de la Cena del Señor o "celebración eucarística", como un sacramento que otorga a los creyentes la posibilidad de acercarse a Jesús en su sacrificio en la Cruz. Los elementos litúrgicos que interpretan la Eucaristía como sacrificio, elementos que más tarde fueron rechazados por los teólogos protestantes, estaban ya en su lugar en los primeros días del cristianismo. En el libro de Apocalipsis, Juan ve el Cordero inmolado de pie ante el trono de Dios, y habla de esto como si el sacrificio del Mesías hubiese sustituido el sistema sacrificial que había existido en el Templo. Cada costumbre y ritual lleva el significado simbólico de la liturgia celestial y eterna que se lleva a cabo por los ángeles y los santos, quienes cantan sin fin el *Triságion* y proclaman la gloria de Dios con palabras tradicionales de alabanza como "Amén", "Aleluya" y "Hosana". Desde el momento en que las personas que son el "Israel de Dios" (Gl. 6:16), la Iglesia de los creyentes en Jesús, fueron autorizadas a proclamar y a expresar libremente su fe, se procuró que el necesario marco material evocara una atmósfera celestial. Muchos elementos básicos de una típica basílica cristiana, tales como la imagen de Cristo que aparece en el ábside a guisa de juez divino (*Pantocrátor)*, junto con el canto organizado de los oficiantes del culto y la respetuosa solemnidad que acompaña los rituales litúrgicos, están destinados a recordar a los participantes que su adoración en la tierra no es más que una alusión del gozo eterno que les espera en el cielo.

Aparte del desarrollo del rito de la santa cena en la Iglesia cristiana, también otras costumbres fueron tomadas de las tradiciones judías, y la más perceptible entre ellas es el bautismo. Sin embargo, estas costumbres llevaban consigo un significado más profundo y renovado. Desde la época de Juan Bautista y de los Esenios en Qumrán, los rituales *halájicos* de pureza resultaban ser una expresión externa de un cambio interior, pero en el bautismo cristiano se destacaba la obra del Espíritu Santo en el corazón de los bautizados. La idea de "sacramento" incluye la gracia de Dios dada libremente a la persona que lo recibe con fe, y este hecho es conocido sobre todo en la Cena del Señor. Aparte de esto, la acción exterior del bautismo simboliza la identificación con Cristo mismo, en su muerte y resurrección. La persona que ha sido bautizada se convierte en un nuevo individuo que ha

resucitado a la vida, y aunque puede vivir en este mundo, no pertenece a él. En ningún otro período del judaísmo se llegó a este nivel de significado en relación a las diferentes costumbres de pureza, incluyendo la inmersión en un *mikvéh*.

La revisión histórica de la antigua liturgia nos permite conocer las formas y estructuras que tomó en los diversos países y períodos. Los debates sobre la persona de Jesús que surgieron en el cristianismo antiguo se expresaron de una manera especial en la liturgia. Sacerdotes y laicos oraban con fórmulas teológicas que fueron creadas a medida que avanzaba el tiempo. La oración extemporánea, espontánea, de los primeros creyentes fue cambiándose por los textos escritos, retocados en distintos momentos a través de los siglos, tanto en Oriente como en Occidente, incluso hasta a nuestros días. Su inclusión en las expresiones oficiales de la fe (el *credo*), que son proclamadas al unísono por la congregación, atestiguan la postura de la Iglesia universal hacia las divisiones que surgieron debido a las diferencias de opinión en materia de fe y teología. Y ello nos muestra que la historia de la liturgia es el instrumento más útil para obtener la comprensión correcta de la unidad y de las divisiones que existen actualmente en las diferentes corrientes del cristianismo.

CAPÍTULO SEXTO
ORIGEN Y DESARROLLO DEL MONAQUISMO CRISTIANO

Contenido:

6

Una de las características más llamativas de la vida cristiana es su aspecto ascético. Desde épocas tempranas el ascetismo se ha manifestado en las diversas formas de vida monástica, como la virginidad consagrada, la vida eremítica, el cenobitismo, las cofradías laicas, etc. Aunque el monaquismo no es exclusivo del cristianismo (hasta este día otras religiones, tales como el budismo, tienen instituciones similares), apareció en los primeros siglos del cristianismo por razones únicas, y debe ser considerado como un resultado lógico de la dinámica interna de la fe cristiana. Como tal, es independiente de algunas tendencias similares en el judaísmo y en el mundo clásico. Si nos ocupamos aquí de estas otras dos culturas, es solo en términos de comparación y no con la finalidad de sugerir que aquellas sean la verdadera fuente del monacato cristiano, ni doctrinalmente ni históricamente.

ANTECEDENTES BÍBLICOS Y JUDÍOS

Escuelas proféticas

En la época del Antiguo Testamento, el don profético no era solo un carisma personal, sino que en ciertos períodos y lugares tomó la forma de una institución social. Saúl fue arrebatado por el Espíritu de Dios al encontrarse con un grupo de profetas en su mántica euforia. Esta asociación de profetas, que frecuentaban las montañas para consagrar su tiempo a la oración y al culto (1S. 9:11-24; 1R. 3:4), vivía en Gueba y Ramá. Algunos siglos más adelante encontramos a los "hijos de los profetas" que se reunían en torno a Eliseo (2R. 2-9, *passim*). Vivían en Betel, Jericó y Gilgal, tenían una sala de reuniones donde se sentaban ante Eliseo (2R. 4:38ss.; 6:1), y compartían comidas comunitarias (ibid. 4: 38-42). Este estilo de vida era simple y pobre (ibid. 6:5; 4:1, 38, 42), aunque los miembros del grupo podían estar casados y poseer propiedades (ver 2R. 4:1). Asociaciones semejantes de profetas, aunque en gran parte asociadas al culto de Baal, también existían en Israel en tiempo de Elías (1R. 18:19) y de Jeremías (Jr. 23:13).

Los Esenios y la comunidad de Qumrán

Los Esenios, según los conocemos por varios documentos compuestos en la época subsiguiente a la del Antiguo Testamento (siglos II a.C.-I d.C.),

ofrecen las principales características de una comunidad organizada, como propiedad común, ascetismo y pobreza, oración y trabajo, comidas comunes y ejercicios religiosos, observancia del silencio y del celibato (cf. Flavio Josefo, Filón de Alejandría, Plinio y Solino). Los Rollos del Mar Muerto (especialmente el *Manual de Disciplina*) atribuyen características similares a los miembros de su secta. La mayoría de estudiosos cree que las ruinas de Khirbet Qumrán fueron la sede de la secta esenia, que probablemente mantuviera allí una comunidad durante un determinado período. La regla de la secta pone un fuerte énfasis en la obediencia, disciplina, celibato y estudio de la Ley. Este estudio debía realizarse ininterrumpidamente a manera de turno, incluso durante las horas de la noche, y los miembros de la comunidad lo observaban según un horario previamente fijado. Los candidatos a miembros de la comunidad tenían que pasar un período de prueba de dos años, después del cual el consejo de la comunidad decidía sobre su aptitud.

Los Terapeutas

En su tratado *Sobre la vida contemplativa*, Filón describe una institución judía en Egipto que tenía por nombre los "Terapeutas". Era muy semejante a la vida de los futuros monjes cristianos. Sus características eran la vida de renuncia al mundo, la oración, la vida comunitaria, las vigilias nocturnas, el canto coral responsorial, el ayuno y otras mortificaciones. Sus monasterios estaban situados en el bajo Egipto, cerca del lago Mareotis, no lejos de Alejandría. Los estudiosos modernos niegan cualquier influencia directa de los Terapeutas a los inicios del monacato cristiano, pero sí aceptan la veracidad del testimonio de Filón.

Havurot

A pesar de que este nombre parece haber sido utilizado por primera vez en Babilonia con referencia a los sabios judíos del país de Israel del segundo período (los "Amoraim"), aquí lo utilizamos para referirnos a los grupos de *haverim*, es decir, asociaciones religiosas que existían allí ya en la época de Hilel y Shammai, en el siglo I a.C. Eran grupos de fariseos que se comprometían a observar meticulosamente las leyes *halájicas* de *terumá* ("donación") y *maaser* ("diezmo"), así como las regulaciones de pureza e impureza. Los candidatos eran sometidos a varios períodos de instrucción y de libertad condicional, ascendiendo a través de diferentes niveles. Éstos incluían solemnes declaraciones de querer cumplir las observaciones cada vez más rigurosas de pureza ritual que incumbían a un *haver* ("miembro")

completo. Todos los que lo deseaban podían adherirse al grupo, incluyendo las mujeres y los esclavos.

Razones para una vida conventual

Obviamente, las razones de tales asociaciones en el judaísmo difieren una de otra. Aunque en el fondo había siempre un deseo de vivir en común las aspiraciones religiosas de una manera más profunda, los factores políticos y sociales fueron en realidad igualmente decisivos. Los Esenios se separaron del sacerdocio de Jerusalén, que a sus ojos era indigno, ilegal y caído de la verdad en un serio error doctrinal. La participación comunitaria de los bienes les permitía vivir el ideal religioso bíblico de la pobreza, por lo cual se llamaban a sí mismos "los pobres" (*ebionim*).

En cuanto a los miembros de las *havurot*, como resultado lógico de su ideología se obligaban a sí mismos a evitar todo contacto con el supuesto *am haarets*, es decir, la gente común, en el sentido de personas desinteresadas de las leyes religiosas. Esto, por supuesto, creaba graves problemas, incluso familiares y sociales, mientras que los estrechos lazos del grupo ayudaban a sostener a sus miembros en sus problemas específicos.

DOCTRINAS Y MOVIMIENTOS PAGANOS

Estoicismo

El estoicismo ocupa un lugar de honor entre los antecedentes paganos de la civilización cristiana porque es una de las doctrinas filosóficas que más influenciaron el pensamiento romano tardío. Su tendencia a la indiferencia ética y su recomendación de fuerza de espíritu ante la desgracia tiene mucho en común con ciertos aspectos del ascetismo cristiano. El estoico sostenía la autosuficiencia como un ideal y esto debía alcanzarse viviendo de acuerdo con la naturaleza. El objetivo era la tranquilidad como máxima expresión de placer, entendiendo éste como la total ausencia de dolor, tanto mental como físico. El estoicismo hacía hincapié en la abstinencia como uno de sus cuatro virtudes cardinales. Era, como el cristianismo, una forma de vida para todos. Los escritores romanos nos han dado, en muchos de sus héroes, la típica imagen del estoico. Podemos recordar las figuras mitológicas de Hércules y Eneas en Virgilio, y las históricas de Escipión el Joven y Catón de Útica. Los ideales monásticos cristianos ciertamente se basan en las doctrinas del Nuevo Testamento, pero incluso algunos de ellos se presentan en una terminología típicamente estoica, como la "resistencia" y la "templanza" en Pablo, y su

imagen del guerrero cristiano armado con "toda la armadura de Dios" (Ef. 6:13). Es así que escritores estoicos como Séneca, Epicteto, Marco Aurelio y muchos otros no pueden ser olvidados en el contexto general de la historia del monaquismo cristiano.

Pitagorismo y Orfismo

Aunque es difícil ponderar hasta qué punto el propio Pitágoras fuese un asceta, encontramos rastros inconfundibles de ascetismo incluso entre los pitagóricos más antiguos. Sus ideales eran la pureza (en el sentido ceremonial, religioso), el silencio (originalmente con el fin de evitar un hablar sacrílego o de mal agüero durante las ceremonias), y la continencia. Su ascetismo promovía virtudes éticas como la templanza. Sabemos que dos de los principios de Pitágoras eran la inmortalidad del alma y su transmigración. Ambos están estrechamente relacionados con el ascetismo practicado por el Orfismo, y Pitágoras estaba sin duda familiarizado con sus misterios. La secta órfica, que en el siglo VI a.C. parece haber tenido su centro principal en Atenas, arraigó más tarde en el sur de Italia (textos órficos en láminas de oro fueron encontrados en tumbas en Petilia, de los siglos III y IV a.C.). El ascetismo órfico prohibía tomar alimentos procedentes de animales, incluso huevos. Los frijoles también estaban prohibidos. La razón de estas prohibiciones, sin embargo, era que algunas de estas cosas eran comidas ritualmente por los *jthonioi* en sus sacrificios a los muertos; en el caso de los huevos, también estaba la consideración de que éstos contienen el germen de la vida. En general, parece que se promovía el ayuno. En contraste con una tendencia general en Grecia, el orfismo ponía un fuerte énfasis en la moral. Sus miembros, que se llamaban a sí mismos "puros y santos", estaban organizados en grupos llamados *tiasoi*. Éstos, según Lactancio, no solo se expandieron por toda la Grecia, sino también por África, Galia, Italia y otros países en los últimos siglos del Imperio Romano pagano. Durante la noche, estas cofradías celebraban iniciaciones, oraciones, himnos y sacrificios incruentos.

Neoplatonismo

Esta escuela alejandrina de filosofía de los siglos II y III d.C. enseñaba una especie de misticismo, más filosófico que religioso, en el que las ideas morales y las prácticas ascéticas ocupaban un lugar importante. Aunque durante algún tiempo se pensó que los ideales neoplatónicos ejercieron una influencia en los orígenes de monaquismo cristiano, hoy en día se cree que la

verdad es lo contrario. Había ascetas reales entre los neoplatónicos, el más famoso de los cuales fue Peregrino, un filósofo que se convirtió al cristianismo; pero cuando fue encarcelado por su nueva fe, apostató tan pronto como fue liberado. Luego emprendió una severa vida ascética, y por último puso voluntariamente fin a su vida entregando su cuerpo a las llamas. Otros ascetas paganos fueron, según el obispo Epifanio (siglo IV d.C.), los Masilianos, quienes, renunciando al matrimonio y a todas las posesiones materiales, se reunían en sus muchos oratorios a cantar himnos compuestos por algunos de ellos al Ser supremo. Los emperadores cristianos que siguieron a Constantino los persiguieron.

Adoradores de Sarapis

Algunos eruditos creyeron que el monaquismo egipcio se originó directamente de los *katojoi*, o paganos solitarios, que vivían en los templos del dios egipcio-helenístico Sarapis y en sus dependencias. Sin embargo, lo único que sabemos sobre este tema es que, según su biógrafo más antiguo, el verdadero fundador de la vida cenobítica cristiana en Egipto, Pacomio, se retiró a un templo abandonado de Sarapis en Shenesit, y que, una vez allí, se le concedió una visión de Dios. En realidad, las analogías que se han elaborado entre los adoradores de Sarapis y los monjes cristianos solo son aparentes. En el primer caso, el objetivo era obtener una curación o un oráculo por medio del rito de incubación, para lo cual se pasaba un largo período en los templos. Hubo alguno que, pretendiendo estar poseído por Sarapis, hacía del templo su morada permanente, explotando las creencias supersticiosas de las personas que iban a buscar la misericordia del dios.

EL MONAQUISMO COMO FENÓMENO CRISTIANO

Doctrinas del Evangelio y de Pablo

En el cristianismo, el ideal monástico siempre fue la renuncia absoluta de todo lo que es terrenal para alcanzar los bienes celestiales, imperecederos. Básicamente, los primitivos monjes cristianos no siguieron otra línea de conducta que la de los consejos evangélicos, entendidos en su sentido literal:

> *Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto posees, y dalo a los pobres. Y tendrás un tesoro en el cielo; y después vuelve y acompáñame* (Mt. 19:21 y paralelos). *No podéis servir a Dios y a las riquezas. Por eso os digo: No os preocupéis por vuestra vida, qué comeréis, o qué beberéis;*

> *ni por vuestro cuerpo, cómo lo vestiréis…* (6:24-25). *Si alguno quiere seguirme, niéguese a sí mismo, tome su cruz y venga conmigo* (16:24).

Pedro y sus compañeros, que abandonaron sus barcas y redes y siguieron a Jesús cuando les llamó (Mt. 4:18-22), o Mateo, que abandonó al momento la mesa de cambista para seguirle (9:9), sirvieron de ejemplos claros, evangélicos, a los primeros monjes. Querían imitarlos al abrazar su nueva vida. Del mismo modo, el Evangelio les advertía de las dificultades de tal renuncia, en casos como el del joven que deseaba poseer la vida eterna, que pidió a Jesús la regla mágica. Cuando Jesús respondió: "'Ve, vende cuanto posees, y dalo a los pobres...' el joven se marchó entristecido, pues era dueño de pingüe hacienda" (19:16-22).

En cuanto a la continencia, las palabras de Jesús son inconfundibles:

> *Los hay inhábiles para el matrimonio, que lo son de nacimiento, y los hay porque los hombres los inhabilitaron. Y los hay porque ellos mismos se impusieron el celibato por causa del reino de los cielos. Quien sea capaz de entender que entienda* (Mt. 19:12).

También Pablo elogia el celibato por amor de Dios como el estado más alto que debe ser alcanzado por los que siguen a Cristo:

> *Esto que os digo va como permiso no como mandato. Bien quisiera que todos fueran como yo soy. Mas cada uno tiene recibido de Dios su propio don, quién de una manera quién de otra…* (1Co. 7:7). *Yo quisiera que viviérais sin desasosiego. El soltero se preocupa de las cosas del Señor: cómo agradará al Señor...* (1Co. 7:32). *El hombre que casa su (hija) virgen obra bien; y el que no la casa, aún obra mejor* (1Co. 7:38).

A las prácticas de la absoluta pobreza y castidad, los monjes cristianos añadieron el voto de obediencia, que consiste en seguir las huellas de Cristo reconociéndolo como su maestro, y sometiéndose a aquellos que lo representan. Encontraron un ejemplo perfecto de su obediencia y de la renuncia a sí mismos en la sumisión absoluta de Jesucristo a la voluntad de su Padre, como lo expresó en su sufrimiento y su muerte en la Cruz. La distribución típica del tiempo en la vida de un monje era la division entre oración y trabajo manual. (*Ora et labora* es todavía un leitmotif de la orden

benedictina). Esto también se basaba en el Nuevo Testamento, donde se dice que Jesús pasaba noches enteras en oración (por ejemplo Luc. 6:12), y donde se recuerda que Pablo se ganaba la vida construyendo tiendas para no ser una carga a nadie (Hch. 18:1-3; 20:33-35; Flp. 4:14-16).

El ayuno, otro distintivo de los ascetas cristianos, se funda también en las palabras de Jesús, al predecir que "día llegará en que les será arrebatado el esposo: entonces será el tiempo en que ayunarán" (Lc. 5:35).

Entre los primeros cristianos, Santiago tuvo una reputación de gran asceta: estaba santificado desde el vientre de su madre; nunca bebió vino ni cualquier otra bebida fermentada; era vegetariano. Nunca cortó su cabello y su barba. Nunca hizo uso de ungüentos y nunca tomó un baño. Su vestido era de lino.

Su austera vida nos recuerda la de Juan Bautista, quien, según los Evangelistas, "usaba un vestido tejido de pelos de camello, y un ceñidor de cuero entorno a sus lomos. Y su alimento eran langostas y miel silvestre" (Mt. 3:4). Hasta el día de hoy, Juan sigue siendo el principal ejemplo de ascetismo para los monjes cristianos. El mayor guía del monaquismo en Occidente, San Benito de Nursia, le tenía una veneración especial. Según su biógrafo, San Gregorio, Benito erigió una capilla en honor de San Juan Bautista en Montecassino, en Italia, en el lugar donde anteriormente se levantaba un templo pagano de Apolo. Desde el siglo IV, María, la madre de Jesús, también se destacó como un ejemplo para los ascetas y vírgenes (Metodio del Olimpo, *Convivium*, y la anónima *Epístola a las vírgenes*).

Entre el primer grupo de creyentes, algunas figuras probablemente interpretaron los consejos evangélicos como incluyendo la virginidad. Fue así que las cuatro hijas del diácono Felipe eran todas vírgenes y profetisas. Según el historiador de la Iglesia Eusebio, dos de ellas murieron y fueron enterradas en Caesarea con su padre, y una tercera fue enterrada en Éfeso. El diácono Nicolás, fundador de la herejía de los Nicolaítas, enseñaba, según Clemente de Alejandría, la mortificación de la carne; habiendo abandonado a su esposa, vivió en continencia con sus hijas vírgenes.

El ideal de la primera comunidad en Jerusalén

Algunas reglas monásticas antiguas, como la de San Benito, presentan el espíritu y la forma de vida de los judeocristianos de la primera comunidad en Jerusalén como el ejemplo ideal para los monjes cenobíticos, es decir, para los grupos de monjes que decidían vivir juntos una vida ascética en una comunidad organizada:

> *La asamblea de los fieles tenía un solo corazón y una sola alma. Y ninguno de ellos llamaba propiedad suya a su hacienda sino que entre ellos era todo común... No había entre ellos indigente alguno, pues los que eran propietarios de fincas o de casas las vendían, traían el precio de la venta, y lo depositaban a los pies de los apóstoles. De ellos se distribuía a cada uno en razón de sus necesidades* (Hch. 4:32, 34-35).

Bernabé, un levita de Chipre, fue un ejemplo de tal comportamiento (ibid. 4:36 ss.). Pero el fraude de Ananías y Safira, quienes intentaron quedarse con una parte del dinero de la tierra vendida, dio lugar a que fuesen castigados con la muerte súbita cuando fueron reprendidos por Pedro (ibid. 5:1-11).

Reacción a la secularización de la Iglesia

Las prácticas ascéticas, incluyendo una total continencia, eran frecuentes a lo largo de los primeros siglos del cristianismo (véase Hermas, *Pastor, Sim*. XI, 29, 1; Justino Mártir, *I Apol.* 29; Minucio Félix, *Octavio*, 31; Tertuliano, *De velandis virginibus*, 10; Cipriano, *passim*). También fue éste el comportamiento normal de algunos grupos disidentes, como los marcionitas, debido al hecho de que su doctrina básica, el gnosticismo, sostenía que la materia era esencialmente mala. Otros, como los miembros de la secta encratita, favorecían la abstinencia de vino y de carne, la continencia conyugal y la virginidad como única forma de alcanzar el Reino de Dios. Pero dentro del cristianismo ortodoxo, el ascetismo como tal no tomó una forma más coherente ni recibió un énfasis real hasta que las presiones externas empujaron a algunas personas a huir de las comunidades establecidas en busca de un refugio para su vida espiritual. Una de las razones fue el hecho de que, con el extraordinario crecimiento de la Iglesia, ésta resultó estar más y más implicada en asuntos mundanos. Incluso las vírgenes y los ascetas comenzaron a buscar privilegios especiales dentro de la comunidad. A mediados del siglo III, Cipriano emitió regulaciones especiales para los casos de personas que violaban su promesa de continencia y de virginidad.

Hoy se cree que hubieron vagos intentos de formación de agrupaciones cenobíticas en Siria y Palestina en una época tan reculada como el siglo II (véase Seudo-Clemente de Roma, *Ep. a las Vírgenes*) y que congregaciones esporádicas de ascetas habían existido en Egipto ya a finales del siglo III, aunque, en general, aquellos vivían en aislamiento no lejos de sus aldeas, según el testimonio de Atanasio. Tales comunidades habían sido formadas

por Hieracles. Se sabe que las vírgenes, en contraste con los ermitaños, vivían juntas en construcciones especiales llamadas “partenones”. Pero fue solo después que se logró la paz en el Imperio, cuando miles de personas adoptaron el cristianismo como religión recientemente reconocida, y después que el Concilio de Gangra (c. 375 d.C.) hubo declarado que los consejos evangélicos con respecto a la pobreza y la virginidad no iban dirigidos a todos los creyentes, que una profunda división tuvo lugar dentro de la comunidad cristiana. Ahora vírgenes y ascetas dejaban el mundo y buscaban la paz fuera de los grandes ciudades, incluso en las partes más profundas del desierto. Sabemos de ascetas que abandonaron su soledad relativa en la ciudad para vivir en los monasterios establecidos en el desierto porque no podían soportar la vida secular del clero (véase Atanasio).

A veces, dicha separación del clero establecido iba acompañada por continuas y graves denuncias de sus depravaciones. Este fue el caso de los audianos, fundados por Audius de Mesopotamia, que fue enviado al exilio en Escitia. Proscritos y expulsados de esa región en 371, los audianos se expandieron hasta las fronteras del Éufrates, por las montañas del Tauro, por Palestina y Arabia, donde existieron hasta el siglo V.

Nostalgia del martirio

Nadie gozaba de un mayor prestigio dentro de la comunidad cristiana que aquellos que habían sufrido por su fe. Los que morían en los tormentos por su fe eran llamados “mártires”. Los que sobrevivían eran apodados “confesores”. Siguientes en esta fila estaban las vírgenes. Cipriano, el obispo de Cartago, en el siglo III, los había juntado a todos en un mismo rango (*De mortalitate*). Pero una doble gloria (*gloria geminata*) estaba reservada a las vírgenes que habían añadido el martirio a su mérito especial. Prevaleciendo ya la paz en el Imperio, monjes y ermitaños se sometieron a las prácticas ascéticas más extraordinarias, y a menudo extravagantes, para ganar la palma del martirio con los tormentos que se infligían a sí mismos. Cuando, en 311, Egipto fue una vez más testigo de mártires, condenados a muerte por Maximino Daia, Antonio, el famoso fundador de la primera comunidad monástica, dejó el desierto con un gran número de monjes, y fue a Alejandría para asistir a los mártires y morir con ellos. Fueron rechazados por la policía. Cuando terminó la persecución, Antonio y sus compañeros regresaron al desierto, pero Antonio multiplicó sus ayunos y vigilias, rechazando cualquier tipo de alivio.

Como los mártires, los monjes cristianos se consideraban los atletas de

Cristo, entre cuyos ejercicios de mortificación era esencial el ayuno. Los primeros ermitaños fácilmente pasaban dos, tres y hasta cinco días sin tomar alimento alguno. Los conocidos como *hebdomadarii* tenían la costumbre de comer solo una vez a la semana, el domingo.

> "Es principalmente en los monasterios de Oriente (Siria, Palestina, Asia Menor) que encontramos formas extraordinarias de mortificación. Estaban, en primer lugar, los *estilitas* y los *dendritas*, que se condenaban a sí mismos a una perpetua inmovilidad, los primeros sobre sus columnas, los segundos en la rama de un árbol. Había los *boskoi* o "rastreadores", mencionados por Sozómeno (historiador de la Iglesia, del siglo V). Éstos eran solitarios de Mesopotamia y fueron llamados así porque vivían de hierba como el ganado. También los había que se encadenaban a una roca, o llevaban sobre sus hombros una especie de yugo. Sozómeno también habla de un monje sirio que se abstuvo de comer pan durante ochenta años" (Cabrol 1964).

Podrían añadirse un centenar de otras prácticas, como atestiguan los antiguos escritos monásticos e incluso la arqueología. El esqueleto de un antiguo monje voluntariamente encadenado fue descubierto hace pocos años en Israel (Kogan-Zehavi 2003). Hay que destacar también la curiosa costumbre de vivir aislado de relaciones exteriores, encerrado en una habitación del monasterio, una celda especial en el jardín, o una cueva natural, a veces con techos tan bajos que la persona en el interior jamás era capaz de erguirse. Éstos fueron llamados *reclusi*, "los encerrados", y sus celdas han sido descubiertas en Siria y Jordania. Dos de los más famosos de entre ellos fueron Barsanufio y Juan de Gaza, que se encontraban en el monasterio de Seridos, situado entre Gaza y Maiumas, en el siglo V. Sus numerosas cartas espirituales han sido publicadas.

La vida ascética como lucha contra el diablo

La epístola de Pablo a los Efesios tiene un pasaje que era particularmente apreciado por los ascetas cristianos, porque veían en él la base bíblica y la justificación de su disposición a la auto-mortificación:

> *Finalmente, confortaos en el Señor y en su vigorosa fuerza. Revestíos la armadura de Dios a fin de que podáis defenderos de las insidias del diablo. Pues no trabamos combate contra adversarios de carne y*

sangre, sino contra los principados, contra las potestades, contra los que tienen el imperio de este mundo tenebroso, contra los espíritus malignos, moradores de las regiones etéreas (Ef 6:10-12).

La presencia constante del diablo era significativa para estos guerreros espirituales que intentaba no solo resistir sus tentaciones, sino burlar sus tácticas. Solía visitarles bajo todo tipo de formas, y estaban obligados a reconocerlo y luego a despreciarlo. Podía transformarse en una serpiente o una tortuga en su limitada provisión de agua, o aparecer a Antonio el Grande en forma de una mujer hermosa, y a Doroteo como una joven etíope que había visto en su juventud. El diablo no venía solo. Un montón de demonios vivía en el desierto, en las ruinas, en las cuevas y particularmente en tumbas y templos abandonados. Allí los ermitaños conocerían al enemigo. Cuando los demonios vieron a Antonio por primera vez, expresaron abiertamente su enojo: "¡Fuera de nuestro territorio! ¿Qué haces en este desierto?" Y como Satanás viera que otros empezaban a seguir el mismo tipo de vida, se quejaba con tristeza: "Ya no me queda ningún lugar... Los cristianos están en todas partes, y hasta el desierto está lleno de monjes". Los demonios formaban un verdadero ejército, con un comando central y una estrategia bien desarrollada. A veces atacaban en masa, otras veces preferían el combate individual. A menudo revelaban un sentido del humor, tratando de causar la risa a los serios monjes. Podían gritar, aullar, provocar terrores nocturnos o ser crueles y brutales. Eran siempre inteligentes y pacientes. Sus máscaras y disfraces eran muchos: leones, osos, leopardos, dragones, burros, toros, serpientes, escorpiones y otras formas absolutamente fantásticas. Podían aparecerse como etíopes malolientes, hombres gigantescos, clérigos herejes y controversistas, ermitaños piadosos y experimentados, e incluso como ángeles y como el mismo Cristo. Sus medios de ataque no solamente eran alucinaciones, visiones y malos pensamientos. A menudo recurrían a ataques físicos, golpeando a los pobres monjes con terribles golpes en un intento de convencerles a abandonar el desierto y su "angélica" forma de vida.

Monaquismo y vida angélica

Los antiguos monjes sabían que estaban luchando contra el diablo, no solo en defensa de sus propias almas, sino también como partícipes en la gran guerra cósmica por el reino de Dios, y se veían a sí mismos estar a la vanguardia de la Iglesia. Como lo describió Evagrio Póntico, toda la creación racional se divide en tres grupos, que están en guerra: "uno lucha (la

humanidad), el segundo viene en ayuda de los combatientes (los ángeles); el tercero lucha contra los combatientes (los diablos) “. Y, haciéndose eco del conocido tema bíblico que recibe su mejor expresión en el Apocalipsis de Juan, agrega que “el aire está lleno de santos ángeles que luchan por nosotros”. Una vez, estando el abad Moisés afligido por una grave tentación, el abad Isidoro le reveló los dos ejércitos beligerantes: los demonios en Occidente, los ángeles en Oriente.

Los ángeles son modelos y ayudantes de los monjes en su guerra contra los poderes de las tinieblas. Son los amigos y servidores del pueblo de Dios. Son sus guías, consoladores y defensores. Están presentes en el momento en que los monjes hacen su solemne promesa a Dios y aceptan sus sagrados hábitos. San Ambrosio afirma que las vírgenes consagradas están acompañadas por “una escolta especial”, los ángeles: “Nada hay de extraño que los ángeles luchen a favor vuestro, cuando vosotras, con vuestra forma de vida, peleáis como ángeles. Aquellos que han merecido vivir la vida angélica ¿no merecen ser protegidos por los ángeles”?

La vida monástica era considerada ser una “forma de vida celestial” (*ouránion politeía*) y una “vida angélica” (*bíos angelikós*). Los primeros monjes estaban convencidos de que los ángeles habían desempeñado un papel importante en la fundación del monaquismo. Fue un ángel quien enseñó a Antonio el Grande dividir el tiempo de los monjes entre oración y trabajo, para hacer mofa del demonio de la acedia. Fue un ángel quien dictó la primera regla monástica a Pacomio. Los ángeles pagaban visitas a los monjes y los observaban mientras dormían. Algunos monjes, como Onofre, solían recibir periódicamente la comunión de manos de un ángel. Los ángeles consolaban a los monjes en sus últimos momentos, les invitaban a ascender al cielo y llevaban sus almas hasta el Paraíso.

En realidad, lo que un monje se esfuerza por vivir es la vida paradisíaca en la tierra. La familiaridad con los ángeles lo convierte en un verdadero ciudadano del cielo. Y la futura Jerusalén celestial ya es una realidad presente en el monasterio. Según Bernardo de Clairveaux, quien transmitió antiguas tradiciones que había recibido, un monje es *monachus et Hierosolymita*, es decir, “monje y ciudadano de Jerusalén”. El monje intenta realizar el antiguo ideal cristiano de la *fuga saeculi,* “la huida del mundo”: “Nada hay más importante en este mundo”, dijo Tertuliano, “que salir de él lo más pronto posible”. “Quien se ha hecho semejante a los ángeles, que abandone a los hombres”, dijo el monje Afraates. Esta es la razón de expresiones tales como

"el paraíso de la soledad" y "el paraíso de la celda", con referencia a la vida monástica. "Quienes reciben visitas de hombres", dijo el monje egipcio Shenute, "no puede recibir visitas de ángeles". El papa Gregorio I escribió de San Benito, patriarca del monaquismo occidental, que "su cara era pacífica, estaba adornado con costumbres angélicas, y tan grande era el brillo que irradiaba, que aún permaneciendo en la tierra, ya vivía en el cielo".

Por otro lado, la vida monástica parece ser un retorno al Paraíso terrenal. El monje se esfuerza por alcanzar la santidad original y la fruición de los dones que la acompañaban. Algunos antiguos ermitaños practicaron la inocente desnudez. Un número de ellos tenían absoluto poder sobre la naturaleza, al igual que Adán la tuvo sobre los animales antes de su caída. Se dice de muchos de los antiguos monjes que, animales como leones, lobos, serpientes y basiliscos no solo les eran inocuos sino que les servían humildemente.

EL MONAQUISMO ORIENTAL

Egipto: Pablo, Antonio y Pacomio, ermitaños y cenobitas

Aunque por mucho tiempo ha sido impugnado, ahora parece que la *Vita Pauli* de Jerónimo (la biografía de Pablo, el primer ermitaño), es un trabajo original, y como tal es una fuente fiable acerca de la vida del primero de los ermitaños *(heremitaí*, de *héremos*, "desierto" en griego), como Pablo de Tebas ha sido llamado tradicionalmente. Se retiró al desierto no antes de mediados del siglo III, y hacia el final de su vida conoció a San Antonio, que había hecho un audaz viaje por el desierto que rodea a Tebas para conocerlo.

Antonio nació en el Egipto central hacia el 250. Cuando tenía veinte años, habiendo oído las palabras de Jesús en la lectura pública del Evangelio: "Si quieres ser perfecto, ve, vende lo que posees y dáselo a los pobres..." (véase arriba), las recibió como una llamada personal y actuó en consecuencia. Se fue a vivir entre los ascetas que habitaban en su entorno nativo. Después de pasar quince años de esta manera, entró en completa soledad, estableciendo su morada en una fortaleza abandonada en un lugar llamado Pispir, en la orilla oriental del Nilo frente a Fayyum, ahora llamado Deir el-Memūn (c. 285). En este retiro pasó veinte años en estricto aislamiento, totalmente entregado a la oración y a los ejercicios religiosos. Un número de aquellos que deseaban llevar una vida ascética se congregaron a su alrededor. Por fin, doblegándose a sus ruegos para convertirse en su guía y maestro, salió de su aislamiento para convertirse en el inaugurador y primer organizador del

monaquismo cristiano (c. 305).

La forma de vida monástica que se inspiró en la de Antonio prevaleció en el sur y el norte de Egipto. Los monjes vivían en soledad, o en grupos de dos o tres. A veces se formaban grandes comunidades, pero incluso entonces la vida era semieremítica, es decir, aunque los monjes no viviesen en separación absoluta de uno a otro, no formaban verdaderas comunidades en un monasterio cerrado. Este movimiento alcanzó su desarrollo más grande y más característico en el desierto de Nitria (Wadi Natrūn) y Escete. Entre quienes empezaron su vida monástica en Nitria estaban Amún y Macario de Egipto. A pocos kilómetros de Nitria había el desierto llamado Celia ("Kellia"), llamado así por su gran número de celdas de ermitaños. La distancia entre las celdas no permitía ni verse ni oírse; solo los sábados y el domingos los monjes se reunían para los servicios religiosos. Excepto en estos días, nadie visitaba a nadie, a no ser por causa de enfermedad o de alguna necesidad espiritual. Paladio (c. 390) dice que en su tiempo vivían en Celia 600 monjes. Más lejos de Celia, y en "soledad absoluta", estaba el asentamiento monástico de Escete.

En Nitria, quinientos monjes habitaban juntos, cada uno siguiendo una forma diferente de vida según su capacidad y deseo. Uno podía vivir solo, o con otro, o con varios. Paladio describió su vida allí:

> *En la montaña, hay siete panaderías y una gran iglesia junto a la cual se levantan tres palmeras, de cada una de las cuales cuelga un látigo; uno es para los monjes que se portan mal, otro para los ladrones y otro para los que están de paso: así que, cualquiera que ofenda y es juzgado merecedor de golpes, tendrá que abrazar la palmera y recibir en la espalda el número de golpes que se le habrá fijado. Cerca de la iglesia está la hospedería, y cualquier huésped que viene es recibido hasta que se va de su propio acuerdo, incluso si se queda dos o tres años. Para la primera semana le permiten permanecer en la ociosidad, pero después le obligan a trabajar, ya sea en el jardín, en el horno o en la cocina. O si es un hombre de posición le dan un libro para leer, pero no le permiten relacionarse con nadie hasta el mediodía. En esta montaña viven médicos y pasteleros; usan vino y se vende vino. Todos ellos hacen lino con sus propias manos, de tal modo que no tienen ningunas necesidades. Y hacia las tres de la tarde uno puede oír cómo surge la salmodia de cada habitación e imaginarse que ha sido arrebatado al*

Paraíso. Pero solo se reúnen en la iglesia el sábado y el domingo.

En el sur de Egipto, el monaquismo pacomiano difiere de esta vida semieremítica del norte, especialmente en el sentido de que está firmemente fundamentado sobre el sistema cenobítico. Pacomio, nacido cerca de 290 de una familia pagana, se convirtió al cristianismo a la edad de veinte años. Adoptó la vida eremítica bajo Palemón, un ermitaño que vivía junto al Nilo en la diócesis de Tentyra (Dendera). Paladio describe cómo fue que recibió su regla:

> *Mientras estaba sentado en su cueva, un ángel se le apareció, diciéndole:* "*Acertadamente has arreglado tu propia vida; innecesariamente, por lo tanto, te sientas en la cueva; sal, reúne a todos los jóvenes monjes, mora con ellos y legisla para ellos según el ejemplar que te daré*"*. Y le dio una tableta en la que estaba grabada la Regla.*

La *Regla de Pacomio* es la primera conocida como habiendo sido escrita para los monjes. Fundó su primer monasterio en Tabennisi cerca de Dendera (c. 315-320), y en el momento de su muerte en 346 su congregación contaba nueve monasterios de hombres y de mujeres, todos situados entre Panópolis (Akhmim) al norte y Laópolis (Esna) al sur, habitados por un total de unos 3000 monjes. Después de su muerte, otros monasterios fueron fundados, uno en Canopos, cerca de Alejandría y varios en Etiopía; así que, al final del siglo, Paladio habla de 7000 monjes pacomianos. La estimación de 50.000 de Jerónimo puede ser ciertamente rechazada. En la descripción de Paladio de un monasterio pacomiano que visitó en Panópolis, "tenemos una vida cenobítica plenamente constituida y de hecho altamente organizada", escribe el Abad Butler, famoso historiador del monaquismo. El día se divide entre:

> "unas horas fijas de servicios en la iglesia, lectura de la Biblia y trabajos realizados seriamente, como un factor integral de la vida... Aquí radica una de las diferencias más significativas entre el monaquismo pacomiano y el antoniano... La descripción que hace Paladio del monasterio pacomiano es la de una colonia agrícola laboriosa, bien organizada, autosuficiente, en la cual los ejercicios religiosos diarios solo se alternan, sin impedirlo, con el trabajo diario, que era un elemento tan grande de la vida... La forma antoniana del monaquismo es la que dominó en oriente en todas los períodos... Un tipo de monaquismo más

parecido al pacomiano, en que el trabajo de uno u otro tipo, llevado a cabo por su propio bien, constituye una parte esencial de la vida, no fue el menor de los aportes introducidos por San Benito al monaquismo occidental, con las modificaciones exigidas por las diferencias de clima y el carácter nacional" (Butler 1957: 524 ss.).

Palestina, Siria y Mesopotamia

Temprano en el siglo IV, la vida monástica fue introducida desde Egipto a Palestina por Hilarión. Éste había sido discípulo de Antonio, y la vida cerca de su pueblo llamado Táuata, al sur de Gaza, fue puramente eremítica. De ello resultó que esta forma de monaquismo se convirtiese en la norma en Siria y Palestina. Comúnmente, la vida cenobítica era solo la primera etapa en la carrera de un monje; la meta final era convertirse en ermitaño. Este ideal fue todavía destacado por Benito, el fundador del monaquismo occidental, a mediados del siglo VI. El mismo pensamiento se manifiesta en la obra llamada *Admoniciones a los monjes*, escrita por el monje sirio Rábulas hacia 425, que establecen que uno no puede convertirse en ermitaño hasta que haya sido probado en un monasterio durante un largo período. Pero hay restos de monasterios cenobíticos en Palestina desde el siglo IV, especialmente los establecidos bajo influencia occidental, tales como los fundados por Jerónimo en Belén, y Rufino y Melania en el Monte de los Olivos (Fig. 24).

Jerónimo, un famosísimo monje y escritor, nació en Estridón (Dalmacia) c. 327. Fue bautizado al final de sus estudios filosóficos en Roma. En sus numerosos viajes a través de Oriente y Occidente conoció a diferentes personas dedicadas a una vida ascética, y finalmente comenzó una larga estadía eremítica en el desierto de Calcis, cerca de Antioquía, donde estudió hebreo y griego. De vuelta a Roma, un grupo de damas cristianas deseosas de vivir una forma de vida monástica en medio de los asuntos del mundo le invitaron a darles lecciones diarias de Biblia. Solían reunirse en la casa de Marcela, en el Monte Aventino. Más adelante, todo el grupo decidió instalarse en Palestina, en Belén, cerca de la gruta de la Natividad. Tres años después, se levantaron allí dos monasterios, uno para hombres, bajo la guía de Jerónimo, y otro para mujeres, bajo la de Paula. Cerca de Jerusalén, en el Monte de los olivos, dos establecimientos monásticos similares fueron dirigidos por Rufino y Melania.

En Siria y Mesopotamia hubo a principios del siglo IV lo que parece haber sido un crecimiento autóctono de ascetismo, análogo a la ascesis premonástica encontrada en Egipto y en otros lugares. Eran conocidos como

los "Hijos de la Alianza". Oímos hablar mucho de ellos por Afraates, el famoso escritor sirio (c. 330); y un siglo más tarde, Rábulas, monje y luego obispo de Edesa, escribió un código de normas para los sacerdotes y los "Hijos de la Alianza". El hecho de que también escribiera una regla para monjes indica que los "Hijos de la Alianza" no se desarrollaron según un sistema monástico, sino que las dos instituciones existieron simultáneamente a mediados del siglo V.

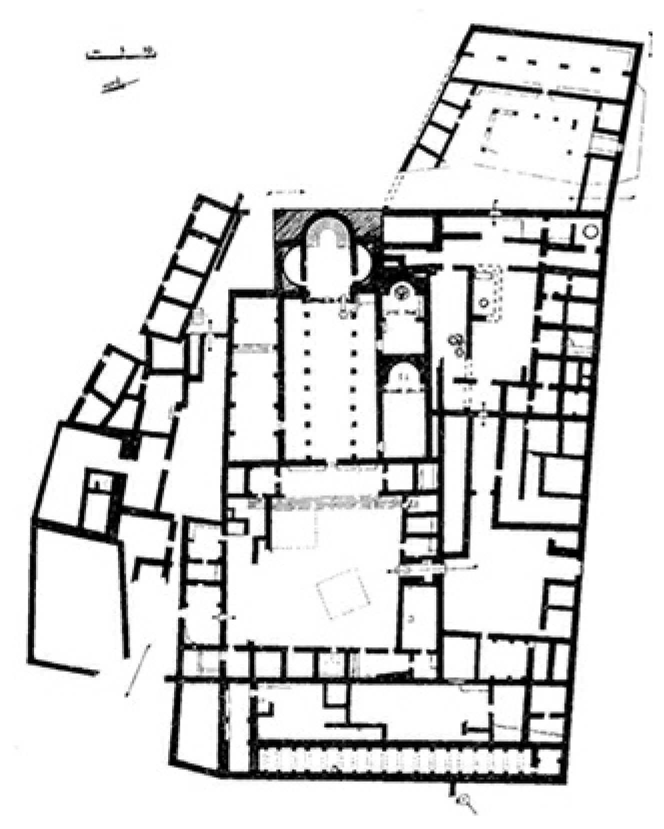


Fig. 24 Plano del monasterio bizantino construido en memoria de Moisés en el Monte Nebó, de los siglos V y VI (Piccirillo, s.a.: 57).

Otras indicaciones de los primeros años de vida monástica en Siria pueden encontrarse en la *Historia Religiosa* de Teodoreto, donde se cuentan las historias de un número de monjes de finales del siglo IV y comienzos del V. La mayoría de ellos eran ermitaños. Incluso cuando se les reunían discípulos a su alrededor, su vida seguía siendo fuertemente individualizada y eremítica. La misma tendencia se encuentra más tarde entre los nestorianos y los monofisitas.

Uno de los reglamentos monásticos de Rábulas indica que algunos de los monjes habían sido ordenados sacerdotes y diáconos, y que servían en las

iglesias de los pueblos. Esto era una práctica inusitada en Oriente, aunque esporádicamente escuchamos de sacerdotes que vivían en comunidad y tomaban sus comidas junto con el obispo local (como ocurría en la ciudad llamada Rinocolura, la moderna El Arish, en el norte del Sinaí), lo que probablemente significa que eran todos monjes.

En contraste con el monaquismo egipcio, austeridades de carácter muy artificial se convirtieron en norma entre los monjes sirios. Sabemos de monjes que pasaban años sobre una columna o que cargaban con grandes piedras o pesos de hierro sobre a sus espaldas. Una buena descripción de las líneas de conducta del monacato sirio esablecido después del siglo VI nos la ofrece la obra de Tomás de Marga *Libro de los Gobernadores*, que es una historia del monasterio nestoriano de Beth Abhe, en Mesopotamia.

En cuanto a la extensión y la topografía de los monasterios palestinos durante la época bizantina, la fuente más importante seguirá siendo siempre las *Vidas de los Padres del Desierto* escrito por Cirilo de Escitópolis (Beth Sheán). Nacido en 514, Cirilo entró en la vida monástica en 543. Con sus biografías de los santos Eutimio, Sabas, Juan el Hesycasta, Ciríaco, Teodosio, Teognis y Abraamios, expone un conocimiento preciso de sus vidas y nos da una descripción detallada de la vida ascética en Judea. Datos históricos y detalles para el estudio del monacato bizantino nos los ha proporcionado Siméon Vaillée en su *Répertoire* (Vaillée 1899: 512-42; 1900: 19-48 y 272-92). Su lista de monasterios y *lauras* (véase más adelante) sube a 137. Estudios más recientes de estos monasterios, tanto de *lauras* como de *cenobios* han sido publicados por los arqueólogos israelíes (véase Hirshfeld 1987; Tsafrir 1993; Figueras 1995; y el siguiente capítulo).

Entre los más famosos de los monasterios todavía sobrevivientes es el de Mar Saba, fundada por San Sabas c. 483 en el torrente Cedrón (Fig. 25) y el de Mar Dosios, cerca de Belén, fundado por San Teodosio c. 476. En sus días de gloria, este monasterio incluyó cuatro iglesias, para el uso de cuatro grupos diferentes, a saber, griegos, eslavos, armenios y monjes arrepentidos. Cada grupo celebraba por separado las oraciones diarias, pero todos se reunían en la iglesia griega para la celebración de la Eucaristía. Además de talleres y edificios conventuales, el monasterio dirigía varias hospederías para pobres y peregrinos y cuatro enfermerías para el cuidado de monjes y de forasteros.

El tipo de vida monástica llevado a cabo en los monasterios bizantinos de Palestina y en otros lugares en Siria no se basaba en el patrón egipcio. Hubo

un nuevo tipo de vida monástica que fue introducido por el verdadero padre del monaquismo griego, San Basilio. En realidad, en el siglo V la Tierra Santa se convirtió en el centro del monaquismo griego, y surgieron monasterios de dos clases: eran los *cenobios*, o monasterios conventuales, donde la vida se desarrollaba según las líneas establecidas por Basilio (véase el párrafo siguiente); y estaban también las *lauras*, en donde se llevaba una vida semieremítica; los monjes vivían por separado en las chozas o cuevas dentro del recinto (Fig. 26).



Fig. 25 El monasterio de Mar Saba en el valle Cedrón, desierto de Judea, siglo VI.

El centro de este complejo era la celda del monje nombrado como superior espiritual de la comunidad. Los monjes se reunían allí cada fin de semana para celebrar la Cena del Señor, escuchar el sermón del superior, asistir a la comida comunitaria, entregar el trabajo manual llevado a cabo durante la semana y obtener el material necesario para un nuevo trabajo. Sabas, de Capadocia (en Asia Menor), fue el gran organizador de esta forma de vida, siendo el fundador de no menos de siete lauras en Palestina y el autor de un *Typicon* (“código de reglas”) para su orientación. Sabas fue nombrado superior de todas los *lauras* de Palestina. Bajo la presión de la controversia origenista y más tarde debido a la invasión árabe, el monacato palestino se desprestigió, y el centro de gravedad del monaquismo griego pasó en el siglo

VII a Constantinopla.

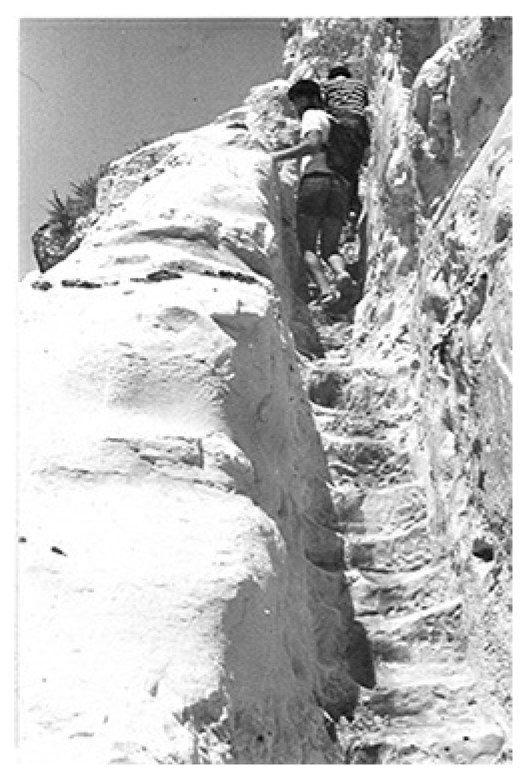


Fig. 26 Escaleras bizatinas que conducen a las celdas de la *laura* de Ein Avdat.

Entre Palestina y Egipto, el Monte Sinaí ofrecía las condiciones más adecuadas para el desarrollo del monaquismo. Cuando la peregrina Egeria lo visitó, c. 385, solo ermitaños poblaban el lugar:

> *Vivían dispersos en las montañas y los valles alrededor del arbusto desde el que Dios había hablado a Moisés. Solo tenían por encima del arbusto una gran torre, que aún existe, y dentro había un templo a Santa María.*

Una transformación del lugar se produjo bajo el emperador Justiniano, quien construyó el actual monasterio en 527. (Esta fecha aparece en una inscripción árabe en la pared, cerca de la entrada).

Grecia y Asia Menor

El monaquismo parece haber hecho su entrada en los países de habla griega desde el Oriente. Primero aparece en la provincia romana de Armenia en relación con Eustacio de Sebaste, c. 330-340. Los monasterios no fueron establecidos en Constantinopla antes de finales del siglo IV. El monaquismo

de Eustacio era altamente ascético, con una fuerte tendencia al maniqueísmo, que fue condenado en el Concilio de Gangra, c. 375. Semejante en carácter, pero llevando aquella tendencia incluso a mayores extremos, eran los mesalianos o euquitas en Paflagonia (en el norte de Asia Menor).

Basilio comenzó su carrera en la Iglesia cuando, después de pasar un año visitando los monjes de Egipto y Siria, se retiró a un lugar solitario cerca de Neocesarea en Ponto (Asia Menor) c. 360. Allí empezó a llevar una vida monástica con sus discípulos, que rápidamente se reunieron a su alrededor. Su concepción de la vida monástica se salía en muchos aspectos de sus manifestaciones anteriores y así continuó hasta el presente en las tradiciones monásticas griegas y eslavas. Escribió dos reglas para los monjes (más larga y más corta). La estructura de la vida monástica en ellas es totalmente cenobítica. Él ordenó que sus monjes compartieran siempre un techo común, una mesa común y un rezo común. En realidad, cuestionó la consagrada superioridad teórica de la vida eremítica sobre la cenobítica. Típico de su sistema es la regla de que los monjes deben esforzarse en hacer el bien a sus semejantes. Para esta finalidad, se establecieron orfanatos, separados del monasterio pero en su inmediata cercanía y bajo el cuidado de los monjes, y parece que recibía en ellos a niños y niñas. Los muchachos también eran aceptados en el monasterio para ser educados, y esto no solo con el objetivo de convertirlos en monjes. Basilio desalentó el ascetismo excesivo; enunció el principio de que el trabajo es de mayor valor que las austeridades, y sacó la conclusión de que el ayuno no se debe practicar hasta el punto de ser perjudicial para el trabajo. Todo esto representa un nuevo campo de ideas.

Trabajar en los monasterios basilianos consistía principalmente en las labores agrícolas. Gregorio de Nacianzo, hermano de Basilio, tiene referencias al arar y al drenaje. Las regulaciones de Basilio insistían en las virtudes monásticas de obediencia al superior, de pobreza personal, de abnegación, de cultivo de la vida espiritual y de devoción personal. Aunque no había votos, se consideraba que los monjes Basilianos tenían la estricta obligación de perseverar en la vida monástica y vivir en su propio monasterio.

Esta forma de vida monástica fue la que se propagó en las provincias romanas de Asia Menor, Palestina y Armenia. Bajo la influencia del concilio de Calcedonia (que aprobó varios cánones que regulaban la vida monástica) y del derecho civil, fue gradualmente siendo reconocida en toda la parte griega del Imperio como la forma oficial de la vida monástica. Pero la tendencia

oriental a la extrema austeridad y a la vida eremítica siempre ha logrado expresarse, y hasta el día de hoy hay ermitaños en varios centros monásticos de la iglesia ortodoxa, como el Monte Atos en Grecia.

Tras el traspaso de su centro de Palestina a Constantinopla en el siglo VII debido a las invasiones persa y musulmana, el monaquismo griego fue reorganizado por Teodoro, abad del monasterio de Studios (Constantinopla), en los primeros años del siglo IX. En los siglos XI y XII, el centro de gravedad fue nuevamente desplazado, esta vez al Monte Atos, donde desde entonces se ha mantenido.

Espiritualidad monástica oriental: el *Hesycasmo*

El monaquismo antiguo continuaba en el contexto de la Iglesia, el ministerio ejercido anteriormente por los profetas en la vida religiosa de Israel en el Antiguo Testamento. En contradicción con las afirmaciones teocráticas del Imperio Bizantino cristiano, los monjes afirmaron que el reino de Dios no es una entidad sociológica o política, sino la misma presencia de Dios, que debe ser vivida en la tranquilidad (*hesyjía* en griego) del corazón.

La esencia de la oración del monje es una simple “ascensión de la mente hacia Dios”. Esta declaración fue hecha por el monje Evagrio Póntico (murió en 399), quien en sus famosos *Capítulos* dio a las generaciones posteriores un método de vida espiritual y un vocabulario místico que refleja la esencia de la espiritualidad monástica. En la oración, la mente debe estar como desencarnada de la naturaleza, para entregarse a su “actividad propia”. Esta expresión refleja el pensamiento neoplatónico que era típico de su tiempo. Sus escritos sufrieron condena póstuma por la Iglesia.

San Macario, quien fue maestro de Evagrio en Escete, fue uno de los primeros en promover la oración “monológica”, es decir, la oración centrada en la constante repetición de una corta invocación de la que el elemento esencial es el nombre de Dios: “Señor”. En las *Homilías Espirituales*, erróneamente atribuidas a Macario, pero que datan del siglo V, la oración ya no es la oración intelectual de Evagrio, sino la “plegaria del corazón”, es decir, una oración personal expresamente dirigida a Jesús. Con Diadoco de Fótica (siglo V), podemos apreciar un esfuerzo por integrar el *hesycasmo*, aquel movimiento espiritual hacia una oración personal, íntima, con la historia bíblica (ver sus *Capítulos de Perfección Espiritual*). Desde el siglo VI, el monasterio de Justiniano en el Monte Sinaí se convirtió en el principal centro para la difusión del *hesycasmo*. San Juan Clímaco, el *hegoúmenos* (“superior”) del monasterio (c. 580-650), escribió la famosa *Escalera del*

Paraíso, en la que la invocación del nombre de Jesús ocupa el centro de un sistema detallado de espiritualidad monástica. Subraya expresamente el vínculo entre *hesycasmo* y monaquismo:

> *El hesycasta es aquel cuya aspiración consiste en circunscribir lo que carece de cuerpo en una vivienda de carne... El monje solitario necesita una gran lucidez mental y un espíritu libre de agitación; el cenobita a menudo tiene la ayuda de un hermano, el solitario la de un ángel... La tranquilidad (hesyjía) es adoración y servicio ininterrumpido de Dios. Que la memoria de Jesús sea una cosa con tu aliento; entonces comprenderás la utilidad de la tranquilidad* (*Escalera*, paso 27) (Fig. 27).



Fig. 27 Jesús y el santo monje Menas, icono copto del siglo VI (Musée du Louvre, París. Foto: Hervé Lewandoski).

En Constantinopla encontramos la extraordinaria figura de Simeón el Nuevo Teólogo (917-1022), monje de Studios y abad de San Mamas. Su espiritualidad tiene dos características principales: la afirmación de la primacía de la experiencia espiritual y el realismo profundo de una mística cristocéntrica. La esencia de la experiencia cristiana, que es comunión con Quien es incomunicable y conocimiento de Aquel que no puede ser conocido, se hizo posible por la encarnación del Verbo, que saca la creatura del pecado

y le otorga su vida divina. La vida de Simeón, que estaba llena de problemas con las autoridades eclesiásticas, es una ilustración del conflicto perpetuo entre el profeta y el sacerdote, entre el carisma y la institución.

El *hesycasmo* experimentó un renacimiento en los siglos XIV y XV. Nicéforo el Hesycasta (murió 1280), un ermitaño italiano-griego del Monte Atos, advierte a los que lean los *Filocalia* que la repetición silenciosa de la corta plegaria: “Señor, Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de mí”, es la mejor práctica “para abrir la entrada al corazón”. Con el patriarca Atanasio I y el metropólita Teoleptes, el misticismo cristológico de la “oración de Jesús” recibió amplio reconocimiento eclesiástico en el siglo XIV. Gregorio el Sinaíta, que nació en Asia Menor y vivió como monje en el Monte Sinaí, aprendió la “vigilancia del espíritu” y la “oración pura” del monje Arsenio en Creta. En Atos lo enseñó a sus numerosos discípulos, hasta que fue obligado a huir a las montañas de Tracia. Desde allí, el *hesycasmo* penetró más tarde en Rusia, donde desató el famoso movimiento de los *startsi* en el siglo XV.

La teología del *hesycasmo* encontró su expresión en las obras de San Gregorio Pálamas (1296-1359), monje de Atos y obispo de Tesalónica, que compuso una defensa del *hesycasmo* (*Tríadas para la defensa de los santos hesycastas*) contra los ataques doctrinales de Barlaam de Calabria. Los ataques de Barlaam fueron abordados desde el punto de vista filosófico del agnosticismo nominalista, acusando a los *hesycastas* de tratar de “ver la esencia divina con los ojos corporales”. A esta afirmación, Pálamas opone una doctrina realista del conocimiento sobrenatural, independiente de toda experiencia de los sentidos, pero concedido en Cristo al hombre como persona completa - cuerpo y alma - que puede acceder desde aquí abajo a las primicias de la unidad final con Dios y la visión beatífica, no por su propio poder, sino por la gracia del Espíritu Santo. También justifica el método sicofísico de la oración, oponiendo a la espiritualidad platónica de la antropología de Barlaam la concepción bíblica del hombre, según la cual el cuerpo también recibe la gracia de los sacramentos y la gracia de la resurrección en el último día.

EL MONAQUISMO OCCIDENTAL

Italia: monasterios prebenedictinos y benedictinos

La vida ascética fue ya practicada en Occidente, en particular en Cartago y Roma, antes de la introducción del monaquismo propiamente dicho. Una tradición atribuye el conocimiento de la vida monástica en Europa occidental

a la influencia de Atanasio. En el año 339 llegó éste a Roma acompañado por dos monjes egipcios, y así se difundió en la urbe y en toda aquella región el conocimiento de la forma de vida que se practicaba en Egipto. En el último cuarto del siglo IV, había numerosos monasterios de hombres y mujeres en Roma. Dichas instituciones se extendieron rápidamente en Italia central y meridional, y las islas del Mediterráneo fueron pobladas por ermitaños. También en el norte de Italia existían ya monasterios a finales del siglo IV en las principales ciudades: Aquileia, donde Rufino y Jerónimo se ejercitaron en la vida monástica; Milán, donde Ambrosio tuvo un gran monasterio de hombres; Ravenna, Pavía y muchos otras ciudades. Eusebio de Vercelli (muerto en 371) combinó la costumbre monástica con la vida clerical, requiriendo de los clérigos de su catedral vivir juntos en comunidad a la manera monástica. Este ejemplo fue seguido por otros obispos de la época, como Paulino de Nola, Agustín de Hipona, Víctor de Rouen y Melas de Rinocolura (El Arish) en el norte del Sinaí.

La presencia de Jerónimo en Roma en 382-385 suscitó una profunda reacción contra la vida monástica entre ciertos cristianos relajados. Pero el ideal monástico apareció entonces en toda su belleza y su promesa, y Jerónimo desempeñó el papel de padre espiritual a la nobleza atraída por esta extraña forma de vida.

Ya antes del tiempo del papa Gregorio Magno (siglo VI) había en Roma muchos monasterios de hombres y mujeres, y cada uno de los santuarios cristianos principales tenía uno, dos o incluso más monasterios de ambos sexos. Los papas tuvieron que establecer disposiciones para garantizar que el paso frecuente de la vida monástica a la ordenación sacerdotal se hiciera sin ningún perjuicio de las órdenes sagradas debido a la falta de preparación teológica o jurídica. También se emitieron severas disposiciones contra la plaga de la *giróvagos*, que eran falsos monjes errantes que traían descrédito a la institución monástica. Numerosos como eran los monasterios anteriores a San Benito, no seguían una regla común. Podían hacer uso de una versión latina de la vida de Antonio el grande, la regla de Pacomio traducida por Jerónimo, las *Collationes* e *Institutiones* de los monjes egipcios que fueron escritos por Juan Casiano de Marsella, las legislaciones de Basilio para monjes traducidas al latín por Rufino, los *Apophtegmata Patrum* ("Dichos de los Padres del Desierto") y sus vidas (*Vitae Patrum*), la regla de Macario o cualquiera de otras reglas que habían sido traducidas.

Al final del siglo V o al principio del siglo VI, apareció en Italia la

anónima *Regula Magistri* ("Regla del Maestro"). Pero incluso entonces cada monasterio tenía su propio reglamento. De hecho, sin embargo, la idea del monaquismo antoniano prevaleció en los monasterios italianos, como podemos ver desde el primer paso de San Benito en su carrera monástica, como lo contó su biógrafo, San Gregorio Magno. Como por instinto, Benito se retiró al desierto, a vivir solo, y sin embargo se convirtió en el padre de una organización de monjes cenobíticos que iba a revolucionar Europa entera. En aquellos mismos años, Casiodoro, un noble romano, fundó el monasterio de Vivarium en el sur de Italia, cuyos monjes iniciaron la clase de trabajo adoptada luego por los monjes benedictinos, es decir, preservar para la posteridad el legado de la literatura clásica y eclesiástica, copiando y preservando manuscritos antiguos.

San Benito, el gran legislador del monaquismo occidental, nació en Nursia en 480. A una edad temprana, cuando aún era estudiante en Roma, huyó a las montañas áridas de Subiaco y vivió allí como ermitaño en una gruta durante tres años. Después procedió a fundar allí no uno, sino doce monasterios para los discípulos que lo rodeaban. Su biografía, tal como se relata en los *Diálogos* de San Gregorio Magno, está llena de maravillas y milagros. Estos subrayan sus virtudes como monje y padre espiritual, así como su poder contra el diablo. Gregorio, que era también monje antes de llegar a ser papa, fue testigo de la autenticidad de la regla de Benito para los monjes (*Regula Monachorum*). Según él, Benito la escribió al final de su vida. Era un fruto maduro de su larga experiencia como abad o padre superior. Sin duda, la fundación tardía de su monasterio más famoso, el de Montecassino, le dio ocasión para poner en práctica su ideal monástico al máximo.

Una vez admitidos en la comunidad, después de un año de prueba, los seguidores de Benito tenían que hacer la solemne promesa a Dios, que incluía los tres votos: obediencia al abad, considerado el representante de Cristo; estabilidad en la comunidad que habían escogido como su nueva familia; y *conversatio morum*, es decir, la manera monástica de la vida, que implicaba la castidad, el compartir sus bienes en común, etc. El monasterio era una "escuela para el servicio de Dios", y los monjes ejercían su espiritual *militia* (servicio militar) dentro de los muros del monasterio, solos. Allí estaban obligados a encontrar lo que fuera necesario para su sustento material y espiritual. El trabajo manual se alternaba con la recitación comunitaria del Oficio Divino, el *opus Dei*, es decir, un orden estrictamente determinado de

plegaria comunitaria que santificaba el día entero del monje, comenzando con las oraciones nocturnas a medianoche.

La regla benedictina fue adoptada rápidamente por muchos monasterios existentes y se convirtió, dos siglos después, en la única regla monástica occidental en Europa. Su éxito no fue solo debido a la profundidad de su espiritualidad, sino también a la lucidez de su sentido jurídico, típicamente romano. Otro factor que contribuyó a su expansión fue el hecho de que el papa Gregorio Magno se sirvió de los monjes benedictinos para evangelizar Inglaterra (597). Desde allí se dispersaron por todo el centro y el norte de Europa.

África del Norte

Ya se ha hecho mención del ascetismo femenino en África Proconsular, atestiguado como fue por los escritos de Tertuliano y Cipriano. El monaquismo femenino propiamente dicho no se estableció allí hasta finales del siglo IV. Pero en África, como en otras regiones, tales como Egipto, Capadocia y Ponto, así como entre algunos grupos de antiguos judeocristianos, había entre los monjes "hermanas-vírgenes". Esta práctica nunca fue alentada por la Iglesia y pronto fue condenada abiertamente.

Muy pocos casos de ermitaños son conocidos en África antes del desarrollo de una forma organizada y regulada del monaquismo. Este último solo apareció con Agustín, el futuro obispo de Hipona, quien, no siendo todavía sacerdote, fundó el primer monasterio para hombres en Tagaste. Después de vender sus bienes, transformó su propia casa en un auténtico cenobio y allí vivía con sus amigos y discípulos. Ordenado sacerdote en 391, compaginó la vida monástica con la clerical. Durante sus largos años como obispo, continuó viviendo como un monje entre sus clérigos. En su diócesis, nadie era admitido al estado clerical que no tuviese la intención de aceptar simultáneamente la vida monástica. Cinco monasterios fueron erigidos en la ciudad de Hipona, y pronto otros monasterios fueron fundados en la región. Muchos de estos monjes fueron designados como obispos de las diócesis de África.

Dos reglas monásticas son tradicionalmente atribuidas a San Agustín, aunque nunca se ha comprobado su autenticidad. Sin embargo, la *Ep. 211,* escrita para las monjas de Hipona, y su *De opere monachorum* ("Sobre la labor de los monjes"), fueron muy importantes e influyeron en los círculos monásticos a lo largo de los siglos siguientes. Sus fundaciones monásticas sobrevivieron a las disputas sobre la herejía, a la oposición de católicos

seudo-tradicionales e incluso a la invasión vándala del norte de África. A continuación, el monaquismo experimentó una renovación durante los siglos V y VI. Fulgencio de Ruspe fundó un monasterio en Cagliari (Cerdeña) durante su exilio allí. De hecho, el monaquismo agustiniano tuvo una influencia fuerte fuera de África, especialmente en el sur de Italia, España y Galia. Siglos más tarde, desde el siglo XI, la espiritualidad monástica de San Agustín estaba en completo vigor en Europa, donde congregaciones monásticas y órdenes religiosas aceptaron su regla como su constitución básica. Paradójicamente, en su propio país, el monaquismo fue abolido en casi su totalidad por la invasión islámica (696-698). Sin embargo, una inscripción en Kairuán recuerda la presencia de un monasterio tan tarde como el siglo XI.

Galia y España

Galia disfrutaba del mayor desarrollo de una vida monástica prebenedictina en Europa. Probablemente fue Atanasio quien dio a conocer esta forma de vida en Tréveris (Trier). Pero generalmente se considera a San Martín de Tours como el padre del monaquismo francés. Siendo aún catecúmeno, tuvo la idea de vivir como un ermitaño. Primero se retiró a una ermita cerca de Milán, y luego en la isla Galinaria, que estaba habitada por muchos anacoretas. Con la bendición de Hilario, obispo de Poitiers, fundó el primer monasterio para hombres en Galia, en Ligugé, en 361. Los monjes vivían en celdas separadas, como en el sistema de los antonianos, y él era su superior. De hecho, su vocación personal fue más la de padre espiritual que la de organizador de monasterios. Cuando fue nombrado obispo de Tours (c. 371), continuó viviendo como un monje y pronto fundó el monasterio clerical de Marmoutier. Este se convirtió en su refugio espiritual en momentos libres. Entre sus discípulos se encontraban muchos obispos, así como la mayoría de los misioneros que llevaron el evangelio a las regiones de la Galia donde todavía se seguía practicando el paganismo.

Otro foco monástico en la Galia fue el monasterio en la isla de Lérins, fundado por Honorato, quien primero se retiró a vivir allí como ermitaño. La influencia de que disfrutó Lérins fue enorme. De allí surgieron obispos y santos como Hilario, Cesáreo (que luego fue obispo de Arles y escribió dos reglas monásticas, una para monjes y otra para monjas), Lupo, Máximo, Fausto y Euquerio.

También en la Galia meridional, en Marsella, otro monasterio fue un centro de gran importancia. Su nombre era San Víctor, y fue fundado por

Juan Casiano. Nacido en Escitia en 350, Juan fue educado en un monasterio en Belén. Hacia 390, fue a Egipto y vivió como monje en Escete, donde conoció a numerosos monjes, algunos de ellos bastante famosos. Más tarde, grabó sus recuerdos y las enseñanzas espirituales de los monjes egipcios en sus dos obras, *Instituciones de los Monasterios* y *Colaciones de los Padres*. Estos dos libros fueron una fuente importante para el conocimiento del monaquismo egipcio en Europa, y la regla de Benito los recomienda a sus monjes.

En España, el ascetismo individual también había precedido al monaquismo organizado. Sabemos que muchos monasterios ya existían en el siglo IV. Es a uno de ellos, situado en Galicia en el noroeste de España, que perteneció Egeria, la famosa peregrina de Tierra Santa en los años 385-390. Una avalancha de invasores visigodos y suevos cayó sobre estos florecientes monasterios. Pero el fuerte movimiento no pudo ser extinguido. Muchos monjes de África del Norte huyeron de su país a España durante la invasión de los vándalos. Y con la posterior conversión de los visigodos arrianos a la fe católica, hubo una renovación de la vida monástica. A pesar de algunos malentendidos por parte de clérigos diocesanos y de los ataques de Vigilancio y los priscilianistas, el monaquismo floreció bajo el patrocinio de algunos obispos piadosos y eruditos, como Martín de Braga (d. 557), contemporáneo de San Benito.

Irlanda

En 432, San Patricio, el conocido apóstol de Irlanda, comenzó la propagación de la vida monástica en este país junto con su predicación del evangelio. En una de sus cartas, alaba el amor de la virginidad y de la vida monástica de “los hijos de los escoceses y las hijas de los reyes”, que se juntaron a él en su obra misionera. Después de su muerte (461), tanto la vida eremítica como la tendencia a la continencia disminuyeron. Todas las primeras fundaciones monásticas - Lilleany, Movilla, Cloumacnois, Glendalough, Clonfert y Bangor (Belfast) – son posteriores al siglo V.

Un joven monje celta de Bangor, Columbano, llegó a ser una de las figuras más importantes del mundo monástico y el apóstol de muchos países europeos. Uno de sus fundaciones fue Luxeuil, en Francia (590), donde escribió una regla para sus monjes, probablemente la más severa jamás escrita. Por cada infracción se codifica un castigo detallado. Los monjes eran golpeados por las faltas más pequeñas. “La Regla de Columbano es una regla ingenua para una edad ingenua, una regla de hierro para una edad de hierro”

(M. Mourre). Pero esta regla intimidante prestó un extraordinario prestigio a Luxeuil, Aunegray y Fontaines, tres monasterios de Columbano en las Vosges. Muchos otros monasterios adoptaron la disciplina de Columbano, y durante dos siglos fue la regla monástica de las regiones septentrionales y orientales de las Galias, de Picardía a Suiza.

Gregorio Magno y la misión inglesa

Según una leyenda piadosa, registrada por el monje inglés Beda el Venerable y por Pedro Diácono (ambos del siglo IX), cuando Gregorio Magno era todavía un monje de San Andrés en Roma, una vez vio en un mercado romano a tres apuestos jóvenes que iban a ser vendidos como esclavos.

> *–¿De dónde son? -preguntó. –De Gran Bretaña, -respondió el vendedor. –¿Son cristianos o paganos? -Paganos. –Qué lástima, -dijo Gregorio-, que esas caras de luz estén en el poder del príncipe de las tinieblas. –Pero ¿cuál es su raza? –Anglos* (*ingleses,*Lat. *angli*). *–Prefiero llamarlos ángeles* (*angeli*)*, pues deben convertirse en los hermanos de los ángeles en el cielo. Y ¿de qué región han sido traídos? –De Deira* (Northumberland). *–Está bien. Ellos serán arrebatados de la ira* (Lat. *de ira*) (*de Dios*) *y llamados a la misericordia de Cristo. Pero, ¿cuál es el nombre de su rey? –Aela, dijo el comerciante. –Mejor así, -concluyó Gregorio. Este rey tiene un nombre bonito, porque pronto el Aleluya será cantado en su reino.*

El cristianismo primitivo británico había sido destruido casi en su totalidad por las invasiones de sajones, ingleses y juteros. Una vez elevado a la más alta sede de la Iglesia romana, Gregorio envió a Agustín, prior del monasterio de San Andrés, con cuarenta de sus monjes a Inglaterra (596). A pesar de su débil entusiasmo, los misioneros romanos consiguieron convertir al rey de Kent, Etelbert (597), y a miles de sus súbditos. Aparte de su ejemplo personal de vivir como monjes, en pureza y humildad colectiva, fue la colección de directrices del papa Gregorio, llenas de su característica discreción, lo que obtuvo una conversión pacífica de los corazones de aquella gente:

> *Los templos de ídolos no deben ser destruidos; debe ser purificados y consagrados al servicio de Dios, el verdadero... Se dice que los*

hombres, en este pueblo, solían matar toros en sacrificio; esta costumbre debe transformarse en una solemnidad cristiana... (*Ep. 11*).

Agustín, quien había sido consagrado como arzobispo en la Galia (597), tuvo solo un éxito parcial en su misión. De los doce obispados que el papa Gregorio había anticipado, solo fueron erigidos tres: Rochester, Londres y Canterbury, de los cuales el último continúa siendo la sede eclesiástica primada hasta el día de hoy. Cerca de Canterbury, se erigió pronto un imponente edificio, la abadía de los Santos Pedro y Pablo, el primer monasterio benedictino fuera de Italia. La misión de los monjes continuó durante muchos años, hasta que finalmente todo el país acabó por aceptar el bautismo. Durante los siglos VII y VIII, unos treinta reyes y reinas de Inglaterra renunciaron a su trono y se adherieron a un monasterio.

Los monjes frisios y la civilización de Europa central

Muchas veces se había intentado la evangelización de Frisia por misioneros francos, pero no llegó a una conclusión satisfactoria hasta que llegaron a la escena los misioneros anglosajones, tales como el obispo Wilfrid, Egbert, Witbert, y especialmente Willibrord, el sacerdote y monje del monasterio irlandés de Rathmelsigi. Willibrord y sus once hermanos fueron recibidos y asistidos por Pipino de Heristal. Su trabajo fue rápido y generalizado, llegando a regiones tan remotas como Dinamarca. En cada lugar donde su misión tenía éxito se fundaban monasterios. Willibrord murió en 739 y fue enterrado en el monasterio de Epternach, fundado por él en la región de Tréveris. Otro monje irlandés, Wynfrid, fue encargado por el papa Gregorio II a predicar a los paganos dondequiera que los encontrara. También fue él quien cambió su nombre por el de Bonifacio, “el hacedor de obras buenas”. Comenzó su misión en Hesse, donde, después de haber establecido su primer monasterio en Amoeneburg, en las orillas del Ohm, predicó el evangelio con gran éxito y convirtió a varios miles de personas. El papa lo llamó a Roma, lo consagró obispo y le proporcionó recomendaciones e instrucciones detalladas. Cuando regresó a Hesse, destruyó el roble sagrado en Geismar que los paganos creían tan invulnerable como un dios. Con su madera construyó una capilla en honor de San Pedro, y pronto se erigió el monasterio de Fritzlar en aquel lugar. Luego partió para Turingia y trabajó allí durante diez años. La conversión de los paganos allí concurrió también con la fundación del monasterio de Ohrdruf, cerca de Gotha. Su primer Abad fue Wigbert, uno de los compañeros de Bonifacio de Gran Bretaña. De

hecho, Bonifacio mantuvo una buena relación con su tierra natal, y en sus cartas a sus amigos les pide libros, oraciones y colaboradores.

El papa Gregorio III envió el palio, que representa el rango de arzobispo, a Bonifacio y lo invitó a establecer otros obispados en Alemania. El gran misionero emprendió entonces la evangelización de Baviera, consagrando obispos en Salzburg, Freising y Regensburg, así como en varias ciudades de Turingia y Hesse. Solo Bonifacio se quedó sin una sede designada, pues su misión aún no había concluido. Después de la organización de todas las diócesis, recibió finalmente la sede de Maguncia. Por todas partes fundó nuevos monasterios. Al final, quiso retirarse al monasterio de Fulda. Sin embargo, puesto que aún no había sido realizada la conversión de Frisia, decidió volver a empezar su misión. Fue allí que encontró su muerte, ocurrida el 5 de junio de 754, por manos de un grupo de paganos. Un concilio de obispos en Inglaterra decidió celebrar aquella fecha como el día de su fiesta y reconocerlo como santo, al igual que Gregorio Magno y Agustín de Canterbury, en 755.

Cluny y su congregación

Cuando Carlomagno pidió un ejemplar de la Regla de San Benito a Montecassino en 787 con el propósito de imponerla a todas las casas religiosas francas, su intención básica era la de un político astuto. De hecho, reconoció en esa regla un instrumento útil para que los monasterios francos se convirtieran en un ejército de funcionarios fieles al estado. Quería que los monjes se volvieran educadores, administradores, ingenieros y agricultores tanto como santos. Ellos debían jurarle lealtad. Los monjes eran periódicamente retirados de sus monasterios para servirle a él directamente. Se impuso un tributo anual a cada abadía. Es así que los abades se transformaron en vasallos. De este modo Carlomagno introdujo un nuevo ideal para los monjes que podría resumirse así: un imperio, una fe, una regla. Esta es la dirección que tomó la Congregación de Cluny en el siglo X, bien arraigada en la época carolingia.

El ideal de la unidad, sin embargo, fue realizado primero entre los monasterios del Sacro Imperio Romano Germánico por San Benito de Aniano, quien la puso al servicio de Dios, no del emperador. Él y sus primeros discípulos renovaron el antiguo fervor monástico, propagando la reforma de los monasterios por todas partes. Muchos de los 300 miembros de su fundación en Aniano emprendían la tarea de visitar de vez en cuando todos los demás monasterios, inspeccionándolos con la finalidad de restaurarlos a la

pureza del ideal monástico. Fue en esta etapa que quedó bosquejada la típica figura del monje medieval, un paciente erudito y un hombre de oración. Famosos monjes como Alcuino, Pascasio Radberto, y Rabano Mauro contribuyeron a esta imagen. Al mismo tiempo, los grandes monasterios transformaban las condiciones sociales de los campesinos. De hecho, cada monasterio no era solo una escuela de oración y cultura, sino también un centro agrícola. La población rural encontraba su seguridad en el trabajo con y para los monjes, con lo que los campesinos estaban protegidos de los impuestos reales y la volubilidad de los crueles dueños de la tierra. "Es bueno vivir bajo el báculo del Abad", era un dicho medieval. Se ha demostrado que casi la mitad de las ciudades en Francia tienen orígenes monásticos.

Este floreciente monaquismo conoció sus momentos oscuros. De un lado, la devastación provocada por los invasores normandos, sarracenos y húngaros despoblaban los monasterios; del otro, señores feudales y abades seglares reducían a un mínimo el patrimonio de los monasterios. Los monjes estaban obligados a salir del claustro para buscar su sustento. Algunos de ellos, imitando a sus abades, estaban casados y vivían en el monasterio con sus esposas e hijos. Por otra parte, y sobre todo por razones económicas, los príncipes seglares que habían obtenido la encomienda de una abadía tenían tendencia a sustituir a los monjes por canónigos, cuyo estipendio podía reducirse, mientras el culto en el monasterio era preservado.

Ante este espectáculo lamentable, la fundación de Cluny (910) apareció como el señal de una nueva era en el monaquismo occidental. Bernon, su fundador, quería hacer de aquel monasterio un modelo de observancia, de la recitación del Oficio Divino, del silencio, pobreza individual, obediencia y castidad. Durante los primeros 150 años de su existencia, Cluny disfrutó de la dirección de cuatro abades sabios y santos: Odón, Mayolo, Odilón y Hugo, todos los cuales alcanzaron un extraordinario prestigio en la Iglesia, no solo como reformadores y fundadores de monasterios, sino también, y de una manera especial, como mediadores de paz entre los príncipes. Tras su fundación, Cluny fue declarado ser absolutamente independiente de cualquier autoridad terrena o espiritual que no fuera la del papa. En la expansión de su reforma monástica, cientos de monasterios, no solo en Francia, sino en toda Europa, respetaban al abad de Cluny como a su superior. Es así que se formó una congregación fuerte, unida y bien organizada de los monasterios.

La vida benedictina comenzó a mejorar, especialmente en cuanto a la liturgia. Sin embargo, aunque el Oficio Divino fue devuelto a su lugar de

honor original, su solemnidad resultaba en detrimento del trabajo manual. Este último fue cada vez más confiado a hermanos laicos y a los muchos sirvientes del monasterio. Muchos *psalmi familiares* fueron agregados a las "horas regulares", solicitados como eran por los benefactores del monasterio para intenciones particulares. Fue entonces, en el siglo XI, que las oficios por los difuntos, los de la Santísima Virgen, de la Santa Cruz, de la Trinidad y del Espíritu Santo comenzaron a ser recitados diariamente. Los monjes vivían en una especie de lujo espiritual que, acompañado por las no menos extravagantes piezas de arte, vestiduras sagradas y decoraciones, algunos debieron sentirlo como una desviación del equilibrio original de la vida benedictina: *Ne quid nimis*! —"¡No demasiado!" había advertido Benito en su regla.

La reforma cisterciense

Otros movimientos de reforma monástica, más o menos independientes de la de Cluny, trajeron una influencia beneficiosa durante los siglos X y XI. Al mismo tiempo, aparecieron varias expresiones del ideal eremítico, especialmente en Italia, con figuras tan brillantes como Romualdo y Pedro Damiano. En el siglo XII, una poderosa reacción contra la excesiva duración de la oración comunitaria, la solemnidad de la liturgia y la riqueza de los monasterios ocurrió con la fundación de Cîteaux, la casa madre de la orden benedictina cisterciense.

Todo comenzó el 21 de marzo de 1098, festividad de San Benito, cuando monjes benedictinos de Molesme abandonaron su opulento monasterio bajo la dirección de su abad, San Roberto, y se retiraron al desierto de Cîteaux. Su deseo era practicar la regla benedictina en su sentido literal absoluto. Este ideal fue recibido por muchos con entusiasmo, pero su éxito fue bastante insignificante hasta el día en que un joven caballero, Bernardo de Clairvaux, con treinta de sus amigos, hermanos y otros parientes, entraron como novicios en Cîteaux (1112). San Bernardo estaba llamado a dirigir un poderoso movimiento de expansión. Después de ser elegido abad de Clairvaux (1115), hizo de este monasterio el centro de una nueva orden, cuya Constitución fue la *Charta Charitatis*. Se multiplicaron las fundaciones, y muchos monasterios existentes se unieron a la reforma cisterciense. Pero las actividades de Bernardo no se limitaban a la orientación espiritual de Clairvaux y sus casas filiales. Sus intervenciones en la vida de la Iglesia en general fueron determinantes en muchos puntos. Sus objetivos incluían la instrucción y purificación del clero secular y el promover la reforma y el

entusiasmo para una auténtica vida espiritual en todas las esferas de la Iglesia. Cîteaux, por supuesto, estaba en conflicto con Cluny, y entre los mejores ejemplos de las dos tendencias rivales se encuentra la correspondencia entre Bernardo de Clairvaux y Pedro el Venerable, abad de Cluny. Tras la muerte de Bernardo, la poderosa orden cisterciense continuó floreciendo, aunque su persistente intervención en conflictos religiosos y políticos dio lugar a que se empañara su glorioso comienzo.

Órdenes Mendicantes

En el siglo XIII, el desarrollo de la sociedad medieval, con su tendencia inicial al humanismo, había proporcionado la circunstancia favorable para la aparición de un tipo completamente nuevo de vida religiosa. Comenzó en Italia, cuando Francisco de Asís comenzó el movimiento de los "Frailes Mendicantes". En contraste con la riqueza material, litúrgica e intelectual de los monasterios tradicionales, los llamados Hermanos Menores (*Fratres Minores*) se esforzaron por realizar el ideal evangélico de pobreza absoluta en toda su pureza, en la separación total del mundo. Ellos no se adherían a un lugar determinado sino a un superior, y pasaban por el mundo predicando el evangelio y mendigando su pan de cada día.

Al mismo tiempo (1215), Domingo de Guzmán fundó la orden de los Frailes Predicadores en España y el sur de Francia. Más tarde, éstos fueron llamados los Dominicos. Su carisma distintivo era su dedicación a la predicación de una manera ordenada y con gran profundidad. Esto obligaba a los Dominicos a desarrollar una sólida formación teológica antes de emprender su misión. De entre sus filas surgieron algunos de los teólogos más famosos del período, el más importante de los cuales fue Santo Tomás de Aquino. Otra orden, la de los Carmelitas (llamada así por su origen entre los ermitaños del Monte Carmelo), obtuvo la aprobación del papa para su regla en 1226. Los Ermitaños de San Agustín recibieron también la suya en 1256.

El enorme éxito de los Mendicantes, particularmente entre las clases más simples de la sociedad, no encubría el esplendor monástico del siglo XIII. La Regla de San Benito continuó siendo adoptada por nuevas instituciones y órdenes religiosas nuevas, como los Silvestrinos (1231), los Celestinos (c. 1260) y los Olivetanos (1319). Sin embargo, todo tipo de abusos, especialmente la creciente riqueza de los monasterios, el sistema que instalaba abades comendatarios, y el infeliz cisma de Avignon, propició la invasión de la mundanidad en los monasterios hacia el final de este período.

Alrededor del siglo XV, se sentía profundamente la necesidad de una reforma general, lo que se convirtió y cristalizó en numerosas reacciones en todos los países europeos. Esto era especialmente debido a las ordenanzas de los concilios de Constanza y Basilea. El teólogo Martín Lutero, siendo todavía monje agustino y sacerdote en la Iglesia católica, comenzó la reforma protestante en Alemania (1517), que trató, entre otras cosas, de abolir completamente la vida monástica.

RESUMEN Y CONCLUSIONES

El fenómeno monástico no es estrictamente una invención de la fe cristiana, pues ya entre los judíos y los paganos había agrupaciones con inclinaciones ascéticas semejantes. Los discípulos de los profetas conducían una forma simple de vida comunitaria, caracterizada por el aislamiento, el culto y la pobreza. Los Esenios, que vivían cerca del Mar Muerto en los días de Jesús, llevaban una vida comunitaria más organizada. Eran hombres dedicados al estudio de las Escrituras como preparación a los últimos días. Sus votos eran similares a los de los monjes cristianos más adelante. Se comprometían con juramento a la pobreza, a una vida de continencia y a la obediencia. Una comunidad judía semejante existió en la segunda mitad del siglo I d.C. cerca de Alejandría. Algunos círculos filosóficos surgidos de entre los paganos, como los estoicos, cristalizaban el ideal humano de autocontrol con la separación personal de las necesidades materiales, la búsqueda de la tranquilidad espiritual, y otorgando al autocontrol el máximo valor.

El ideal del monje cristiano no era del todo diferente de la de los ascetas judíos y paganos. Aparece en las palabras de Jesús cuando exhorta a sus discípulos a dar la espalda a sus familias y a su propia superación personal (Mt. 19:21, 27-29; Lc. 14: 26, 33), y cuando incluye en su enseñanza una recomendación a permanecer castos (Mt. 19:10–12). Sin duda, estas palabras no fueron recibidas como estrictos preceptos sino como consejos, pero fueron bien aceptados por quienes estaban dispuestos a elegir “la mejor parte” (Lc. 10:38–42). El enfoque de Pablo en cuanto a la institución del matrimonio, que recomendó evitar por causa del Evangelio (1Co. 1:7), proporcionaba razones convincentes para cualquiera que desease adoptar el estilo de vida monástica. La primera generación de creyentes compartían juntos todas las posesiones y los bienes materiales (Hch. 4:32–35), pero esta experiencia tenía más de expresión de valores éticos que de realización de buenas obras.

Parece que no hay ningún vínculo histórico entre los diferentes grupos de vírgenes y ascetas que creció en el norte de África, Egipto y Siria en el siglo III y especialmente hacia el final del período de persecución. El movimiento monástico se propagó de aquellos países a las regiones de la “media luna fértil” (de Mesopotamia a Egipto), a Asia Menor, Grecia, Italia, Galia y España. Claramente, este aumento repentino de la vida ascética fue el resultado de numerosos factores. Entre estos estaba una cierta medida de nostalgia por los días de martirio y el rechazo de un secularismo creciente entre los miembros de la Iglesia. En el 203, los monjes constituían un importante elemento de la vida cristiana en Palestina. Los desiertos de la Tierra Santa atraían a gente de todo el mundo cristiano. En algunos de los grandes monasterios vivían comunidades diferentes, hablando lenguas completamente diversas. Sus miembros vivían bajo un mismo techo y desarrollaban sus vidas alrededor de una sola liturgia, mientras peregrinos y enfermos habitaban en otros edificios. Algunos de los monjes vivían sus vidas de reclusión en celdas separadas y en cuevas excavadas alrededor de la sala central de oración, a una cierta distancia de su padre espiritual, de lo que se desarrolló el concepto de la *laura*. Nadie podía participar en esta forma de vida a menos que ya hubiese vivido largos años en un cenobio o monasterio. Solo de allí podían adquirir la preparación necesaria para luchar contra Satanás a nivel personal y llegar al punto en que eran capaces de participar en la vida de los ángeles —considerado como el ideal de la vida monástica. Por otra parte, solo de esta manera se podía evitar el peligro del extremo ascetismo y diversas formas de comportamiento excéntrico.

No en vano aparecieron Reglas en los monasterios en una fecha relativamente temprana, como la escrita por Pacomio en Egipto y tras ella las de Basilio en Capadocia y Rábulas en Siria. La Regla escrita por Benito de Nursia en Occidente fue finalmente adoptada por todos los monasterios de Europa. Pero la más estricta fue escrita por Columbano para los monjes irlandeses, y fue utilizada en diferentes países por más de 300 años. Los monasterios benedictinos se convirtieron en los más importantes centros religiosos y culturales en Europa durante la Edad Media y contribuyeron especialmente al desarrollo de la liturgia, la educación, la literatura, las artes y la instrucción profesional agrícola. Diferentes formas de vida monástica llegaron a ser aceptadas en Europa solamente en la Edad Media, entre ellas las órdenes de los Franciscanos y los Dominicos. Su sencillez y su pobreza estaban en completo contraste con la riqueza de muchos monasterios

benedictinos, y su influencia en el desarrollo interno de Iglesia cristiana fue enorme.

CAPÍTULO SÉPTIMO
ARTE Y ARQUITECTURA EN EL CRISTIANISMO ANTIGUO

Contenido:

7

Con el solo análisis bien llevado de la arquitectura y de otros materiales artísticos que han llegado hasta nuestros días podríamos probablemente recomponer los eventos más importantes de la historia del cristianismo antiguo y la evolución de sus doctrinas. Los orígenes judíos de la iglesia se reflejan en las escenas bíblicas que fueron tan apreciadas por los cristianos desde el principio, historias que aquellos creyentes supieron llenar de un nuevo significado. La larga búsqueda del cristianismo por el lugar que le correspondía dentro del contexto del pensamiento grecorromano se refleja en su modo de absorber ciertos temas mitológicos, a los que también se daba un nuevo significado. El desarrollo arquitectónico del primer período bizantino atestigua el triunfo final de la Iglesia sobre sus perseguidores. En siglos posteriores, las políticas iconoclastas fueron muy significativas, tanto por la historia de su evolución como por los temas en los que se centró. Igualmente, la influencia que recibió de religiones forasteras, tales como el Islam, dejaron su huella en muchos monumentos antiguos. Además de esto, la multiplicación de los iconos y exvotos evidencia el papel que monasterios y peregrinos jugaron en la vida de la Iglesia antigua, mientras que los temas iconográficos que aparecen en aquellos objetos atestiguan claramente los cambios que se dieron en el enfoque general de aquella época hacia lo divino y la devoción privada de los fieles.

En el presente capítulo se ofrece una síntesis de las perspectivas históricas, arqueológicas y religiosas de las características más salientes del antiguo arte y arquitectura cristianos, desde los primeros siglos hasta la Edad Media, sin olvidar, por lo demás, los peligros que se ocultan en la interpretación subjetiva o forzada de tantas ruinas silenciosas y restos artísticos, separados como están de su contexto histórico y geográfico.

ORÍGENES DEL ARTE CRISTIANO

Ya desde el principio, el cristianismo tuvo que hacer frente a dos dificultades. Una era su postura frente al judaísmo tradicional, que implicaba mantener fidelidad al pasado, junto con valores religiosos tan fundamentales como el estricto monoteísmo bíblico. La segunda dificultad era su postura

ante el mundo pagano, que incluía valores humanistas tan elevados como los de su filosofía racional y los innegables éxitos alcanzados en la expresión artística. Es evidente que una respuesta correcta a la primera dificultad exigía una reinterpretación de la historia y el rechazo de todo lo que era contrario a la apertura de espíritu mostrado por Cristo mismo, en contraste con una comprensión puramente material de los preceptos de la Toráh. Pero los valores religiosos de las obras y las palabras de Dios tal como se registran en la Biblia, el patrimonio más querido del pueblo judío, se valorizaban hasta el punto de que la frase más simple de las Escrituras podía ser tomada por los cristianos como refiriéndose a Cristo o a la Iglesia.

La dificultad planteada por la cultura pagana era más compleja. Ninguno de los grandes pensadores cristianos de los primeros siglos, conocidos por nosotros como Padres de la Iglesia, podían negar que el alto grado de desarrollo alcanzado por la mente humana debe ser recibido como prueba de un amor y cuidado particulares de Dios hacia la humanidad. Ya el apóstol Pablo había escrito que la revelación de Dios en la creación podía ser recibida por la luz natural de la razón (Rm. 1:19-21). Pero el hecho de que los grandes filósofos fuesen paganos impedía a los Padres de Iglesia aceptar sus enseñanzas como un todo. Sus exposiciones estaban demasiado mezcladas con la mitología. Aún más podía decirse acerca de la expresión artística de la cultura pagana, por más elevada que fuera. En el siglo V, Porfirio, obispo de Gaza, todavía se quejaba de que en su tiempo un ciclo de pinturas representando escenas mitológicas podía ser visto por todo el mundo en su ciudad. Esto significa que no había ninguna prohibición oficial contra el arte pagano por parte de las autoridades civiles cristianas, al menos en cuanto a las obras de arte que ya existían. Este no siempre fue el caso, sin embargo, en circunstancias especiales, como cuando un templo pagano debía ser reemplazado por una iglesia. Por ejemplo, Eusebio informa en su *Vida de Constantino* cómo el templo de Afrodita, erigido por Adriano en el lugar del sepulcro de Jesús en Jerusalén, fue demolido por las autoridades y reemplazado por un complejo arquitectónico cristiano. Aquel templo, como cualquier otro templo imperial romano, ciertamente contenía valiosas obras de arte. Sin embargo:

> *tan pronto como (el emperador Constantino) emitió sus órdenes, aquel edificio de mentira fue echado al suelo, con sus imágenes y dioses. El emperador también ordenó que la piedra y la madera de las ruinas*

> *fueran quitadas y echadas tan lejos como fuera posible, y que se excavara en profundidad una gran parte del suelo de los fundamentos, profanado como estaba por el culto de los dioses, y que fuera trasladado a cierta distancia* (Eus. *Vit. Const.* 3, 27).

Los ídolos no se consideraban obras de arte convenientes a los ojos de un cristiano, sino diablos disfrazados, y como tales tenían que ser destruidos. En las vidas de santos medievales se registran muchos casos en que este modo de proceder se puso en práctica. En los *Diálogos*, escritos en el siglo VI por el papa Gregorio Magno, podemos leer que San Benito y sus monjes destruyeron el santuario de Apolo que se alzaba en la cima de Montecassino, en Italia meridional y seguía siendo un centro de culto pagano para los simples campesinos de los alrededores. La estatua del dios fue rota en pedazos en las manos de Benito y una capilla en honor de San Juan Bautista, patrón de los monjes, fue erigida en aquel mismo lugar, que más tarde se convirtió en un destacado foco de vida monástica en Europa, como ya apuntamos. Otro monje, el incansable San Bonifacio, que se hizo famoso por su labor en la evangelización de una gran parte de Europa central en el siglo VIII, halló una muerte violenta a manos de sus oponentes paganos después que destruyera el roble de Thor en Geismar y construyera con su madera una capilla.

Naturalmente, no siempre fue acertado el celo de los misioneros en su lucha contra el paganismo. Muchos santuarios e ídolos escaparon de aquella suerte. Hay casos de antiguos ídolos, como una figura popular del pastor divino con un cordero en hombros y pequeñas estatuas de la diosa madre Isis con su hijo Horus que fueron celosamente preservados y ocultados por sus devotos. Siglos más tarde, cuando los cristianos los descubrieron, fueron interpretados como imágenes antiguas de Cristo como Buen Pastor (Fig. 28) o de la Virgen María con el niño Jesús.



Fig. 28 La figura del Buen Pastor, placa de mármol en un sarcófago cristiano, Roma, de c. 270. (Archivo fotográfico Vasari, Roma).

El fondo judío del primer arte cristiano

Arte judío al final del período del Segundo Templo en tierra de Israel.

Es difícil hablar de cualquier tipo de arte judío antiguo en el sentido normal del término. Hubo manifestaciones artísticas en la tierra de Israel a lo largo de su historia, pero ciertamente sería incorrecto llamar este arte estrictamente judío, incluso durante el período inmediatamente anterior a la destrucción del Segundo Templo en el año 70 d.C. Muy poco sabemos de la arquitectura de los Hasmoneos, anteriores a los hermosos edificios herodianos. Solo en las últimas décadas se han excavado algunos restos del palacio hasmoneo de Jericó, que parecen exhibir un gusto por la imitación del entorno helenístico, con construcciones centrales, piscinas abiertas (mencionadas ya por Fl. Jos. *Ant.* XV, II, 3, 45) y salas de recepción, donde suelos de mosaico hicieron su primera aparición en la tierra de Israel. Pero queda muy poco para una apreciación objetiva. Lo que ciertamente se puede afirmar es que las reglas *halájicas* fueron respetadas solamente en lugares destinados para fines religiosos, como un *mikvéh*. Por otro lado, edificios

profanos, como el famoso templo-palacio erigido por la familia Tuviah en la banda oriental del Jordán, en Araq el-Emir, muestran la doble corriente de pensamiento y comportamiento del período que precedió a las actividades de Herodes. Desde el punto de vista de su arte, ciertamente debemos designarlo como helenístico.

Los tres importantes monumentos funerarios importantes aún en pie en el valle Cedrón de Jerusalén también deben ser catalogados como de estilo helenístico. En ellos se combinan elementos arquitectónicos puramente griegos (columnas, cornisas, etc.) con características extranjeras, como la pirámide (véase en Fig. 2). Y el hecho de que estos monumentos fueran principalmente esculpidos en la roca, no construidos, enlaza las tendencias artísticas de los judíos en Judea con las de sus vecinos, los Nabateos, que eran grandes expertos en arquitectura de roca tallada en estilo helenístico, como en Petra. Otros monumentos funerarios, como la tumba de Jasón, las tumbas de Sinedria y la tumba de Helena reina de Adiabene, todos en Jerusalén, también dan fe de un gusto por el arte de los griegos, como lo habían asimilado los países de Oriente desde la conquista del Imperio Persa por Alejandro Magno en el 333 a.C. Los historiadores de arte debatirán siempre hasta qué punto los elementos extranjeros afectan el arte local, autónomo, de los judíos. En mi opinión, nunca se alcanzará un acuerdo completo, principalmente porque no se han conservado suficientes objetos como para establecer una comparación. El arte herodiano no es, con toda verdad, arte judío.

Los restos de algunas casas excavadas en la ciudad alta de Jerusalén muestran un alto nivel de vida entre los judíos ricos del período del Segundo Templo. Su estructura arquitectónica, frescos, estucos, pisos de mosaico, muebles y mobiliario, todos exhiben un estilo puramente grecorromano. Pero una característica concreta los distingue como domicilios judíos en tierra de Israel, aparte de otras manifestaciones de las tendencias clásicas orientales. Esa característica es la ausencia constante de cualquier representación de figuras humanas o animales. Es un arte *anicónico* ("sin imágenes"), en el que sentimos la fuerte presión ejercida por las leyes religiosas en la vida de los ciudadanos privados. La escultura es simplemente inexistente. Fragmentos de frescos muestran decoraciones de fruta. Algunos emblemas en los mosaicos de pavimento son las conocidas rosetas geométricas de seis o tres pétalos. Hermosas vasijas de cerámica son semejantes a las terracotas nabateas finamente decoradas. Solo un puñado de pequeños objetos, tales como

lámparas de aceite, monedas y joyas tienen esporádicamente una figura o escena mitológica. Pero estas excepciones a la norma son evidentes importaciones del extranjero.

Entre los objetos artísticos producidos en el país durante este período, los osarios judíos, es decir, pequeños sarcófagos utilizados para la inhumación secundaria de los huesos, tienen un lugar destacado. Estos objetos ofrecen muy poco de ornamentación artística, pues la mayoría de ellos están decorados simplemente con motivos florales o geométricos. Sin embargo, su interés, como el de otras pequeñas obras de arte, puede ser importante para lo que estamos tratando. Porque es en tales objetos, directamente relacionados con el descanso final de los difuntos, que el mundo de los símbolos hace su aparición. Esos símbolos pueden ser de importancia primaria para la identificación de objetos antiguos judíos y cristianos. En realidad, sin embargo, debemos reconocer que los osarios judíos no exhiben símbolos específicos o típicamente judíos. Además de la presencia casi normativa de la roseta de seis pétalos, el resto de los motivos ornamentales pueden ser puramente geométricos, como también flores, plantas, árboles, columnas, arcos, puertas, paredes, y alguna ánfora. Está justificado preguntarnos si bajo estos motivos había una intención simbólica. La respuesta no puede ser totalmente clara y única, porque hay buenas razones para no concluir con un sí o u no generalizados, ya que cada caso debe ser estudiado por sí mismo. Sin embargo, si cabe hallar un simbolismo en estos motivos, éste estará ciertamente relacionado con las expectativas de una vida feliz después de la muerte tal como se describe en la literatura judía de la época, en la que se la compara a menudo con una maravillosa mansión, un hermoso jardín, abundancia de agua, etc. (Fig. 29). Grafitos esporádicos, pequeñas cruces, un pez, e incluso el monograma formado por las dos letras griegas X y P, que más tarde serán típicos signos cristianos, también hacen su aparición en osarios judíos. Pero estos casos, cuando estudiados cuidadosamente han demostrado no ser obra de una mano cristiana, sino que deben ser considerados también judíos, aunque con significados diferentes de los que más tarde les asignarán los cristianos (véase Figueras 1983).

Un símbolo judío que llegaría a ser típico en los siglos después de la destrucción del Templo, la Menoráh de oro, aquella lámpara de siete brazos que estaba en el Templo, fue descubierto pintado en la pared de una casa excavada en la ciudad alta de Jerusalén. Este prominente símbolo aparecería luego una y otra vez, identificando las tumbas judías y decorando todo tipo

de objetos, y especialmente los pavimentos de mosaico de las antiguas sinagogas de Israel. Típicamente, la Menoráh va acompañada por representaciones de un *lulav* (rama de palmera), un *shofar* (cuerno para sonar), una pala de incienso y un *etrog* (cidra utilizada en la Fiesta de los Tabernáculos). Otros símbolos que se convertirían en decoraciones judías típicas solamente muy tarde en la Edad Media, como la estrella de David, no aparecen en absoluto en esta época temprana. Algunos de estos motivos comienzan a hacer su aparición en el siglo IV en mosaicos y relieves de las sinagogas, pero no como símbolos particularmente judíos.



Fig. 29 Grabados simbólicos en la cubierta de un osario judío, Jerusalén, siglo I d.C.

Arte en el judaísmo grecolatino

Las primeras manifestaciones de arte judío, tales como las decoraciones murales en algunas catacumbas judías en Roma (de los siglos II y III d.C.) y en la famosa sinagoga de Dura-Europos (c. 250 d.C.), exigen una explicación que no es fácil de encontrar. Su estilo está en parte arraigado en la tradición clásica, tal como la conocemos por los frescos de Pompeya, por ejemplo, y en parte en patrones orientales, tales como los relieves de Palmyra, que son nabateos y persas. Pero la riqueza iconográfica de las pinturas de Dura es tal que algunos historiadores del arte no creen que sean manifestaciones esporádicas, locales, de arte judío. Por el contrario, consideran que son el enlace recuperado de una tradición artística que existía entre los judíos helenísticos. El lugar de origen de tal tradición habría sido probablemente Alejandría, el punto de encuentro entre el judaísmo y la filosofía, literatura y arte griegos desde mucho antes de Filón. Se piensa que, si no las paredes de las sinagogas, al menos los manuscritos de la Biblia en traducción griega habrían sido bellamente decorados con ilustraciones de escenas bíblicas.

Como prueba de su supuesta existencia, se hace referencia a algunos antiguos manuscritos cristianos de la Biblia, tales como el Fragmento de Sínope, el Génesis de Viena, el Códice Rosano y el Rollo de Josué. Es cierto que las ilustraciones de estos manuscritos muestran las mismas tendencias de estilos clásico y oriental combinados, como las pinturas judías de Dura Europos. Pero sus fechas relativamente tardías (del siglo IV al siglo X) impiden considerar que estén relacionados de alguna manera con las supuestas fuentes pictóricas del siglo III de Dura. Hay demasiadas lagunas en este tipo de argumento. Podemos asegurar que hacia el final del siglo II d.C., en Roma, y también en las provincias orientales, los cristianos comenzaron a desarrollar un arte pictórico que era similar al arte creado simultánea o recientemente por los judíos con finalidades semejantes y una ideología similar. Cuánto tiempo este arte judío habría existido, en caso de que así fuera, antes de las primeras expresiones artísticas del cristianismo, hoy nadie lo sabe. Hay buenas razones para creer que no habría sido un período demasiado largo. Los rabinos *tanaíticos* de Palestina y Babilonia no estaban dispuestos a permitir una tal transgresión de la ley bíblica que prohibía la representación humana y animal. Pero los judíos helenísticos nunca habían defendido la postura opuesta, al menos no explícitamente, en cuanto las fuentes de la época nos informan. Por su parte, las obras de Filón tampoco favorecen dicha suposición, a pesar de que su exégesis alegórica de la Biblia podría ciertamente haber influido en algunas de las representaciones en Dura (Goodnough, 1964).

Es innegable que existe una relación entre el primitivo arte cristiano de Roma y el antiguo arte judío de Dura. Pero el vínculo es probablemente aún más fuerte entre algunos ejemplos de la representación típica del arte cristiano primitivo y la interpretación bíblica judía que se encuentra en la *Agadáh* (narraciones populares basadas en las Escrituras). Esto no debería sorprendernos cuando recordamos que no solo muchos cristianos eran de origen judío, sino que cada grupo estaba familiarizado con las interpretaciones orales de muchos pasajes bíblicos que eran populares entre el otro grupo. Obras como la de Justino Mártir, *Diálogo con Trifón*, (que puede referirse, como ya se dijo, al rabino Tarfón, una figura importante en la Mishnáh), demuestran que se organizaban disputas, tal vez públicas, sobre pasajes bíblicos entre judíos y cristianos prominentes, disputas que eran luego publicadas. Como resultado, había una influencia mutua del uno sobre el otro en la manera cómo ciertos temas eran abordados y en el énfasis que recibían en la interpretación bíblica.

El sacrifcio de Isaac es conocido por haber sido considerado como un símbolo, incluso como una profecía, de la muerte redentora de Jesús. Este tema ya aparece en las epístolas de Pablo y está representada en muchos monumentos cristianos tempranos, como frescos de las catacumbas, sarcófagos de mármol y bases doradas de jarrones de cristal. Probablemente fue por esto que los comentaristas judíos también empezaron a considerar el sacrificio de Isaac como de gran relevancia teológica, de hecho mucho más de lo que garantizaba por sí mismo el significado histórico original. Comentaristas como Tanḥuma en el siglo III hablan de la "muerte" y la "resurrección" de Isaac, así como de su papel intercesor (*Midr. Tanḥuma*). En el arte judío, la escena aparece tan temprano como el siglo III en la sinagoga de Dura, con tales variantes significativos del texto bíblico como la representación de Isaac en actitud de oración en una especie de tienda que puede representar su morada celestial después de la muerte, mientras que Abraham da la espalda al espectador, un detalle absolutamente inexistente en el arte antiguo. Una representación mucho más tardía y también bien conocida de la escena, en el mosaico pavimental de la sinagoga de Beth Alfa (siglo VI), presenta el sacrificio ("la atadura") de Isaac con características muy diferentes, pero también difiere del texto bíblico en algunos detalles, emulando la interpretación encontrada en las versiones artísticas cristianas de la escena en las catacumbas y sarcófagos romanos.

En cuanto a una explicación del fenómeno de los frescos judíos de Dura, me parece plausible pensar que toda la presentación de las escenas bíblicas escogidas fue motivada por una necesidad sentida por parte de los judíos locales de responder a las pretensiones de los cristianos. Los cristianos se habían apropiado de toda la historia del pueblo de Israel y en particular de los principales actos de salvación de Dios, viendo en ellos una preparación y una profecía de la salvación que Dios otorga a todo el mundo por la redención cumplida en y por Jesús. La historia no era tan importante en sí misma, puesto que la tipología (un sistema exegético utilizado desde los tiempos del apóstol Pablo) aplicaba estas historias a pueblos que existían fuera de los límites étnicos y geográficos de Israel. Los judíos se sentían obligados a reaccionar, y quisieron mostrar su propia historia en toda su magnificencia: Abraham e Isaac, Moisés y el Éxodo, David, Esdras y la renovación de la Toráh, Ezequiel y la profecía de su resurrección como pueblo y la restauración de su culto en un Templo nuevo. La historia no debía interpretarse simbólica o tipológicamente. Las obras de Dios podían ser y

serían una realidad en sus propios tiempos. No había ningún “nuevo Israel” que incluyese a los gentiles. El verdadero Israel era el que gozaba de una herencia étnica directa, recibida del Israel histórico. Su presentación de la historia de Israel comienza con Abraham y las promesas hechas a él, no con la creación de Adán y Eva. El énfasis sobre Adán y Eva era un punto de vista cristiano, ajeno al pueblo judío.

Visto desde esta perspectiva, no hay ninguna necesidad de buscar una explicación para el fenómeno de la sinagoga de Dura basándose únicamente en la historia del arte. Un tal trasfondo de historia del arte aquí no existe. Como resultado, es simplemente incorrecto hablar de arte judío como principal fuente de las primeras manifestaciones del arte cristiano. Hay semejanza en los motivos y en la forma en que estos motivos se tratan en ambos grupos religiosos. Pero ello se debe explicar por la semejanza de los temas bíblicos y por la influencia mutua ejercida por los dos grupos, aceptando o rechazando la interpretación dada a los mismos temas por el grupo opuesto (véase Figueras 1996).

Las primeras manifestaciones del arte cristiano

Durante los primeros trescientos años de su historia, la fe cristiana fue proscrita por el Imperio Romano y sus fieles fueron perseguidos. Esta situación es suficiente para explicar la ausencia de cualquier monumento artístico producido por esas primeras generaciones. Solo en determinados períodos y en circunstancias especiales pudieron los cristianos expresarse con algo de seguridad. El más importante de los períodos de tolerancia religiosa fue bajo los emperadores Severos y sus sucesores, durante el final del siglo II y la primera mitad del III.

Una segunda y no menos importante razón para la ausencia de arte cristiano en las primeras generaciones, fue la elevada espiritualidad de la nueva religión. En absoluto contraste con las religiones paganas que lo rodeaban, el cristianismo insistió en la necesidad de un culto desprovisto de objetos, imágenes y templos tangibles. El cuerpo de Cristo era el lugar de encuentro entre el Dios invisible y su creación. Solo el contacto con el cuerpo místico de Cristo, el sentido de pertenencia y las nuevas demandas sociales que venían con su incorporación a la Iglesia garantizaban al hombre su aproximación a Dios. Fue pues tal espiritualidad, junto con los sentimientos iconoclastas heredados de la oposición tradicional judía a imágenes artísticas figurativas, la causa principal de la ausencia de arte durante los primeros ciento cincuenta años de la historia cristiana.

Pero hay una tercera explicación para la fecha relativamente tardía de la aparición del arte cristiano. Solo bastante tarde contó la Iglesia entre sus miembros a un cierto número de familias acomodadas que podían pagar el costo de la decoración artística de tumbas y sarcófagos, así como las bóvedas y paredes de los lugares donde el creciente número de creyentes solía reunirse para la oración, el bautismo, la eucaristía y las comidas de hermandad.

El marco geográfico de las primeras manifestaciones del arte cristiano antes del período del emperador Constantino (cuando la Iglesia disfrutó finalmente de tranquilidad en cuanto a enemigos externos) no es muy amplio. De la época que precedió a la paz, quedan rastros de imitaciones del primer arte cristiano de Roma en lugares de Siria, Israel, Egipto, Grecia, Italia, Galia y España. En el cuarto siglo aparecieron monumentos cristianos en todo los países del Imperio, desde el Éufrates hasta el Atlántico y desde Gran Bretaña hasta Nubia (Sudán).

Roma, por supuesto, posee la colección más rica de monumentos cristianos antiguos de todas las épocas. Del período anterior a Constantino, existen innumerables pinturas en las catacumbas. Este nombre designa una extensa necrópolis subterránea que consiste en una red intrincada de largos pasillos excavada en la piedra blanda llamada *tuffo*, con la que fueron construidas muchas de las casas de la ciudad. En total, estos corredores, de diferente anchura y largueza, se extienden por cientos de kilómetros. La mayoría de estas catacumbas están situadas fuera de las murallas imperiales y tiene sus entradas a lo largo de la Via Appia, pero también las hay a lo largo de la Via Latina y Via Nomentana. Otras tienen la entrada en antiguas iglesias (San Sebastián, San Pancracio, etc.). La mayoría de los muertos eran enterrados en los *loci* o nichos excavados horizontalmente en filas a lo largo de las paredes, mientras que otros tenían sus tumbas bajo *arcosolios*. Es en el tímpano de la pared simple de estos arcosolios, así como en las bóvedas y paredes del cruce de dos corredores y de pequeñas capillas construidas o excavadas para las tumbas particulares de mártires, papas y otras personas famosas donde se exhibieron pinturas al fresco sobre yeso o estuco.

Los orígenes de la sepultura cristiana en catacumbas aún no son claros, aunque probablemente estuvieron relacionados con la fe cristiana en la resurrección. Razones similares pueden encontrarse también en la motivación de algunas catacumbas judías romanas. En éstas, las decoraciones no suele ir más allá del mundo de los símbolos, por ejemplo, la Menoráh y el Arca de la Alianza, guirnaldas y flores. Ambas religiones se oponían a la cremación de

los cadáveres que los romanos practicaban por lo menos desde el siglo II d.C. Es natural que las primeras pinturas cristianas en las catacumbas, así como muchas de las escenas en los sarcófagos esculpidos, tuvieran una conexión directa con la fe en el poder de Dios para rescatar a los difuntos de la muerte eterna, como más adelante veremos con detalle.

Además de las catacumbas, la primera comunidad cristiana de Roma poseía un número de casas privadas que habían sido aceptadas como lugares de reunión para la oración y las comidas comunales. Tales lugares, llamados *domus ecclesia* (una casa iglesia) o *domus Ecclesiae* (casa de la Iglesia), todavía existen bajo las iglesias actuales de San Clemente de Roma, aunque allí las pinturas (como los de Santa María Antiqua) son de una época posterior (siglo VI).

Las pinturas de las catacumbas fueron ejecutadas por artistas desconocidos, algunos de ellos con buen adestramiento y otros con muy poco. Tenían la difícil tarea de encontrar figuras artísticas convenientes que cumplieran las demandas de una religión nueva. Algunas figuras tradicionales, clásicas, fueron simplemente adaptadas, especialmente para la representación de figuras individuales. Jesús fue generalmente representado como un joven Apolo, los apóstoles como filósofos y Jonás dormido como Endimion. Mayor originalidad se requería para la representación de escenas del Antiguo y del Nuevo Testamento, que pronto fueron adoptadas como formas canónicas de la iconografía cristiana. Como fue dicho antes, hubo un paralelismo con el arte judío y una probable influencia de la interpretación bíblica judía. El estilo es puramente clásico, aunque algunas de las características que más tarde caracterizaría el arte bizantino oriental hacen aquí su primera aparición. Así nos encontramos con una tendencia a presentar de frente y con los ojos muy abiertos a las figuras centrales, tales como la *orans* (persona en oración).

ICONOGRAFíA DEL ARTE CRISTIANO PRIMITIVO

Escenas del Antiguo Testamento y su tipología

Fue al final del siglo II y comienzos del III cuando comenzó a aparecer la decoración de las tumbas cristianas y los lugares de culto. Pinturas murales, pavimentos de mosaico y sarcófagos esculpidos muestran el impulso cristiano por expresar la fe de una manera artística. Los temas son de tres tipos: escenas del Antiguo Testamento, del Nuevo Testamento y de la mitología pagana. Estilísticamente pertenecen a la corriente artística de su entorno y su

período. La Capella Greca en la catacumba de Priscila en Roma y la cripta de Lucina, en las cercanías, tienen las paredes cubiertas de frescos. Igualmente el bautisterio de la casa iglesia (*domus ecclesia*) de Dura-Europos, fechada a principios del siglo III. Los sarcófagos de la Via Salaria Nova y de Santa Maria Antiqua de Roma son de finales del siglo II.

Debemos aceptar el hecho de que no es necesario buscar antecedentes judíos para adquirir una comprensión de los temas elegidos para la decoración. Y esto no solo porque no se ha probado la existencia de tales antecedentes, sino porque la mayoría de estos temas no está relacionada con la iconografía judía en absoluto. Sobre una base mucho más sólida, podemos establecer una comparación entre las imágenes tal como las conocemos por los monumentos y los documentos literarios contemporáneos que se han conservado de la época. Como resultado, nos encontramos con que las pinturas de los hipogeos (tumbas monumentales subterráneas) y la decoración esculpida de sarcófagos representa artísticamente los mismos grandes temas que eran proclamados en la catequesis cristiana. Son imágenes que no poseen ningún simbolismo especial. Es una proclamación pura de la fe cristiana con acontecimientos de la historia sagrada interpretados de una manera tipológica. Tratados como el *De Baptismo* ("Sobre el bautismo") de Tertuliano, la *Demonstratio* ("La prueba") de San Ireneo de Lión y la *Homilía Pascual* de Melitón de Sardes nos ayudan a interpretar los frescos medio borrados donde nos encontramos con las grandes figuras del Antiguo Testamento: Noé, Isaac, Moisés, David, Daniel y Jonás (Fig. 30).

El tema del pecado original aparece en el bautisterio de Dura, con Adán y Eva junto al árbol. El mismo tema se encuentra en la bóveda de entrada a las catacumbas de San Gennaro en Nápoles (de finales del siglo II).

Noé en el Arca (Capella Greca) es uno de los *typoi* (tipos, es decir, modelos) de la salvación de la humanidad, y probablemente tiene un carácter bautismal. El sacrificio de Isaac (Capella Greca) es un tema utilizado por Melitón de Sardes como un *typos* del sacrificio de Cristo. (Ya comentamos sobre la presencia del mismo tema en la sinagoga de Dura Europos y su probable interpretación allí).

En las representaciones del ciclo de Moisés, un tema muy común es la del agua de la roca, que fue vista como un símbolo del bautismo y su carácter salvífico (Capella Greca y Capilla de los Sacramentos en la catacumba de Calixto) y que llegó a ser muy frecuente en el siglo III.



Fig. 30 Daniel en el foso de los leones, pintura en la catacumba de San Calixto, Roma, siglo III (Pontificia Commissione di Archeologia Sacra, Vaticano).

La batalla de David contra Goliat, otra figura de la salvación, se encuentra en el bautisterio de Dura, pero está ausente en Roma. Sin embargo, Hipólito de Roma tomó ese episodio como el tema de una de sus obras (principios del siglo III).

Jonás como gran *typos* de la resurrección se encuentra ya en el Nuevo Testamento (Mt. 12:39-41; Lc. 11:29-32) y está representado en la cripta de Lucina, en la Capilla de los Sacramentos, en la Sala de la Anunciación, en la catacumba de Priscila, en sarcófagos de los siglos III y IV y en un mosaico de Aquileia del s. IV (véase más adelante, Fig. 43).

El ciclo de Daniel es uno de los temas más importantes y ofrece tres ejemplos de salvación: 1. Daniel entre los leones, que se encuentra en la Capella Greca y la cripta de Lucina de finales del siglo II, y en la catacumba de Domitila del s. III. (Fue también un motivo decorativo en el judaísmo). 2. Rescate de Susana de los impíos ancianos, considerado por Hipólito como una figura del bautismo (Capella Greca y el arcosolio del s. III en la catacumba de Calixto). 3. Los tres jóvenes hebreos en el horno ardiente (Capella Greca, varios sarcófagos del siglo III, y mosaico en la bóveda del mausoleo de Centcelles, del s. IV; véase más adelante, Fig. 42).

Junto con estas escenas y figuras también encontramos representaciones de “Testimonios mesiánicos” como la estrella de Jacob (Num. 24:17),

representado en una pintura al fresco en la catacumba de Priscila; el Pastor llevando a los Patriarcas (que representan la Iglesia) al Paraíso, que se encuentra en el Bautisterio de Dura, (relacionado con el Sl. 22, que era utilizado en la liturgia bautismal); la figura del Buen Pastor, representado con un cordero sobre sus hombros o defendiendo su rebaño de un lobo, conocido motivo del Nuevo Testamento.

Motivos paganos con significados nuevos

Después de la época en la que el cristianismo judío disfrutó de clara preeminencia sobre las expresiones gentiles de la fe (no solo en Palestina y Siria, sino también en las otras provincias orientales, como Egipto y Asia Menor, en Occidente y en la capital del Imperio), los cristianos se enfrentaron con el problema de adoptar o rechazar la cultura griega en su totalidad. Desde el siglo II y durante el siglo III, surgió un nuevo tipo de cristiano. Sus costumbres, cultura y pensamiento eran enteramente griegos. Ya instruido en lectura y en literatura en la escuela de un *grammaticus*, aprendía luego de un rétor a hablar en público y de un filósofo a pensar correctamente. Naturalmente, su fe no podía sino expresarse más que en términos de sensibilidad y de intelectualismo helénicos. Por otro lado, el helenismo contenía ciertamente muchos valores que los cristianos no encontraron ninguna razón por rechazar. Y era además natural que los griegos educados convertidos al cristianismo conservasen su imaginación griega. También esto se sentía en su expresión artística. Muchos temas cristianos les sugerían y recordaban imágenes familiares: la esposa de Lot que se transformó en una estatua de sal les evocaba a Niobe convertida en piedra; Moisés era comparado con Minos; las hijas de Jetro junto al pozo de Madián les recordaban a Náusica y sus doncellas dirigiéndose a la playa para lavar su ropa; el músico David recordaba a Orfeo con su cítara; Ulises sujetado al mástil se convirtió en un símbolo de Cristo en la cruz; Hércules venciendo a la Hidra sugería a Cristo superando las fuerzas del mal.

Ejemplos de esta transposición (que encontramos en los escritos de los Padres de la Iglesia griegos, como Clemente de Alejandría, Metodio de Olimpo y el Seudo-Justino) pueden verse en las primeras expresiones del arte cristiano de su época. Para entender este fenómeno, debemos tener en cuenta que durante siglos, los filósofos paganos habían dado interpretaciones alegóricas a los antiguos mitos, y que Filón había seguido un método similar en su exégesis bíblica. Sin embargo, el método de interpretación cristiano fue fundado, como fue dicho antes, sobre el principio de la tipología (que

encontramos particularmente en Ireneo y Justino), y esta tipología tomó una forma más alegórica en el sistema de los alejandrinos Clemente y Orígenes.

Jonás durmiendo bajo la vid, un motivo muy frecuente en el arte cristiano primitivo, fue representado a menudo como Endimion, el símbolo clásico del sueño encantado y de la eterna juventud. El Buen Pastor, otro tema favorito en las catacumbas y los sarcófagos, fue modelado, como las estatuas de Hermes Crióforos ("portador del cabrito"). Es por ello que a veces fue representado llevando no un cordero sino un cabrito e incluso una cabra adulta.

Más tarde, los artistas cristianos de la época bizantina conservaron la misma tradición de transposición de significado a motivos paganos. Un excelente ejemplo de esto es el famoso mosaico de Orfeo que cubría el pavimento de una capilla funeraria en Jerusalén. La figura principal aparece rodeada de diferentes animales, un centauro y el dios Pan. Dos mujeres de vestiduras largas, Teodosia y Georgia, pueden representar a difuntas en cuyo memoria se había levantada la capilla, o tal vez son figuras alegóricas. Más sobre mosaicos y sus temas se verá más adelante en este capítulo.

Escenas del Nuevo Testamento

El arte cristiano primitivo era sobre todo un arte funerario, por lo que la mayoría de los temas relacionados con el Nuevo Testamento en las paredes de catacumbas y en los sarcófagos se refieren a la fuerza salvadora de Dios a través de Jesucristo. Esas escenas no deben considerarse diversamente de las del Antiguo Testamento y de los motivos paganos interpretados en un sentido cristiano, porque todos ellos aparecen entremezclados. Que sea ésta la interpretación correcta se puede fácilmente probar por una cita de las *Constituciones Apostólicas* (V, 7), una obra apócrifa del siglo IV:

> *Quien resucitó a Lázaro el cuarto día, a la hija de Jairo y al hijo de la viuda, y que se resucitó también a sí mismo después de tres días, quien sacó a Jonás vivo e ileso del vientre de la ballena y a los tres jóvenes del horno de Babilonia y a Daniel de la boca de los leones, ¿no tendrá también poder para resucitarnos también a nosotros? Quien levantó al paralítico y curó al que tenía la mano seca y restauró la facultad de la que carecía al que nació ciego, nos levantará a nosotros también. Quien con cinco panes y dos peces alimentó a cinco mil hombres y quedaron todavía doce canastas llenas, quien transformó el agua en vino, y quien mandó entregar a quienes exigían el tributo la moneda sacada de la*

boca del pez por la mano de Pedro, el mismo resucitará también a los muertos.

A esta lista, que corresponde enteramente a escenas representadas en las paredes de las catacumbas y en los sarcófagos, deben agregarse otros temas, tales como el bautismo y la eucaristía. Para el bautismo, cualquier escena bíblica en donde el agua tenía un papel importante a jugar (el cruce del Mar Rojo, Jonás, etc.) se puede interpretar en este sentido. De hecho, Cipriano de Cartago escribió que "tantas veces como se menciona el agua en las Sagradas Escrituras, se trata del bautismo". Estamos tentados a pensar que estaba exagerando.

A veces, los artistas representan el bautismo de Jesús. Su bautismo se distingue de bautizos ordinarios por el descenso del Espíritu Santo en forma de paloma. En este caso, no hay duda que se pensaba que la escena estaba vinculada con el poder de Jesús para resucitarse a sí mismo de las aguas de la muerte, del cual Jonás (nombre que en hebreo significa "paloma") fue un prefiguración.

El banquete eucarístico es un tema frecuente en las catacumbas, aunque a menudo es difícil distinguirlo de la comida *refrigerium* que los hijos tomaban juntos cuando moría el padre, un tema pagano adaptado a la fe cristiana. El pez aparece a menudo en la mesa eucarística, y esto sin duda está relacionado con el acróstico ΙΧΘΥΣ (Ιησους Χριστος Θεου Υιος Σωτηρ, es decir, "Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador"). El pez era el símbolo más difundido de Jesús en el cristianismo temprano e innumerables textos hacen referencia a él. Entre ellos están dos famosas inscripciones. Una es el epitafio métrico de Abercio (probablemente obispo de Hierápolis en Asia Menor, quien vivió en la última parte del siglo II), que merece ser citado:

*Mi nombre es Abercio, un discípulo del pastor santo que alimenta a sus ovejas en las colinas y llanuras, que tiene grandes ojos para verlo todo, que me enseñó el aprendizaje seguro de la vida y me envió a Roma para ver la ciudad real y la reina revestida con túnica dorada y zapatos dorados. Allí vi a personas que tenían el sello reluciente. También vi las llanuras de Siria y todas las ciudades, Nísibis, más allá del Éufrates. En todas partes encontré compañeros en la fe, Pablo...; por todas partes la fe era mi guía y en todas partes me dio a comer el pez (*ΙΧΘΥΣ*) de manantial, grande, puro, que fue atrapado por la virgen inmaculada y*

que ella pone delante de los amigos para que lo coman. Ella también tiene un delicioso vino, y ofrece vino mezclado con agua junto con pan. Yo, Abercio, dicté esto para que fuera escrito en mi presencia cuando tenía setenta y dos años. Que todos los que comparten mi confesión y entienden esta inscripción oren por Abercio...

La segunda inscripción es un epitafio del siglo IV escrito por un cierto Pectorio de Autun (en Francia). Es un acróstico: la primera letra de cada línea forma la palabra ΙΧΘΥΣ, pero en caracteres latinos:

Divina progenie del celestial ICHTHYS (también en caracteres latinos)*, recibe con el corazón piadoso entre los mortales el manantial inmortal de aguas divinamente purificadoras; refresca tu alma, amigo mío, con las aguas perennes de la sabiduría que hacen rico; recibe la deliciosa comida del salvador de santos; come, tú que estás hambriento, sosteniendo el ICHTHYS en tus dos manos.*

Estas dos inscripciones atestiguan la propagación y la profundidad de símbolos bautismales y eucarísticos utilizados por los primeros cristianos.

A pesar de que, ya desde mediados del siglo II, el credo bautismal romano hacía hincapié en la creencia de que Jesús fue concebido por el Espíritu Santo y nació de la Virgen María, que fue crucificado, enterrado y que resucitó el tercer día, estos temas, que más tarde aparecieron en la decoración de bautisterios y basílicas, apenas fueron representados en las catacumbas. En el arte sepulcral no hay ninguna imagen de la anunciación, y hay solo un ejemplo de la visitación de María a su prima Isabel (en un sarcófago de Ravenna). La adoración de los pastores no fue representada antes de Constantino, aunque sí lo fueron los ángeles dándoles la buena noticia. Pinturas de la Madre y el Niño son raras. La más antigua y significativa muestra a Balaam (o tal vez el profeta Isaías) señalando a una estrella encima de la cabeza del Niño (alusión probable a Nm. 24:17). La crucifixión no fue representada realísticamente antes del siglo V. En las catacumbas, no aparece la resurrección de Cristo. Cristo de pie en medio de los doce apóstoles figura en el siglo IV, y el tema es frecuente en los sarcófagos. Cristo como juez de toda la humanidad no fue un tema del primitivo arte sepulcral, pero a veces encontramos la imagen del difunto siendo traído a la presencia de Cristo para un examen individual.

Finalmente, la figura de un hombre, y más a menudo una mujer, de pie con las manos levantadas en actitud de oración es muy frecuente, tanto en las catacumbas como en los relieves de sarcófagos. El significado de esta *orans*, como es llamada (en latín "persona en oración"), ha sido discutido entre los estudiosos, pero lo más probable es que represente al difunto orando a la presencia de Dios. Otros interpretan la figura de la mujer orando como una imagen de la Iglesia orando por sus difuntos.

EL EDIFICIO DE LA IGLESIA

Casas privadas: la *domus ecclesia*

Sabemos por los Hechos de los Apóstoles que los primeros discípulos de Jesús, que eran judíos y continuaron identificándose totalmente como judíos, no cambiaron su anteriores formas y lugares de culto después de la Ascensión de Jesús y de recibir el poder del Espíritu Santo en Pentecostés. Pedro y Juan, así como el resto de los apóstoles, iban diariamente al Templo de Jerusalén, para asistir a los servicios religiosos judíos (Hch. 3:1-3). Al parecer, ningún cambio se introdujo en el desempeño de sus deberes religiosos, que continuaron siendo enteramente judíos durante muchos años. Así, Pablo fue detenido en el Templo con motivo de la realización de un voto (Hch. 21:26-30). Santiago, el respetado "hermano" de Jesús, quien sirvió de guía para la comunidad de los creyentes en Jerusalén, fue juzgado por el sumo sacerdote Anán y condenado a muerte por lapidación (Fl. Jos. *Ant*. 20. 9, 27-39). Según Eusebio, el martirio de Santiago tuvo lugar en el Templo, a donde solía ir a la oración (*HE* II, 23, 18).

Sin embargo, desde el principio, una especial reunión religiosa no se celebraba en un lugar público, como el templo o la sinagoga, sino en casas particulares. Era ésta la asamblea eucarística, que podía ser precedida por una comida normal, cuando la comunidad de los creyentes se reunía para la "fracción del pan" (Hch. 2:42). La costumbre de tal reunión religiosa en casas privadas no era exclusiva de la comunidad de Jerusalén de los judeocristianos, sino también fue mantenida por las comunidades gentiles y mixtas en otros países, como nos enteramos por las historias del ministerio de Pablo (Hch. 19:9-10) y particularmente por su estadía en la ciudad de Troas, donde celebraba la eucaristía en el "cenáculo" de una casa privada (Hch. 20:7-8). Un testimonio similar al desarrollo de estas reuniones proviene de las amonestaciones de Pablo a los Corintios (1Co. 11:17-34). Aparte de eso, no poseemos documentos que demuestren que durante las dos o tres primeras

generaciones las ceremonias religiosas de la Iglesia, tales como el bautismo, se celebrasen en lugares especiales (Hch. 2:41; 8:12; 8:36-37; 9:18, etc.; *Did.* 7:1-3; Justino Mártir, *I Apol*. 61).

Siendo judíos ellos mismos, o habiendo sido atraídos al judaísmo anteriormente, sabemos que las primeras generaciones de cristianos, especialmente en Palestina, asistían a los servicios del sábado en las sinagogas (Hch. 13:5, 14-15; ver también St. 2:2-4, etc.). Cómo evolucionó el lugar de culto entre los cristianos gentiles no es una pregunta fácil de responder, pues, al principio del siglo III, el filósofo pagano Celso reprueba aún a los cristianos el no tener "ni templos, ni estatuas, ni altares" (Orig., *Cels.* PG 11, 1539-42). Lo mismo dijo Arnobio, afirmando que los cristianos no tienen templos, ni estatuas, ni altares donde poner víctimas o incienso (PL 5, 1162). Esta situación cambió, parece, hacia el final del siglo III, cuando se construyeron muchas iglesias apropiadas, como se verá más adelante. No hay duda, por lo tanto, que por unos 150 años, los cristianos gentiles utilizaron hogares privados para sus reuniones periódicas, en las que amplias habitaciones fueron adaptadas para la oración y el culto. Una de estas casas de oración fue descubierta en Dura Europos, en la frontera oriental del desierto de Siria. Algunas fuentes literarias cristianas primitivas nos informan de otras casas que fueron utilizadas especialmente para reuniones religiosas. Una de ellas habla de trabajo apostólico y de evangelización de Pedro en una casa privada en Tiro y en la casa de Teófilo en Antioquía (*Recognitiones Clementinae*, PG 1, 1315 y 1453-4). Esta última se transformó luego en una basílica.

En la tierra de Israel, los recuerdos de la vida de Jesús fue la causa de que algunas casas particulares fueran veneradas y utilizadas por los cristianos como lugares de reunión. Tales eran la casa de María en Nazaret, la casa de Pedro en Cafarnaún, la casa de Cornelio en Cesarea, la casa de la viuda de Naín y la casa del discípulo anónimo en el Monte Sión. Desde el punto de vista arqueológico, el más conocido de estos es la casa de Pedro en Cafarnaún, donde las excavaciones realizadas por los Padres Franciscanos expusieron el pavimento de piedra de la sala de reuniones original (que los Franciscanos llaman "sala venerada") cerca de un metro por debajo del pavimento de mosaico de la posterior iglesia octogonal bizantina (Fig. 31). Sus muros muestran una variedad de grafitos grabados en el yeso por antiguos peregrinos, en griego, hebreo y siríaco. La transformación de esta sala en un lugar de culto es atestiguada en el siglo IV por la peregrina Egeria,

quien escribió en su diario: "En Cafarnaún, en la casa del príncipe de los Apóstoles, ha sido construida una iglesia, aunque sus paredes se mantienen como eran" (Wilkinson, Londres, 1971: 194). Es probable que fueran los cristianos judíos locales quienes comenzasen las obras, terminadas luego por los gentiles cristianos no mucho antes de la visita de Egeria, que probablemente tuvo lugar en 385 d.C. Alrededor del año 575, el diario de otro peregrino, el anónimo de Piacenza, da prueba de que una estructura bizantina había sido erigida en el lugar: "Fuimos a Cafarnaún, a la casa de Pedro, que ahora es una basílica" (Wilkinson 1977: 81). Este proceso de transformación de una casa relacionada con un número de sucesos del Nuevo Testamento, venerada y utilizada por los judeocristianos locales y que luego pasó a los cristianos gentiles, parece haber sido más o menos el destino de muchos lugares, tales como Nazaret y los demás sitios mencionados.

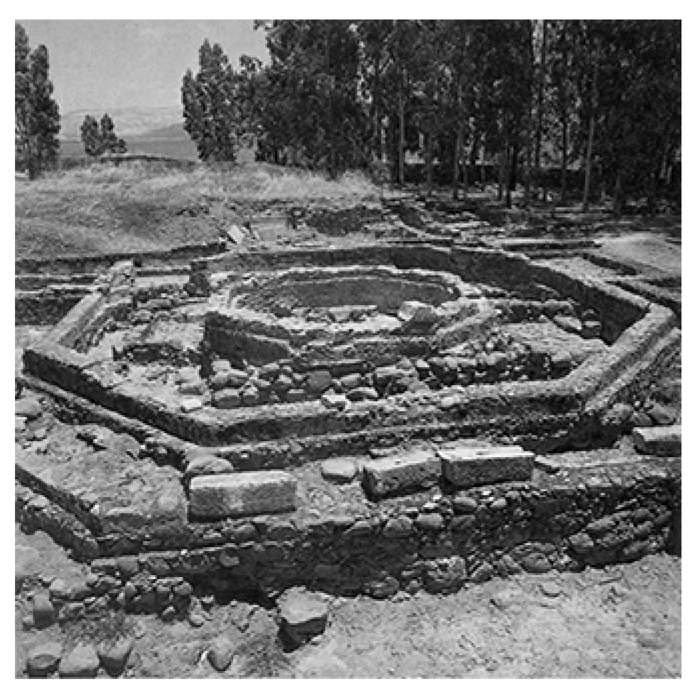


Fig. 31 Restos de la iglesia bizantina hexagonal construida sobre la casa de Pedro en Cafarnaún, siglo V (Loffreda 1985:65).

Las primeras iglesias

Hasta el siglo III no tenemos referencias claras a verdaderos edificios construidos con el propósito de servir como un lugar apropiado para asambleas cristianas de culto. La primera mención se refiere a una iglesia que existió en Edessa, en el norte de Siria. En la crónica de esta ciudad se dice que "el templo de la iglesia de los cristianos fue destruido por una

inundación". Mucho más importante fue el descubrimiento, en 1932, de la iglesia de Dura-Europos, junto al Éufrates, que puede ser definitivamente fechada de antes del año 256 como lugar de culto cristiano y de antes del año 232 como un hogar normal. No hay ninguna duda que muchas otras iglesias como esa existieron o fueron erigidas durante el siglo III. Por Eusebio de Cesarea también sabemos que un gran número de ellas fueron destruidas durante los períodos de persecución, o lo fueron durante los intervalos de relativa paz, cuando el progreso de la evangelización obligaba a los cristianos a derribar iglesias y construir otras más grandes. "¿Cómo se pueden describir", escribe Eusebio, "las multitudes que se reunían en las iglesias o las personalidades que acudían a los lugares de oración?" (Eus. *HE* VIII, 1). Es probable que la mayoría de estas iglesias, construidas antes de los tiempos de Diocleciano, fueran destruidas durante la terrible persecución que aquél lanzó. Y hay buenas razones para creer que por lo menos una docena de las iglesias parroquiales de Roma, (los *tituli*, como se llamaban), existían ya de alguna forma antes de las que se construyeron en la época de Constantino. Pero probablemente no quedó mucho de los edificios anteriores, pues Eusebio afirma que las iglesias que fueron reconstruidas después de la paz eran mucho más grandes que las casas de culto originales (Eus. *HE* X, 2).

En Roma, también hubo edificios pertenecientes a la iglesia fuera de la ciudad, conectadas con las catacumbas. El *Liber Pontificalis* dice del papa Fabiano (236-250) que construyó allí muchos monumentos funerarios (*fabricas multas por coemiteria fecit*). Probablemente antes del reinado de Diocleciano, el escritor romano Minucio Félix representa los sentimientos de los opositores del cristianismo cuando escribe en su diálogo: "los odiosos santuarios (*sacraria*) de esta secta impía están surgiendo por todo el mundo". Lampridio, otro enemigo de la cristiandad, relata en su *Vida de Alejandro Severo* (cap. 49) que, cuando la cuestión de una propiedad que había sido comprada por los cristianos y que era reivindicada por un gremio de cocineros se presentó a este emperador (222-235 d.C.), él decidió el caso justamente diciendo: "Es mejor que se adore allí a Dios de una forma u otra que no dar aquel lugar a cocineros para una taberna". Eusebio narra (*HE* VII, 30:9) que cuando Pablo de Samosata fue excomulgado por tratar de retener la posesión de "la casa de la Iglesia" de Antioquía, el emperador Aureliano (270-275 d.C.) tomó una decisión justa al decretar que la casa fuese entregada "a aquellas personas a quienes los de Italia y el obispo de la doctrina en la ciudad de Roma deberían escribir cartas".

Es difícil hoy en día decir mucho acerca de las características arquitectónicas de aquellas primeras iglesias. En el caso de Dura, es obvio que los cristianos locales lograron adaptar una casa común para sus reuniones de culto mediante la eliminación del muro de partición que separaba dos habitaciones amplias, la adaptación de otra habitación como bautisterio, y utilizando, por lo que parece, un cuarto intermedio para la comida fraterna. Esto es una evolución natural de la primitiva *domus ecclesia* o "casa-iglesia". El ajuste interior de los objetos de culto (por ejemplo, el altar y el repositorio para los vasos), los bancos y las decoraciones de las paredes, hizo que la sala estuviese apropiada para su nuevo destino. Pero, desde el exterior, no había nada que pudiese caracterizar un edificio como iglesia. Era más bien una típica casa romana, con los elementos más importantes, tales como el *triclinium* o comedor y varias habitaciones que rodeaban el *impluvium* central, o patio interior abierto, con su piscina en el medio.

En cuanto a la decoración, la casa iglesia de Dura-Europos ha conservado las pinturas murales del bautisterio, con temas apropiados del Antiguo y Nuevo Testamento, como ya se mencionó. Más sistemáticamente, la pared detrás de la fuente muestra una imagen del Buen Pastor. En el lado derecho de la pared hay dos frescos: arriba, Pedro intenta caminar sobre el agua, y Cristo sana al paralítico, que camina llevando su camilla. Abajo, cinco mujeres con antorchas en sus manos parecen caminar hacia su derecha, donde se ha colocado una especie de gran sarcófago, que probablemente representa la tumba de Jesús. En el otro lado y de menor dimensión, hay la pintura de una serpiente y un árbol, Adán y Eva. Luego está la samaritana, sentada junto al pozo. En la bóveda, estrellas contra un fondo azul representan el cielo. Todas estas representaciones son ciertamente simbólicas, o, mejor dicho, tipológicas. En cuanto a su estilo, parece que podemos reconocer dos manos diferentes, una más "clásica" y probablemente extranjera, y otra decididamente "oriental," probablemente local. Las figuras están representadas frontalmente y de una manera estática, con excepción del paralítico. Si los temas de estas escenas pueden compararse con los de las catacumbas, en sus características artísticas son similares a los de la sinagoga de Dura, que son contemporáneas (véase Rostowtzev, 1938).

Un extraordinario descubrimiento casual relacionado con los antiguos sitios de culto cristiano fue hecho hace unos pocos años en el norte de Israel, en el antiguo campamento romano de Legio, cerca de Megido. No es ningún secreto que había cristianos entre los soldados romanos mucho antes de la

época constantiniana, un hecho demostrado por la presencia de esporádicos grafitos cristianos en varios lugares donde hubo soldados estacionados. Pero el reciente descubrimiento de un pavimento de mosaico en aquel antiguo campamento romano ha transformado de repente todo lo conocido hasta ahora sobre este tema. En efecto, las inscripciones de aquel mosaico se han fechado en el siglo III d.C., ciertamente anteriores al comienzo de la persecución de los cristianos por Maximiliano y Diocleciano. Ellas son testimonio de que había habido una casa de culto cristiano para los soldados en el lugar donde fue hallado el mosaico (Fig. 32). Una de las tres inscripciones griegas dice: "Gaiano, también llamado Porfirio, centurión, nuestro hermano, ha hecho el pavimento a cuenta propia como un acto de liberalidad. Bruto ha llevado a cabo el trabajo". El texto de la segunda inscripción no es menos explícito: "Akeptus, amada por Dios, ha ofrecido la mesa a Dios Jesucristo, como memorial". Y una tercera inscripción recuerda los nombres de otras cuatro damas: "Acuérdate de Primila y Ciríaca y Dorotea y también de Creste". Estas inscripciones fueron puestas en dos emblemas o paneles decorativos del mosaico. Uno de ellos tiene en su centro un medallón en el que figuran dos peces. En el centro de la sala, entre los dos paneles, dos grandes bloques rectangulares de piedra representan probablemente la "mesa" a la que se refiere la segunda inscripción, sobre la cual se celebraba la comida eucarística (Tepper – Di Segni 2006).

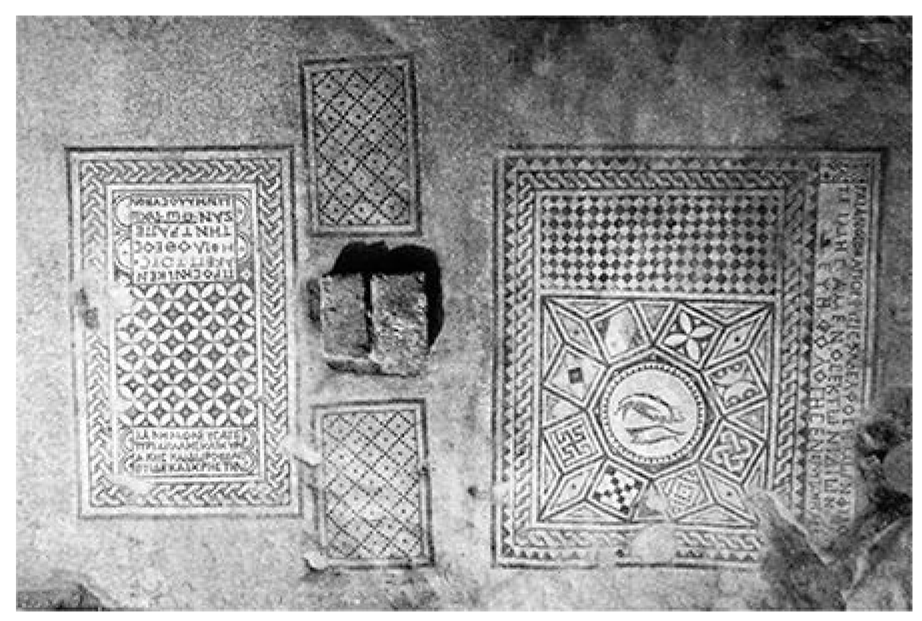


Fig. 32 Pavimento de mosaico de una sala de oración cristiana en la antigua Legio, cerca de Megido, Israel, del siglo III (Autoridad de Antigüedades de Israel, foto: Niki Davidov).

LA BASÍLICA CRISTIANA

Los orígenes

Desde el siglo IV, los cristianos han utilizado el término "basílica" para referirse a edificios de la Iglesia. Era el *basileios oikos*, la "casa real". La palabra "basílica" fue comúnmente usada en la época romana para denotar salas especialmente destinadas al uso público por orden imperial. A los cristianos, aquel nombre les pareció apropiado para la casa de Dios. Por cuanto sabemos, el nombre de "basílica" fue utilizado por primera vez por escrito por el anónimo peregrino de Burdeos (333 d.C.), pero no mucho más tarde también por Eusebio. En su uso secular, la palabra *basílica* no definía precisamente el carácter del edificio, o el uso de público al que se dedicaba. Era también utilizado para designar simplemente una "sala", e incluso se aplicaba a salas privadas en los palacios de los ricos patricios. Los cristianos utilizaron la palabra en un sentido más definido: originalmente, una basílica era una sala rectangular alargada, con columnatas interiores y una prolongación absidal. No fue utilizada pues para otros edificios sagrados, tales como bautisterios o capillas de tumbas, aunque sí, raramente, para iglesias construidas según un plan redondo o poligonal.

Las basílicas paleocristianas probablemente existían antes de Constantino, aunque ninguna de ellas se ha conservado hasta la actualidad. Ya no eran casas particulares adaptadas para acomodar el culto cristiano, sino verdaderos edificios eclesiales. La ordenanza de Nicomedia del emperador Licinio, que fue publicada en el año 313, restauraba todas las propiedades eclesiásticas a las iglesias. El edicto de Maximino permitía a los cristianos adherirse a su secta sin temor de ser molestados, para realizar su culto y para la reconstrucción de las "casas del Señor".

Estructura arquitectónica

La basílica paleocristiana (Fig. 33) fue descrita así por Walter Lowrie:

> "Una sala rectangular oblonga, casi dos veces más larga que ancha, y dividida longitudinalmente en tres naves (a veces cinco). El pasillo central (la nave) era casi el doble de ancho que los pasillos o alas laterales y su altura era mayor que el doble de los mismos. La nave estaba cubierta con un techo a dos aguas de madera, las vigas de las cuales estaban normalmente ocultas por un techo plano de madera. Aunque la altura del techo no era mucho mayor que la anchura de la

nave, el techo inclinado de las alas laterales era tanto más bajo que las ventanas del clerestorio proporcionaban mucha luz y ventilación. Generalmente no había ventanas en las bajas paredes externas de las alas; y las puertas (excepto en el norte de Siria) estaban en un extremo, correspondiendo en número al de las naves laterales. En el otro extremo, la nave terminaba en ábside, esto es, un espacio semicircular coronado por una media cúpula. Frente al ábside, estaba el altar, detrás del cual estaban los asientos del clero, adosados al ábside. Aquí menciono solo las características fundamentales e invariables. Generalmente el ábside se proyecta más allá de las paredes rectangulares, pero a veces era inscrito, una diferencia que se podía observar dentro de la iglesia. A veces cada una de las tres naves termina con un ábside; pero esta innovación, aparte de las consideraciones de simetría, fue motivada por la necesidad de proporcionar un lugar para el altar de la prótesis, que era una peculiaridad de la liturgia Siria, y por lo tanto lo encontramos solo en el Oriente" (Lowrie 1947: 108).



Fig. 33 Basílica cristiana de la ciudad de Aquileia, norte de Italia, del siglo IV (foto Bildarchiv Marburg, Alemania).

A esta descripción general debemos añadir, en primer lugar, que el efecto buscado por la Iglesia de tergiversar el templo pagano de fuera adentro, es decir, colocando la columnata en el interior del edificio, era debido al sentido de lo sagrado que era atribuido al espacio destinado al culto cristiano. Para el exterior del edificio no se deseaba una belleza especial. Dios debía ser adorado adentro, en el encuentro de la familia cristiana alrededor de la mesa

del Señor. Su presencia se vivía durante la comida litúrgica. En el cristianismo primitivo no hay ningún indicio de un culto naturalista, aunque la naturaleza, el tiempo y toda la creación estaban simbólicamente presentes con los fieles en la iglesia, en las representaciones de los pavimentos de mosaico y en las pinturas murales, como veremos más adelante.

Muy a menudo, y particularmente en Oriente, frente a la basílica había un atrio abierto con una columnata, con la boca de una cisterna en su centro. Esta característica puede verse hoy en los restos existentes de antiguas basílicas en el Néguev. Dos atrios abiertos fueron construidos en el complejo Constantiniano del Santo Sepulcro en Jerusalén, uno frente a la rotonda de la *Anástasis*, el otro frente a la basílica, llamada el *Martyrium* (Fig. 9). En este complejo único e impresionante (que merecería un capítulo particular), debemos observar que el Martyrium no estaba "orientado", es decir, con el altar y el ábside en el lado oriental, como fue común en el mundo bizantino, sino que en cambio estaba dirigido hacia el oeste, donde se encontraba la tumba de Cristo tallada en la roca. Parece que aquí el motivo del sol naciente (antiguo símbolo de Cristo levantándose de entre los muertos, adoptado ya en el siglo IV, como se ve en la representación de Cristo como sol en un mosaico mural de las grutas vaticanas), se dejó de lado ante la evidencia física de la resurrección de Cristo, su tumba vacía.

El país de Israel, donde se han descubierto no menos de 300 iglesias paleocristianas, ofrece toda la gama de características arquitectónicas de las antiguas iglesias. La basílica oblonga fue sin duda el plan más común de iglesia. A muchas de estas basílicas, como ya se mencionó, se entraba atravesando un atrio abierto. Una característica más común era el *nártex*, una especie de pasillo cubierto o sala oblonga a lo largo de la pared occidental de la iglesia, donde se encontraban las entradas principales. El nártex era el lugar reservado para las personas a quienes la entrada a la iglesia estaba total o parcialmente prohibido, como los catecúmenos y los penitentes públicos.

Había basílicas con un solo ábside, colocado dentro de una estructura masiva, rectangular, flanqueada por dos sacristías, llamadas *pastoforia* en griego. Tal fue el plan de la iglesia de St. Lázaro en Betania (siglo IV), las dos iglesias en Mampsis en el Néguev (siglo IV-V), la iglesia de la multiplicación de los panes y los peces de Tabgha (siglo V), la de Ain Hanniye, al sudoeste de Jerusalén (siglo VI-VII) y muchas otras. Otras basílicas tenían un ábside central saliente y dos pequeños a sus lados, un plan que se convirtió en habitual desde el siglo VI. La iglesia central en Shivta fue

construida siguiendo este estilo, por ejemplo. Hacia el final del siglo V y durante el siglo VI, muchas basílicas que poseían sacristías (*pastoforia*) flanqueando el ábside central sufrieron una transformación arquitectónica que reemplazó aquellas dos habitaciones por ábsides. En el Néguev, dicha transformación es evidente en las basílicas norte y sur de Shivta (Fig. 34) y la iglesia catedral de Elusa (Halutza).

Se ha sugerido que el motivo de esta transformación se debió al creciente interés por el culto de los santos. De hecho, en las ruinas de algunos de los ábsides laterales se han encontrado restos de relicarios. Por lo tanto uno puede suponer que los ábsides laterales eran en realidad capillas laterales, diseñadas principalmente para la preservación y la veneración de santas reliquias. El uso anterior de tales habitaciones como *pastoforia* fue transferido a otras salas y capillas anejas a las alas norte y sur de la basílica. La sala especial donde se guardaban objetos de culto, vestidos sagrados y libros fue llamada el *diakónikon,* y era generalmente ricamente construida y decorada (Fig. 35).



Fig. 34 Iglesia de un monasterio, con una capilla y un bautisterio adosados a ella, en Shivta, el Néguev central, Israel, siglo VI

Otros tipos

Entre los restos arquitectónicos de la Palestina bizantina hay restos de antiguas “iglesias gemelas”, cuya finalidad no es segura, pero es evidente que corresponden a las necesidades de costumbres litúrgicas. Pueden verse los ejemplos de Ein Kárem, Kefar Kama y la iglesia occidental recientemente

descubierta en Nitzana. La comunicación entre las "iglesias gemelas" es generalmente a través de una puerta en el presbiterio. En Siloán, junto a Jerusalén, dos antiguas cámaras sepulcrales labradas en la roca, llamadas tumba del profeta Isaías, fueron luego adaptadas al culto cristiano por monjes bizantinos. Asimismo se utilizaron otras cuevas y grutas naturales para satisfacer las necesidades del culto, a menudo formando parte de basílicas, porque tradicionalmente se cree que fueron el escenario de acontecimientos bíblicos o relacionados con santos y profetas importantes. Algunos ejemplos entre muchos son la cueva de la Natividad en Belén, el Santo Sepulcro de Jerusalén, la casa de María de Nazaret y la cueva de Lot, descubierta en el lado oriental del Mar Muerto.



Fig. 35 Pavimento de mosaico en el *diakónikon* de la iglesia de Karkur Ilit, en el norte del Néguev, Israel, siglos V - VII (foto: Alter Fogel).

La forma llamada *trifolia* o *triconca*, es decir, un triple ábside centralizado, era común en algunas de las basílicas más grandes, como la iglesia de la Natividad en Belén. Fue solo bajo el emperador Justiniano, en el siglo VI, cuando esa enorme estructura triapsidal fue desarrollada en su forma

actual, alterando por lo tanto el diseño octogonal original que había sido construido por Constantino alrededor de la cueva de la Natividad. En Jordania, dos iglesias bizantinas *trifolias* fueron excavadas, una en Jerash y otra en el Monte Nebó, en el memorial de Moisés (Fig. 24). Una estructura pequeña *trifolia* se puede también observar en la iglesia griega ortodoxa de Betania, construida sobre la antigua base de la misma forma.

Similar al plan *trifolio*, que ampliaba el espacio cerca del altar y el presbiterio, es la iglesia con "crucero", una característica que se convirtió en común más tarde en Occidente, en las antiguas basílicas y catedrales medievales. El crucero o transepto es una prolongación del cuerpo del edificio en ambos lados del presbiterio. Se conocen muy pocos ejemplos de antiguas iglesias con crucero en Israel, una de los cuales es la basílica de Tabga (ubicación tradicional del milagro de los panes y los peces). Y otra basílica con un hermoso crucero fue descubierta hace pocos años en Beer-Sheva, junto al moderno mercado municipal.

Mediante la adición de una prolongación de la nave entre el crucero y el ábside central, se logra un plan cruciforme. Algunas iglesias exhibían una cruz griega más o menos regular, con el altar o un monumento muy importante ocupando el punto central, donde se reunían los cuatro brazos. Una basílica muy famosa de este tipo fue construida aproximadamente el 470 d.C. alrededor de la columna venerada de San Simeón Estilita, en el norte de Siria, hoy conocida como Qalaat Simán. En Jerusalén, la Iglesia subterránea original construida sobre la llamada "tumba" de María en el valle Cedrón también puede incluirse entre las iglesias cruciformes, aunque su forma era irregular. Según un dibujo de obispo Arculfo (685 d.C.), una forma de cruz griega perfectamente regular se utilizó para la iglesia antigua construida en Samaria sobre el pozo de Jacob, que ocupaba el punto exacto de convergencia de las cuatro naves del edificio.

El plan de las iglesias también podía tomar una forma octogonal o circular. Así era, por ejemplo, la iglesia de la Ascensión en el Monte de los Olivos, donde todavía se encuentran restos de un edificio octagonal alrededor de la capillita construída allí por los Cruzados. Sobre el Monte Gerizim fue construida la iglesia de Santa María *Theotocos* ("Madre de Dios") por el emperador Zenón en el año 485 en un plan hexagonal, y así se construyó también la iglesia del siglo V sobre la casa de San Pedro en Cafarnaún. Otra iglesia hexagonal es la del Kátisma, que fue descubierta al sur de Jerusalén, construida sobre una roca donde María, embarazada con Jesús, se habría

sentado en su camino a Belén. Una iglesia circular fue descubierta en Beth Sheán, ciudad conocida en la época romana como Escitópolis. Se añadió un ábside a la parte oriental de la rotonda, así como un *nártex* y un atrio en el lado occidental. La misma forma se encuentra en el diseño realizado por Arculfo de la iglesia superior de Getsemaní, sobre la tumba de María. Otra iglesia circular, con cuatro ábsides, fue construida en honor de San Juan Bautista en Jerash. Esta iglesia estaba situada entre otras dos basílicas, dedicadas a los Santos Cosma y Damián y a San Jorge.

Un "hemisferio", según lo descrito por los antiguos peregrinos, fue la peculiar forma externa de la rotonda de la Anástasis ("resurrección"), construida por los arquitectos de Constantino alrededor de la tumba de Jesús en Jerusalén (atrás, Fig. 9). También tenía tres pequeños ábsides en su lado occidental. Doce columnas rodeaban la edícula central que cubría la cueva de roca, de la que quedaba solo la cámara interior. Una gran cúpula con una apertura redonda en el centro cubría el impresionante edificio.

El interior de la iglesia

Por más diferentes que pudieran ser todas esas basílicas, en su interior no diferían mucho una de otra en sus motivos decorativos y estructurales. Un techo de madera se sostenía sobre las paredes de piedra, de menos de un metro de ancho. En estas paredes, que descansaban sobre las columnas, estaba el *clerestorio*, una fila de pequeñas ventanas con vidrio redondos, de color, con un radio de aprox. 3 a 9 cm, fijados en yeso, que permitían a la luz penetrar en el interior. Pinturas murales o mosaicos decoraban ábsides y parte de las paredes del interior. El pavimento de muchas iglesias era de simple piedra laja, otras estaban cubiertas de mosaicos, mientras que las más ricas estaban pavimentadas con grandes losas de mármol.

La parte de la iglesia reservada al clero y los cantores era llamada presbiterio o *bema*. Se levantaba unos 50 cm por encima del piso de la iglesia y estaba separada del resto de la iglesia por una especie de barandilla de piedra caliza o de losas de mármol, que solían estar decoradas con relieves y estaban unidas una a otra por unos pilares cortos. Esta estructura separaba simbólicamente "el santo de los santos" de la iglesia de las áreas más públicas y era llamada *transenna* o *cancellum.* A partir del siglo X, este cancel se desarrolló en una estructura mucho más alta, que encierra el área alrededor del altar de la vista de los fieles. Esta estructura divisoria es hoy normativa en la mayoría de las iglesias orientales y se llama el *iconostasio*, porque sus paredes están cubiertas con iconos de Jesús, María y otros santos.

Ya en la época bizantina, algunas iglesias (como una de Mampsis, en el Néguev), tenían altas y estrechas columnas que emergían de los pilares de la *transenna*, para sostener un arquitrabe del que podían colgar lámparas y cortinas (Fig. 36).



Fig. 36 La *transenna* y el *sýntronos* de una iglesia bizantina en Mampsis, en el Néguev central, Israel, del siglo V.

Detrás del altar y a lo largo del ábside corría un banco de piedra o de madera llamado el *sýntronos*, a modo de altos escalones. Era aquí donde se sentaban los sacerdotes, diáconos y otros clérigos que celebraban la liturgia. En algunos casos había en el centro del *sýntronos* un asiento más alto para el oficiante (como en la iglesia norte de Avdat). En la iglesia episcopal de Elusa (Halutza, también en el Néguev), se subía al trono o cátedra del obispo por una auténtica escalera de seis escalones (Fig. 37) (hoy vandalizada).

El altar consistía en una mesa sostenida por cuatro pequeñas columnas. La forma de esta mesa del altar podía ser rectangular o semicircular, y su material era generalmente de mármol, aunque también podía ser de piedra local o incluso de madera. En casos excepcionales estaba hecha de oro o plata, como el altar de la iglesia constantiniana del Martyrium en Jerusalén. La bases de altar podían ser cuatro pequeñas losas donde se fijaban las bases de columna, o una losa grande, rectangular con cuatro orificios en las esquinas. En algunos casos, las reliquias de un mártir, guardadas dentro de una caja pequeña, rectangular, el relicario, se colocaban debajo del altar. Pero esto no era la norma, especialmente en las iglesias palestinas. Se encuentran relicarios en diferentes lugares cerca del altar, como en nichos abiertos en los ábsides laterales, o debajo de las escaleras de la cátedra o trono del obispo. En algunas iglesias que eran particularmente visitadas por los peregrinos, se

excavó o construyó una cripta o capilla subterránea debajo del presbiterio y el altar para contener las reliquias de un mártir o santo famoso. Los visitantes podrían tener acceso a la cripta por unas escaleras abiertas en ambos lados del presbiterio. Esta cripta también podía ser llamada un *martyrium*, aunque a veces este término se refiere a toda la iglesia donde se veneraba un santo famoso, como era el caso del "martirio de San Teodoro", al que se refiere a una inscripción en una losa sepulcral en la iglesia sur de Avdat. En Israel, se han descubierto criptas en varias iglesias bizantinas, como la iglesia norte de Ruheibeh en el Néguev central, Horvat Berajot cerca de Gush Etzion, y Abu Hof cerca del Kibbuts Lahav, en el sur de la región llamada Shefelá.



Fig. 37 Podio del trono episcopal en la catedral de Elusa (Halutza), Néguev central, Israel.

Otro elemento en el interior de las iglesias es el ambón (púlpito) para la lectura pública y la instrucción de la gente. Tenía la forma de una pequeña tribuna o plataforma elevada por sobre el nivel del presbiterio, cerca de las esquinas norte o sur de éste último, y cerca del público. El ambón podía ser circular, rectangular o poligonal y generalmente se alzaba sobre pequeñas columnas fijadas en una plataforma sobre el suelo de la iglesia.

También debe hacerse mención del cimborrio, sostenido por cuatro columnas sobre el altar. Los textos antiguos lo mencionan en su descripción de las basílicas más bellas, como la iglesia de la Natividad en Belén durante la época de Constantino. Estas estructuras simbolizaban la bóveda celestial, y todavía podemos admirar algunos de los cimborrios originales, por ejemplo, en la antigua iglesia de Sta. Eufemia de Poreč, en Croacia.

Es en este contexto que debemos recordar la magnífica construcción de Justiniano de Santa Sofía ("la Santa Sabiduría") en Constantinopla, que fue totalmente inspirada por la idea de la bóveda celestial. Ese edificio superó todos antiguos edificios de la Iglesia, tanto en su forma particular como en

sus enormes proporciones. Representa la síntesis de varias ideas arquitectónicas que circulaban en el siglo VI en el mundo bizantino: los elementos pertenecientes al edificio cuadrado rematado por una cúpula (ya presente en el famoso mausoleo de Gala Placidia en Ravenna, del s. V), la basílica longitudinal, las columnas, y la forma cruciforme, todos se combinan armoniosamente en el interior de Santa Sofía.

Un último elemento que se encuentra a menudo en el interior de las basílicas antiguas son las tumbas en el suelo. Suelen distinguirse por los detalles particulares de su cubierta, tal vez una única piedra o losa de mármol exhibiendo un epitafio o inscripción, o algunas losas iguales a las del pavimento, pero colocadas de manera diferente (Fig. 38).

Algunas veces se descubrieron tumbas debajo del presbiterio (como en Beer-Sheva), o en una capilla lateral, pero normalmente están colocadas en la nave y las alas de la iglesia. Los difuntos podían ser clérigos, ciudadanos ricos, o miembros de familias humildes. Muchas iglesias no tienen tumba ninguna. Otras tienen tres o cuatro. Una excepción absoluta en el Oriente es la iglesia de Horvat Karkur ‘Illit, recientemente excavada en el norte del Néguev, que cuenta con no menos de veinte tumbas, dispuestas en cinco filas en el suelo de la nave y las alas (Figueras 2004). El examen antropológico de los restos ha demostrado que los enterrados eran hombres, mujeres, jóvenes, niños y bebés. Sabemos de otros países en el mundo cristiano antiguo y particularmente en África del Norte, de iglesias realmente “cementeriales”, es decir, construidas para servir como lugares de enterramiento. Algunas iglesias monásticas excavadas en Israel también tenían sus criptas funerarias debajo de la iglesia, como veremos.



Fig. 38 Una tumba frente a la capilla norte de la iglesia llamada “Martirio de San Teodoro”, en Avdat, Néguev central, Israel, siglo VI.

EL BAUTISTERIO

Por regla general, el bautismo, el sacramento de iniciación en la vida de la Iglesia, era administrado en el período bizantino en una capilla junto al edificio eclesiástico, o incluso en un edificio separado, erigido con esa finalidad, como los conocidos de Ravenna y de Grado (atrás, Fig. 13). Muy raramente el bautisterio se encuentra dentro del edificio de la iglesia. La capilla bautismal podía ser parte de un anejo a la iglesia, comunicándose con él a través de una puerta. En tiempos antiguos, la comunidad cristiana judía probablemente usó un bautisterio similar al *mikvéh* judío. Dos como estos fueron encontrados en las excavaciones de Nazaret, una en la cripta de la iglesia de San José, el otro cerca de la gruta de la Anunciación. Un tercero está en el Monte Sión, en Jerusalén.

En Israel, las capillas bautismales que datan de la época bizantina son todas rectangulares y muchas tienen un ábside abierto hacia oriente. Están situadas al norte o al sur de la iglesia, (un ejemplo de cada una de ellas puede verse en Shivta) (Fig. 39). Más raramente, la capilla bautismal puede estar en el lado oriental. En Jerash, está situada entre dos iglesias gemelas. Sus medidas pueden variar entre 10.4 x 3.7 metros hasta 10,5 x 6.1 metros. El bautisterio en Monte Nebó es de estas últimas dimensiones. Como las basílicas, pueden tener más de una sola nave, con columnatas. Pueden tener una o dos puertas, una que da a la iglesia y otra al nártex (como en Horvat Karkur ‘Illit). Hay casos en que una de las entradas se abre a un espacio abierto o a la vía pública (Jerash).



Fig. 39 El bautisterio de la iglesia sur de Shivta, Israel, del siglo VI.

En su interior, los bautisterios tenían generalmente un presbiterio, con una *transenna* que separaba la zona donde estaba el clero alrededor de la fuente, semejante al espacio alrededor del altar en las basílicas. Esto permitía una procesión ordenada de los catecúmenos al ir y volver de la fuente. La fuente estaba colocada cerca del ábside, aunque se dejaba normalmente un espacio entre la pared y la fuente. Un pequeño nicho en la pared del ábside servía para contener los objetos necesarios para la ceremonia.

En Palestina, las fuentes podían ser construidas de ladrillos (Eleona en el Monte de los olivos, Amuás, Mampsis y la iglesia norte de Nitzana) o de hormigón (Horvat Karkur ‘Illit), y se las cubría de yeso. Pero en la mayoría de los casos (unos treinta en número, incluyendo algunas de Transjordania) estaban talladas en piedra (Teqoa, Shivta, la iglesia de la Natividad, etc.). En su forma exterior podían ser rectangulares, cuadradas, hexagonales, octogonales, o redondas, mientras que en su interior podían ser redondas, quadrilobes, cruciformes, o irregulares cuando eran dejadas inacabadas (Smakiyeh). La mayoría de ellas se colocaban sobre el pavimento, otras estaban enclavadas en el suelo, así que su altura podía variar mucho (de 1,3 m en Ain el Maamudyeh a 0,24 m en Eleona). Las fuentes con escalones eran probablemente para adultos, mientras que las demás eran más aptas para el bautismo de niños y bebés. Las dimensiones internas varían desde más de 1 m de ancho (Teqoa) a 0,57 m (Jirbet Mird).

El agua generalmente era traída a la fuente bautismal por medio de jarras, pero en algunos casos había un canal tallado en la roca o hecho con piedras fijas que la dirigía desde una fuente cercana, o incluso podía haber un tubo de plomo que conectaba el bautisterio con una cisterna. A veces, un hoyo en suelo de la fuente servía para drenarlo, pero era más normal que la fuente fuera desaguada con tarros. En algunos casos una cavidad en el pavimento parece haber tenido el propósito de recolectar la basura (así en el bautisterio preconstantiniano de Nazaret). Una pequeña cuenca se encuentra a veces cerca de la boca de la fuente, y su uso es un tema de debate. Pudo haber servido para ritos sagrados relacionados con el bautismo, como la unción, pero otros afirman que tenían un uso más prosaico, como para que los catecúmenos lavaran sus pies antes de entrar a la fuente.

Algunos bautisterios tenían un cimborrio montado sobre cuatro columnas (Mampsis), semejante al que había a veces sobre el altar central de la iglesia. Muchos tenían sus muros decorados con pinturas de la escena del bautismo de Jesús. Otros tenían espléndidos pavimentos de mosaico, que podían

exhibir diseños geométricos o figurativos, con temas conectados a las homilías patrísticas acerca del bautismo, como una cruz ondulada que podía representar el 'agua de vida', o 'los árboles de la vida' rodeados de venados y aves. Un pavimento de mosaico, único y extraordinariamente bien conservado, fue descubierto en el bautisterio del Monte Nebó por debajo del mosaico más reciente, que solo tenía motivos geométricos. Los temas que ofrece el más antiguo fueron tomados de la vida mercantil y de peregrinación que tenía aquel lugar en el ajetreado mundo alrededor del memorial de Moisés, sin ningún vínculo directo con el significado del bautismo. Lo más que pueden decirse es que el artista pudo haber tenido en su mente la conversión al cristianismo de los nómadas locales. Su representación en el suelo de la capilla bautismal, con sus caballos y camellos, ciertamente habría atraído sus sencillos gustos. No mucho después de su ejecución, este mosaico fue cubierto con otro más simple, sin figuras humanas ni animales. La razón para este cambio pueden ser las tendencias iconoclastas que fueron introducidas por los conquistadores musulmanes del país después de 632 d.C.

Las inscripciones en mosaico en los bautisterios aluden a los temas de paz, luz y agua. En la iglesia de peregrinos y el monasterio de Kursi, en el lado oriental del lago de Tiberíades, una larga inscripción llama al bautisterio *fotistérion*, que literalmente significa, "lugar de iluminación". Más generalmente, las inscripciones son simples invocaciones religiosas en beneficio de los donantes, y rara vez se registran fechas históricas y nombres relacionados con el edificio del lugar.

LOS MONASTERIOS

Como vimos en el capítulo dedicado al monaquismo antiguo, los orígenes del monacato cristiano no son claros para nosotros. Podemos estar seguros de que hubo una evolución de los primeros grupos de vírgenes y viudas que vivían bajo los auspicios de las iglesias locales y de las diócesis hacia los monasterios cenobíticos bien organizados, incluyendo un período de vida semi-eremítica, particularmente en Egipto. Los monjes de Egipto utilizaron antiguas tumbas y templos abandonados como lugares de habitación. En Palestina, cuevas naturales en las paredes rocosas de los *wadis* proporcionaban a los ermitaños abrigo contra la intemperie. Cuando un grupo de estos ermitaños se establecía en las cercanías de un venerado maestro, pronto se construía una capilla o iglesia central para sus reuniones semanales. En el transcurso del tiempo, anejos y dependencias fueron agregándose a la

iglesia y así fue como se fundó la *laura*. Hasta el día de hoy existen en Israel, Jordania y Siria numerosas ruinas de tales complejos monásticos de la época bizantina. Muy pocos sitios fueron totalmente abandonados, y así las transformaciones y las reparaciones cambiaron su plan primitivo. Otros sitios fueron rehabilitados en el siglo XIX.

De hecho, la interpretación de las ruinas monásticas no siempre es fácil, pero los textos contemporáneos pueden ayudarnos a comprender la función de las diferentes salas. En algunos casos, como en San Eutimio en el desierto de Judea, algunos de los edificios centrales de una *laura* fueron luego transformados en un verdadero *koinobion*, es decir, un monasterio cenobítico. Los planes de dos importantes monasterios son particularmente conocidos hoy gracias a las excavaciones realizadas allí por el Studium Biblicum Franciscanum de Jerusalén. Uno es Bir el-Qutt, cerca de Belén. El otro es Ras Siagha, que habría sido el lugar desde el que Moisés contempló la tierra prometida, en el Monte Nebó. Más recientemente, el monasterio bien conservado de Martyrios fue descubierto por casualidad en la nueva ciudad de Maalé Adumim y excavado por arqueólogos israelíes (Fig. 40), como también el monasterio de Tel Masós, en el norte del Néguev, y el último descubierto junto a Khirbet Hura, en la misma región.

El monasterio georgiano de Bir el-Qutt poseía una iglesia sin columnas y con un simple ábside, una sala de reuniones junto a la iglesia, un patio abierto rectangular (claustro) con pórticos en sus cuatro galerías (una característica rara en los monasterios palestinos), un comedor, una ancha cocina, dos prensas de aceite o vino y varias otras salas de uso incierto, tanto grandes como pequeñas. Mientras que las tumbas de los monjes fueron descubiertas bajo el pavimento de la iglesia y de una capilla más pequeña junto a ella, sus habitaciones todavía no se descubrieron, probablemente porque estarían situadas en el piso superior. El monasterio de la visión de Moisés en el Monte Nebó (atrás, Fig. 24) incluía, en su parte central, una basílica de triple ábside con doble columnata, tres capillas contiguas (una de las cuales era un bautisterio con una inscripción que la designaba como *diakónikon*), un nártex y un atrio rodeado por celdas. Los peregrinos podían alcanzar el santuario a través de un patio y un pasillo hacia el atrio. Alrededor de otros dos patios (*claustra*), fueron construidos más celdas monacales. El padre superior (*hygoúmenos*) tenía su apartamento de doble habitación en el lado norte del atrio, con un "diván" de piedra. Hacia el oeste estaban el comedor y la cocina, con una ventana que se abría entre las dos salas. Hacia el sur fueron

instalados tres hornos y talleres. Hacia el oeste había un pasillo largo, cubierto con dieciocho arcos para sostener un piso superior. Esta parte era probablemente la hospedería para visitantes peregrinos. Varias cisternas, tanto en el interior como fuera (dos de ellas bajo el suelo del atrio), suministraban agua suficiente para las necesidades del gran complejo monástico y centro de peregrinos. Las cercanas cuevas en la ladera de la montaña eran ideales para la cría de animales y fueron arregladas para servir como granjas. Silos de grano, pequeños molinos manuales y grandes piedras de molino operadas por animales fueron encontrados en las amplias habitaciones pavimentadas con mosaicos sencillos. Dos de los hornos (probablemente para la elaboración del pan), eran circulares; el tercero era rectangular.



Fig. 40 Comedor del monasterio de Martyrios en Ma'aléh Adumim, desierto de Judea, siglo VI (Magen 2015:159, Fig. 187).

La colocación de las diferentes partes de los dos monasterios que hemos examinado era ciertamente similar a la mayoría de los monasterios de la Palestina bizantina. Los productos naturales del entorno agrícola podían diferir según la región, y esto dictó también la actividad cotidiana de los monjes. Algunas antiguas ruinas monásticas incluyen piscinas para peces. Los monasterios grandes tenían establos para caballos de monta y de tiro, con típicos pesebres de piedra. Algunas comunidades también poseían establecimientos equipados lejos de sus propias instalaciones. Así la laura de

San Eutimio poseía en Jerusalén un hospicio (*metójion*) para la recepción de peregrinos y en Jericó una instalación agrícola que podía suministrar a otros monasteries todo lo que necesitaban para su trabajo.

Los monasterios occidentales no serían muy diferentes de los orientales. Por ejemplo, la regla de San Benito menciona explícitamente fuentes de inspiración oriental, como las *Colaciones* e *Instituciones* de Juan Casiano, la regla de San Basilio, y las *Vidas de los Padres*. También hace referencias específicas a distintas partes del monasterio, tales como la iglesia (*oratorium*), refectorio, dormitorio, hospedería (con un número suficiente de camas preparadas), biblioteca, taller de escritura (*scriptorium*), bodega, armario común y almacenes para las herramientas. También estipula que "si se puede hacer, que el monasterio esté situado de tal modo que en él se junten todos los elementos necesarios, como el agua, el molino y el jardín, y las diversas artes puedan ser realizadas dentro del monasterio". Benito insiste en la "clausura del monasterio" y también trata de la labor de los monjes en los campos.

Los monasterios benedictinos se apoyaban económicamente en la agricultura, pero la Regla insiste en el desarrollo cultural de los monjes (se daban a cada monje libros para leer y los instrumentos necesarios para la escritura) y subraya la necesidad de realizar cualquier otro trabajo, con la excepción de trabajo manual duro. La norma prevé la presencia de "artífices calificados en el monasterio", cuyos productos debían tener un precio algo más barato que el los de artesanos seglares. Se necesitaban talleres especializados y tal vez una tienda. Por otra parte, la presencia de los niños que eran educados en el monasterio requería sus apartamentos propios. La transformación y la destrucción que sufrieron los antiguos monasterios europeos hacen difícil imaginar cómo eran exactamente. Debemos proceder hasta la Edad Media para poder trazar el plan de un monasterio. Uno plan de monasterio del siglo X se ha conservado en su condición original en St. Gall, Suiza.

DECORACIÓN DE LA IGLESIA

Relieves

Un estudio cuidadoso de la escultura a principios del arte cristiano y bizantino sigue siendo un desideratum en la historia del arte cristiano. La razón de esta brecha puede encontrarse en la falta de material suficiente para realizar una investigación completa y comparativa. Sin embargo, debe

destacarse que no solo el número de las esculturas es extremadamente bajo en comparación con la de relieves, sino que los temas que aparecen en ellas son generalmente diferentes. La mayoría de los relieves representan un tema religioso o fueron ejecutados con una explícita finalidad religiosa (paneles de sarcófagos, canceles de iglesia y bautisterio, cubiertas de evangeliarios, cálices, etc.), pero la mayoría de las esculturas son figuras claramente profanas (retratos, bustos, estatuas de emperadores, etc.). Aunque no fue regla establecida, es sin embargo cierto que, si las tendencias iconoclastas no consiguieron desarraigar el arte figurativo de las iglesias bizantinas en general, su creciente influencia animó las autoridades religiosas a limitar la representación de formas humanas en pinturas y mosaicos. La misma representación fue generalmente prohibida en cuanto a esculturas e incluso relieves. Hasta el día de hoy ésta es todavía la regla en las iglesias bizantinas y en todas las demás iglesias orientales.

Relieves esculpidos, no solo en piedra, sino también en madera, se encuentran en diferentes iglesias antiguas a partir del siglo IV por todo el Imperio. Las puertas de Santa Sabina en Roma (432 d.C.) y de Santa Catalina en el Monte Sinaí (c. 536 d.C.) son los mejores ejemplos conservados de los pocos que han sobrevivido de aquella época. (Las actuales puertas de la iglesia bizantina de la Natividad en Belén datan solo de 1227). En Santa Sabina (s. VI), la decoración de la puerta se divide en paneles pequeños, rectangulares, con escenas bíblicas. La iconografía es ciertamente oriental, pero se desconoce si el trabajo fue hecho en Siria o en Roma por artesanos orientales; la iconografía tiene sus propias particularidades (la escena de la crucifixión no tiene cruces). En Santa Catalina, el ajuste de los paneles tiende a un estilo “arabesco”, y la talla de las figuras es más primitiva.

Dentro de la iglesia, el cancel del presbiterio (*transenna*), losas de piedra o de mármol entre pilares cortos, tuvo sus orígenes entre los romanos, quienes lo utilizaron para lugares tales como piscinas (como en la Probática, la llamada Bethesda y Piscina de las Ovejas, en Jerusalén). Cuando se introdujo en las iglesias, este tipo de balustrada recibió una decoración basada en el simbolismo cristiano. Los capiteles, por ejemplo, podían mostrar una cruz labrada. Las losas estaban a menudo adornadas con un relieve que consistía en una corona de flores alrededor de una cruz o de un par de ciervos flanqueando una cruz (como se puede ver todavía *in situ* en Santa Catalina del Sinaí). A veces el ornamento no estaba trabajado en alto relieve sino en fina perforación, con complicados diseños geométricos o de plantas y frutos

(como en las iglesias de San Vitale de Ravenna y de Horvat Karkur Illit en el Néguev, ambas del siglo VI). A veces, inscripciones acompañaban la decoración de los paneles. En algún caso, las losas de mármol reemplazaron unas placas de madera originales (como en Hebrón). Gracias a una descripción detallada que dio de ello Eusebio (*HE* X, 4, 44) sabemos que éste fue también el caso en la catedral de Tiro (consagrada en 317-318 d.C.).

La mayoría de altares semicirculares estaban adornados a lo largo de sus bordes con una moldura de pequeños arcos, más altos que el resto de la superficie en 2-3 cm. Puede ser que la finalidad de estos arcos fuera evitar que se cayera algo fuera del altar, pero probablemente eran puramente decorativos. De los informes de los antiguos peregrinos sabemos que en las grandes fiestas, los altares eran adornados con tapices y tejidos exquisitos. El *antependium* (pantalla de altar) elaborado en metal precioso, decorado con relieves y esmaltes (como puede verse en la famosa Pala d'Oro de Venecia), no entró en uso hasta épocas posteriores. En cambio, columnas bellamente decoradas con relieves figurativos sosteniendo el cimborrio sobre el altar ha sobrevivido hasta nuestros días a partir del siglo V. Entre las más importantes están las columnas elaboradas del tardío cimborrio de San Marcos de Venecia, con varios anillos de figuras y representaciones de escenas de la vida de Jesús, enmarcadas por pequeños arcos.

También podían aparecer relieves en el pedestal del púlpito (*ambo*), aunque en muchas regiones, como en Oriente, no eran lo suficientemente elevadas como para permitir la completa decoración. Un fragmento de púlpito mal conservado de Tesalónica (siglo VI) representa a la Virgen y el Niño. Un curioso púlpito en la basílica anteriormente pagana de Leptis Magna, en África del Norte, fue decorado con fragmentos de un capitel de orden corintio, reutilizado de un antiguo edificio romano.

Algunos relieves han sobrevivido de cátedras episcopales. Este asiento, el trono del obispo, podía ser de mármol o de madera recubierto con paneles decorativos de marfil. Estaba situado detrás del altar, en el punto central del *sýntronos* pero un poco más elevado que el resto, pues tenía que ser visible a los asistentes a la liturgia. El ejemplo mejor conservado es la silla del obispo Maximiano de Ravenna, de mediados del siglo VI. El estilo de sus relieves figurativos en marfil es griego, y podrían haber sido ejecutados en una de las capitales de provincia de Oriente. Su repertorio iconográfico incluye algunos de los milagros de Jesús, escenas de la vida de José en Egipto, así como sarmientos "habitados" por aves y cuadrúpedos. Este último tema, conocido

por la pintura y los mosaicos bizantinos, también cubre toda la cara de la llamada “Copa de Antioquía”, el cáliz eucarístico de época antigua mejor conservado, elaborado en el siglo V o VI (Fig. 43).

Los sarcófagos esculpidos son particularmente importantes en su iconografía, como vimos arriba. Según su lugar de origen se pueden clasificar en diferentes grupos: 1. Italia, (excluyendo Ravenna), con dos importantes centros en Roma y Milán, Galia, España y norte de África. Están fechados a partir del primer cuarto del siglo III hasta el siglo V. 2. Constantinopla y Asia Menor, a partir del siglo IV. Su estilo es absolutamente homogéneo a pesar de la proximidad geográfica del uno al otro. 3. Ravenna y las regiones dentro de su influencia, que se encontraban a medio camino entre el Occidente latino y el Oriente griego. Su historia se desarrolla ininterrumpidamente, desde finales del siglo IV hasta el VII.

El primer grupo muestra escenas de la salvación del Antiguo y el Nuevo Testamento, como Daniel en la fosa de los leones, el sacrificio de Isaac, Jonás y la ballena, Moisés golpeando la roca, Susana y los dos ancianos, y algunos de los milagros de Jesús. Durante el siglo IV, el panel largo de los sarcófagos y los dos lados pequeños fueron decorados con escenas más desarrolladas, como el cruce del Mar Rojo, escenas de la pasión de Jesús y la cruz triunfal de Cristo. La crucifixión misma estaba notablemente ausente en este período temprano y continuó siéndolo hasta una fecha tan tardía como el siglo VI. Hacia el final del siglo VII, se hizo típica en el arte latino la escena de la *traditio legis* (entrega de la ley) a San Pedro, inspirada en motivos imperiales. El ejemplo más hermoso es el de la iglesia de San Ambrosio de Milán. También aparecen elegantes figuras de la *orans*. El ejemplo más bello es el del sarcófago de Tarragona, en Cataluña (España). Su estilo es muy clásico.

El grupo oriental es menos homogéneo. Los sarcófagos están decorados por sus cuatro costados. Sus temas incluyen ángeles alados y Apóstoles, pero también imitaciones de columnatas de templo que sugieren el motivo de la “mansion eterna” (*domus aeterna*), y Jesús de pie entre dos discípulos. También hay algunas rudas imitaciones de sarcófagos sobre losas de tumba, probablemente mucho más tardías que los sarcófagos.

El tercer grupo tiene una iconografía menos desarrollada que el de la escuela romana. Un motivo frecuente es el de Cristo sentado o de pie entre dos o cuatro Apóstoles, entregando la ley, o predicando. Otras figuras aparecen dentro de pequeños nichos de encuadre. Pero más y más el espacio es ocupado por elementos simbólicos, como ovejas o pavos reales alrededor

de un *crismón* enmarcado en una corona, una cruz sobre el "calvario" flanqueada por el A y Ω, un río que fluye del paraíso, o un vaso, símbolo de la vida, del que brota una vid envolviendo una cruz.

Pinturas murales

Siguiendo la tradición romana, las paredes interiores de un edificio público como una iglesia siempre eran enlucidas y pintadas de diversos colores. La decoración que cubre las paredes de las capillas y tumbas de los ricos en las catacumbas era también común en ciertas partes del interior de la iglesia, ya sea en fresco o en mosaico, particularmente para el ábside y las paredes adyacentes. En contraste con los mosaicos, muy pocos de los frescos han sobrevivido hasta nuestros días. Pero los restos que se han conservado muestran el mismo estilo y los mismos temas que los mosaicos de pared, que serán tratados más adelante.

Uno de los pocos ejemplos de pintura antigua en Oriente aún se pueden observar en el ábside meridional de la iglesia de Shivta, en el Néguev. A pesar de su desgaste por la intemperie, el tema puede determinarse sin lugar a dudas como la Transfiguración de Cristo, y el arreglo de los seis personajes que forman la escena (Jesús de pie entre Moisés y Elías, con los tres discípulos frente a ellos) es casi idéntica a la de la misma escena en el ábside en mosaico de la iglesia de Santa Catalina en el Monte Sinaí. En Occidente, los únicos ejemplos de decoración de la iglesia que han sobrevivido son las de Santa Maria Antiqua en Roma. Las capas de color exteriores parece que datan del siglo VI, y su tema es la Virgen Maria representada como reina, que probablemente se relaciona con la polémica religioso-política contra las pretensiones de Constantinopla. Otros frescos visibles de la misma iglesia datan del siglo VII y seguramente fueron pintados por artistas orientales que huían de las invasiones musulmanas. Sus representaciones, en un estilo bastante helenístico, incluyen la Anunciación, los Siete Hermanos Macabeos junto con su madre, y los Santos Demetrio y Bárbara. Otros frescos de la misma iglesia son de principios del siglo VIII, incluyendo los temas de la adoración de los Magos y una de las primeras representaciones de la crucifixión de Cristo, que sin duda son de estilo oriental.

Mosaicos

El arte del mosaico es muy antiguo y fue utilizado por los griegos y romanos, sobre todo como decoración para pavimentos. Su uso como decoración de la pared se encuentra raramente en palacios, villas y mausoleos

romanos de los primeros siglos cristianos. Sin embargo, desde el reinado de Constantino el Grande, los mosaicos comenzaron a ser considerados más convenientes para la decoración de las paredes, bóveda y ábside de las iglesias, probablemente debido a los efectos especiales del reflejo de la luz de las *teselas*, los pequeños cubos, que eran de cristal.

Para los pavimentos se emplearon principalmente teselas de piedra, puesto que eran más resistentes al desgaste. El juego de la luz en las paredes era un elemento importante en la atmósfera espiritual que se intentaba dar al interior de la basílica. A partir del siglo VI, el fondo sobre el que se destacaban las figuras religiosas se hacía normalmente con teselas doradas. El oro es el color más antiguo, asociado con la representación de Cristo como *Sol Invictus* en la necrópolis de la colina del Vaticano en Roma. Desde el siglo IV, estamos familiarizados con el fondo bastante llano, blanco, de la bóveda del mausoleo de Constantina en Roma (iglesia de Santa Costanza) y el mausoleo de Centcelles cerca de Tarragona, en Cataluña (Fig. 41). Los dos últimos ejemplos son de la época de Constantino, y están llenos de temas tanto paganos como de la naturaleza, como aves y pequeños *putti* o *erotes*. En el siglo V, el fondo de los mosaicos del mausoleo de Gala Placidia en Ravenna fue principalmente el azul oscuro, y así fueron los de la iglesia de San Ambrosio en Milán.



Fig. 41 Uno de los jóvenes hebreos en el horno de Babilonia, de un mausoleo en Centcelles (Cataluña), siglo IV (Museu Nacional Arqueològic de Tarragona, Foto: Albert Saludes).

Nuestro conocimiento de la utilización de mosaicos como pavimentos para los lugares de culto cristiano comienza con la mencionada sala de

oración para sodados romanos en el campamento de Legio, en Israel, a la que sigue el gran pavimento descubierto en Aquileia, en el noreste de Italia, datado del siglo IV (Fig. 42). En él, temas cristianos tan tradicionales como la historia del profeta Jonás y un medallón inscrito que incluye el simbólico *crismón* aparecen al lado de figuras paganas, como un grupo de *putti* en una barca. De otro pavimento de mosaico en Inglaterra, fue preservada la figura de Cristo acompañada de la letras griegas A y Ω.

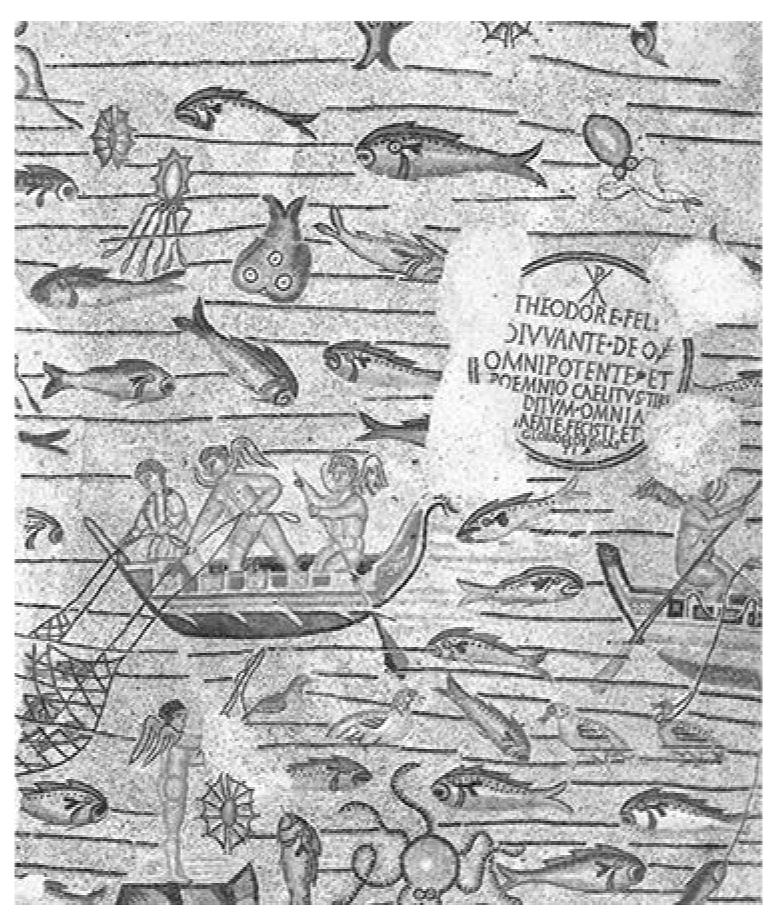


Fig. 42 Detalle de un pavimento de mosaico cristiano-pagano en Aquileia, Italia, del siglo IV. (Foto: Elio e Stefano Ciol snc, Casarsa della Delizia, PN, Italia).

Este uso temprano de símbolos y figuras bíblicas y cristianas en los pavimentos llegó prácticamente a su fin en el año 427, cuando el emperador bizantino Teodosio II emitió una prohibición contra él. Desde entonces, las decoraciones de los pavimentos en mosaicos de iglesias conservadas en el Oriente y en el norte de África o bien son geométricos o muestran escenas de la vida cotidiana y temas de la naturaleza, tales como plantas, árboles, flores, animals, tanto silvestres como domésticos, escenas de caza y labores

agrícolas. Generalmente se admite que detrás de estas representaciones “neutrales” hay un intento de representar la naturaleza y la vida tal como es en la tierra, entre los que todavía esperan la consumación de una redención total en la vida venidera. Por lo general no habría que buscar un mayor simbolismo en las representaciones del pavimento, puesto que la vida en el mundo venidero está representada en las paredes y en el ábside. La decoración de mosaico pavimental debe considerarse como formando parte integrante de la representación cósmica que incluye a Dios mismo (representado en Cristo como *Pantocrátor*, juez divino de toda la humanidad), su corte celestial, los mártires y los santos que ya disfrutan de los frutos de la redención en un mundo invisible, y aquellos que todavía están viviendo en este mundo, pero esperan la vida venidera.

Las personas representadas en el pavimento de la iglesia son aquellas que viven en el mundo natural creado por Dios y que son por ello capaces de alabar a Dios por sus generosos dones, y que vienen a la iglesia para ofrecerle los frutos que han recibido de Él. Esta idea está representada en muchos de los mosaicos del suelo. Pero, al igual que en la primera expresión artística de las catacumbas, hasta bien entrada la era bizantina a menudo los cristianos encontraron inspiración en las tradicionales representaciones paganas de los elementos naturales. El sol, la luna, la tierra, el mar, los meses y las estaciones habían sido personificados en el antiguo arte griego y romano, e incluso eran considerados como seres divinos. Por esta razón no debería sorprendernos descubrirlos en los pavimentos de varias iglesias bizantinas en el Medio Oriente. En las dos iglesias en el Monte Nebó, la figura personificada de la tierra fue representada en el centro del mosaico con los atributos de la diosa Gué (o Gaia), flanqueada por sus dos sirvientes, los *karpoi*, los genios de los frutos, que le ofrecen una cesta llena de fruta. En la iglesia recientemente excavada en Petra, junto con las figuras de dos estaciones y la del dios del mar, *Océano*, aparece una representación similar de la tierra. En una iglesia de Mádaba, también en Transjordania, aparece en un medallón central en el mosaico con el busto de *Thálasa*, la personificación del mar bajo los atributos de *Tetis*, la diosa del mar. En un monasterio de la antigua Escitópolis o Beth Sheán, el pavimento de una gran sala o patio tiene como tema principal la rueda del tiempo en dos círculos concéntricos. El más pequeño tiene en el interior las figuras del sol y la luna representados como los dioses griegos *Helios* y *Selene*, y el círculo externo muestra las personificaciones de los doce meses. Una capilla en Jerusalén, como ya

mencionamos, tenía en su mosaico (hoy en el museo arqueológico de Istanbul) la figura sentada de *Orfeo* rodeado de animales y teniendo bajo sus pies las figuras de pie de un centauro y el dios salvaje, *Pan*. Se podrían ofrecer más ejemplos, pero estos son suficientes para convencernos de que, teniendo el arte cristiano sus raíces en la tradición artística de griegos y romanos, se servía de elementos iconográficos paganos en su origen pero que expresaban alegóricamente la idea de la energía cósmica de Dios como único dador de la vida.

En algunos casos, el origen pagano de motivos específicos no es tan obvio, pero sin embargo los estudiosos han sugerido también para ellos el mismo fondo mitológico. Así, por ejemplo, se atribuye a menudo un origen dionisíaco a los frecuentes temas de los sarmientos de una fructífera vid, de los lagares, y otros motivos relacionados con ellos. Eran utilizados como símbolos alegóricos de la abundancia de vida en la tierra y de la expectativa de vida eterna en la felicidad del Paraíso. La vida eterna también fue simbolizada por la mitológica ave Fénix, representada en el mosaico de la iglesia de Hauarte en Siria entre muchos otros animales alrededor de la figura de Adán, que aparece sentado solemnemente, como imitando a Orfeo.

A pesar de la riqueza del repertorio iconográfico de los pavimentos de mosaico, los temas bíblicos son muy escasos. Estos, como dijimos antes, fueron preservados para las decoraciones de pared. Pero la relación evidente entre la liturgia celebrada en la iglesia, el culto celebrado en el Templo de Jerusalén, y la liturgia eterna alrededor del trono de Dios en el cielo, se expresó a veces con textos bíblicos inscritos en los mosaicos, y también con la representación de temas relacionados con los sacrificios en el Templo de Jerusalén. Una representación esquemática del Templo se encuentra en el mosaico de la capilla de la *Theotocos* en la iglesia de Moisés en el Monte Nebó, en Jordania. Una inscripción frecuente en el mosaico del pavimento cerca de la entrada principal en las iglesias es tomada del Salmo117:20 según la LXX. Otras inscripciones incluyen solo las alusiones bíblicas, pero son lo bastante claras como para ayudarnos a captar el significado espiritual de los temas, no solo los neutrales sino incluso los mitológicos. Así, por ejemplo, la inscripción alrededor de la mencionada representación de la diosa Tetis/Thálasa incluye una alusión a Salmo 145:6.

Debe hacerse una mención especial del famoso mapa de Mádaba, un pavimento de mosaico fragmentario de una iglesia bizantina del siglo VI que representa parte del norte de Egipto y de la Tierra Santa. A pesar de su

presentación esquemática, contiene una serie de detalles pertinentes relativos a la geografía histórica y la topografía de la región. Jerusalén se expone con gran detalle (véase atrás, Fig. 10). Otras representaciones de ciudades fueron descubiertas en varios mosaicos de pavimento, particularmente en el de la iglesia de San Esteban de Um er-Rasás (Kastron Mephaa) en Jordania, que exhibe un ancho marco con la representación de no menos de catorce ciudades, de Egipto, Israel y Jordania.

Los mosaicos también se emplearon para decorar los ábsides y paredes de muchas iglesias en los períodos paleocristianos y bizantinos, aunque se han conservado pocos restos de estos tesoros artísticos. Los mejores ejemplos sobrevivieron en Roma, Ravenna (Italia), Tesalónica (Grecia), Poreč (Croacia), Constantinopla (Turquía) y el Monte Sinaí (Egipto). Los rasgos estilísticos cambiaron de un carácter más bien natural, realista y clásico (que todavía vemos en los mosaicos de Sta. Maria Maggiore en Roma), a un aspecto más oriental, frontal, estático y simétrico en los mosaicos de las iglesias y bautisterios de Teodorico y de Justiniano en Ravenna. Típico de la mayoría de estos mosaicos es el fondo dorado, del que destacan las figuras de santos y ángeles. La mayoría de los temas representados están tomados del Antiguo y del Nuevo Testamento, y su colocación en el interior de la iglesia corresponde a un plan bien estructurado. Algunas de las escenas y figuras representadas son más históricas, otras más alegóricas. Del siglo VI poseemos una descripción detallada de la decoración interior de la iglesia de San Sergio en Gaza por el rétor Coriquio. Mientras que los tres ábsides y la cúpula central estaban cubiertos de mosaicos, las paredes norte y sur estaban decoradas con pinturas. En el ábside central aparecía la figura de Maria con el niño Jesús en sus brazos. Las pinturas murales mostraban una serie de milagros de Jesús según el Nuevo Testamento, con algunos detalles tomados de los Evangelios Apócrifos. Este programa estaba en completo acuerdo con la opinión expresada por algunos Padres de la Iglesia, como el monje del siglo V, Nilo del Sinaí, que la decoración de las paredes de las iglesias debe ser instructiva para las personas, con escenas edificantes del Antiguo y el Nuevo Testamento, en lugar de mostrar una multitud de animales corriendo a través de inútiles escenas de caza (Nilo Sinaíta, *Ep*. IV, 61, PG 79:577).

ARTES MENORES

Manuscritos

Como se mencionó anteriormente, se han conservado manuscritos

iluminados de la época bizantina, particularmente volúmenes bíblicos, es decir, códices elaborados con la finalidad de ser leídos públicamente en las iglesias. Entre los más antiguos están el *Génesis de Viena* y el *Códice Rosano*, un evangeliario atribuido al siglo VI. La mayoría de los otros manuscritos bíblicos iluminados de tradición bizantina (octateucos, salterios, evangeliarios y libros del Apocalipsis), son tan tardíos como los siglos XI y XII, aunque algunos de ellos atestiguan el estilo helenístico de originales mucho más antiguos que eran copiados una y otra vez, como el llamado *Salterio de París*.

Los libros de la Biblia más escogidos para la iluminación eran, naturalmente, los libros históricos del Antiguo Testamento y los Evangelios. Es en ellos que se desarrolla la entera historia sagrada de la redención del hombre, desde el momento de la creación de Adán hasta el descenso del Espíritu Santo sobre los Apóstoles. El carácter principal de esta maravillosa y dramática historia es, por supuesto, Dios en su gloria y poder. En completo contraste con la tradición artística judía, los cristianos no tenía ningún problema en representarlo con el rostro humano en el que apareció en el mundo, implicándose directamente en la historia humana. El Dios invisible vistió la imagen humana en Jesús el Mesías, y con la misma imagen pintaron a Dios creando la humanidad o apareciéndose a patriarcas y profetas. Claramente, estas primeras pinturas cristianas de historias del Antiguo Testamento no se basan en ninguna antigua tradición judía en lo que respecta a la iluminación de las Sagradas Escrituras. En una famosa página del *Génesis Grandval-Moutier*, el artista representa la historia de la creación de Adán y Eva, su vida en el jardín del Edén, así como su pecado y su expulsión, en pinturas en miniatura unidas por una cinta pintada. En estas pinturas el artista representó a Dios de manera muy semejante a como aparece Jesús en el mosaico de Santa Maria Maggiore de Roma y en San Vitale de Ravenna. Estas pinturas en miniatura no fueron pensadas exclusivamente para la decoración, sino particularmente para la instrucción, lo mismo que las pinturas murales en las iglesias. Según los Padres de la Iglesia, aquellas pinturas eran la Biblia de los analfabetos, los más simples entre la gente.

De la tradición oriental han sobrevivido una importante colección de Evangelios iluminados. El más importante de ellos se asocia con Rábulas, un monje sirio, del 586 d.C. Estas pinturas se caracterizan por su majestad y simetría, y son muy similares a algunos de los grabados sobre las "ámpulas de Monza" (véase la sección siguiente), como el de la Ascensión de Jesús al

cielo (atrás, Fig. 17). Asimismo, se encuentra allí una de las más antiguas miniaturas representando la crucifixión de Jesús, en la que aparece vestido con una larga túnica morada, sin señales de sufrimiento. El estilo de estas pinturas no es homogéneo, y entre los varios artistas implicados, las manos de al menos dos son fácilmente identificables.

La mayoría de las Biblias iluminadas que sobrevivieron hasta nuestros días de las iglesias occidentales está asociada con el renacimiento carolingio, a partir del siglo VIII. En aquel tiempo se sentía la necesidad de textos bíblicos y litúrgicos fieles. Es por ello que Alcuino de York, una personalidad dinámica entre los eclesiásticos educados y artísticos de la corte de Carlomagno, fue designado para la tarea de preparar una copia exacta de las Escrituras. Cada vez que se erigía una iglesia nueva, se le ofrecía un nuevo libro de los Evangelios. Rápidamente surgieron las escuelas de arte de las ciudades de Aquisgrán (Aachen), Rheims, Tours y Metz. Cada escuela tan tenía su propio estilo particular, porque consideraba y reinterpretaba la influencia de tradiciones muy variadas, entre ellas la del arte bizantino. De una manera fundamental, podríamos decir que la mayor parte de las obras de arte de la época de Carlomagno se inspiraban en Roma y en los tesoros artísticos paleocristianos en general.

Incluso antes del renacimiento carolingio, el cristianismo irlandés, con toda su vitalidad, había proporcionado un número de ejemplos notables de libros iluminados en el mismo período, en un estilo y un espíritu diferentes y de manera totalmente independiente. Las pinturas irlandesas se arraigaban en la tradición céltica prerromana, cuya característica más importante era el entrelazo de los motivos. Las primeras letras de los títulos estaban adornadas con carretes de encaje y con giros de intrincadas celosías que formaban formas, cabezas de animales y sus colas. Por lo general, la figura humana es rara, y cuando aparece al principio de una serie de libros, su forma es simétrica y no realista, y casi parece como si formase parte del marco de adorno. Los pliegues entretejidos que cubren la figura vienen a formar parte de los motivos entretejidos. Este es el caso incluso en el modo en que aparecen los Evangelistas y Jesús en la mayoría de los manuscritos irlandeses, como puede verse en el *Libro de Durrow*, del siglo VII, y en el *Libro de Kells*, del siglo VIII.

Objetos de metal

Algunos de los elementos utilizados en los rituales litúrgicos en las Iglesias occidental y oriental estaban hechos de metal. Entre ellos están los

crucifijos procesionales, cálices para la cena eucarística, cofres para hostias consagradas, incensarios y todo lo relativo a ellos, lámparas de aceite, portadas de libros y relicarios. Estos artículos estaban hechos de oro, plata o bronce, la mayoría de decorados con diversas técnicas, especialmente con bajo y alto relieve, pero también con finos filamentos de metal, placas de oro y de marfil, o piedras preciosas. En la mayoría de los casos aparecen figuras en estos adornos, siendo su estilo y su temática similar a los del arte monumental.

El más célebre de estos objetos es el cáliz de Antioquía antes mencionado. Este cáliz está decorado con un relieve que lo cubre todo, semejante a sarmientos de vid en forma de medallones (Fig. 43). De estos sarmientos cuelgan racimos de uvas, y en los espacios abiertos vuelan los pájaros. Dos medallones rodean la imagen de Cristo, sentado y enseñando a sus Apóstoles, y los demás medallones representan a un hombre también sentado. Es seguramente la imagen del apóstol Pablo o tal vez de un profeta.

Piezas artísticas de metal no menos famosas son las “Ámpulas de Monza”, una colección de dieciséis pequeñas vasijas o frascos que llevan una decoración en uno de los dos lados anchos. Antiguos peregrinos occidentales trajeron estas vasijas de Tierra Santa como recuerdos, llenas de aceite bendito, vasijas que se conservan hoy en la colección de la catedral de Monza, cerca de Milán. Frascos similares, de plomo, fueron descubiertos en el monasterio de Bobbio, también en el norte de Italia. Estas pequeñas botellas de peregrino datan de los siglos VI o VII. Su decoración consiste en relieves que representan acontecimientos del Nuevo Testamento que tuvieron lugar en Tierra Santa, cada uno con una corta inscripción, como: “Aceite del árbol de la vida (la cruz) de los lugares santos de Cristo”. Estos pequeños relieves tienen gran valor histórico en cuanto a la investigación de la historia del arte monumental bizantina en la tierra de Israel, porque en ellas se muestran pinturas y mosaicos que un tiempo decoraban las basílicas locales. En Italia y otros países, especialmente del norte de África, se han encontrado muchos objetos semejantes de la misma procedencia, pero todos hechos de cerámica.



Fig. 43 Cáliz de plata para la celebración de la Eucaristía. Antioquía, siglo sexto (Metropolitan Museum, Nueva York).

Los relicarios, pequeños recipientes para la conservación de los huesos de santos y mártires, se encuentran con mayor frecuencia en Occidente. Entre los más antiguos, del siglo IV, está el descubierto en la iglesia de San Nazzaro de Milán, con representaciones de acontecimientos bíblicos. Más tarde, en el período carolingio, la tradición de relicarios ricamente decorados se desarrolló todavía más, consistiendo en una caja de madera cubierta con exquisitez artística que combinaba filigranas, placas de oro batido, gemas y esmalte *cloisonné*.

Marfiles

La mayoría de las placas de marfil existentes grabadas en alto relieve con temas cristianos pertenecen a la categoría de dípticos y trípticos, piezas de arte sacro que se despliegan en dos o tres hojas, que se daban como regalos de felicitación a familias o individuos de noble rango con motivo de diversos eventos felices. Esto había sido una costumbre pagana romana antes de ser adoptado por los emperadores cristianos en los siglos IV y V. Las placas grabadas eran asimismo utilizadas como decoraciones para libros litúrgicos y cruces procesionales en la iglesia, así como para arcas personales entre los

adinerados. Tan tarde como el siglo IX, placas de marfil decoradas todavía se producían tanto en Oriente como en Occidente con bastante independencia de estilo, aunque ambos tipos eran abiertamente deudores al arte clásico.

Junto con la representación de nobles y emperadores en los marfiles cristianos conservados más antiguos (mezclados a veces con motivos tradicionales paganos), la iconografía cristiana de las placas representa escenas y figuras del Nuevo Testamento que aparecen también en otros monumentos de la época, como sarcófagos. En ambos podemos observar un cierto contraste entre la nobleza del estilo clásico y el drama de las escenas representadas, como el arresto de Jesús y su presentación ante Pilato. En algunos marfiles orientales, en particular, los motivos cristianos no constituyen el tema principal. En un famoso díptico del emperador Justiniano, Jesús aparece bendiciéndole desde arriba, sostenido por dos ángeles. En otros dípticos encontramos a Cristo entronizado en un lado y a la Virgen María con el niño Jesús en el otro.

El grupo más notable de las placas de marfil cristianas es el que cubre el entero trono de madera de Maximiano, obispo de Ravenna (546-553). Los cuatro Evangelistas, Juan Bautista, escenas de la vida de Jesús, la historia de José en Egipto, vides "habitadas" por aves y cuadrúpedos recuerdan los mejores mosaicos monumentales y los manuscritos de la época. La mayoría de las figuras humanas están representadas como antiguos filósofos, y el estilo de la entera composición es griego.

De una época posterior, es particularmente digna de atención una placa de marfil que figura la Ascensión de Jesús, o mejor dicho el grupo de los discípulos de Jesús con María, la cara vuelta hacia arriba y sus manos apuntando en la misma dirección (Fig. 44). Esta pieza se produjo probablemente en la escuela de Carlomagno. Es una composición dramática, típicamente bizantina en espíritu, pero matizada por la elegancia clásica de los pliegues de las larga túnicas.

Iconos

Los iconos son de gran importancia, dada la popularidad que adquirieron en el curso de los siglos, particularmente en la Iglesia oriental. La supervivencia del arte cristiano durante el período iconoclasta (726-843) fue facilitada gracias a estas pinturas pequeñas, portables. El icono es un término general griego para "imagen". Pero en la historia del arte, ha sido utilizado para designar la pintura cristiana de temas religiosos en un pequeño cuadro de madera.



Fig. 44 Ascensión de Jesús, marfil carolingio del siglo IX (Hessisches Landesmuseum (Darmstadt, Alemania, foto: Wolfgang Fuhrmannek).

Los orígenes de los iconos son desconocidos, pero generalmente se cree que se originaron de los retratos pintados en pequeños paneles de madera y colocado sobre la cara de las momias en el período romano tardío en Egipto, especialmente en la región de Fayum, en el alto Egipto. Sus características estilísticas y técnicas dan testimonio del gran éxito que tuvo el arte de la pintura de retratos, en la que los pintores trataron de ser lo más realistas posible y trabajaron en "encáustica", es decir, mezclando los pigmentos con cera caliente. Esta mezcla da estabilidad a los colores, preservando las pinturas del descoloramiento en el transcurso del tiempo. Los cristianos heredaron esta tradición, pintando imágenes de Jesús, María, Apóstoles y mártires en "encáustica" sobre paneles de madera. Los más antiguos de estos cuadros se encuentra en el monasterio de Santa Catalina en el Sinaí, que posee la más importante colección de iconos, comenzando en el siglo VI y continuando por toda la Edad Media. Aunque algunos de ellos puedan haber

sido producidos localmente, la mayoría son regalos recibidos de todas partes del mundo cristiano a través de los siglos. Es por ello que su estilo es muy variado. Los más antiguos exhiben imágenes humanas con tendencias típicas orientales, tales como la simetría, la frontalidad y uno ojos enormes que miran fijamente. En el icono que representa a Jesús colocando su mano derecha sobre el hombro de San Menas (atrás, Fig. 27) podemos darnos cuenta de la falta de proporciones del cuerpo humano, típico del estilo copto. Sin embargo, poco menos del mismo período, un icono que representa el rostro de San Pedro muestra toda la belleza realista que se encuentra en los retratos de Fayum.

Los iconos más tardíos también pueden representar eventos del evangelio o escenas imaginarias, como los monjes subiendo hacia el cielo por la peligrosa escalera simbólica descrita por Juan Clímaco, un monje del Sinaí que vivió en el siglo VIII. Otros muestran imágenes complejas, como el Juicio Final con todos los elementos tradicionales, comenzando por Jesús entronizado como juez supremo, la escena de intercesión (*déisis*), la vista del pobre Lázaro en el seno de Abraham, pasando por el grupo de los bienaventurados yendo al cielo y el grupo de los condenados en el infierno, torturados por un sinnúmero de demonios. Todos estos y otros particulares están pintados con el máximo detalle.

El uso de los iconos vino a ser particularmente apreciado en países que recibieron el cristianismo de la antigua iglesia bizantina, como Rusia. Iconos famosos, como "Nuestra Señora de Vladimir", representando a la Virgen María con el niño Jesús (c. 1125), fueron producidos en Constantinopla y desde allí exportados a los países eslavos, donde más adelante se desarrollaron nuevas escuelas de pintura de iconos.

Tejidos

A pesar de su frágil material, ha sobrevivido una interesante colección de tejidos antiguos que llevan temas cristianos, particularmente en Egipto. Éstos pertenecen a la tradición copta, que se desarrolló con una cierta independencia de los bizantinos, pero que se les asemeja en muchos sentidos. Entre las características únicas del arte copto, está la absoluta falta de perspectiva y un apego a los antiguos temas paganos de la mitología clásica. Es probable que detrás de estos temas se encuentre una intención espiritual, porque muchos de ellos pueden interpretarse en un sentido cristiano. Así, el nacimiento de Afrodita, emergiendo desnuda de una concha y rodeada por ninfas del mar (*Nereidas*), es posiblemente una alegoría de la purificación del

alma en las aguas del bautismo. Temas similares también ocurren en relieves coptos, como los capiteles de piedra. Desde los siglos V al IX, encontramos en tejidos y relieves el uso del *ankh*, un antiguo símbolo egipcio que representa la vida y que aparece a menudo en vez de la Cruz, tan apreciada por los bizantinos. Sin embargo, los temas de muchos tejidos coptos son típicamente cristianos, que representan escenas bíblicas no solo simples, como la Anunciación y la Visitación, con solo unas pocas personas presentes, sino también más complicados, como la Última Cena. El fondo de estas composiciones consiste en un color muy oscuro, sobre el cual se colocan las figuras en colores más brillantes.

Estos tejidos coptos, muchos de los cuales son telas de seda bordada, probablemente fueron utilizados para las ceremonias litúrgicas. De otras partes del mundo bizantino, como Constantinopla, otros fragmentos de tejidos fueron recuperados, normalmente encontrados en tumbas donde envolvían los cuerpos de emperadores, obispos y santos. Algunos de estos fragmentos están hechos de seda pura, y la mayoría de sus decoraciones revela la influencia persa, con temas tan típicos como animales siendo cazados, aislados en medallones.

RESUMEN Y CONCLUSIONES

El arte cristiano es una expresión natural de la fe cristiana, aunque no dejó rastros durante los primeros ciento cincuenta años de su existencia debido a las difíciles circunstancias de persecución y de pobreza que experimentaban la mayoría de los cristianos. Los restos más antiguos de pinturas cristianas se encuentran en las catacumbas romanas. Son decoraciones de la tumba, cuyos temas están en su mayoría vinculados a la fe en la salvación, en el poder de Jesús de resucitar los cuerpos de los creyentes en el último día y rescatar sus almas del castigo eterno. Algunas escenas representan los milagros de Jesús tal como se describen en los Evangelios, mientras que otras son motivos que fueron considerados como tipos de la redención traída por Cristo a sus creyentes y figuras del Antiguo Testamento. Símbolos cristianos como la *orans*, el pez y el *crismón* también hacen sus primeras apariciones en las pinturas de las catacumbas y en los relieves de los sarcófagos de piedra. La relación entre el arte cristiano primitivo y el arte judío fue la de una mutua influencia, pero nada prueba la existencia de un arte judío figurativo desarrollado que los cristianos hubieran podido imitar.

Los primeros cristianos no construyeron iglesias y sus reuniones se

celebraban en casas particulares, conocidas como la *domus ecclesia* (casa iglesia). Edificios construidos con el propósito expreso de servir al culto cristiano existieron probablemente antes del final del siglo III, pero no surgió el uso de la basílica hasta el período de la paz otorgado por el emperador Constantino a la Iglesia. La basílica estaba normalmente orientada hacia levante y tenía una estructura interna tripartita. Una zona vallada que se elevaba con escalones en el lado oriental frente al ábside central, la *bema* o presbiterio, estaba reservada al clero. Sacerdotes y diáconos podían sentarse en el *sýntronos* o estar de pie alrededor del altar, que era generalmente una mesa de piedra sobre la que se celebraba el sacramento de la eucaristía. El pavimento de la iglesia podía estar decorado con mosaicos de piedra, mientras que las paredes y el ábside lo eran con mosaicos de vidrio o con pinturas murales. La mayoría de las iglesias estaban ricamente decoradas y han sobrevivido muchos mosaicos de pavimento, mientras que la mayoría de los mosaicos de pared y ábside ya no existen, como tampoco las pinturas. La iconografía de estas pinturas y mosaicos era una expresión gráfica de la Iglesia como microcosmos: en el ábside, que significaba la bóveda celeste, estaba representado Dios mismo, ya sea en la figura de Cristo o con el símbolo más a menudo asociado con Él, la Cruz. En las paredes, no solo se muestran escenas del Antiguo y Nuevo Testamento, sino también la corte celestial: los ángeles, los mártires y los santos. En los mosaicos del suelo, por el contrario, es habitual encontrar animales y plantas, hombres y mujeres que viven en este mundo, labores agrícolas y escenas de caza. En algunos mosaicos de suelo, los elementos de la naturaleza, la tierra, el mar y las estaciones del año, aparecen personificados, como era habitual en contextos paganos.

Otras partes de la iglesia, como los paneles de mármol o piedra caliza del vallado, estaban decoradas con relieves, y así lo eran también los sarcófagos. Objetos fabricados para ser usados en el culto fueron decorados con diversas técnicas y hechos a mano con todo tipo de materiales. Cálices eucarísticos, cruces procesionales, cubiertas de libros y relicarios muestran a menudo una maravillosa orfebrería. Los relieves de placas de marfil en dípticos y trípticos y en las cubiertas de libros y arcas, atestiguan la continuación de la tradición clásica que había sido puesta al servicio de los intereses cristianos. Aunque bien pocos tejidos han sobrevivido, aquellos que tenemos, especialmente de Egipto, revelan otras tendencias e influencias artísticas. Libros en forma de códices manuscritos sobre pergamino para la lectura pública en las iglesias

fueron iluminados con pinturas en miniatura ya desde el siglo IV, especialmente para ilustrar los pasajes narrativos de la Biblia. El estilo de estas miniaturas puede variar mucho, empezando por el manuscrito sirio y otros de los siglos V y VI, y continuando con el arte insular de los monasterios irlandeses del siglo VII y las escuelas de arte carolingias en la Europa del siglo IX.

APÉNDICES

Contenido:

GLOSARIO DE NOMBRES Y TÉRMINOS

Aachen

También llamada Aquisgrán, ciudad de Alemania junto a la frontera holandesa.

Abercio

Obispo de la ciudad de Hierápolis en Asia Menor. Autor de un famoso epitafio que fue grabado en su tumba alrededor de 200 d.C.

Abiatene

Ciudad de África del Norte, cerca de Cartago.

Ábside

Estructura arquitectónica en forma de media bóveda. Aparece detrás del altar central en la mayoría de las antiguas iglesias.

Abu Baker

Suegro del profeta islámico Mahoma y primer califa musulmán tras la muerte de Mahoma.

Acción de Gracias

Uno de los rollos de Qumrán que contiene cantos de acción de gracias. Parecen haber sido escritos por los fundadores de la secta que habitaron allí.

Actas

Las actas de los mártires (*acta*, en latín), informes oficiales de juicios romanos contra los cristianos y relatos de sus martirios.

Adriano

Emperador romano durante el período de la revuelta de Bar Kojba (76-

138).

Adrianópolis
Ciudad de Turquía, hoy llamada Edirne, cerca de la frontera con Grecia y Bulgaria, donde las fuerzas del Imperio Romano de Oriente fueron derrotadas por los Godos en 386.

Afraates
El primero de los Padres de la Iglesia sirios, nacido a comienzos del siglo IV.

Africa
Provincia romana de Africa Proconsularis del norte de África, la moderna Túnez.

Agadá
Término arameo referente a la interpretación bíblica de los antiguos sabios judíos. Las *agadot* se conservan en la literatura *midráshica*.

Ágape
Término griego por “amor incondicional”. Nombre dado a la comida de hermandad que era compartida por los primeros cristianos.

Agnosticismo nominalístico
Teoría filosófica que niega la existencia de términos generales.

Agripa II
Hijo de Agripa I, educado en Roma, fue el último rey de la casa de Herodes. Nombrado tetrarca de Galilea, apoyó a los romanos durante la rebelión judía (65-73) y fue superintendente del Templo de Jerusalén (27/28-93/94 d.C.).

Agustín de Hipona
Padre de la Iglesia y obispo de la ciudad de Hipona en África del Norte (354-430).

Ahura Mazda
El dios supremo del zoroastrismo.

Akiba

Rabino y místico de la época Tanaítica. Fue asesinado por los romanos (50-135 d.C.).

Alamanes

Pueblo germánico mencionado por autores latinos como habiendo peleado contra los invasores romanos desde el siglo III al siglo V. Fueron conquistados por Clodoveo I, rey de los francos, en 496.

Alanos

Tribu bárbara de origen iraní que se asentó en Escitia en el siglo IV a.C. y más tarde fue conquistado por los Hunos. Obligados a emigrar hacia el Cáucaso, reemergieron en Osetia, Georgia y Rusia meridional de hoy. Parte de ellos se alió con los Vándalos y Suevos para cruzar a España en 409 d.C.

Alarico I

Rey de los Visigodos de 395–410, sucesivamente aliado y enemigo de Roma. Su saqueo de Roma en 410 marcó el declive del Imperio Romano.

Al-Azariyah

Nombre árabe de Betania, la aldea en la que habitaban Marta, María y Lázaro, al este de Jerusalén.

Alcuino de York

Monje benedictino y distinguido escritor, consejero de Carlomagno (735-804).

Alejandro Magno

Rey de Macedonia. Conquistó el Imperio Persa, de Asia Menor a la Mesopotamia, incluyendo la tierra de Israel y Egipto (356-323 a.C.).

Alejandría

Fundada por Alejandro Magno en el 331 a.C. en Egipto, esta ciudad se convirtió en el centro más importante de la cultura, filosofía y literatura helenísticas, de gran interés para el judaísmo y el cristianismo.

Alegorías

Personas, acciones o historias simbólicamente tratadas en la literatura y el arte como representaciones de conceptos, ideas o mensajes de una manera concreta y figurativa.

Altar
Mesa sobre la cual se celebra la Cena del Señor, así llamada en todas las iglesias antiguas.

Ambón
El púlpito del predicador en las iglesias.

Ambrosiano
Término utilizado para designar la música eclesiástica y la liturgia peculiar de la diócesis de Milán, relacionadas con el nombre de San Ambrosio.

Ambrosio
Obispo de Milán, santo, y Padre de la Iglesia (339-397).

Amón
Dios supremo del antiguo Egipto.

Amoraim
Rabinos famosos que vivieron en el período de la composición del Talmud (siglos III a V).

Amuás
Del antiguo nombre Emaús. Aldea árabe cerca de Latrún, en Israel, completamente destruida en la guerra de 1967.

Anáfora
Plegaria eucarística de las liturgias orientales, correspondiente al canon de la Misa latina.

Anáfora de Serapión
Anáfora que, según la tradición, fue compuesta por el monje Serapión de Tmuis en el siglo IV.

Anat

Diosa cananea.

Anglos

Tribu bárbara que llegó del actual estado de Schleswig-Holstein en el norte de Alemania al sudeste de Inglaterra en 440 d.C., extendiéndose gradualmente por el norte y el oeste de la isla británica.

Angra Mainyu

El espíritu maligno en la mitología persa.

Aniceto

Obispo de Roma (155-166), murió mártir.

Anónimo de Piacenza

Peregrino italiano que visitó la Tierra Santa hacia el año 585 y documentó sus experiencias en un célebre diario.

antependium

Un panel de madera sobre el cual puede haber una imagen o un bajorrelieve de metal que adorna la parte delantera del altar en las iglesias europeas desde la Edad Media.

Anticristo

(“el enemigo de Cristo”). Personaje negativo que, según el Nuevo Testamento resistirá la victoria de Cristo sobre las fuerzas del mal en el final del tiempo (2 Ts. 2:3,7; 1 Jn. 2:18; 2 Jn. 7).

Antioquía

Capital de la provincia Siria de los Imperios Romano y Bizantino y sede del patriarca de Antioquía. Hoy, Antakya, en el sudeste de Turquía.

Antioquía de Pisidia

Ciudad griega situada al norte de la actual Yalvac en el sur de Turquía. El apóstol Pablo habló en su sinagoga (Hch. 13: 13-51).

Antipas

Hijo de Herodes el Grande. Nombrado rey (“tetrarca”) de la Galilea y de

Perea (en Transjordania) después de la muerte de su padre (4 a.C.-39 d.C.).

Antitheses
Libro escrito por Marción, que contiene las “contradicciones” encontradas por él entre los dos Testamentos.

Antonino Pío
Emperador romano (138-161 CE).

Antonio
San Antonio Abad, monje egipcio considerado como el fundador del monaquismo cristiano (250-350).

Apocalipsis
Palabra griega que significa “revelación”.

Apocalipsis de Baruc
Una obra apócrifa judía.

Apocalipsis de Pedro
Una obra apócrifa cristiana.

Apocalíptico
Relativo al fin del mundo.

Apocatástasis
Término griego relativo a la doctrina de que en el fin del mundo todos los hombres, los ángeles y los espíritus se salvarán.

Apócrifo
Libro judío o cristiano falsamente atribuido a una persona bíblica, como habiendo sido divinamente inspirado. La mayoría de los libros apócrifos fueron escritos en el estilo apocalíptico, refiriéndose al final de los días.

Apolo
Dios de la guerra, las artes y la verdad entre los griegos y romanos.

Apologético

Relacionado con la defensa del cristianismo en los primeros siglos.

Apologetas, apologistas

Padres de la Iglesia que escribieron defensas del cristianismo.

Apophtegmata Patrum

(“los dichos de los padres”). Colección de refranes y anécdotas de los monjes egipcios, escrita en griego y datada en el siglo V.

Aquila

Nacido en Sínope (Asia Menor), vivió durante el período de Adriano (117-138 d.C.) y se convirtió al cristianismo. Condenado como hereje por la Iglesia en Jerusalén, se convirtió al judaísmo y tradujo de nuevo la Biblia hebrea al griego.

Aquileia

Ciudad antigua en el centro norte de Italia.

Arabia

Durante la época romana tardía, la provincia romana que incluía la mitad sur de la península del Sinaí, el Néguev y la Transjordania, con Bosra como capital.

Arculfo

Obispo franco que dejó unas memorias de su visita a los lugares santos de la tierra de Israel (*De locis sanctis*) en 685.

Areópago

Nombre griego que significa “Colina de Ares”, una colina marmórea situada entre la acrópolis y la ciudad de Atenas, donde antiguamente solían reunirse los miembros del consejo municipal, y en la que Pablo pronunció un famoso discurso (Hch. 17).

Arístides

Apologeta cristiano mencionado por Eusebio (*HE*, IV, 3, 3), que dirigió su defensa de la fe al emperador Adriano. Jerónimo lo llama “un filósofo ateniense muy elocuente”, y a su apología “una declaración sistemática de la doctrina cristiana” (*De viris illustribus*, 20).

Aristion

Escritor cristiano del siglo I, citado por Papías de Hierápolis.

Arles

Ciudad en el sur de Francia, donde se celebraron una serie de importantes concilios episcopales.

Arnobio

Apologeta cristiano de la época de Diocleciano (muerto c. 330).

Arquelao

Hijo de Herodes el Grande, que gobernó sobre la tierra de Judea después de la muerte de su padre (4 a.C.-6 d.C.) y fue depuesto por los romanos.

Arquitrabe

El dintel o viga que descansa sobre los capiteles en una fila de columnas.

Arrianismo

Movimiento teológico fundado por Arrio, quien negaba la unidad y la igualdad sustancial entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y por lo tanto, la divinidad de Jesús.

Arriano

Miembro del arrianismo.

Arrio

Monje y sacerdote en Alejandría, Egipto, cuyas enseñanzas sobre la naturaleza de Dios, haciendo hincapié en la divinidad del Padre sobre el Hijo, fueron condenadas en el Concilio de Nicea en 325 (vivió en los años 250 o 256–336).

Arsenio

Diácono romano y monje en Egipto (386-450).

Artemisa

Diosa de la caza en la mitología griega, identificada por los romanos con Diana.

Asarhadón
Rey de Asiria (681-669 a.C.).

Ascensión de Isaías
Un libro apócrifo judío (siglo I d.C.).

Asunción de Moisés
Un libro apócrifo judío (7-20 d.C.).

Asceta
Persona que practica el ascetismo por razones religiosas.

Ascetismo
(de la palabra griega *asketés* = “experimentado”). Autocontrol a través de ejercicios físicos difíciles.

Ashur
Deidad suprema en el panteón asirio.

Asia
Nombre de la provincia romana situada en la parte occidental de la actual Turquía.

Asia Menor
Designación dada por los griegos a la zona geográfica que hoy se conoce como la península turca.

Atanasio
Obispo de Alejandría, santo y Padre de la Iglesia. Combatió el arrianismo y escribió sobre los monjes egipcios (296-373).

Atargatis
Nombre griego de la suprema diosa siria, consorte del dios Hadad.

Atenágoras
Apologeta cristiano y Padre de la Iglesia, antiguo filósofo pagano de Atenas convertido (c. 133–190), quien dirigió a una apología a los emperadores Marco Aurelio y Cómodo en el año 176 o 177

Atos
Montaña santa en una península del norte del mar Egeo, habitado exclusivamente por monjes varones desde los primeros siglos.

Atrio
Patio rodeado de galerías arqueadas, que se encuentra a menudo frente a una basílica.

Audianos
Secta cristiana muy estricta, cuyos miembros fueron exiliados a Escitia (norte del Asia Menor) por el emperador Constantino.

Audio
Fundador de la Audianos en Mesopotamia, en el siglo IV.

Aureliano
Emperador romano (214-275).

Baal
El dios supremo de los cananeos y otros pueblos semitas.

Baco
Nombre del dios Dioniso en la mitología romana.

Balaam
Mago que bendijo al pueblo de Israel en lugar de los maldecirle, como Balac, rey de Moab, le había pedido (Nm. 22-24).

BaMidbar Rabá
Comentario rabínico al libro de Números, que en hebreo se titula *BaMidbar* ("en el desierto").

Bardesanes
Anteriormente un gnóstico él mismo, escribió en siríaco contra Marción y otros herejes, aunque conservando algunas opiniones erróneas (Eusebio, *HE* IV, 30). Vivió en Edesa (155-223).

Bar Kojba

Líder judío que condujo la revuelta judía contra los romanos (132-135 CE), proclamado Mesías por el Rabino Akiba y asesinado por los romanos. Su nombre fue cambiado de Bar Koziba en Bar Kojba ("hijo de la estrella") por el Rabino Akiba, en referencia a la profecía a la estrella en Nm. 24:17. Después de la fallida rebelión, su nombre fue cambiado otra vez al de Bar Koziba ("hijo de la mentira").

Barlaam

Monje ortodoxo basiliano de Calabria, Italia. Elegido abad de un monasterio en Constantinopla, se convirtió al catolicismo y fue nombrado obispo de su país de origen (1290-1350).

Barsanufio

Ermitaño en el monasterio de Seridos en los alrededores de Gaza, en el siglo VI.

Baruc Sirio

Libro apócrifo, solo conservado en la versión siríaca.

Beney ha-brit

Hebreo por "Hijos de la Alianza", uno de los títulos que se daban los sectarios de Qumrán.

Basílica

Sala pública espaciosa, divida en su interior por filas de columnas, usada por griegos y romanos, particularmente para sesiones de juicio. Los cristianos adoptaron el mismo estilo arquitectónico para la celebración de sus funciones religiosas.

Basilio

Monje, obispo de Cesarea de Capadocia, santo, Padre de la Iglesia y autor de una regla para monjes (330-379).

Bautisterio

Capilla donde estaba la fuente para la celebración del bautismo, o la misma fuente.

Beda el Venerable

Monje benedictino inglés, abad de un monasterio y distinguido escritor (673-735).

Behemoth

En Jb. 40: 24-25, una gran bestia que come hierba como un toro, considerado por muchos eruditos modernos como un hipopótamo. En la literatura rabínica, un animal creado por Dios al principio del mundo y que Él matará al final del tiempo.

Belial

Palabra que en el Antiguo Testamento significa "sin valor", descriptiva de alguien que se resiste a Dios. En 2Cr. 6:15 Belial es Satanás.

Belisario

General bizantino bajo el emperador Justiniano I, que dirigió sus ejércitos contra los Sasánidas en Persia, los Vándalos en África del Norte y los Ostrogodos en Italia (c. 505-565).

Benedictinos

Monjes y monasterios que siguen la regla monástica escrita por Benito de Nursia.

Benito de Aniane

Monje y fundador del monasterio de Aniane, que se convirtió en centro de muchas de las reformas monásticas en Francia (750-821).

Benito de Nursia

Monje, fundador de monasterios y autor de la *Regula Monachorum*, "Regla de los Monjes". Nacido en Nursia, en Italia central (480-550).

Ben Sira

Autor judío de un libro de sabiduría, el Eclesiástico, compuesto en hebreo (siglo III a.C.) y conservado en la traducción griega de los Setenta. Porciones del texto original fueron descubiertas en la Geniza del Cairo y en Masada.

Berea

Ciudad de la antigua Macedonia, muy importante en los días del apóstol

Pablo.

Bereber

Pueblo indígena de África del Norte, al oeste del Nilo.

Bereshit Rabá

Comentario rabínico del libro del Génesis, llamado *Bereshit* ("En el principio") en hebreo.

Bernardo de Clairvaux

Abad del monasterio de Clairvaux en Francia y Padre de la Iglesia (1090-1153).

Betesda

Beyt Hesda ("Casa de la Misericordia", en hebreo), también llamada Probática ("de las ovejas", en griego), una piscina situada cerca de la Puerta de las Ovejas en Jerusalén (Jn. 5:2).

Beytar

Aldea al sudoeste de Jerusalén, en la que los judíos resistieron a los romanos en los años 132-135 d.C.

Beyt Midrash

"Casa de aprendizaje". Título hebreo utilizado para designar a las escuelas rabínicas desde la época del Segundo Templo.

Beyt Ulpaná

Hebreo por "casa del estudio" o "aula". Ver: *beyt midrash*.

Bir el-Qut

Ruinas de un monasterio georgiano del siglo V, al sur de Jerusalén.

Bitinia

Región en el noroeste de Asia Menor, antigua provincia romana.

Bizancio

Ciudad griega del Bósforo, que el emperador Constantino transformó en Constantinopla, la capital del imperio.

Boskoi
(griego por “herbívoros”). Monjes sirios que solían caminar a cuatro patas y comían hierba.

Britania
Nombre latino de la provincia fundada por los romanos en Gran Bretaña.

Bretones
Antiguo pueblo celta de Gran Bretaña. En el siglo V, un grupo de ellos emigraron a Europa continental, estableciéndose en el norte de Francia y en el norte de España.

Burgundios
Uno de los pueblos bárbaros que invadieron Europa en los siglos IV y V y se asentaron en el sur de Francia.

Cafarnaún
Kefar Nahum, en hebreo. Una aldea en la orilla occidental del mar de Galilea o lago de Genesaret o de Tiberíades, centro de la actividad de Jesús en la región de Galilea.

Cagliari
Ciudad antigua en la isla de Cerdeña.

Calcedonia
Ciudad del Asia Menor occidental, cerca de Bizancio. Allí tuvo lugar el cuarto Concilio Ecuménico de obispos, en el año 451.

Calígula
Emperador romano (37-41 d.C.).

Calixto I
Obispo de Roma (muerto c. 223).

Cancellum (ver: transenna).

Canon
La oración central en la liturgia eucarística occidental, paralela a la

anáfora de la liturgia oriental.

Canónigos
En la Iglesia Latina, sacerdotes pertenecientes a una catedral, donde rezan en común de una manera similar a la de los monjes.

Canto gregoriano
Melodías litúrgicas de la antigua Iglesia latina bajo el nombre de Gregorio I, obispo de Roma (540-604).

Capadocia
Provincia romana de Asia Menor, cerca de la moderna ciudad de Áncara.

Capella Greca
Una capilla dentro de la catacumba de Priscila, en Roma, ricamente decorada con pinturas murales.

Carolingio
Relativo a la época de Carlomagno, rey de los francos (768-814).

Carta de Aristeas
Obra helenístico-judía de finales del siglo III a.C. que narra la historia de la traducción de la Biblia hebrea al griego, la Septuaginta.

Cartago
Ciudad fenicia en África del Norte (en Túnez moderna). Se convirtió en la capital provincial del África Proconsular en el Imperio Romano.

Casiodoro
Senador romano que abrazó la vida monástica y fundó el monasterio de Vivarium (490-585).

Catacumbas
Cementerios subterráneos que se remontan a los primeros siglos del cristianismo, especialmente en Roma.

Catecúmeno
Creyente que se prepara formalmente para recibir el sacramento del

bautismo.

Cátedra (episcopal)

Trono del obispo en su iglesia.

Catedral

Iglesia a cuyo frente se encuentra un obispo.

Catón

Político romano, estoico. Se suicidó en la ciudad de Útica en África del Norte (95-46 a.C.).

Celia o Kellia

(griego por "celdas"). Nombre de un lugar del bajo Egipto en el que miles de monjes se establecieron durante el período bizantino.

Celso

Filósofo pagano (siglo II) que escribió contra el cristianismo en su libro *Alezós Logos* ("Palabra Verdadera"), que Orígenes contraatacó en su libro *Contra Celsum*.

Centauro

Una figura de la mitología griega, mitad hombre y mitad caballo.

Centumcellae

El puerto de Roma desde la época del emperador Trajano (98-117 d.C.). Hoy en día se llama Civitavecchia.

Centurión

Oficial profesional del ejército romano, al mando de 60 a 80 soldados. Los centuriones superiores podían comandar a cohortes, compuestas de hasta 600 hombres.

Capilla

Iglesia pequeña, sin columnas dentro, o rincón destinado al culto cristiano dentro del edificio de una iglesia grande, o en las catacumbas.

Carisma

(*járisma*, en griego = "un regalo hecho libremente"). En San Pablo, los

carismas son los dones espirituales dados por el Espíritu Santo a los creyentes (1 Corintios 12:8-11).

Carlomagno

Rey de los Francos. Fundó el "Sacro Imperio Romano Germánico" (768-814).

Carlos Martel

Líder militar de los Francos (c. 688–741) y abuelo de Carlomagno. Entre sus éxitos militares está la batalla de Poitiers, que interrumpió el avance islámico en Europa occidental.

Cecilia

Una santa mártir romana, del siglo II o III.

Cenáculo

La sala en la que Jesús celebró la Pascua con sus discípulos en Jerusalén.

Cena del Señor

El sacramento de la Eucaristía, durante cuya celebración se representa la última cena de Jesús con sus discípulos, y se recuerda la muerte y la resurrección de Jesús.

Cenobio

(del griego *koinobion*: *koinos* = "común", y *bíos* = "vida"). Un monasterio en el que los monjes comparten sus posesiones, vida de oración y trabajo bajo la dirección de un abad y según una regla aceptada por todos.

Cenobítico

Relativo al cenobio.

Cesarea

También llamada "Cesarea Marítima", ciudad construida por Herodes el Grande en la costa mediterránea de la tierra de Israel, que se convirtió en la capital de la provincia romana de Judea y luego de Palestina Prima.

Cesáreo

Monje y arzobispo de la ciudad de Arles, en Francia (470-542).

Cicerón
Célebre escritor y orador romano (106-43 a.C.).

Cilicia
La región costera del sudeste de Asia Menor, provincia del Imperio Romano. Tarso era su capital.

Cimborrio
Cúpula soportada por cuatro columnas sobre el altar central en algunas iglesias.

Cipriano
Padre de la Iglesia y obispo de Cartago. Murió mártir en 258.

Cirene
Ciudad y distrito al oriente de la actual Libia.

Cirilo de Alejandría
Patriarca de Alejandría y Padre de la Iglesia, una figura central en el Concilio de Efeso (431), que depuso a Nestorio como patriarca de Constantinopla (412 - 444).

Cirilo de Escitópolis
Monje nacido en Escitópolis (Beth-Sheán, en el norte de Israel), que escribió la biografía de los monjes famosos de la antigua Palestina (siglo VI).

Cirilo de Jerusalén
Obispo de Jerusalén y Padre de la Iglesia (c. 313-386).

Cirro
Ciudad de la antigua Siria, situada unos 70 km al noroeste de Alepo, cerca de la actual frontera turca.

Cismático
Relacionado con un cisma, es decir, la separación de un grupo de

personas de otro, generalmente por motivos ideológicos.

Cisterciense
Relativo a la reforma benedictina que comenzó en el monasterio de Cîteaux en Francia.

Cîteaux
Monasterio en Borgoña, Francia, centro de la reforma cisterciense de los benedictinos.

Claudio
Emperador romano (41-54 d.C.).

Claustro
Patio interno en monasterios y otros edificios religiosos, que generalmente poseen cuatro galerías abiertas al interior a través de arcos sobre columnas.

Clemente de Alejandría
Teólogo y Padre de la Iglesia (150-215).

Clemente de Roma
Obispo de Roma (c. 96). Hay dos Epístolas atribuidas a él, pero al parecer solo la Primera es genuina.

Clovis (ver: Merovingio)

Cluny
Monasterio en Francia. Allí comenzó en la Edad Media una importante reforma de los monasterios benedictinos.

Códice
Manuscrito antiguo, hecho con hojas de papiro o de pergamino, en forma de libro.

Códice Rossano
Fragmentos de un libro iluminado de los Evangelios procedente de la ciudad de Rossano, en el sur de Italia. Tal vez del siglo VI.

Collationes Patrum

Una colección de conversaciones con los monjes conocidos de Egipto, redactada y arreglada por Juan Casiano (360-435).

Colosas

Una antigua ciudad de Frigia, situada cerca de la actual ciudad de Honaz en Turquía. San Pablo escribió su epístola a los Colosenses, pero esa iglesia fue probablemente fundada por Epafras (Cl. 1:7; 4:12; véase también Flm. 1:22).

Coliseo

También llamado Anfiteatro Flavio, fue construido bajo los emperadores Vespasiano y Tito en el centro de Roma, del 72 al 80 d.C. Con asientos hasta 50.000 espectadores, el Coliseo fue utilizado para combates de gladiadores, ejecuciones de mártires y otros espectáculos públicos.

Columbano

Monje irlandés, evangelizador en Europa, fundador de monasterios y autor de una regla para monjes (550-615).

Cómodo

Emperador romano, que gobernó con su padre Marco Aurelio de 177 a 180, y solo hasta 192, cuando murió asesinado.

Comunión

Participación en la Cena del Señor, la eucaristía.

Concilio ecuménico

Reunión universal o general de los obispos de la Iglesia cristiana.

Confesores

Cristianos que sufrieron torturas porque confesaron su fe durante el juicio pero permanecieron en vida.

Confirmación

"Fortalecimiento de la fe". En la Iglesia católica es un sacramento otorgado por el obispo a los creyentes que han sido bautizados y han llegado a la edad de la pubertad.

Consagración

La parte central de la Misa o celebración de la Cena del Señor en la Iglesia católica, durante la cual el sacerdote repite las palabras dichas por Jesús durante la Última Cena.

Constantino

Emperador romano. Permitió y hasta fomentó la propagación de la religión cristiana (274-337).

Constantinopla (ver Bizancio)

Constituciones Apostólicas

Colección de leyes eclesiásticas, del siglo IV. Compuesta en Siria.

Copto

Perteneciente a la iglesia original de Egipto, que utiliza una lengua derivada del egipcio antiguo en su liturgia y sostiene la doctrina monofisita.

Corinto

Importante ciudad portuaria de la antigua Grecia, en la península del Peloponeso.

Coriquio

Sofista cristiano, orador y escritor de la escuela de Gaza (465-530).

Cornelio

Obispo de Roma (251-253). Murió en el exilio en 253.

Cosma y Damián

Según la tradición, dos hermanos cristianos de Cilicia que practicaban gratuitamente la medicina. Son patronos de los médicos.

Cosmogonía

La doctrina de la creación del mundo.

Credo

("creo", en latín). El credo es una declaración formal de la fe. De sus dos

versiones primitivas, una sobrevive como Credo de los Apóstoles y otra como Credo de Nicea (325).

Cripta

Capilla debajo del suelo de la iglesia, generalmente destinada a la preservación de los restos de mártires y santos.

Crismón, labarum

Monograma compuesto con las dos primeras letras (*XP*) de la palabra griega *Jristós* ("Cristo", Mesías).

Cristianos de Santo Tomás

Rama de la Iglesia siríaca en la costa Malabar, en el sudoeste de la India. Sus miembros mantienen que fueron evangelizados por el apóstol Tomás.

Cristianos ortodoxos

(de la palabra griega *ortho-doxía* = "ortodoxia", "pensamiento correcto"). Hoy en día, los cristianos orientales que no reconocen al Obispo de Roma como jefe de la Iglesia universal.

Cristocéntrico

Que pone a Jesucristo en su centro.

Cristología

Doctrina sobre la persona de Jesucristo.

Crucero

La ampliación en ambos lados del espacio central en algunas iglesias.

Cruzados

Europeos que participaron en las Cruzadas contra los musulmanes en Tierra Santa en la Edad Media (siglos XI-XIII).

Cuadrado

Obispo de Atenas, quien según Eusebio de Cesarea escribió una apología de la religión cristiana dirigida al emperador Adriano (124 o 125 d.C.).

Cuartodecimanos

Cristianos de la provincia de Asia que celebraban la Pascua el 14 del mes hebreo de Nisán, día en que los judíos celebran su Pascua.

Cueva de Lot

Identificada en la ladera de la orilla oriental del sur del Mar Muerto, frente a la montaña de Sodoma. Allí se levantó en el siglo V una iglesia bizantina, que fue descubierta y excavada recientemente.

Dacia

El país habitado por los Dacios en tiempos romanos, que corresponde a los actuales países de Rumanía, Moldova y partes de Bulgaria, Serbia, Hungría y Ucraína.

Dámaso

Obispo de Roma, santo en la Iglesia Latina (c. 304-384).

Danubio

El segundo río más largo de Europa, después del Volga. Fluye por unos 2.850 km, desde Alemania occidental hasta el Mar Negro.

Diácono

(del griego *diákonos* = ministro, siervo). Un nivel más bajo que el del sacerdote en la jerarquía eclesiástica.

Decápolis

Liga política de "diez ciudades" establecida en la época romana, nueve en el territorio de Siria y Jordania actuales (Canata, Dium, Pela, Gerasa, Filadelfia, Hipo, Gadara, Capitolias y Rafana) y una, Escitópolis (Beth Sheán) en Israel.

Decio

Emperador romano (249–251), lanzó la primera persecución organizada de los cristianos en todo el imperio.

Déisis

"Intercesión" (en griego), nombre dado en el arte bizantino a la representación de María y Juan Bautista orando delante de Dios.

Delfos
Ciudad de la antigua Grecia en la que había un templo de Apolo, dios de los oráculos, que procedían de la boca del espíritu de Pitón.

Delos
La más pequeña de las islas Cícladas de la antigua Grecia, en la que había un famoso templo al dios Apolo.

Demiurgo
Adoptado de la filosofía platónica, el concepto gnóstico del demiurgo es el de una figura casi divina encargada de la remodelación y preservación del universo físico.

Dendritas
Monjes sirios que vivían en los árboles.

De opere monachorum
(“Sobre la labor de los monjes”, en latín) Libro escrito por Agustín de Hipona sobre los monjes.

Deuteroisaías
Término usado para designar los capítulos 40-55 del libro de Isaías.

Diakónikon
Sala contigua a una iglesia, destinada a la preservación de los objetos utilizados en el culto.

Diadoco
Padre de la Iglesia y obispo de la ciudad de Fótike, en Asia Menor (mediados del siglo V).

Diálogo con Trifón
Libro escrito por Justino Mártir sobre sus conversaciones con un judío cultivado, tal vez el rabino trifón.

Diálogos
Libro escrito por Gregorio I, en el que narra la vida de Benito de Nursia.

Diatéssaron
(“por cuatro”, en griego). Obra de Taciano sobre la vida y enseñanzas de Jesús que resume los cuatro libros del Evangelio.

Didajé (ver: Doctrina de los Doce Apóstoles).

Didascalia
Composición cristiana del siglo III que trata de la enseñanza y la forma de la vida cristiana. Fue escrito en griego en el norte de Siria, pero solo conservado en una traducción Siria.

Dío Casio
Historiador romano (155-235 d.C.).

Diócesis
Distrito eclesiástico, en cuya capital reside el obispo.

Diocleciano
Emperador romano, perseguidor de los cristianos (245-313).

Dionisíaco
Relacionado con el dios Dioniso.

Dionisio de Tel-Mahre
Historiador cristiano sirio (siglo IX).

Dioniso
Dios de la alegría y la inspiración en la mitología griega.

Dípticos, trípticos
Objetos artísticos que consisten en dos o tres planchas de madera pintadas o cubiertas con decoración de marfil.

Docetas
Antiguos cristianos que no creían que Jesús hubiese sido realmente un ser humano o que en verdad hubiese sufrido.

Doctrina de los Doce Apóstoles (Didajé)
Una composición que contiene los fundamentos de la doctrina y del

comportamiento cristianos, destinada a servir de ayuda práctica a los primeros evangelizadores. Al parecer fue escrita hacia el final del siglo I.

Documento de Damasco

Libro judío cuyo contenido se relaciona con la historia y la literatura de los Esenios, encontrado entre los rollos del Mar Muerto. Fragmentos de él eran ya conocidos, descubiertos en la Geniza del Cairo, hace más de 100 años. Fue escrito en hebreo en el siglo II a.C.

Domiciano

Emperador romano (81-96), que persiguió el cristianismo.

Domingo

"Día del Señor", en el cristianismo, el primer día de la semana (Ap. 1:10), en conmemoración de la resurrección de Jesús (Mt. 28: 1-7).

Domingo de Guzmán

Santo español, fundador de la orden de los Dominicos (1171-1221).

Dormición

Término utilizado con referencia a la muerte de María, madre de Jesús.

Doroteo

Padre de la Iglesia y superior de un monasterio en los alrededores de Gaza (siglo VI).

Dos caminos (Los)

Antigua expresión que denota la doble opción que se da al hombre, que puede escoger entre el bien y el mal.

Doxologías

Conclusiones diversas de las oraciones oficiales en la antigua liturgia.

Dragón

Figura con la cual se describe el carácter de Satanás en el libro del Apocalipsis.

Dura Europos

Ciudad helenístico-romana en Siria, junto al río Éufrates.

Ebionitas
(del hebreo *evionim*, “pobres”). Nombre que se daba a los judíos que creían que Jesús era el Mesías, pero no el Hijo de Dios.

Edesa
Ciudad en la antigua Siria (ahora Urfa, en Turquía), importante centro cristiano.

Edicto de Milán
Documento emitido por los emperadores romanos Constantino I y Licinio en febrero de 313, en el cual se acordó tratar benévolamente a los cristianos (Eusebio, *HE*), terminando así un largo período de persecución.

Éfeso
Ciudad del Asia Menor occidental. En el año 431 se reunió allí el tercer concilio ecuménico para condenar a Nestorio.

Efrén
Padre de la Iglesia sirio, monje y diácono (muerto en 373).

Egeria o Eteria
Monja que hizo un peregrinaje, al parecer desde España, a Tierra Santa, Egipto y Siria, y relató sus impresiones en un famoso libro, escrito alrededor de 385-390.

Eleona
(de *eleon*, “de los olivos”, en griego), iglesia construida por Constantino en el Monte de los Olivos para conmemorar los sucesos que tuvieron lugar allí en la vida de Jesús.

Eleuterio
Obispo de Roma (c.174–189).

Elisha Ben Abuya
Un rabino judío de los últimos años del siglo I. Fue considerado herético por sus compañeros rabinos y su nombre fue cambiado por Ajer (“el

otro”).

Elusa
Ciudad nabateo-bizantina en el norte del Néguev (a 20 kilómetros al sur de Beer-Sheva). Hoy, ruinas de Halutza.

Emaús
Aldea del país de Israel durante el tiempo de Jesús, a 60 estadios (13 km) de Jerusalén según Lc. 13:13.

Encratismo
Una secta gnóstica que floreció en los siglos II y III en diferentes regiones y propagó sus ideas extremas con respecto a la necesidad de un estilo de vida ascética.

En Cristo
Locución tomada de las epístolas de Pablo que define la medida de espiritualidad en la vida de quien cree en Jesús.

Endimion
Personaje de la mitología griega, símbolo del sueño mágico y la eterna juventud.

Eneas
Héroe de la guerra de Troya, de la mitología griega.

Enlil
Dios supremo en la mitología mesopotámica.

Enoc
Obra apócrifa, paralela a varias partes del libro del Génesis. Escrito en hebreo en Israel en el siglo I a.C., preservado en su totalidad en la lengua etíopica *gueez* y parcialmente en latín. Citado en la epístola de Judas 14-15.

Epiclesis
(griego por “llamada, invocación”). Una oración en la liturgia oriental en la que el sacerdote pide la venida del Espíritu Santo sobre el pan y el vino

de la eucaristía.

Epicteto
Filósofo estoico (50-130 d.C.).

Epifanía
Fiesta de la revelación de Jesús al mundo.

Epifanio
Monje, obispo de la ciudad de Salamina en Chipre, y Padre de la Iglesia. Nacido cerca de Eleuterópolis (Beyt Guvrín), en Tierra Santa (315-403).

Epístola a Diogneto,
Escrito apologético redactado por un cristiano anónimo, durante el siglo II o III.

Epístola a las Vírgenes
Epístola 21 de Agustín de Hipona, dirigida a las monjas.

Epístola de Bernabé
Un escrito de principios del siglo II, obra de un Seudo-Bernabé dirigida a los cristianos gentiles, amonestándoles contra los judaizantes y haciendo hincapié en que son ellos el único y verdadero pueblo de la Alianza.

Eritrea
Antigua ciudad griega en la costa occidental de Asia Menor, frente a la isla de Quíos.

Erotes
Hijos de Eros, dios del amor. Aparecen en el arte antiguo como niños alados, desnudos. También se les llama *putti*.

Escalera al Paraíso
Libro escrito por Juan Clímaco, monje y superior del monasterio del Sinaí (525-605).

Escatología
Doctrina sobre el final de los tiempos.

Escete

Región del desierto de Nitrea o Wadi Natrún, en el noroeste de Egipto, donde se concentraron un gran número de comunidades monásticas en los siglos IV y V.

Escipión

Joven general romano (184-236 a.C.).

Escitia

Una región al norte del Mar Negro en la que asentó el pueblo de los escitas, hacia el siglo IX a.C.

Escitópolis

Nombre dado por los griegos a la ciudad bíblica de Beth Sheán.

Esenios

Una de las tres sectas judías que existían en la época de Jesús, conocida por los escritos de Flavio Josefo, Plinio el Viejo y Filón. La mayoría de investigadores la identifican con la comunidad de Qumrán.

Eslavos

Los antiguos habitantes de la actual Polonia, Rusia, Ucraína, Bielorrusia, Serbia y otros países vecinos.

Esmirna

Importante ciudad helenística en Asia Menor occidental, en la costa del mar Egeo (Izmir moderna).

Esmirneos

Una epístola de Ignacio de Antioquía a los creyentes de Esmirna.

Esparta

Ciudad griega rival de Atenas en los siglos VI a IV a.C.

Estilitas

Monjes que vivían sobre una columna o pilar (*stylos*, en griego).

Estoicos

Los miembros de una escuela filosófica fundada por Zenón de Citio (335-264 a.C.), que veía como el mayor bien del hombre su interés por actuar según la lógica y la apatía hacia las circunstancias externas.

Estrabón
Geógrafo griego, nacido en Asia Menor, que compuso libros de geografía y de historia (c. 58 a.C.-25 d.C.).

Estridón
Cuna de Jerónimo en Dalmacia. Es la actual Zrenj, en Croacia.

Estuco
Una mezcla de yeso y mármol en polvo, empleada para cubrir artísticamente las paredes.

Etnarca
En la parte oriental del Imperio Romano, gobernador local que representaba el gobierno central.

Etruscos
Nación de origen desconocido que se desarrolló en Italia central (siglos VIII-III a.C.), con una rica cultura y artes similares a los de la antigua Grecia.

Eucaristía
(“acción de gracias”, en griego). Nombre dado a la Cena del Señor.

Euquerio
Obispo de Lión y Padre de la Iglesia (muerto en 499).

Eusebio
Obispo de Cesarea Marítima y Padre de la Iglesia. Sus principales libros tratan de la historia de la Iglesia (265-340).

Eusebio de Nicomedia
Sucesivamente obispo de Nicomedia, Beirut y Constantinopla (donde murió en 341), fue muy influyente con el emperador Constantino, a quien bautizó. Aunque suscribió a las decisiones del Concilio de Nicea, siempre

apoyó al arrianismo.

Eusebio de Vercelli
Obispo de Vercelli en el Norte de Italia, fue exiliado a Oriente por su resistencia al arrianismo (muerto en 371).

Eustacio de Sebaste
Obispo en el Ponto (Asia Menor) (300-377).

Eutimio
Monje que vivió en el desierto de Judea. Fundó varios monasterios y defendió la ortodoxia (378-473).

Eutiques
Superior de un monasterio en Constantinopla que resistió a los Nestorianos, pero fue también declarado culpable por no distinguir entre las naturalezas divina y humana de Jesús (c. 378-458).

Evagrio Póntico
Diácono y escritor de Asia Menor. Vivió como ermitaño en el desierto de Nitria en Egipto y ejerció una profunda influencia en otros escritores de su época con sus ideas origenistas (346-399).

Evangelio de María
Libro apócrifo descubierto en 1896 en un códice de papiro copto del siglo V, probablemente traducido de un texto original griego del siglo II. Por "María" debe ser entenderse "María Magdalena".

Evangelio de Pedro
Fragmento de un libro apócrifo, compuesto probablemente en Siria a mediados del siglo II, que contiene principalmente la narración de la Pasión. En él se atribuye a los judíos la plena responsabilidad por la crucifixión de Jesús.

Evangelio de Felipe
Uno de los evangelios gnósticos apócrifos en copto, descubiertos en Nag Hammadi en 1945, probablemente traducido de un texto original griego del siglo II.

Evangelio de Tomás

Uno de los evangelios apócrifos gnósticos descubiertos en Nag Hammadi en 1945, que posiblemente se originó en Siria. Se compone de 114 dichos atribuidos a Jesús.

Evangelios Sinópticos

Los libros del Evangelio según Mateo, Marcos y Lucas. Se les llama Sinópticos debido a la concordancia textual que se observa en la mayoría de sus secciones colocándolos uno junto al otro y comparándolos entre ellos.

Evrón

Aldea judía al norte de Acco, en Israel, en la que hay las ruinas de una iglesia bizantina con un bautisterio.

Exégesis

Explicación o interpretación crítica de un texto, principalmente de la Biblia.

Exvoto

(“por voto”, en latín). Una ofrenda votiva.

Eyn Hanya

Un manantial natural, junto al cual se construyó una iglesia y un bautisterio en el período bizantino, a unos 6 km al sudoeste de Jerusalén.

Eyn Mamudiya

Un manantial natural junto al cual hay una capilla y un bautisterio del período bizantino, unos 6 km al oeste de Hebrón.

Ezra IV

Obra apócrifa judía (c. 120 d.C.).

Fabián

Obispo de Roma. Murió mártir (250).

Fariseos

Secta judía del período del Segundo Templo, cuyos miembros se

distinguían por su estricta observancia de la Ley.

Fausto

Monje, abad del monasterio de Lérins y obispo de la ciudad de Riez, en Francia (405-490).

Fenicia

Provincia romana situada en el actual territorio del Líbano y del norte de Israel, incluyendo las ciudades portuarias de Biblos (hoy Jbail), Beirut, Tiro, Sidón y Tolemaida (Acco de hoy).

Filadelfia

Ciudad helenística de Lydia, un distrito en el sudoeste de Asia menor.

Filipo

Hijo de Herodes el Grande, gobernante de la Galilea y del Golán en el período de Jesús.

Filipos

Una ciudad en el norte de Grecia, capital de la antigua Macedonia.

Filocalia

Libro compuesto con diferentes extractos de los escritos de Orígenes por Basilio de Capadocia y Gregorio de Nacianzo.

Filón

Intérprete de la Biblia y escritor, jefe de la comunidad judía de Alejandría (c. 13 a.C.-54 d.C.).

Flavia Domitila

Esposa de Flavio Clemente, exiliada a causa de su fe cristiana o judía en 96 d.C.

Flavio Clemente

Primo del emperador Domiciano, martirizado por su fe cristiana o judía en 96 d.C.

Flavio Josefo

Yosef ben Matatiahu, historiador judío. Nacido en Jerusalén, escribió en Roma sus importantes obras sobre las *Antigüedades de los Judíos* y la *Guerra Judía* (37-100 d.C).

Fragmento de Sínope
Un fragmento iluminado del Evangelio de Mateo descubierto en Sínope, que hoy se encuentra en París. Tal vez del siglo VI.

Franciscanos
Miembros de la orden de los Hermanos Menores, fundada por San Francisco de Asís en 1209.

Francos
Tribu bárbara que se asentó en el siglo V en lo que es ahora la Francia moderna.

Frigia
Distrito en el noreste de Asia Menor.

Frisones
Pueblo germánico que habita en las regiones de Holanda del Norte y Alemania oriental.

Fructuoso
Obispo de Tarragona, martirizado con sus dos diáconos en 259.

Fulgencio
Obispo de la ciudad de Ruspe, en África del Norte (468-533).

Gala Placidia
Hija de Teodosio I, esposa de Ataúlfo, rey de los Godos de 414/415 hasta su muerte, y emperatriz consorte de Constancio III (392–450).

Galia
Antiguo nombre latino del territorio de la Francia actual y partes de Bélgica, Alemania e Italia.

Galieno

Emperador romano con su padre Valeriano de 253 a 260, y solo de 260 a 268.

Galinaria
Isla en el Mediterráneo, frente a Italia. Hoy en día se llama Isola d'Albenga.

Gamaliel II
Famoso rabino en el siglo I, mentor del apóstol Pablo cuando llegó a Jerusalén, antes de su conversión.

Gangra
Ciudad de Paflagonia (norte de Asia Menor), en la cual se celebró en 345 un concilio de obispos que lleva su nombre.

Geismar
Antigua ciudad de Turingia, en Alemania, centro de la obra evangelizadora de Bonifacio.

Gelasio
Obispo de Roma y Padre de la Iglesia (muerto en 496).

Gelimer
Se convirtió en rey de los Vándalos en 530 después de deponer a su primo Hilderico, pero en 534 fue derrotado por el ejército bizantino de Belisario y deportado (480-553).

Gematria
Sistema de interpretación de una palabra a partir del valor numérico de sus letras.

Génesis de Viena
Manuscrito iluminado, procedente de Antioquía o Constantinopla, de mediados del siglo VI.

Genserico
Rey de los Vándalos y Alanos, que en 428 llevó a sus 80,000 hombres de Andalucía en España al África del Norte, fundando allí el reino vándalo

(c. 389 –477).

Geniza
Almacén de libros religiosos fuera de uso.

Geniza del Cairo
Colección de unos 300.000 fragmentos de manuscritos judíos, descubiertos en 1864 en la "geniza" o almacén sagrado de la sinagoga de Ben Ezra en Fustat, antiguo barrio del Cairo.

Gentiles
Término utilizado para referirse genéricamente a todos aquellos que no son judíos, como *goyim* en hebreo.

Gerasa
Ciudad helenístico-romana en Jordania, hoy llamada Jerash.

Gerizim
Montaña en el centro del país de Israel (Jueces 9:37), sobre la cual los Samaritanos construyeron su templo. Según su tradición es el lugar del sacrificio de Isaac.

Germánico
Relativos al pueblo, idioma y cultura de la antigua Alemania, incluyendo partes de las actuales Escandinavia, Holanda, Bélgica y Suiza.

Gibraltar
(del árabe "Jebel al-Tariq", ver: "Tariq ibn Ziyad"). Hoy Gibraltar es un territorio británico de ultramar localizado en el extremo sur de la Península Ibérica, a la entrada del Mediterráneo.

Gnosticismo
Movimiento religioso (ver: gnósticos).

Gnósticos
Miembros de una secta religiosa originada en Oriente, activa en los primeros siglos del cristianismo. Su religión contenía una serie de elementos persas, judíos y cristianos. Destacaba un dualismo teológico y

la necesidad de conocer (*gnosis* en griego) el origen divino del hombre como un requisito para la salvación.

Godos
Pueblo germánico que recibió la fe arriana mediante el obispo Ulfilas.

Gog
El líder de las naciones que harán guerra contra Israel antes del último día (Ez. 38: 2; Ap. 20:8-15).

Gorgonas
Tres hermanas monstruosas en la mitología griega.

Gradual
El canto entre las dos primeras lecturas bíblicas en la liturgia latina, tomado de los Salmos.

Gradualia
Libros de canto de la liturgia latina.

Gregorio I
Llamado también Gregorio Magno. Monje benedictino, obispo de Roma y Padre de la Iglesia, reformador y santo de la Iglesia católica (540-604).

Gregorio de Nacianzo
Padre de la Iglesia, monje, y obispo de la ciudad de Nacianzo en Capadocia (Asia Menor) (329-389).

Gregorio Pálamas
Monje griego, autor y defensor del Hesycasmo (1296-1350).

Guerra
Libro escrito por Flavio Josefo que narra las guerras de los judíos contra los romanos.

Hagadá
Término hebreo del arameo *agadá*.

Halajáh

(palabra hebrea de la raíz *léjet* = "caminar"). La forma de conducta conforme a los preceptos de la Ley escrita y de la dictada por vía oral. Es un término utilizado para designar el *corpus* entero de estos preceptos.

Hasidim

(hebreo para "piadosos"). Secta judía del período del Segundo Templo, que se resistió a la helenización del liderazgo del pueblo.

Hasmoneo

Término relativo a los miembros de la familia macabea, que llevó a cabo la rebelión contra la dominación de los Seléucidas en Israel en el siglo II a.C.

Hegesipo

Historiador cristiano de origen judío (siglo II).

Hegoúmenos

Término griego para designar el superior de un monasterio. Literalmente significa "guía".

Hejalot Rabatí

Obra judía mística y apocalíptica compuesto en una fecha temprana, pero incierta.

Helena de Adiabene

La reina de Adiabene, una región de la moderna Armenia. Se convirtió al judaísmo y fue enterrada en Jerusalén (siglo I d.C.).

Helenístico

Perteneciente a la época o la cultura de los reinos griegos en los países del actual Oriente Medio, tras su conquista por Alejandro Magno (331-333 a.C.).

Heliópolis

("Ciudad del sol", en griego). Ciudad helenística junto al Cairo moderno. También es el nombre antiguo de la ciudad actual de Baalbek en el Líbano.

Heracleón

Gnóstico de la escuela de Valentiniano, que floreció aproximadamente hacia el 175 d.C., probablemente en el sur de Italia. Es citado por Clemente de Alejandría (*Stromata*, IV, 9).

Hércules

Héroe en la mitología griega y romana.

Hereje

En el cristianismo, este término se asocia con alguien que se aparta de la doctrina ortodoxa, especialmente de aquellas enseñanzas que son aceptadas por la mayoría de los creyentes.

Hermas

Escritor cristiano de origen judío, autor del *Pastor* (tal vez entre los años 140-155).

Hermes Crióforos

(griego para "portador de un cabrito"). Designa la imagen del dios Hermes joven llevando un cabrito sobre sus hombros, en el antiguo arte griego.

Herodiano

Conectado con la dinastía de Herodes el Grande (73/74 – 4 a.C).

Hesycasmo

Movimiento monástico que buscaba la quietud interna (*hesyjía* en griego) como el primer paso hacia una vida espiritual.

Heterodoxos

Opuestos a la ortodoxia.

Hexapla

Edición sinóptica del Antiguo Testamento recopilado por Orígenes, que contiene los siguientes textos: el original hebreo, la transliteración griego del texto hebreo y las cuatro traducciones griegas de Aquila, Símaco, la Septuaginta y Teodoción.

Hierocles

Historiador alejandrino que compuso el *Sinécdemos*, una lista de las ciudades del Imperio Bizantino (siglo VI).

Hilario

Padre de la Iglesia y obispo de Poitiers, en Francia (315-367).

Hilarión

El primer monje de Palestina (según Jerónimo), que nació y vivió en la aldea de Táuata, al sur de Gaza (291-371).

Hilel

Famoso rabino nacido en Babilonia, estudió y enseñó en Jerusalén en la segunda mitad del siglo I a.C.

Hipólito

Teólogo, escritor, sacerdote, antipapa y mártir de Roma (170-235).

Hipona

Ciudad del norte de África, en la que se celebró un concilio regional de obispos católicos (es decir, no Donatistas) en 393.

Historia de la Iglesia

Título de libros sobre la historia del cristianismo primitivo compuestos por Padres de la Iglesia, como Eusebio de Cesarea (siglo IV), Sócrates Escolástico y Sozómeno (siglo v).

Historia Lausiaca

Colección de historias escritas por Paladio (325-425) sobre los monjes de Egipto y de Siria.

Horas canónicas

Las horas habituales de oración oficial de monjes y sacerdotes en la Iglesia.

Homilía

Sermón pronunciado durante una celebración litúrgica, generalmente comentando textos bíblicos.

Homooúsios

En griego: "de la misma naturaleza", en relación con las Personas Divinas.

Honorato

Fundador del monasterio de Lérins y obispo de Arles (350-429).

Horus

El antiguo dios egipcio del sol, hijo de Isis y Osiris.

Horvat Karkur 'Illit

("La ruina de Karkur superior", en hebreo). Restos de una aldea y una basílica bizantinas en el Néguev, unos 7 km al norte de Beer-Sheva.

Hosio

Obispo de Córdoba (España), asesor del emperador Constantino en su trato con la crisis arriana y el Concilio de Nicea (c. 257–359).

Hunos

Pueblo nómada que aterrorizó y destruyó gran parte de Europa y Asia, del siglo III al siglo V. Entraron en la Galia en el año 451 bajo Atila, pero fueron derrotados por las fuerzas de la Aetio, general romano, y el rey ostrogodo Teodorico.

Hymnaria

Libros de himnos para las fiestas de la Iglesia Latina.

Hypapante

Nombre griego nombre dado a la fiesta que conmemora el encuentro de Simeón y Ana con el niño Jesús, su madre María y José en el Templo.

Hypóstasis

(griego para "subsistencia"). Término teológico que se usa para expresar que una sola persona de Jesucristo subsiste en dos naturalezas, la divina y la humana.

Hisopo

Planta mediterránea utilizada para rociar con agua bendita, según una

antigua tradición.

Hitaspes

El legendario patrón de Zoroastro, tal vez el padre de Darío I, rey de Persia (siglo VI a.C.).

Ibas de Edesa

Obispo de Edesa (c. 435–457), nacido en Siria. Se le creyó, quizás erróneamente, estar asociado con doctrinas nestorianas.

Icono

Una imagen de Jesús, de santos, de eventos de la Biblia o de la historia de la Iglesia, generalmente pintada sobre un tablón de madera.

Iconoclasmo (Iconoclasta)

El movimiento que se oponía al uso de imágenes en las iglesias, que fue sobre todo activo en los siglos VIII e IX en el Imperio Bizantino.

Iconografía

Estudio de las imágenes.

Iconostasio

En las iglesias orientales, una mampara decorada con imágenes de Jesús y de los santos que impide a los asistentes ver las acciones del clero durante los ritos litúrgicos.

Iglesia Católica

(del griego *katholikós*, fem. *katholiké,* "general, universal"). Término utilizado hoy para referirse a la Iglesia Romana, es decir, a los cristianos que reconocen al papa como su jefe espiritual.

Iglesia Celta

La iglesia que existía en las islas británicas antes de la evangelización emprendida por Agustín de Roma (596-597).

Iglesia de la Ascensión

Iglesia octogonal construida en el período bizantino en el punto más alto del Monte de los Olivos para conmemorar la Ascensión de Jesús al cielo.

Iglesia de la Natividad

Basílica construida por Constantino en Belén sobre el supuesto lugar del nacimiento de Jesús.

Iglesia Latina

La Iglesia Católica Romana, que utilizó el latín en su liturgia hasta el Concilio Vaticano II (1963-1965).

Iglesia ortodoxa

Término utilizado actualmente para designar la Iglesia griega que no reconoce al papa como jefe de la Iglesia universal.

Ignacio

Padre de la Iglesia y obispo de Antioquía de Siria. Martirizado en Roma (c. 107-35).

Impluvium

Un pequeño estanque en el patio interior de las casas romanas, que recogía el agua de la lluvia.

Inés

Agnes en latín. Según la leyenda, una joven virgen cristiana que sufrió violación y martirio. Se erigió una basílica en su nombre en Roma alrededor de 350.

Inocencio

Obispo de Roma y santo de la Iglesia católica (muerto en 417).

Institutiones monasteriorum

Libro escrito por Juan Casiano (360-435) sobre las reglas y costumbres de la vida cotidiana en los monasterios de Egipto, que se convirtió en la base de una serie de normas monásticas en Europa.

Institutum Neronianum

Fórmula latina de un posible decreto emitido por el emperador Nerón contra los cristianos (año 64), mencionado solo por Tertuliano (*Apologeticum*, IV, 4; véase también V, 3; *Ad nationes*, 1, 7).

Introito

("entrada"). Canto de apertura en la liturgia latina.

Ireneo

Padre de la Iglesia y obispo de Lión. Su libro *Contra los Herejes* (aprox. 180 d.C.) es un importante y detallado ataque sobre el gnosticismo. Probablemente murió mártir en 202.

Ishtar

La diosa semítica del cielo y patrona de muchas ciudades, conocida como Astarté o Ashtoret entre los pueblos semíticos nordorientales.

Isidoro

Arzobispo de Sevilla y Padre de la Iglesia (560-636).

Isis

Diosa egipcia, consorte de Osiris y madre de Horus.

Jerónimo

Padre de la Iglesia, sacerdote y monje. Nacido en Dalmacia (Croacia), enseñó en Roma y más tarde se trasladó a Belén (347-420).

Jirbet Mird

Restos de un monasterio bizantino en el desierto de Judea.

Jonia

Distrito griego en la costa sudeste del Asia Menor.

Jorge

Santo militar legendario, que habría sido martirizado en Capadocia en el siglo IV.

Jthonioi

En la mitología griega, los demonios de la tierra (*jthon* en griego), que aseguran su fertilidad y tienen una cierta influencian sobre las almas de los muertos.

Juan Bautista

Primo de Jesús, que preparó el corazón de la gente para su venida. Asesinado por Herodes Antipas.

Juan Casiano
Monje, escritor, y fundador del monasterio de Lérins cerca de Marsella (hacia 360-435).

Juan Clímaco
Monje y superior del monasterio de Sinaí, que escribió la *Escalera al Paraíso* (570-649).

Juan Crisóstomo
Padre de la Iglesia y patriarca de Constantinopla (347-407).

Juan de Gaza
Ermitaño en el monasterio de Seridos, cerca de Gaza (siglo v).

Juan de la Cruz
Santo en la Iglesia católica, sacerdote, fraile, místico, escritor y reformador de la orden Carmelita, junto con Teresa de Ávila (1542–1591).

Juan Hircano
Sumo sacerdote y rey de los judíos (109-135 a.C.).

Judaísmo ortodoxo
La rama del judaísmo que exige el cumplimiento estricto de la Ley.

Judá el Patriarca
A menudo llamado sencillamente “Rabino”. Autoridad máxima de los judíos en Israel y etnarca de los judíos en todo el Imperio Romano. Compilador de la Mishnáh (138-220 d.C.).

Julio Africano
Historiador cristiano, probablemente pagano convertido. Vivió en Emaús (Nicópolis) en Palestina y escribió una historia del mundo (*Chronographiai*, en cinco libros) hasta el año 221 d.C., conocida por Eusebio y otros historiadores antiguos de la Iglesia (c.160–c. 240).

Julio César

Político e historiador romano; conquistó la Galia y gobernó Roma, ciudad en la que fue asesinado (101-44 a.C.).

Justiniano I

Emperador bizantino (527-565), nacido en 483.

Justino Mártir

Filósofo convertido y apologista cristiano. Nació en Flavia Neápolis, cerca de Siquem y murió en Roma como un mártir (100-165).

Juteros

Tribu danesa o alemana que invadió Gran Bretaña en el siglo V d.C.

Kafr Qamah

Aldea en la región de Galilea oriental. Sus habitantes actuales son circasianos.

Kaftor

Isla o región en la costa oriental del Asia Menor. De allí provenían los filisteos (1C. 1:12).

Kairuán

Ciudad de Túnez, importante centro musulmán. En los siglos IX y X también era importante para los judíos.

Kátisma

Iglesia bizantina construida en torno a la roca sobre la cual, según la tradición, se había sentado María, la madre de Jesús, camino de Belén.

Kérigma Apostólico

El contenido o "anuncio" (*kérygma* en griego) de la enseñanza apostólica, especialmente la de Pedro y Pablo.

Kingu

En la cosmología mesopotámica, un dragón del caos que acompañaba a Tiamat. Ambos fueron asesinados por Marduk.

Kittim

Pueblo mencionado en el Antiguo Testamento, a veces en un contexto escatológico (Is. 33: 1-12; Jr. 2:10). En los rollos de Qumrán, es un apodo aplicado a los romanos.

Korba

La antigua Curubis, ciudad en la costa oriental de Túnez, adonde fue exiliado Cipriano, obispo de Cartago.

Kursi

Lugar arqueológico en la orilla oriental del Mar de Galilea. Hay restos de una iglesia bizantina, parcialmente restaurada.

Kyrie eleison

(en griego, "¡Señor, ten piedad!"). Una oración que se repite en todas las antiguas liturgias.

Labarum (ver: crismón).

Lactancio

Autor y apologeta cristiano (250-325).

Lágidas

Dinastía helenística que gobernó en Egipto (197-30 a.C.).

Lambesis

Ciudad de Numidia (hoy Argelia), donde todavía son visibles las ruinas de tres campamentos militares romanos.

Lampridio

Historiador romano (siglo III d.C.).

Lapsi

("Los caídos", en latín), refiriéndose a aquellos que abdicaron su fe ante el martirio en los juicios romanos contra los cristianos.

Laura

Comunidad de ermitaños que habitaban en cuevas o celdas cerca del lugar

donde vivía el monje responsable de ellos.

Leandro de Sevilla
Obispo de Sevilla y hermano del enciclopedista Isidoro, que contribuyó eficazmente a la conversión al catolicismo de Recaredo, rey visigodo de España (c. 534–600 o 601).

Leccionarios
Libros que contienen las lecturas de las Sagradas Escrituras seleccionadas para la lectura pública en la liturgia.

Lector
Uno de los niveles inferiores del clero en las antiguas Iglesias. Su deber era leer públicamente las Escrituras durante las celebraciones litúrgicas.

León I
Obispo de Roma y Padre de la Iglesia (muerto en 461).

Leónides
Padre de Orígenes, murió mártir en Alejandría (año 202).

Leptis Magna
Ciudad fenicia y romana en el territorio de la moderna Libia, en la costa del mar Mediterráneo.

Lérins
Famoso monasterio en una isla cercana a la costa en el sur de Francia.

Letópolis
Antigua ciudad egipcia en el delta del Nilo, hoy llamada Ausim.

Letrán
Nombre de una basílica y de un palacio en Roma, donde el papa habitó desde el siglo IV hasta 1309.

Leviatán
Según los antiguos sabios judíos, Leviatán es un pez enorme, puro, creado al principio del mundo. Con su carne Dios alimentará a los

salvados al final del tiempo.

Libelo
Un certificado que se otorgaba a los que negaban la fe cristiana en los juicios romanos contra los cristianos.

Libro de los Jubileos
Un libro apócrifo judío (109-105 a.C.).

Libros de Horas
Libros de oración para el uso diario privado de creyentes cristianos. Eran comunes en la Edad Media.

Licinio
Emperador romano (250-325).

Lietzmann, Hans
Historiador de la Iglesia (1875-1942).

Ligugé
El primer monasterio en la Galia (360) (ver: Martín de Tours).

Letanía
Una serie de invocaciones cortas dichas en público por un individuo, a las que la congregación responde.

Lión
Ciudad histórica en el centro-este de Francia, situada entre París y Marsella. La presencia cristiana allí está documentada desde el siglo II.

Liturgia
Palabra genérica para designar todas las celebraciones rituales de culto de las antiguas Iglesias cristianas.

Loisy, A.F.
Investigador bíblico francés, fundador del movimiento modernista. Sus libros fueron condenados por la Iglesia católica (1857-1940).

Lombardos

Tribu germánica que estableció su reino en Italia, principalmente en el norte, de 568 a 774, año en que su reino fue conquistado por Carlomagno e integrado en su imperio.

Lorenzo
Diácono y mártir romano, martirizado en 258.

Lupo
Monje francés y obispo de Troyes (383-479).

Lusitania
Provincia romana que incluía la mayor parte de Portugal moderno al sur del río Duero y la región de Extremadura en la España moderna.

Lydia
Antiguo distrito en la parte occidental de Asia Menor, a orillas del mar Egeo.

Macabeos, I y II
Libros deuterocanónicos en los que se narran la rebelión de los Asmoneos contra el dominio griego.

Macario
Monje egipcio (300-390).

Macedonia
Provincia romana en el norte de Grecia.

Macriano
Fulvio Macriano (muerto 261) era un funcionario fiscal que usurpó el trono al emperador Valeriano.

Macrinio Daciano
Gobernador de la provincia de Numidia en 260, cuando un gran número de cristianos sufrieron allí martirio.

Mádaba
Ciudad antigua en Jordania.

Magnesios

Epístola de Ignacio de Antioquía a los cristianos de Magnesia, una ciudad de Asia Menor.

Mahoma

Muhammad, el fundador del Islam (nació en 570 en la Meca, murió en 632 en Medina), aceptado por los musulmanes como el último de los profetas de Dios.

Maiuma

El antiguo puerto de la ciudad de Gaza.

Majencio

Emperador romano (306-312), hijo del emperador Maximiniano. Fue muerto en batalla contra Constantino en Roma, en el Puente Milvio.

Mamas

Santo legendario, pastor y mártir (murió en 275).

Mampsis

(Kurnub, Mamshit). Ciudad nabateo-bizantina en el norte del Néguev.

Maniqueos

Los seguidores de Manes de Persia (215-275), que difundían una religión que tenía elementos cristianos y gnósticos. La secta se propagó rápidamente en Egipto, África del Norte y también Roma.

Mansión eterna

Nombre dado a la tumba por griegos y romanos (en latín, *domus aeterna*).

Marana-ta

Expresión aramea por “¡Señor nuestro, ven!” (1Co 16:22; Ap 22:20).

Marción

Hereje nacido en Sínope (Asia menor). Se radicó en Roma y difundió su idea que el Dios del Antiguo Testamento no es el mismo que se describe en el Nuevo. La Iglesia lo condenó. Murió c.160.

Marco Aurelio

Emperador romano (121-180).

Mar Dosio

El monasterio de Teodosio, al este de Belén.

Marduk

Dios mesopotámico, creador del mundo y del hombre, dios de la luz y la vida.

Mareotis

Lago cercano a la ciudad de Alejandría en Egipto.

Marmoutier

Nombre de una ciudad y un monasterio benedictino en el este de Francia. El monasterio fue fundado en 372.

Mar Rojo

En las antiguas traducciones de la Biblia, el mar que fue cruzado por los israelitas en su huida de Egipto (Éx. 13:17-14:29). Hoy en día, el golfo formado por las aguas del océano Índico entre los continentes de África y Asia.

Martín de Braga

Monje en Palestina y obispo de la ciudad de Braga, en Portugal (520-580).

Martín de Tours

Soldado romano, después obispo de la ciudad de Tours en la Galia. En 360 fundó el monasterio de Ligugé junto con Hilario de Poitiers (335-397).

Mártir

Término griego que significa "testigo". Vino a significar un santo que había sido torturado, y para los cristianos, en particular, una persona que había muerto por causa de su fe.

Mártires Escilitanos

Siete hombres y cinco mujeres martirizados en la ciudad de Scillium, en África del Norte (180).

Martirio

(*martyrium*, en latín; *martýrion*, “Testimonio”, en griego), un término utilizado tanto para referirse a los tormentos sufridos por un mártir como para designar una iglesia o capilla construida para preservar un lugar sagrado o la tumba de un mártir.

Martyrium Polycarpi

“El martirio de Policarpo”. Relato escrito original de las torturas y la muerte de Policarpo, obispo de Esmirna, en 155.

Masilianos

Secta de mendigos religiosos fundada en Mesopotamia en el siglo IV, que se extendió a Siria, Asia Menor y Egipto. Sus miembros estaban entre los condenados de herejía en el Concilio de Éfeso (431).

Mauricio

Emperador bizantino (539-602).

Mausoleo

Tumba monumental.

Máximo

Monje y abad del monasterio de Lérins y obispo de la ciudad de Riez (muerto en 460).

Maximiano

Obispo de Ravenna, en Italia del Norte (498-556).

Maximino Daia

Emperador romano, persiguió a los cristianos (muerto en 313).

Medallón

Moneda grande de oro o de plata que los emperadores romanos solían dar como premio militar o político.

Mejilta

Un midrash agádico y halájico del libro del Éxodo (200-400 CE).

Melania la Vieja

Matrona romana que se hizo monja y fundó un monasterio en el Monte de los Olivos (345-410).

Melania la Joven

Nieta de Melania la Vieja, que también fundó un monasterio en el Monte de los Olivos (383-438).

Melas

Monje y obispo de la ciudad de Rinocolura (hoy, El Arish) en el siglo V.

Melitón de Sardes

Obispo en Asia Menor y Padre de la Iglesia (muerto en 190).

Melquitas

Apodo que recibieron los cristianos que permanecieron fieles a la fe oficial de los emperadores bizantinos según las decisiones en el Concilio de Calcedonia, y opuestos a los monofisitas en Siria y Egipto.

Memoriae

Santuarios erigidos para conmemorar a los mártires.

Menas

Mártir egipcio legendario (siglo III o IV). Su tumba estaba situada al sudoeste del lago Mariotis y era una meta de peregrinos.

Menoráh

("Lámpara", en hebreo), nombre utilizado para referirse al candelabro de siete brazos que había en el Templo de Jerusalén.

Mikvéh

Nombre hebreo dado al depósito de agua destinado a las purificaciones rituales.

Mozárabes

(Del árabe: *must'arabi*, "arabizado"). Cristianos que vivían bajo el régimen islámico árabe en España (Al-Ándalus) y habían adoptado elementos de lengua y cultura árabe. Eran católicos de rito visigótico, llamado también "mozárabe".

Merovingios
De Meroveo, líder de los Francos Salios. Su hijo Quilderico I (c.457–481) fundó la dinastía merovingia, y su nieto Clovis (481–511) unió a toda la Galia bajo el gobierno merovingio.

Mesopotamia
El nombre griego de la región conocida en hebreo como Aram Naharáim, es decir, "Aram de los dos ríos", la región entre el Éufrates y el Tigris.

Metodio de Olimpo
Obispo y Padre de la Iglesia. Al parecer, fue martirizado en 311.

Metropolitano
En la Iglesia oriental, título del obispo al frente de un distrito provincial del Imperio Romano.

Metz
Ciudad antigua en el noreste de Francia.

Midrash
Literatura agádica de la época de la Mishnáh y el Talmud.

Milenio
La doctrina que sostiene que Jesucristo gobernará por mil años sobre la tierra antes del juicio final. La mayoría de católicos considera como figurativas las referencias al Milenio en las Escrituras.

Mileto
Ciudad griega en la costa occidental de Asia menor.

Minos
Personaje de la mitología griega. Rey de Cnosos.

Minucio Félix

Abogado romano convertido del paganismo, autor de una apología por el cristianismo en forma de diálogo entre el cristiano Octavio y el pagano Cecilio. Probablemente del siglo II.

Minuto Fundano

Procónsul de Asia en 122/3, a quien el emperador Adriano envió un rescripto ordenando tratar con severidad a quienes acusaran frívolamente a los cristianos.

Misa

Nombre dado al ritual de la Cena del Señor en la Iglesia latina.

Mishnáh

Seis libros (*sedarim*, es decir, “órdenes”) que contienen los mandamientos de la Ley oral. Compilados aprox. en 220 d.C. por orden del rabino Judá el Patriarca.

Missale Romanum

El libro litúrgico oficial para la celebración de la Cena del Señor en la Iglesia latina.

Mitraísmo

Religión de misterio del dios sol indo-iranio Mitra, venerado particularmente por los soldados romanos.

Modo judaico

Latino por: “a la manera judía”.

Monarquianismo

Se dice de la creencia en Dios como una sola y no tres Personas conviviendo en una sola naturaleza, según se cree en la fe ortodoxa.

Mónica

Madre de San Agustín de Hipona (331-387).

Monofisitas

Cristianos que creen que Jesús tiene solamente naturaleza divina, no

humana.

Monograma

Un símbolo elaborado por la superposición o combinación de dos o más letras.

Montanismo

La herejía de Montano de Frigia (siglo II d.C.), quien esperaba una inminente efusión nueva del Espíritu Santo a los creyentes y exigía de ellos vivir una vida de ascetismo completo.

Montecassino

Famoso monasterio de Italia, fundado por Benito de Nursia.

Monte Nebó

El lugar donde murió Moisés en tierra de Moab (Dt. 34: 1-5). Hoy se llama Ras Siyagha, en Jordania, a 1200 metros de altura sobre el Mar Muerto.

Monza

Ciudad antigua en Italia del Norte, cerca de Milán.

Mopsuestia

Antigua ciudad situada a 20 kilómetros al este de Antioquía de Cilicia, hoy Antakia, en el sudeste de Turquía.

Mot

Personificación de la muerte en la literatura cananea de Ugarit.

Musa bin Nusayr

Gobernador de las provincias musulmanas del norte de África bajo el califa oméyada Al-Walid (640–716). Dirigió la conquista islámica del reino visigodo de Hispania (España, Portugal y parte de Francia)

Musulmán

Seguidor de la religión islámica.

Nabateos

Un pueblo árabe que gobernó desde el siglo VI a.C. en la antigua tierra de Edom, dedicándose al comercio entre Oriente y Occidente. Fundaron ciudades en el norte del Néguev. En 106 d.C. los romanos los anexaron a su imperio. Fueron cristianizados en el siglo IV.

Nag Hammadi

Aldea de Egipto, a 80 km al noroeste de Luxor, en el sitio del antiguo monasterio de Jenoboskion, donde se descubrió una importante colección de papiros en copto en 1945.

Nártex

Término griego que denota el largo y estrecho pasillo delante de muchas iglesias antiguas. Fue utilizado como sala de espera.

Nazarenos

Nazoraioi (en griego) es el nombre dado por los escritores cristianos antiguos a una de las dos corrientes principales de judíos convertidos a la fe cristiana. Contrariamente a los Ebionitas, los Nazarenos aceptaban la divinidad de Jesús. Igualmente mantenían todas las observancias judías.

Necrópolis

En griego, "ciudad de los muertos", es decir, un cementerio.

Nehardea

Antigua ciudad del sur de Irak. Muchos judíos habitaban allí en el período de la Mishnáh y el Talmud.

Neocaesarea

Ciudad griega del Ponto, en el norte de Asia Menor.

Neoplatónico

Relativo al neoplatonismo, una escuela de filosofía mística basada en las enseñanzas de Platón, iniciada en el siglo III, particularmente en Alejandría.

Nerón

Emperador romano, el primero que persiguió a los cristianos (37-68).

Nerva
Emperador romano (96-98 a.C.).

Nessana
Ciudad nabatea y bizantina en el Néguev occidental, hoy llamada Nitzana.

Nestorianismo
El movimiento cristiano de los seguidores de Nestorio.

Nestorianos
Seguidores de Nestorio.

Nestorio
Patriarca de Constantinopla (muerto antes de 451). Defendió la creencia que Jesús poseía dos personalidades, una humana y otra divina, a diferencia de las creencias ortodoxa y monofisita.

Nicea
Una ciudad del noreste del Asia menor. Allí se celebró el primer concilio ecuménico de los obispos cristianos en 325.

Nicéforo
Monje hesycasta del Monte Atos, murió en 1280.

Nicolaítas
Una secta cristiana primitiva (Ap. 2:6), que posiblemente animaba la indulgencia sexual.

Nicomedia
La ciudad capital de Bitinia en Asia Menor.

Nilo Sinaíta
Monje que vivió en el Sinaí y Padre de la Iglesia. Algunos lo identifican con Nilo, el obispo de Áncara en Asia Menor, que murió c. 430.

Niobe
Figura mitológica griega.

Nitrea

Región (Wadi Natrún) en la parte sudoeste del Delta del Nilo.

Notsrim

Término hebreo de “nazarenos”, inicialmente utilizado para designar a los judíos que creían en Jesús como Mesías e Hijo de Dios, pero utilizado hoy en hebreo para designar a los cristianos en general.

Novaciano

Sacerdote romano que se oponía a la readmisión de los *lapsi* en la Iglesia. Fue excomulgado por el papa, pero su movimiento duró varios siglos.

Nubia

La región meridional de Egipto y del norte de Sudán.

Numidia

Un antiguo reino bereber de África del Norte, en la moderna Argelia, más tarde convertida en provincia romana, situada entre Mauritania al oeste y África Proconsular al este.

Obispo

Sacerdote responsable de una diócesis.

Octateuco

Los ocho primeros libros del Antiguo Testamento griego, es decir, el Pentateuco, Josué, Jueces y Rut.

Octaviano Augusto

El primer emperador romano (31 a.C.-14 d.C.).

Odoacro

Flavio Odoacro (433-493), comandante del ejército que depuso al último emperador romano (476), convirtiéndose así en el primer rey bárbaro de la Italia germánica. Pero al final fue sometido y muerto en Ravenna por el ostrogodo Teodorico (493).

Ofertorio

Rito del ofrecimiento del pan y del vino en la Cena del Señor, en las

liturgias antiguas.

Onofre
Ermitaño egipcio (siglo V).

Orans
Imagen de Persona, generalmente una mujer, que levanta las manos en postura de oración. Aparece con frecuencia en el arte cristiano primitivo.

Orfeo
Poeta mitológico en la cultura griega.

Orfismo
Movimiento filosófico-religioso en el mundo helenístico basado en el mito de Orfeo, que exigía de sus miembros la purificación de su alma y condenaba todo lo referente al placer material.

Orígenes
Sacerdote y Padre de la Iglesia. Nacido y educado en Alejandría, se trasladó a Cesarea Marítima, donde enseñó y escribió hasta su muerte (185-254).

Origenista
Relativo a las doctrinas heterodoxas de Orígenes.

Orontes
El río Orontes nace en Turquía, pasa a través de Siria y desemboca en el mar Mediterráneo en el Líbano.

Osario
Receptáculo de piedra o arcilla en el que se recogían los huesos para su enterramiento definitivo después de un entierro temporal anterior. Popular entre los antiguos judíos en Israel, especialmente entre los años 40 a.C.-70 d.C.

Osiris
El antiguo dios egipcio de los muertos, esposo de Isis y padre de Horus.

Ostrogodos
Rama de los Godos orientales, que bajo Teodorico I establecieron un reino en Italia en los siglos V y VI. En 567 fueron absorbidos por el reino fundado por los Longobardos.

Pablo de Samosata
Obispo de Antioquía. Fue destituido de allí porque negaba que Jesús fuera una persona independiente del Padre (siglo III).

Pablo de Tebas
Monje egipcio. Fue el primer ermitaño, según Jerónimo (240-340).

Pacomio
Monje egipcio que fundó el sistema cenobítico y escribió para él una regla (290-346).

Padrenuestro
La oracion que comienza “Padre nuestro que estas en el cielo”, que Jesus enseno a sus discipulos Jesús enseñó a sus discípulos (Mt. 6:9-13; Lc. 11:2-4).

Padres Apostólicos
Nombre dado a los autores de los libros cristianos más antiguos después del Nuevo Testamento, considerados discípulos de los apóstoles de Jesús.

Padres de la Iglesia
Autores cristianos antiguos, reconocido por la Iglesia como promotores de la doctrina ortodoxa.

Paflagonia
Distrito en el norte de Asia Menor, entre Ponto y Bitinia.

Paganos
Adoradores de ídolos.

Paladio
Obispo de la ciudad de Helenópolis en Asia Menor, historiador de los monjes de Egipto y Palestina (365-425).

Pala d'oro

Frontal o *antependium* de plata dorada y con paneles de esmalte del altar central de la catedral de San Marcos en Venecia, de los siglos XII y XIII.

Palestina

Nombre utilizado en la época romana tardía para designar la provincia romana de Judea, fundada en el año 6 d.C. en el territorio que había sido el reino de Herodes. El emperador Diocleciano la dividió en tres provincias: Palestina Primera (parte central o Judea propiamente dicha), Segunda (parte norte o Samaria) y Tercera (parte meridional o antiguo Edom).

Palio

Una especie de bufanda bordada con cruces, usada por los arzobispos católicos durante los ritos litúrgicos.

Panarion

("Botiquín", en griego) título de un libro escrito por el Padre de la Iglesia Epifanio, conocido en latín como *Adversus haereses* ("Contra las herejías").

Panfilia

Nombre de una región del sur del Asia Menor, situada entre Licia al oeste, Cilicia al este, Pisidia al norte y el mar Mediterráneo al sur.

Panonia

Una antigua provincia del Imperio Romano, situada en el país de la actual Hungría occidental y territorios adyacentes.

Panópolis

Ciudad antigua en Egipto meridional, hoy Ajmim.

Panteno

Mártir, director de la escuela catequética de Alejandría y maestro de Clemente de Alejandría, aproximadamente desde 180 hasta su muerte en 190.

Pantocrátor

("Todopoderoso", en griego). Un término común que se refiere a la imagen de Jesús representado como juez supremo.

Papa
El obispo de Roma. Considerado por la Iglesia católica como heredero de la autoridad de Pedro.

Papías
Obispo de Hierápolis en Asia Menor, uno de los Padres Apostólicos.

Parenético
Exhortador, alentador.

Partenones
Casas para las vírgenes (*parthenós* = "virgen", en griego).

Pascua
En la Iglesia, fiesta de la resurrección de Jesús. Llamada *Pasja* (*Pascha*) en latín y griego, palabra derivada de la palabra hebrea *Pésaj*, "Pascua".

Pastoforio
Otro nombre para la *prótesis* y el *diacónico*.

Patmos
Una de las islas del mar Egeo.

Patriarca
Posición jerárquica de la Iglesia antigua en las ciudades de Roma, Alejandría, Antioquía, Constantinopla y Jerusalén. Hoy en día es el título de los jefes de las Iglesias ortodoxas independientes.

Patricio
Monje y obispo. Difundió la fe cristiana en Irlanda (387-493).

Paula
Matrona romana, alumna de Jerónimo. Se convirtió en superiora de un monasterio de monjas que se construyó en Belén.

Paulino

Padre de la Iglesia y obispo de la ciudad de Nola en Italia (353-431).

Pectorio
Autor de un epitafio muy importante, tal vez de finales del siglo II, descubierto en Autun, en Francia.

Pedro Diácono
Monje de Montecassino (muerto en 910).

Pela
Una de las ciudades de la Decápolis, hoy Fahil, en Jordania, a unos 130 km al norte de Ammán. Se convirtió en refugio para los cristianos de Jerusalén, que huían de la guerra judía contra los romanos (65-70 d.C.).

Península Ibérica
El territorio actual de España y Portugal.

Peregrino
Monje español, acusado de priscilianismo. Vivió en el siglo VI.

Pérgamo
Una de las más importantes ciudades griegas antiguas de laTurquía actual, situada al norte y oeste de la ciudad moderna de Bérgama, a 26 km del mar Egeo. Fue una de las siete Iglesias de Asia (Ap. 2: 12-17).

Período bizantino
El tiempo en que los emperadores bizantinos dominaban en las regiones orientales del Imperio Romano original, de Constantino I a la invasión musulmana (c. 324-640).

Peripatéticos
(“Ambulantes”, en griego). Así eran designados los seguidores del filósofo griego Aristóteles (384-322 a.C.).

Perpetua y Felicidad
Dos mártires del siglo II. Perpetua murió martirizada en Cartago y Felicidad en Roma.

Persona

Término derivado del griego: *prósopon*, "cara, faz". En la doctrina cristiana de la Trinidad, la divinidad está integrada por las tres Personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Pesher Habacuc

("Comentario de Habacuc", en hebreo). Uno de los primeros y más importantes rollos descubiertos en Qumrán.

Peshitta

(Arameo por: "simple, sencillo" o "recibido"). La traducción siríaca de las Escrituras, del siglo V d.C. En la traducción Peshitta, el Nuevo Testamento no incluye los libros del Apocalipsis, 1 y 2 de Pedro, 2 y 3 de Juan y Judas.

Pesiqta

Libro *halájico* del período del Talmud.

Petilia

Antigua ciudad del sur de Italia.

Pirineos

La cordillera que separa geográficamente la Península Ibérica del resto de Europa.

Pirqey Avot

(En hebreo: "Dichos de los padres"). Un capítulo muy importante del "orden" *Neziqim* de la Mishnáh, que recoge palabras de sabiduría de antiguos rabinos.

Pirqey de Rabi Eliezer

(En hebreo: "Dichos del rabino Eliézer"). Un *midrash* antiguo atribuido a Eliézer hijo de Hircano, del siglo I d.C.).

Piscina de las Ovejas

"Probática", piscina en Jerusalén rodeada de cinco galerías arqueadas, llamada también Betesda ("Beth Hesda" = casa de la misericordia) (Jn. 5:2).

Pisidia
Región del sudoeste del Asia Menor, que corresponde aproximadamente a la actual provincia turca de Antalia.

Pispir
Montaña en la orilla oriental del Nilo, no lejos de Luxor. Hoy en día es conocido como Deir el-Mamón.

Pitagóricos
Discípulos de Pitágoras, filósofo y matemático griego (580-497 a.C.).

Platón
Filósofo griego, alumno de Sócrates y maestro de Aristóteles (428-348 a.C.).

Platonismo
El movimiento y el pensamiento fundados en los principios filosóficos de Platón.

Plinio el Joven
Sobrino de Plinio el Viejo, gobernador de Bitinia (61-114 d.C.).

Plinio el Viejo
Senador, investigador de la naturaleza y escritor (22-79 d.C.).

Plotino
El filósofo neoplatónico más influyente. Su sistema estaba fundado en tres principios: el uno, el intelecto y el alma (204/5–270 d.C.).

Poitiers
Ciudad antigua en el centro de Francia.

Policarpo
Obispo de Esmirna, en Asia menor, mártir y Padre de la Iglesia (60-155).

Polícrates
Obispo de Éfeso (segunda mitad del siglo II).

Politeísmo

La creencia en muchos dioses.

Poncio
Obispo de Roma (muerto en 235).

Poncio Pilato
Gobernador romano de Judea (26-36 d.C.).

Ponto
Distrito en el noreste del Asia Menor, entre Armenia y Bitinia.

Popule meus
(En latín: "¡Pueblo mío!"). Palabras iniciales de una oración repetitiva en la liturgia romana del Viernes Santo, en memoria de la muerte de Jesús en la Cruz.

Poreč
La antigua ciudad de Parenzo, en el noroeste de Croacia.

Pórfido
Un discípulo del filósofo neoplatónico Plotino, cuyos escritos editó (c. 234 - 305). La obra principal de Pórfido fue su libro *Contra los cristianos*.

Prefecto
(*Praefectus*, en latín) Era la máxima autoridad civil en una provincia romana, aunque por lo general conectada con los militares.

Presbiterio
Plataforma que rodea el altar central en una iglesia, llamado también *bema.*

Presbýteros
("Anciano", en griego). Un miembro del consejo de ancianos en las Iglesias cristianas (Hch. 11:30 ss.). El oficio del sacerdote es un desarrollo del mismo, y por ello se le llama también "presbítero".

Primera Apología

Apología del cristianismo escrita por Justino Mártir al emperador Antonino Pío, hacia 155.

Priscilianistas
Los seguidores de Prisciliano, un gnóstico español que fue nombrado obispo de Ávila pero acusado luego de herejía por concilios de obispos (siglos IV-V).

Procónsul
Oficial, generalmente un excónsul, que actuaba como gobernador o comandante militar de una provincia romana.

Procopio
Erudito de Cesarea que acompañó al general Belisario en las guerras del emperador Justiniano I y fue su principal historiador (c. 500 – c. 565).

Prótesis
Una habitación aneja a la iglesia, en la cual se preparan el pan y el vino para la Cena del Señor en las Iglesias orientales.

Protoevangelio de Santiago
Libro apócrifo judeocristiano del siglo II.

Putti (ver también: erotes)

Querubicón
El "Canto de los querubines" en la liturgia oriental, cantado por el pueblo durante la gran entrada del clero.

Querubines
Una categoría de seres angélicos. En su origen estaban basados en figuras mitológicas de Babilonia y Asiria: animales alados, con cuerpo de toro y cabeza de hombre. Sus estatuas estaban colocadas junto a las puertas del palacio del rey.

Qumrán
Ruinas del lugar donde al parecer habitaron los Esenios, en la orilla occidental del Mar Muerto. En las cuevas que rodean las ruinas fueron

descubiertas los *Rollos del Mar Muerto*.

Rábulas
Obispo de Edesa en Siria. Se opuso bravamente a los Nestorianos (murió el 435).

Ras Siyagha
Nombre árabe de la cima del Monte Nebó.

Ravenna
Antigua ciudad del norte de Italia.

Recaredo
Rey de los Visigodos en España (586-601). Abandonó el arrianismo y recibió la fe católica.

Refrigerium
Entre los romanos, una comida memorial junto a una tumba.

Religiones de misterio
Religiones paganas de los simpatizantes de personajes mitológicos del oriente, como Isis, Osiris, Mitra, Cibeles, etc.

Regla de la comunidad
La regla de la secta de Qumrán, en el Mar Muerto.

Reglas
Dos composiciones (*La Regla de la Comunidad* y *Bendiciones*) escritas por y para la secta de Qumrán, en el Mar Muerto.

Regula Monachorum
La Regla monástica escrita por Benito de Nursia.

Reims
Ciudad antigua de Francia central, en la que se eleva una famosa catedral gótica.

Relicario
Caja hecha de piedra o de metal en la que se conservan los restos del

cuerpo o pertenencias de santos en las iglesias.

Reliquias
Huesos u objetos que pertenecieron a santos.

Rin
El río que fluye desde los Alpes suizos hasta la costa del Mar del Norte en los Países Bajos.

Rito caldeo
La liturgia de la iglesia Siria llamada caldea, que una vez fue nestoriana pero hoy es católica. Sus miembros residen en Turquía, Irán y en la costa Malabar de la India.

Rollo de Josué
Manuscrito del libro de Josué iluminado con miniaturas bizantinas, del siglo X.

Rollo de la Guerra
Uno de los rollos de Qumrán que trata de la batalla escatológica entre los "Hijos de la luz" y los "Hijos de las tinieblas".

***Rollos de Qumrán* (o *del Mar Muerto*)**
Una colección de escritos hebreos y arameos descubiertos en cuevas cerca de las ruinas de Qumrán, al noroeste del Mar Muerto, especialmente entre 1947-1957.

Romper el pan
Uno de los primeros nombres dados a la Cena del Señor (Hch. 2:42, 46; 20:7).

Rómulo y Remo
Los fundadores de la ciudad de Roma, según la mitología.

Rotonda
Estructura arquitectónica de forma circular.

Rufino de Aquileia

Sacerdote del norte de Italia. Habitó en Palestina durante muchos años y defendió la ortodoxia de Orígenes (345-410).

Sabas

Monje de Capadocia que vivió como ermitaño en el desierto de Judea, fundó *lauras* y fue nombrado superior de todas las *lauras* de Tierra Santa (439-531).

Sabiduría de Salomón

Obra sapiencial judía compuesta en griego en Egipto (c. 50-30 a.C.) e incluido en el canon de la Septuaginta. Las Iglesias católica y ortodoxa la tienen como inspirada.

Sabios (Los)

Llamados *Jasal* en hebreo, un acróstico de *Jajameynu Zijram le-Brajá*, "Nuestros sabios, bendita sea su memoria", los rabinos de la época de la Mishnáh y el Talmud, cuyas enseñanzas fueron preservadas en la literatura de *Agadá* y de *Halajáh*.

Sacerdote

En su aceptación tradicional, este nombre se da al varón ordenado oficialmente por la Iglesia para ser responsable de una comunidad local y autorizado para celebrar la mayoría de sacramentos, la Eucaristía entre ellos.

Sacramento

Un rito oficial de la Iglesia cristiana (como bautismo, etc.) a través del cual Dios otorga su gracia especial al creyente que lo recibe.

Sacramentario

Libro que contiene los detalles relativos a la administración de los sacramentos.

Sacramentario de Serapión

Obra de Serapión, obispo de Thmuis en Egipto, en el siglo IV, referente al orden de las oraciones de los sacramentos.

Sacrificio cotidiano

El sacrificio ofrecido en el Templo diariamente, mañana y tarde. Era el sacrificio de una oveja, aceite, vino, harina y sal.

Sajones
El pueblo de Sachsen, una región de Alemania oriental, que conquistó la isla británica en el siglo V.

San Vitale
Una iglesia ricamente decorada, construida por el emperador Justiniano en la ciudad de Ravenna.

Sankt Gall
Un monasterio de Suiza, fundado en 613 por monjes irlandeses.

Santa Maria Antiqua
Iglesia construida en el siglo VI en el Foro Romano.

Santa Maria Maggiore
Basílica romana de los siglos IV y V.

Sant' Ambroggio
La iglesia de San Ambrosio de Milán.

Santa Sabina
Basílica romana del siglo VI, en el Monte Aventino.

Santa Sofía
(En griego *Hagia Sofia* = "santa sabiduría"). Enorme basílica construida por Justiniano I en Constantinopla.

Santo de los Santos
La cámara más interna del Templo de Jerusalén, donde se encontraba el Arca de la Alianza.

Santos lugares
Sitios de la tierra de Israel considerados como habiendo sido el escenario de los hechos narrados en la Biblia.

Sarapis (Serapis)

Un dios helenístico egipcio.

Sarcófago
Ataúd adornado, generalmente hecho de piedra.

Sardis
Ciudad importante en la costa oriental del Asia Menor durante el período helenísticoromano.

Sasánidas
Dinastía persa que gobernó en Mesopotamia e Irán (224-641 d.C.).

Segundo Templo
El templo construido en Jerusalén en la época de Esdras y Nehemías y renovado por el rey Herodes.

Seléucidas
Dinastía griega que gobernó el cercano Oriente (Mesopotamia, Siria, Asia Menor, Grecia) de 305 a 64 a.C.

Senado
El consejo político de Roma, especialmente en el período de la República.

Senatus consultum
Un decreto promulgado por el antiguo Senado romano.

Séneca
Filósofo, orador y escritor romano (3 a.C.-65 d.C.).

Septimania
Región en el sur Francia en la época romana, que corresponde aproximadamente al Rosellón y Languedoc de hoy, conquistada por los musulmanes en 712.

Septimio Severo
Emperador romano (146-211 d.C.).

Septuaginta
("Setenta", en latín). Título de la antigua traducción griega del Antiguo

Testamento, hecha en Egipto en el siglo III a.C. La tradición sostiene que setenta eruditos judíos fueron reunidos para traducir el Pentateuco en celdas individuales, y cuando la obra fue terminada, una inspección descubrió que todas sus traducciones eran idénticas.

Serapión
Monje y Padre de la Iglesia, obispo de la ciudad de Tmuis en Egipto (muerto después de 360).

Serapis (ver: Sarapis).

Seridos
Fundador y abad del monasterio de su nombre en la región de Gaza. Vivió en el siglo VI.

Seudo-Bernabé (ver: Epístola de Bernabé).

Seudo-Clemente (ver: Clemente de Roma).

Seudo-Dionysio
Autor anónimo, teólogo y místico de Alejandría, de comienzos del siglo VI.

Seudo-Justino
Nombre usado para designar a un número de autores cristianos anónimos (siglos IV y V).

Severos
Los emperadores de la familia de los Severo, que gobernaron desde el período del imperio de Septimio Severo (193-211) hasta el de Severo Alejandro (222-235).

Shamai
Rabino, fundador de una escuela rabínica y miembro del Sanedrín en el siglo I a.C.

Shansit
Nombre copto ("la vara de Seth") de un antiguo lugar en Egipto

meridional, conocida hoy como Nag Hamadi, donde en 1945 se descubrieron escritos gnósticos.

Shejiná

(“El hecho de habitar”, en hebreo). Un término técnico que se refiere a la presencia de Dios entre el pueblo de Israel.

Shemot Rabbá

“Gran midrash de los Nombres”, en hebreo). Antiguo *midrash* del libro de Éxodo.

Shenuda

Patriarca copto que se opuso a Nestorio (348-466).

Sheol

El país de los muertos, en los libros del Antiguo Testamento.

Sibila

Según la creencia mitológica de griegos y romanos, mujer que profetizaba bajo inspiración divina en diversos santuarios antiguos de Asia Menor, Grecia e Italia.

Sidur

El libro de oración judío.

Sifrá

(“El libro”, en arameo). Un *midrash* a los libros de Levítico y Números compuesto durante el período del Talmud, aunque la mayor parte del material es de la época Tanaítica.

Siloán (Siloam)

(De la palabra hebrea *shilóaj*, “enviado”). Aldea árabe situada al sudeste del Monte del Templo en Jerusalén.

Símaco

Ebionita, posiblemente nacido en Samaria, que vivió hacia el final del siglo II y tradujo de nuevo el Antiguo Testamento al griego.

Simeón el Justo
Sumo sacerdote de Israel (300-270 a.C.).

Simeón Estilita
Monje del noroeste de Siria. Vivió treinta y siete años sobre un pilar, desde el cual predicaba a sus visitantes (muerto en 459).

Simón el Nuevo Teólogo
Superior de un monasterio bizantino y escritor místico (949-1022).

Sincretista
Dicho de una idea, creencia o culto cuando se los relaciona con un contexto religioso o ideológico que en realidad no les pertenece.

Sínodos
Concilios de obispos en determinadas regiones geográficas.

Sínope
Una antigua ciudad en la costa del Mar Negro, en Asia Menor, hogar del famoso filósofo Diógenes, del traductor Áquila y del heresiarca Marción.

Sixto II
Obispo de Roma (257-258), murió mártir durante la persecución del emperador Valeriano.

Smaqiya
Aldea árabe en el Monte Carmelo, donde se encuentran restos de una iglesia bizantina, con un bautisterio inacabado.

Sócrates
Filósofo griego (470-399 a.C.). Maestro de Platón.

Sócrates Escolástico
Abogado e historiador cristiano (c. 380-450).

Sofía
("Sabiduría", en griego) Una idea central en la antigua filosofía griega y en el gnosticismo. En la Biblia hebrea, la sabiduría de Dios se expresa

vivamente como personificada (Pr. 8:22-31; 9: 1-6). En el Nuevo Testamento, Jesucristo se conoce como "sabiduría de Dios" (Mt. 11:19; 1Co. 1: 30-31).

Sofista
En la antigua Grecia, profesor de filosofía y retórica para educar en excelencia y virtud.

Solino
Historiador romano (primera mitad del siglo III d.C.).

Sozómeno
Historiador de la Iglesia nacido en Betelía, cerca de Gaza (muerto c. 450).

Spenta Mainyu
("Buen espíritu", en persa antiguo). El dios de la luz y del bien en la mitología persa.

Státer
Moneda griega de plata que valía cuatro dracmas, dos veces más que el impuesto pagado al Templo en los días de Jesús (Mt. 23:17).

Statio
("Estación", en latín). Así se llamaba en Roma la iglesia en la que los creyentes se reunían para celebrar la liturgia el domingo o un día festivo.

Stratsi
En la Iglesia rusa ortodoxa, título dado a los monjes que poseen dones espirituales y son conocidos como consejeros espirituales, pero que no tienen una posición oficial.

Studium Biblicum Franciscanum
Centro franciscano en Jerusalén para el estudio de Biblia, teología y arqueología.

Subiaco
El primer monasterio benedictino, en el sur de Italia.

Subordinacionistas

Herejes que negaban la doctrina de la Santísima Trinidad, afirmando que el Hijo estaba subordinado al Padre y que el Espíritu Santo estaba subordinado a los dos.

Suetonio

Historiador romano (c. 69-125 d.C.).

Suevos

Uno de los pueblos germánicos que invadieron el sur de Europa en el siglo V. Se establecieron principalmente en el noroeste de España.

Susana y los dos Ancianos

Historia que se relata en el capítulo 13 de la versión griega de Daniel.

Sýntronos

Nombre griego dado al banco escalonado, en el ábside central en las iglesias antiguas, donde se sentaba el clero.

Ta'anit

("Aflicción, ayuno", en hebreo). Es el título de uno de los capítulos de la sección *Moed* en la Mishnáh y el Talmud.

Tabga

Nombre arabizado de *Hepta Pegón*, "Siete manantiales", en griego. Es un lugar en la costa del lago de Galilea, en el cual, según la tradición, Jesús realizó el milagro de la multiplicación de los panes y los peces. Hoy se levanta allí una iglesia del siglo V totalmente restaurada.

Taciano

Apologeta cristiano que fue discípulo de Justino Mártir en Roma (c. 160), pero se convirtió al gnosticismo, fundó la secta de los Encratistas, y compuso el *Diatéssaron*.

Tácito

Historiador romano (c. 55-120 d.C.).

Tagaste

Lugar de nacimiento de San Agustín. Hoy en día es Souk Ahras, en Argelia.

Talmud Babilónico

Colección de la ley oral (*Mishnáh*) acompañada por las interpretaciones de los rabinos (*Guemará*). Fue compuesto en Mesopotamia entre siglos III y VI d.C.

Talmud de Jerusalén

Comentario arameo de los sabios rabinos de Israel a una parte de la Mishnáh. Fue compuesto entre los siglos III y V d.C., probablemente en Tiberíades.

Tamuz

Dios semita que murió y resucitó. Es la personificación del ciclo anual de la renovación de la naturaleza.

Tanjuma

Un antiguo *midrash* de todo el Pentateuco, con el nombre de rabino Tanjuma Bar Aba (siglo IV).

Tarfón

Rabino de la primera mitad del siglo II. Conocido por sus dichos en la Mishnáh.

Targum Shir Ha-Shirim

("Traducción del Cantar de los Cantares", en hebreo). Una antigua traducción aramea del Cantar de los Cantares.

Tariq ibn Ziyad

Gobernador musulmán de Marruecos al que pidieron ayuda los herederos del rey visigodo de España, y que conquistó la Península Ibérica y parte de Francia en 711-712.

Tarragona

Ciudad de Cataluña, en el noreste de España. En el pasado fue la capital de la provincia romana de Hispania Tarraconensis, con un puerto en el Mar Mediterráneo.

Tarso

Ciudad helenística en la provincia romana de Cilicia, en el sudeste del Asia Menor.

Tártaro

El infierno de la mitología griega.

Táuata

Aldea en la que nació Hilarión, a unos 6 km al sudoeste de Gaza, donde también comenzó su vida monástica.

Tauro

Cadena de montañas entre la llanura de Anatolia y el Mediterráneo en el sur del Asia Menor.

Tecoa

Ciudad bíblica de Judea, al sur de Belén. El sitio es hoy conocido como Tel Tecoa.

Tentyra

Antigua ciudad del alto Egipto en la que había un templo a la diosa Hathor. Hoy en día el sitio se llama Dendera.

Teodoción

Un judío o gentil convertido al judaísmo, tal vez ebionita o marcionita, que vivió en el siglo II y tradujo el Antiguo Testamento al griego.

Teodomiro (ver: Teodorico I)

Teodoreto

Monje y obispo de la ciudad de Cirro en Siria (393-458).

Teodorico I

Hijo de Teodomiro, rey de los Ostrogodos. Nació en Panonia, creció como rehén y se educó en Constantinopla, sucediendo a su padre en 471. El emperador bizantino Zenón lo nombró cónsul romano. Mató a Odoacro y fundó un reino ostrogodo con base en Ravenna (454 –526).

Teodoro de Mopsuestia

Obispo de esa ciudad de Cilicia de 392 a 428. Fue un renombrado consultor de otros obispos en cuestiones teológicas.

Teofanías

(“Apariciones de Dios”, en griego). El término se aplica particularmente a las revelaciones de Dios en la Biblia.

Teófilo de Alejandría

Patriarca de Alejandría de 385 a 412, un personaje problemático en un período de conflicto entre la creciente población cristiana y el paganismo decadente en Egipto.

Teófilo de Antioquía

Patriarca de Antioquía (c.169-c.183), convertido del paganismo, autor de una apología del cristianismo dirigida a su amigo pagano Autólico.

Teología antioquena

Doctrina cristiana de los Padres de la Iglesia de Antioquía de Siria, inclinada a la filosofía de Aristóteles y respetuosa con el sentido literal de la Escritura, en contraste con la escuela teológica de Alejandría, de tendencia neoplatónica.

Terapeutas

(“Sanadores”, en griego). Según Filón, eran una secta religiosa judía en la zona de Alejandría, en el siglo I d.C.

Tertuliano

Sacerdote y Padre de la Iglesia en África del Norte (160-220). Antes de su conversión al cristianismo era un abogado. En 207 se unió a la secta montanista.

Tesalónica

Ciudad antigua en el norte de Grecia, capital de la provincia romana de Macedonia, en la costa del mar Egeo.

Testamento de los Doce Patriarcas

Obra apocalíptica judía (109-107 a.C.).

Testimonia

Textos del Antiguo Testamento que dan testimonio de la venida del Mesías.

Textos de las Pirámides

Textos escritos en las paredes de las pirámides en Saqara, que datan de los años 2705-2213 a.C.

Theotokos

(“Madre de Dios”, en griego). Título de María, la madre de Jesús, desde la época de Orígenes. Fue aprobado oficialmente en los concilios de Éfeso (431) y Calcedonia (451).

Thiasioi

Asociaciones rituales de los antiguos griegos.

Tiamat

Monstruo de la mitología mesopotámica. Significaba las aguas del océano y era considerada como la madre de todo.

Tiatira

Ciudad del Asia menor (Ap. 2:24).

Tiberio

Emperador romano durante el tiempo de Jesús (42 a.C.- 37 d.C.).

Tierra de Israel

Territorio del antiguo Israel, que incluye el Israel actual y la Cisjordania. A lo largo de la historia le fueron dados diversos nombres, como: Siria Palestina (período helenístico), Judea, Palestina (período romano temprano), Palestina Primera, Segunda, Tercera (períodos romano tardío y bizantino).

Tipología

Doctrina de los *typoi*, es decir, los “tipos” o modelos, un término griego utilizado para designar a las personas y a los acontecimientos de la historia de Israel que se consideran como modelos proféticos de los actos de redención que se cumplirían en Jesús.

Tiridates III
Rey de Armenia (238-314).

Tiro
Ciudad helenística del Líbano meridional, en la costa del mar Mediterráneo.

Tito
General del ejército romano durante la toma de Jerusalén y la destrucción del Templo (70 d.C.), y emperador entre 79-81.

Tomás de Aquino
Fraile dominico, santo, teólogo y escritor prolífico (1225-1274).

Tomás de Marga
Monje nestoriano e historiador, del norte de Irak actual (siglo IX).

Toráh
Palabra hebrea que significa “instrucción”, usada para designar los cinco primeros libros de la Biblia hebrea (el Pentateuco).

Tosefta
Obra rabínica compilada hacia el 300 d.C. como “adición” o suplemento a la Mishnáh.

Tours
Ciudad antigua en el centro de Francia.

Tracia
Distrito en Europa oriental, hoy dividido entre Grecia, Turquía y Bulgaria.

Tracto
En la liturgia latina, un canto que substituye el habitual “Aleluya” después de la segunda lectura en días de ayuno y penitencia.

Trajano
Emperador romano (53-117 d.C.).

Traleis

Importante ciudad helenística en la región del mar Egeo, en el sudoeste del Asia Menor.

Transenna, cancellum

Dos palabras latinas que designan la división baja de piedra entre el presbiterio o *bema* y la nave en las iglesias antiguas.

Treboniano Galo

Emperador romano (251-253), junto con su hijo Volusiano.

Triclinio

La sala central y comedor en una casa romana.

Trier

Nombre actual de la antigua ciudad romana de Tréveris, en Alemania occidental.

Trifón (ver: Diálogo con Trifón).

Trinidad

Palabra utilizada en el cristianismo para referirse a Dios como Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Triságion

En la liturgia griega, un canto consistente en la triple repetición de la palabra *hágios*, es decir, “santo”, según el texto de Is. 6:3.

Troas

Ciudad en el noroeste del Asia Menor. Pablo la visitó varias veces (Hch. 16:8-11).

Tuburbo Minus

Ciudad de la provincia romana de África Proconsular. El lugar se llama hoy Teburba, en Túnez.

Typos

Palabra griega por “tipo” o modelo (ver: Tipología).

Ugarit
Ciudad cananea en la costa mediterránea. Hoy es la ruina conocida como Ras-Shamra, en Siria.

Ulfilas
También conocido como Wulfilas. Obispo y evangelizador del pueblo de los Godos (c. 311-380).

Ulises
También llamado Odiseo. Un héroe de la mitología griega.

Um er-Rasás
Hoy Kastron Mefaa. Yacimiento arqueológico en Jordania.

Valeriano
Llamado también Valeriano el Viejo, un emperador romano (253-260).

Valle de Josafat
Otro nombre para el torrente Cedrón en Jerusalén. Josafat significa "el Señor hace juicio" en hebreo.

Vándalos
Uno de los pueblos germánicos que invadieron el Imperio Romano en el siglo V d.C. Conquistaron y habitaron principalmente en África del Norte.

Vaticano
Originalmente, una de las siete colinas sobre las que se sienta Roma. Según la antigua tradición, San Pedro fue enterrado allí, y una basílica fue elevada allí en su nombre. Hoy es la morada del papa.

Vespasiano
Emperador romano (69-79 d.C.), padre del emperador Tito.

Vetus Latina
("Antigua Latina"). La primera traducción latina de las Escrituras (siglo II d.C.).

Via Ostienese

Una de las vías principales en el Imperio Romano. Salía de la antigua Roma, y a lo largo de ella se encuentran una serie de famosos cementerios de la ciudad (catacumbas).

Víctor de Roma

Obispo de Roma. Resistió a aquellos que acostumbraban a celebrar la Pascua el día 14 de Nisán en lugar del domingo que seguía a esta fecha. Murió en 198.

Víctor de Rouen

Obispo de Rouen (siglo V).

Vida de Constantino

Biografía del emperador Constantino, escrita por Eusebio de Cesarea.

Vienne

Una antigua ciudad en Francia, situada a 32 km al sur de Lión. Fue un importante obispado en la Galia cristiana.

Vigilancio

Sacerdote de la Galia que acusó a Jerónimo de una inclinación a las enseñanzas erróneas de Orígenes (c. 400).

Vigilia

("Vigilancia en la noche", en latín). Antigua costumbre cristiana de dedicar la noche a la oración.

Virgilio

Poeta romano (70-19 a.C.).

Visigodos

Un pueblo germánico que invadió el Imperio Romano. Conquistaron principalmente España, y allí establecieron su reino.

Visiones

Una parte, así llamada, del libro *El Pastor*, de Hermas.

Vitae Patrum

Libro escrito por Rufino (345-410) sobre las vidas de los monjes de Egipto.

Vita Pauli

Biografía de Pablo de Tebas, considerado como el fundador del estilo de vida eremítica, escrito por Jerónimo (342-420).

Vivarium

Nombre del monasterio fundado por Casiodoro en el sur de Italia, cerca de Squillace, c. 540.

Vulgata Latina

Traducción latina de las Escrituras, fruto de los trabajos de Jerónimo (siglos IV-V).

Wilibrordo

Monje inglés, evangelizador y fundador de monasterios en la Europa del Norte, obispo de Utrecht (658-739).

Wulfilas (ver: Ulfilas).

Zeno

Emperador bizantino (450-491).

Zodíaco

Dibujo circular de los doce signos de las “constelaciones” alrededor de la figura del dios sol.

Zoroastrismo

La principal religión de Irán, supuestamente fundada por Zoroastro (c. 628-c. 551 a.C.), practicada desde el siglo VI a.C. al siglo VII d.C., con el culto oficial de Ahura Mazda. La colección de sus textos religiosos se llama Avesta.

LISTA DE ILUSTRACIONES

23. Figura orante en una placa de mármol de la tumba de Santa Inés, Roma, del comienzo del siglo IV (Haussig 1971, fig. 114).
24. Plano del monasterio bizantino construido en memoria de Moisés en el Monte Nebó, de los siglos V y VI (Piccirillo, sa: 57).
25. El monasterio de Mar Saba en el valle Cedrón, desierto de Judea, siglo VI.
26. Escaleras bizantinas que conducen a las celdas de la *laura* de Ein Avdat.
27. Jesús y el santo monje Menas, icono copto del siglo VI (Musée du Louvre, París. Foto: Hervé Lewandoski).
28. Figura del Buen Pastor, placa de mármol en un sarcófago cristiano, Roma, de c. 270. (Archivo fotográfico Vasari, Roma).
29. Grabados simbólicos en la cubierta de un osario judío, Jerusalén, siglo I d.C.
30. Daniel en el foso de los leones, pintura en la catacumba de San Calixto, Roma, siglo III (Pontificia Commissione di Archeologia Sacra, Vaticano).
31. Restos de la iglesia bizantina hexagonal construida sobre la casa de Pedro en Cafarnaún, siglo V (Loffreda 1985:65).
32. Pavimento de mosaico de una sala de oración cristiana en la antigua Legio, cerca de Megiddo, Israel, del siglo III (Autoridad de Antigüedades de Israel, foto: Niki Davidov).
33. Basílica cristiana de la ciudad de Aquileia, norte de Italia, del siglo IV (foto Bildarchiv Marburg, Alemania).
34. Iglesia de un monasterio y dos capillas adosadas a ella, en Shivta, en el Negev central, Israel, del siglo VI.
35. Pavimento de mosaico en el *diakónikon* de la iglesia de Karkur Illit, en el norte del Néguev, Israel, siglos V y VI (foto: Alter Fogel).
36. La *transenna* y el *sýntronos* de una iglesia bizantina en Mampsis, en el Néguev central, Israel, del siglo V.
37. Podio del trono episcopal, en la catedral de Elusa (Halutza), Néguev central, Israel.
38. Una tumba frente a la capilla norte de la iglesia llamada “Martirio de San Teodoro”, en Avdat, Néguev central, Israel, siglo VI.
39. El bautisterio de la iglesia sur de Shivta, Israel, del siglo VI.
40. El comedor del monasterio de Martyrios en Maaléh Adumim, desierto de Judea, siglo VI (Magen 2015:159, fig. 187).
41. Uno de los jóvenes hebreos en el horno de Babilonia, de un mausoleo en Centcelles (Cataluña), siglo IV (Museu Nacional Arqueològic de Tarragona, Foto: Albert Saludes).
42. Un detalle del mosaico cristiano-pagano de Aquileia, Italia, del siglo IV (Foto Elio e Stefano Ciol snc, Casarsa della Delizia, PN, Italia).
43. Cáliz de plata para la celebración de la eucaristía, Antioquía, siglo VI (Metropolitan Museum, Nueva York).
44. Ascensión de Jesús, marfil carolingio del siglo IX (Hessisches Landesmuseum, Darmstadt, Alemania, foto: Wolfgang Fuhrmannek).

BIBLIOGRAFÍA

Amphoux, C.-B. 1987, “Les manuscrits grecs et leurs versions”, *Le Monde de la Bible* 47:30-41.

Benoît, P. - Boismard, M.-E. 1966/1972, *Synopse des quatre Évangiles en français*, 2 vols., Paris.

Black, E.W. 1989, “Christian and Pagan Hopes of Salvation in Romano-British Mosaics”, in *Pagan Gods and Shrines in the Roman Empire*, Oxford.

Bockel, P. 1955, “Nazareth la secrète”, *Le Monde de la Bible* 90: 3-7.

Borngässer, B. 2001, *Catalonia, Art - Landscape - Architecture*, Cologne.

Butler, E.C. 1911, “Monasticism”, in *Cambridge Medieval History*, vol. 1: 524 ff.

Colombás, G.M. 2000, *Regla de nuestro Padre San Benito, Introducción y Comentario*, (Biblioteca de Autores Cristianos), Madrid

Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica, texto, versión española, introducción y notas*, por A. Velasco Delgado 1973 (Biblioteca de Autores Cristianos), Madrid (2 vols).

Eusebius, *Onomasticon*, ed. Notley R.S. – Safrai Z. 2005, Boston – Leiden.

Figueras, P. 1977, “Syméon et Anne, ou le témoignage de la Loi et des Prohètes”, *Novum Testamentum* 20: 84-99.

——— 1980, “A Midrashic Interpretation of the Cross as a Symbol”, *Liber Annuus*, 30: 159-166.

——— 1983, *Decorated Jewish Ossuaries,* Leiden.

——— 1995, “Monks and Monasteries in the Negev Desert”, *Liber Annuus* 45: 441-450, phot. 1-14.

——— 1996, “Las pinturas murales de la sinagoga de Dura Europos a la luz de la polémica judeo-cristiana”, *Boletín de la Asociación Española de Orientalistas* 32:207-219.

——— (ed.) 2004, *Horvat Karkur ‘Illit, A Byzantine Cemetery Church in the Northern Negev (Final Report of the Excavations 1989-1995)*, Beer-Sheva.

Hauschild, T. - Arbeiter, A. 1993, *La Villa Romana de Centcelles*, Barcelona.

Haussig, H.W. 1971, *The Byzantine Civilization*, New York, Washington.

Herford, R.T. 1905, *Christianity in Talmud and Midrash*, London.

Hirschfeld, Y. 1992, *The Judean Desert Monasteries in the Byzantine Period*, New Haven.

Hutter, I. 1981, *Frühchristliche Kunst, Byzantinische Kunst*, Herrsching.

Klausner, J. 1946, *Jesus of Nazareth: His Life, Times, and Teaching*, New York.

Kogan-Zehavi, E. 2003, “*The Chained Ascetic from Giv’at Hamatos”*, *Qadmoniot* 126: 114-118 (Hebrew).

Lassus, J. 1967, *The Early Christian and Byzantine World*, London, New York.

Levine, L.I. 1989, “La synagogue de Dura Europos”, *Le Monde de la Bible* 57: 20-27.

Loffreda, S. 1985, *Recovering Capharnaum*, Jerusalem.

Lowrie, W. 1969, *Art in the Early Church*, Norton.

Magen, Y. 2015, *Christianity V. Monastery of Martyrius (JSP 17)*, Jerusalem.

Marcuzzi, L. 1985, *Aquileia*, Sacile.

Monfrin, F. 1997, “Sainte Marie Majeure. Quan les mosaïques nous racontent la Bible”, *Le Monde de la Bible* 103: 42-49.

Pergola, Ph. 1991, “À la découverte des catacombes”, *Le Monde de la Bible* 73:16-30.

PG = Migne, J.M., (ed.). 1856-1861, *Patrologiae Graecae Cursus Completus*, 81 vols., Paris.

Piccirillo, M. (s.a.), *Mount Nebo*, Jerusalem.

Pines, S. 1971, *An Arabic Version of the Testimonium Flavianum and Its Implications*, Jerusalem.

PL = Migne, J.M., (ed.). 1857-1866, *Patrologiae Latinae Cursus Completus*, 166 vols., Paris.

Quasten, J. 1940, “Vetus superstitio et nova religio”, *Harvard Theological Review* 33:253-266.

Rokeah, D. 1982, *Jews, Pagans and Christians in Conflict*, Leiden.

Ruiz Bueno, D. 1974, *Actas de los Mártires. Texto bilingüe, introducción, notas y versión española* (Biblioteca de Autores Cristianos), Madrid.

Saulnier, C. 1986, “Que cherchait Antiochos IV Epiphane”, *Le Monde de la Bible* 42:23.

Schoeps, H.J. 1963, *The Jewish-Christian Argument*, London.

Schlosser, J. 1987, “Les milieux d’origine”, *Le Monde de la Bible* 47:13.

Stern, H. 1966, *L’art byzantin*, Paris.

Stevenson, J. 1970 (5th ed.), *A New Eusebius. Documents Illustrative of the History of the Church to A.D. 337*, (SPCK), London.

Tepper, Y. - Di Segni, L. 2006, *A Christian Prayer Hall of the Third Century CE at Kefar ‘Othnay (Legio): Excavations at the Megiddo Prison 2005*, Jerusalem.

Tsafrir, Y. 1993, “Monks and Monasteries in Southern Sinai”, in Y. Tsafrir, ed., *Ancient Churches Revealed*, Jerusalem, pp. 315-333.

Urman, D., (ed.) 2004, *Nessana Excavations and Studies, I (Beer-Sheva, vol. XVI),* Beer-Sheva.

Vaillé, R.S., 1899-1900, “Répertoire alphabétique des monastères de la Palestine”, *Revue de l’Orient Chrétien* 4 (1899): 512-542; 5 (1900): 19-48 and 272-292.

Von Rad, G. 1969, *Old Testament Theology*, vol.1, Edinburgh.

Ward, Benedicta, trans., 1987, *The Sayings of the Desert Fathers*, rev. ed., (Cistercian Studies 59).

Wertheimer, A. (ed.), 5715 (anno mundi), *Batey Midrashot*, vol. 2, Jerusalem. (Hebrew).

Wilkinson, J. 1971, *Egerias’s Travels*, London.

——— 1977, *Jerusalem Pilgrims Before the Crusades*, Jerusalem.

Yadin, Y. 1965, "The Dead Seas Scrolls and the Epistle to the Hebrews", *Scripta Hierosolymitana* 4:36-55.

Zeitlin, S. 1933, "Jesus in the Early Tannaitic Literature", in *Abhandlungen zur Erinnerung an H.P. Chajes*, Wien.

ÍNDICE DE REFERENCIAS LITERARIAS

A

B

C

M

N

O

P

R

S

T

V

Escritos Judíos

Literatura de Qumrán

ÍNDICE DE NOMBRES Y TÉRMINOS

A

B

C

D

E

F

G

H

I

J

K

L

M

N

O

P

Q

R

S

T